

HOMERO

ILIADA

1

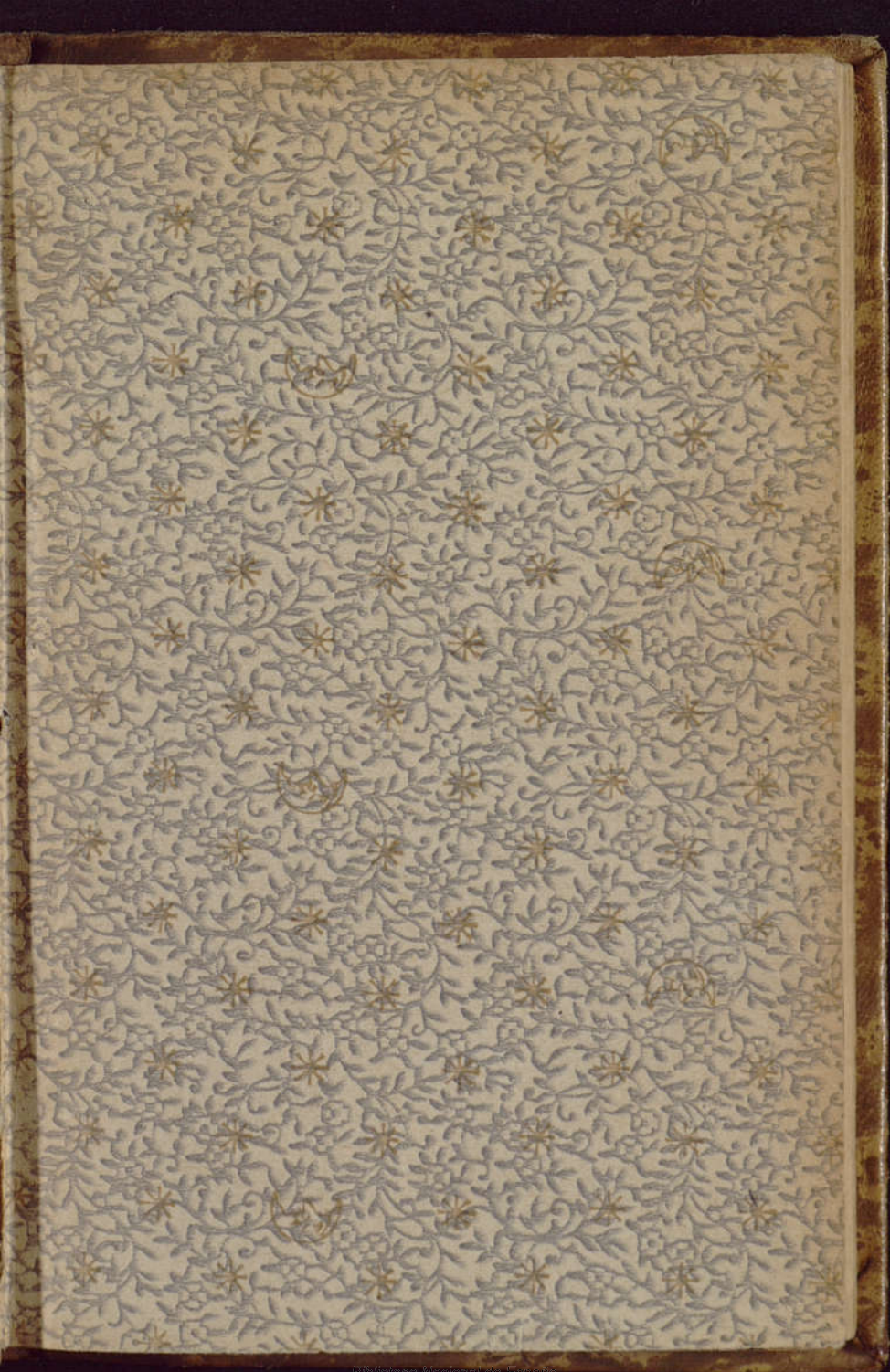
1

69722



1  
69.722





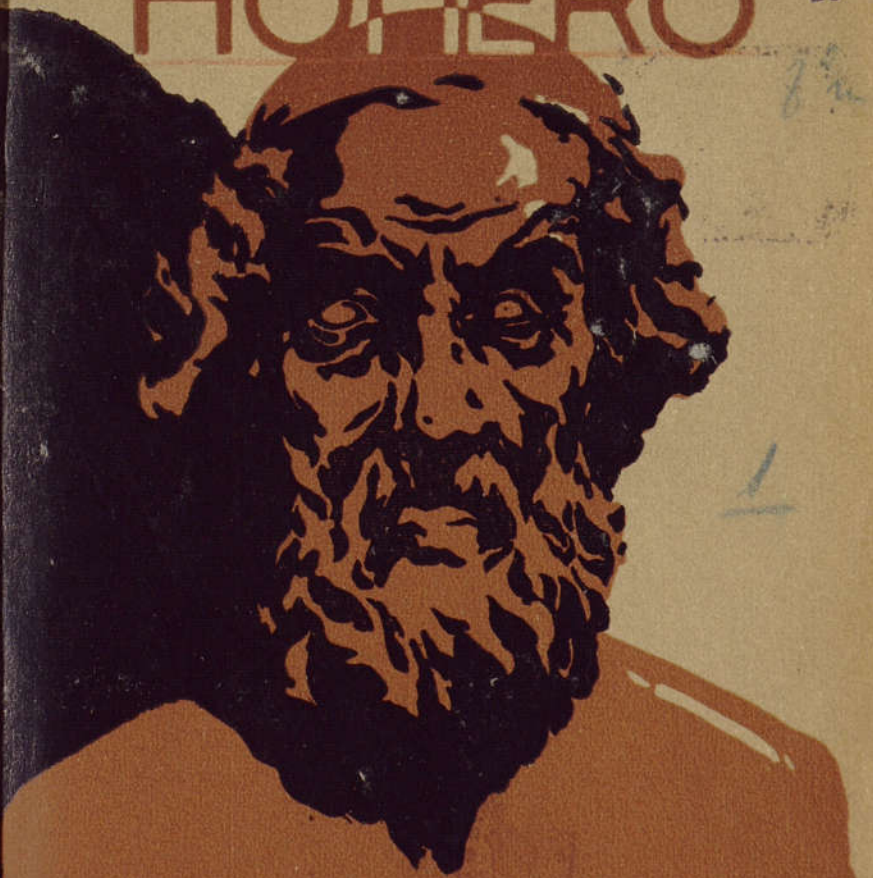






HOMERO

R



# ILÍADA

TRADUCCIÓN NUEVA DEL GRIEGO POR LECONTE DE LISLE

Povo

88 / 2

EDITORIAL  
PROMETEO  
VALENCIA







LIBROS CÉLEBRES  
ESPAÑOLES  
Y EXTRANJEROS



LIADA



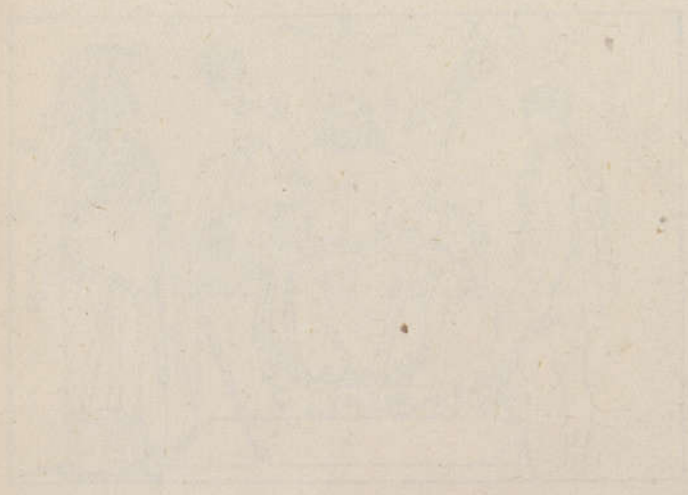
LIBROS CLAVES  
ESPAÑOLAS  
Y EXTRANJEROS



# ILÍADA



LIBRO





R 48549

HOMERO

# ILÍADA

Traducción nueva del griego por

LECONTE DE LISLE

Versión española de Germán Gómez de la Mata

TOMO PRIMERO



Editorial PROMETEO

Germanias, F S

VALENCIA

HOMERO

# ILÍADA

ES PROPIEDAD. DERECHOS  
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN  
AL ESPAÑOL.

RECONTE DE L'ILIE





## ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

*Han pasado los tiempos de las traducciones infieles, exactas tal vez en las palabras, pero que no conservan el alma de la obra.*

*¡Cuántas traducciones se han hecho de los famosos poemas de Homero!... Y sin embargo, en casi todas ellas el lector experimenta el cansancio que inspira lo artificial y amanerado. Los héroes homéricos en estas versiones elegantes y académicas hablan como profesores de nuestra época, sin que quede en ellos nada de su carácter rudo y heroico. Y lo mismo puede decirse de las descripciones del ambiente que los rodea.*

*El gran poeta francés Leconte de Lisle, apreciando la desorientación que sufría el público por estas falsas versiones, acometió la tarea de retroceder hasta las fuentes primitivas, volviendo á traducir las obras homéricas. El más grande de los poetas no fué traducido esta vez por un profesor de griego, sino por un gran poeta. Sólo el autor de Poemas bárbaros podía traducir á Homero. En las traducciones hay que hacer algo más que restaurar el caparazón de la obra traducida: hay que transmitir el alma de un cuerpo á otro cuerpo, conservándola*

*para siempre en su nueva envoltura, y este prodigio no es obra de sabios, sino de artistas.*

*La ILÍADA y la ODISEA traducidas por Leconte de Lisle son obras completamente nuevas. Todo es distinto en ellas de las traducciones anteriores: el ambiente, el modo de hablar de los personajes, hasta sus nombres, restaurados con arreglo á la verdad. El Ulises que conocíamos es Odiseo, y únicamente así resulta lógico que el relato de sus aventuras se haya titulado ODISEA.*

*La ruda poesía de los viejos rapsodas conocidos bajo el nombre colectivo de Homero, vibra en la traducción evocadora de Leconte de Lisle. Los poemas venerables que bajo la pluma de traductores académicos nacieron dormidos y parecían repeler al público con su plúmbea pesadez, tienen ahora en la versión del gran poeta de Francia la vida, el movimiento, el interés novelesco, el enérgico relieve de una epopeya de nuestros días.*







## RAPSODIA I

Diosa, canta del Peleida Akileo la cólera de-sastrosa que asoló con infinitos males á los acaie-nos y sumió en la mansión de Edes á tantas fuertes almas de héroes que sirvieron de pasto á los perros y á todas las aves de rapaña. Y el designio de Zeus se cumplía así desde que una querella hubo de des-unir al Atreida rey de los hombres y al divino Akileo.

¿Cuál de entre los Dioses les lanzó á aquella disensión? El hijo de Zeus y de Leto. Irritado con-tra el Rey, suscitó en el ejército una peste mortal, y á impulso suyo perecían los pueblos, porque el

Atreida había cubierto de oprobio á Crises el sacrificador.

Y éste acercóse á las naves ligeras de los acaienos para redimir á su hija; y llevando con él el precio infinito del rescate, y mostrando en sus manos las bandas del arquero Apolo suspendidas del cetro de oro, conjuró á los acaienos todos, y especialmente á ambos Atreidas, príncipes de pueblos:

—Atreidas, y vosotros acaienos de hermosas grebas: que los Dioses que habitan las moradas olímpicas os permitan destruir la ciudad de Priamo y tornar con bien de ella; pero devolvedme á mi hija muy amada y admitid el precio de su rescate, si es que reverenciáis aún al hijo de Zeus, el arquero Apolo.

Y todos los acaienos indicaron con rumores propicios que deseaban se respetara al sacrificador y se recibiera el precio espléndido; pero aquello no satisfizo al alma del Atreida Agamenón, que despidió á Crises humillantemente y le dijo esta palabra violenta:

—Guárdate, anciano, de que te encuentre nuevamente cerca de las naves abiertas, bien porque vuelvas ó porque te retrases ahora, pues ni el cetro ni las bandas del Dios te protegerán ya. No te entrego á tu hija. La espera la vejez dentro de mis dominios, allá en Argos, lejos de su patria, tejiendo telas para mí y compartiendo mi lecho. Vete, pues, y no me irrites si aspiras á regresar salvo.

Habló así, y el anciano tembló y obedeció. Y



caminaba silencioso por la orilla del mar, de ruidos innúmeros. Y cuando se hubo ya alejado, conjuró al rey Apolo, á quien dió el ser Leto la de la hermosa cabellera:

—Escúchame, Portador del arco de plata, que proteges á Crisa y á Kila la santa y dominas con energía en Tenedos, ¡oh Sminteo! Si alguna vez adorné tu hermoso templo, si alguna vez para ti quemé rollizos cuartos de toros y de cabras, ten en cuenta mi súplica: que los danaenos expíen mis lágrimas bajo tus flechas.

Habló así orando, y Febo Apolo le escuchó; y desde la cima olímpica precipitóse, inflamado su corazón, colgándole del hombro el arco y repleta la aljaba. Y á cada uno de sus movimientos resonaban las flechas á la espalda del irritado Dios. Y caminaba semejante á la noche.

Sentado lejos de las naves, disparó una flecha, y un chasquido terrible salió del arco de plata. Hirió primero á las mulas y á los perros corredores; mas no tardó en herir hasta á los mismos hombres con el dardo que mata. Y ardían sin cesar las piras llenas de cadáveres.

Durante nueve días silbaron las divinas flechas á través del ejército; y al llegar el día décimo Akileo convocó á los pueblos en el ágora. Here la de los brazos blancos le inspiraba, condoliéndose de ver perecer á los danaenos. Y cuando todos halláronse reunidos, Akileo el de los pies veloces irguióse en medio de ellos y habló así:

—¡Atreída! Creo que vamos á vernos precisados á retroceder y á reanudar nuestra carrera errante por los mares, si salimos con vida, ya que la guerra y el contagio se ceban en los acaïenos. Démonos prisa á interrogar á un adivinador, ó á un sacrificador, ó á un intérprete de los sueños, pues de Zeus viene el sueño. Ese hombre nos dirá por qué se halla irritado Febo Apolo, si porque nos reprocha votos sin cumplir ó porque nos exige holocaustos prometidos. Sepamos sí, satisfecho al fin con la grasa humeante de los corderos y las bellas cabras, aleja el contagio de nosotros.

Cuando hubo hablado así, sentóse. Y el Testórida Calcas, excelente adivinador, se levantó. Sabia las cosas presentes, futuras y pasadas, y merced á la sacra ciencia de que le hubo dotado Febo Apolo, había conducido á Ilios las naves acaïenas. Y dijo en el ágora el muy sabio:

—¡Ah Akileo, grato á Zeus! yo explicaré la cólera del arquero rey Apolo, puesto que me lo ordenas; pero has de prometerme antes, y aun jurarme, que con tu palabra y con tus manos me defenderás, porque sin duda encolerizaré al hombre que manda en todos los argïenos y al cual todos los acaïenos obedecen. Un rey es enemigo demasiado poderoso cuando se enoja con algún inferior. Aunque refrene por el pronto su ira, sigue en su corazón alimentándola, dándole rienda suelta el día menos pensado. Asegúrame, pues, que me protegerás.

Y para contestarle habló así Akileo el de los pies veloces:

—Di sin temor cuanto sepas. ¡No, por Apolo, grato á Zeus, y cuyas voluntades sagradas descubres á los danaenos, no! Ninguno de entre ellos, mientras yo aliente y pueda abrir los ojos, Calcas, pondrá sus manos violentas sobre ti, junto á las naves abiertas, aun cuando nombres al propio Agamenón, que se gloria de ser el más fuerte de los acaienos.

Y el adivinador irreprochable tranquilizóse, y dijo:

—Apolo no os reprocha votos ni holocaustos, sino que venga á su sacrificador, al cual Agamenón cubrió de oprobio no devolviéndole su hija, cuyo rescate ha rehusado. Á eso se debe que el arquero Apolo os abrume con desgracias; y seguirá abrumándoos, y no alejará de vosotros las pesadas keres de la peste hasta que no hayáis devuelto á su muy amado padre la joven de las cejas arqueadas y se lleve á Crisa un holocausto sagrado. Entonces aplacaremos al Dios.

Cuando hubo hablado así, sentóse. Y el héroe Atreida Agamenón, que desde lejos manda, se alzó vibrante de coraje, y negra cólera bullía en su pecho, y sus ojos parecían dos hogueras llameantes. Furioso contra Calcas, habló así:

—Adivino de males, jamás me predijiste nada grato. Únicamente gustas de augurar desdichas. Nunca hablaste ni obraste bien, y he aquí que



ahora, en medio de los danaenos, en el ágora, profetizas que el arquero Apolo nos castiga con males porque no he querido recibir el precio espléndido con que se pretendía rescatar á la virgen Criseida, optando por retenerla en mis lares lejanos. La prefiero, en efecto, á Clitemnestra, á quien desposé virgen. En nada, ni en el cuerpo, ni en la gracia, ni en la inteligencia, ni en la habilidad para el trabajo, le es inferior. Y sin embargo, consiento en devolverla. Yo antepongo la salvación de los pueblos á su ruina. Así, pues, apresuraos á ofrecerme algo que me compense de tal pérdida, á fin de que entre todos los argienos no sea yo el único á quien se despoje de lo suyo. Ya veis que se me priva de mi parte.

Y le contestó el divino Akileo el de los pies veloces:

—¡Orgullosísimo Atreida, el más avaro de los hombres! ¿Qué recompensa quieres que te den los magnánimos acaienos? ¿Acaso tenemos ahora algún botín común? Los que conquistamos en las ciudades saqueadas ya se han distribuido, y no vamos á repartirlos nuevamente. Pero tú debes devolver esa joven á su Dios, y nosotros los acaienos te recompensaremos con tres ó cuatro veces su valor si un día Zeus nos permite destruir á Troya la de las fuertes murallas.

Y para contestarle, habló así el rey Agamenón:

—¡En vano pretendes engañarme por muy bravo que seas, Akileo, semejante á un Dios, porque ni

me seducirás ni me convencerás. ¿Quieres quizá, mientras guardas tu parte, dejarme en la indigencia al rescatar á esa joven? Si los magnánimos acaienos satisfacen mi corazón con algo que lo valga, sea. Si no, buscaré mi revancha y la encontraré en tí, en Ajax ó en Odiseo, y de ella me aprovecharé, á pesar de todo. Mas no hablemos de eso ahora, puesto que llegará cuando sea oportuno. Lancemos por el pronto al mar divino una nave negra provista de remeros; coloquemos en ella el holocausto y embarquemos después á Criseida la de las lindas mejillas, llevando á su cuidado á un jefe, que puede ser Ajax, Idomeneo ó el divino Odiseo, ó tú mismo, Peleida, más temible que ninguno de los hombres, á fin de apaciguar al arrogero Apolo con nuestros sacrificios.

Y mirando á su interlocutor con torvos ojos, habló así Akileo el de los pies veloces:

—¡Ah impúdico, que sólo piensas en el interés! ¿Cómo se apresurará á obedecerte ninguno de los acaienos cuando haya de tender una emboscada ó cuando deba combatir valerosamente contra los hombres? No salí de mi patria por mi gusto para atacar á los troyanos armados de lanzas, pues que ningún agravio me hicieron. Jamás se apoderaron de mis bueyes ó mis caballos, y jamás en la fértil Ftia destruyeron mis cosechas; porque nos separan el mar murmurador y montañas fragosas. Pero por complacerte, impúdico, te seguimos para vengar á Menelao y á ti, ojo de perro. Y he aquí que no lo

quieres ver ó no te acuerdas y me amenazas con tomar la recompensa, por lo cual yo hube trabajado tanto, y que me fué otorgada por los hijos de los acaienos. En verdad que nunca tuve una ración igual á la tuya al llegar el reparto del botín en el saqueo de cualquier populosa ciudad troyana; y pesa sobre mí, no obstante, la tarea más ruda de la impetuosa guerra. Y cuando llega la hora de las distribuciones, la mejor parte es siempre para ti; y agobiado por la fatiga del combate, yo retorno á mis naves, satisfecho con cualquier recompensa módica. Hoy volveré á Ftia, porque más me valdrá regresar á mis lares en mis naves. Y ya no me propongo conquistar para ti botines ni riquezas, puesto que me ultrajas.

Y le contestó el rey de los hombres Agamenón:

—Huye, si tu corazón á ello te impulsa. No te pido que continúes afiliado á mi causa. Mil más han de seguir conmigo, y en mi favor está también el sapientísimo Zeus. Te considero el más odioso de los reyes que creó el Cronida. No te complaces más que en la querella, la guerra y el combate. Si naciste bravo, es sin duda porque los Dioses han querido. Vuelve á tu patria con tus naves y con tus compañeros; manda en los mirmidones. Tu cólera no me importa; pero te prevengo que, ya que Febo Apolo me priva de Criseida, la enviaré en una de mis naves con mis compañeros y por mí mismo entraré en tu tienda y arrastraré de allí á Briseida



la de las lindas mejillas, que te fué adjudicada, para que adviertas que soy más poderoso que tú y cada uno se guarde de creerse mi igual.

Habló así, y el Peleida sintióse invadido por la angustia, fluctuando su corazón en su pecho varonil entre empuñar la afilada espada y abrirse paso por la multitud para matar al Atreida ó apaciguar su cólera y moderar su furor.

Y mientras deliberaba en su alma y en su espíritu y sacaba su gran espada de la vaina, Atenea descendió del Urano, porque Here la de los brazos blancos habíala enviado con ánimo de proteger á los dos reyes. Poniéndose á su espalda, asió al Peleión por su cabellera rubia, haciéndose visible sólo para él, pues no podía advertirla ningún otro. Y Akileo, estupefacto, se volvió, y en seguida reconoció á Atenea, cuyos ojos eran terribles, y le dijo estas palabras aladas:

—¿Para qué has venido, hija de Zeus tempestuoso? ¿Es para presenciar el ultraje de que el Atreida Agamenón me hizo víctima? Pero te digo, y mi palabra ha de cumplirse, que haré que entregue el alma por su insolencia.

Y le contestó Atenea la de los ojos claros:

—He venido del Urano para calmar tu cólera, si quieres obedecerme. La divina Here la de los brazos blancos me ha enviado, porque á los dos os ama y os protege. Detente, pues, no empuñes esa espada y véngate con palabras, ocurra lo que ocurra. Te aseguro que muy pronto serás desagradia-

do triplemente de esa injuria con presentes espléndidos. Repórtate y obedécenos.

Y para contestarle, habló así Akileo el de los pies veloces:

—Diosa, se observará tu orden, por más que mi alma airada esté. Mejor será sin duda, porque los Dioses se acuerdan de quien les obedece.

Dijo, y golpeando con mano pesada la empuñadura de plata, hundió en la vaina su espadón y no infringió la orden de Atenea.

Y ésta se reintegró á los Dioses en las moradas olímpicas de Zeus tempestuoso.

Y el Peleida, rebotante de cólera, increpó al Atreida con ásperas palabras:

—¡Harto de vino, ojo de perro, corazón de ciervo! Nunca osaste en tu alma armarte para el combate con los hombres, ni tender emboscadas con los príncipes de los acaïenos. Como la misma muerte te asustaría tal cosa. En verdad que es mucho más fácil ir entre el vasto ejército acaïeno á robar lo que le pertenece á quien te contradice, Rey que devoras á tu pueblo, porque á hombres viles mandas. Si así no sucediese, Atreida, esta insolencia tuya sería la última. Pero te digo, y aun te juro solemnemente por este cetro que no produce hojas ni ramas, y que no reverdecerá desde que fué arrancado de su tronco en las montañas y el bronce le despojó de hojas y corteza, y por el cetro que los hijos de los acaïenos llevan en las manos cuando juzgan y cuando hacen cumplir las leyes en nom-

bre de Zeus, que muy pronto echarán de menos á Akileo los hijos de los acaienos, y gemirás por no poder defenderles cuando caigan arracimados ante Héctor el matador de hombres; y en el fondo de tu alma te desesperarás y te condolerás de haber ultrajado al más bravo de los acaienos.

Habló así el Peleida, y arrojó á tierra el cetro de los clavos de oro, y se sentó. Y el Atreida también hallábase irritado; pero he aquí que se levanta el armonioso Néstor, excelente agoreta de los pilios.

Y de su lengua fluía la palabra dulce como la miel. Y había él ya vivido lo que dos generaciones de hombres nacidas y criadas en torno suyo en la divina Pilos, y reinaba sobre la generación tercera. Y dijo en el ágora el muy sabio:

—¡Oh Dioses, una inmensa desgracia pesa sobre la tierra acaiena! He aquí que Príamo se regocijará, y los hijos de Príamo y los demás troyanos se regocijarán también en su corazón cuando se enteren de vuestras querellas, ¡oh vosotros, que estáis por encima de los danaenos en el ágora y en el combate! Dejaos, pues, persuadir, ya que entre ambos sois menos viejos que yo. Con hombres más valientes que vosotros viví en otro tiempo, y jamás me creyeron inferior á ellos. ¡No; nunca he visto ni volveré á ver hombres como Peiritoo y Drias, príncipe de pueblos, y Keneo, y Exadio, y Polifemo, comparable á un dios, y Teseo Egida, semejante á los Inmortales! En verdad que eran los más bravos



hombres que existían sobre la tierra, y combatían contra seres no menos bravos, los centauros de las montañas, y los exterminaban de un modo terrible. Y yo estaba con ellos, habiéndome alejado de Pilos y del país de Apia porque me llamaron, y combatía en la medida de mis fuerzas, y ninguno de los hombres que alientan hoy sobre la tierra hubiese podido resistirles. Pero escuchaban mis consejos, con los que conformábanse. Obedeced entonces también vosotros, pues mejor será. No debe Agamenón, aunque parece el más fuerte, raptar la virgen que se entregó al Peleida por los hijos de los acaienos; pero tampoco tú, Peleida, debes resistir al Rey, porque no eres igual al portador del cetro que Zeus ha glorificado. Si eres el más bravo y te parió una madre divina, él es el más poderoso y manda en la mayoría. Atreida, renuncia á tu cólera, y suplico á Akileo que reprima la suya, porque él es sólido escudo de los acaienos en la guerra funesta.

Y habló así el rey Agamenón:

—Anciano, prudentemente te expresaste; pero este hombre quiere erigirse por encima de todos, mandar en todos y dominar á todos. No creo que ninguno tal cosa consienta. Porque los Dioses eternos le hayan hecho bravo, ¿le está permitido que nos insulte?

Y le contestó el divino Akileo:

—En verdad que merecería ser motejado de cobarde y vil si yo te complaciese en todo. Manda en los demás, pero no en mí, porque no pienso obe-

decerte en adelante nunca. Oye y retén en la memoria lo que voy á decirte: Contra ninguno combatiré á causa de esta virgen, puesto que si me la quitáis vosotros, vosotros me la regalasteis; mas no podrás contra mi voluntad llevarte nada de las otras riquezas que almacena mi nave negra y ligera. Inténtalo, atrévete á ello, y que cuantos nos rodean lo presencién, y en seguida tu sangre correrá por mi lanza.

Cuando así se ultrajaron con palabras, levantáronse y disolvieron el ágora junto á las naves de los acaienos. Y el Peleida se retiró á sus tiendas con el Menetiada y sus compañeros. Y el Atreida botó al mar una nave ligera, la dotó de veinte remeros, en ella puso un holocausto para el Dios, y por sí mismo condujo á Criseida la de las lindas mejillas. Y el que pilotaba la embarcación era el sagaz Odiseo.

Y en tanto navegaban por las rutas marinas, el Atreida mandó á los distintos pueblos por él acaudillados que se purificasen. Y se purificaron todos, echando al agua sus máculas, y sacrificaron á Apolo holocaustos selectos de toros y de cabras á la orilla del mar infecundo. Y el hedor ascendía hacia el Urano en remolino de humo.

Y mientras tenía esto lugar, no olvidaba Agamenón su ira ni la amenaza hecha á Akileo. É interpeló á Taltibio y á Euribates, que eran sus heraldos familiares:

—Id á la tienda del Peleida Akileo. Asid de la

mano á Briseida la de las lindas mejillas, y si de grado no os la quisiese dar, yo mismo iré á buscarla con más gente, lo cual será más doloroso.

Y les despidió con tan ásperas palabras. Y á pesar suyo, siguieron ellos por la orilla del infencundo mar, y llegaron al sitio en que se hallaban las tiendas y las naves de los mirmidones. Y encontraron al Peleida sentado cerca de su tienda y de su nave negra, y Akileo no mostró alegría al verles. Turbados y respetuosos, permanecían ante el Rey sin atreverse á interrogarle ni aun á hablarle. Y comprendiéndolo él en su alma, les dijo:

—¡Salud, mensajeros de Zeus y de los hombres! Aproximaos. No sois culpables ante mí vosotros, sino Agamenón, que os envía á buscar á la virgen Briseida. ¡Hola, divino Patroclo: tráela y que se la lleven! Pero que sean testigos ante los Dioses venturosos, ante los hombres mortales y ante ese rey feroz, de que algún día se tendrá necesidad de mí para conjurar la destrucción de todos, porque, ciertamente, se abandona él á malos pensamientos, no quiere recordar ni tiene en cuenta el porvenir para que los acaienos combatan sin peligro junto á las naves.

Habló así, y Patroclo obedeció á su compañero muy amado. Condujo fuera de la tienda á Briseida la de las lindas mejillas, apercibiéndose á entregarla. Y los heraldos volvieron á las naves de los acaienos, y la joven les seguía de mala gana. Y Akileo, llorando, sentóse lejos de los suyos, en la



playa blanca de espuma; y mirando á la negrura de alta mar, extendidas las manos, invocó á su muy amada madre:

—¡Madre! Ya que me diste á luz para vivir poco tiempo, el Olímpico Zeus que en las nubes truena debía concederme algún honor; pero menos que nunca lo hace ahora. Y he aquí que el Atreida Agamenón, que desde lejos manda, me ha cubierto de oprobio y se ha adueñado de la recompensa que me arrebató.

Habló así, vertiendo lágrimas. Y su madre venerable le oyó desde la sima del abismo, donde estaba sentada al lado de su viejo padre. Y súbito emergió del blanco mar, como una nube; y sentándose ante su hijo, que lloraba, le acarició con la mano y le habló:

—Hijo mío, ¿por qué lloras? ¿Qué amargura anida en tu alma? Habla, nada me ocultes, para que ambos sepamos la causa de tu pena.

Y tras profundo suspiro, habló Akileo el de los pies veloces:

—Ya lo sabes. ¿Á qué contarte lo que sabes? Fuimos á Tebas, la santa ciudad de Aetión, y la saqueamos, y nos apoderamos de cuanto pudimos; y al partir el botín, los hijos de los acaienos hicieron al Atreida Agamenón el regalo de Criseida la de las lindas mejillas. Pero no tardó Crises, el sacrificador del arquero Apolo, en venir á las ligeras naves de los acaienos, revestidos de bronce, para recuperar á su hija. Y llevaba consigo el precio in-

finito del rescate, y en sus manos las bandas del arquero Apolo colgando del cetro de oro. Y conjuró, suplicante, á los acaienos, y especialmente á ambos Atreidas, príncipes de pueblos. Y los acaienos todos dieron á entender, con propicios rumores, que deseaban se respetase al sacrificador y se admitiese el precio espléndido. Pero no plugo así al alma del Atreida Agamenón, que amenazó humillantemente al viejo con palabras violentas. Y el anciano se retiró airado. Pero Apolo escuchó su ruego, pues le quiere mucho. Y envió contra los argienos una flecha mortífera; y los pueblos perecían arracimados; y las saetas del Dios silbaban á través del vasto ejército acaieno. Un sabio adivinador hubo de interpretar en el ágora las voluntades sagradas de Apolo. Yo fui en seguida quien primero quiso que se aplacase al Dios. Pero la cólera dominaba al atreida, y levantándose repentino, pronunció una amenaza que hubo de cumplirse. Los acaienos de arqueadas cejas conducen en una nave ligera á la joven virgen Criseida y también llevan presentes para el Dios; pero dos heraldos acaban de sacar de mi tienda á la virgen Bri-seida, á quien los acaienos me habían regalado. Tú ahora, si quieres, socorre á tu muy amado hijo. Sube al Olímpico Urano y suplica á Zeus, si es que algún día conmoviste su corazón con tus palabras ó con tus acciones. Á menudo, en la casa paterna, te oí relatar que tú sola entre los inmortales libraste de un indigno tratamiento al Cronión que amon-

tona las nubes, á quien los demás Olímpicos, Here, y Poseidaón, y Palas Atenea, querían encadenar. Y tú, Diosa, acorrístele y le libertaste de sus ligaduras, llamando al vasto Olimpo al gigante de las cien manos llamado por los Dioses Briareo y Egeo por los hombres. Y era éste más fuerte que su padre, y se sentó, orgulloso de su gloria, al lado del Cronión, y los Dioses dichosos se asustaron, sin atreverse á encadenar á Zeus. Recuérdale eso ahora, abrázate á sus rodillas, para que, viniendo en auxilio de los troyanos, puedan éstos con una gran matanza poner en fuga por el mar á los acaienos. Que los argienos disfruten de su rey y que el Atreida Agamenón, que desde lejos manda, sufra las consecuencias de su delito, ya que insultó al más valeroso de los acaienos.

Y bañada en llanto, le contestó Tetis:

—¡Ay hijo mío! ¿Por qué te di á luz y te crié para que fueses víctima de tan adverso destino? ¡Oh! ¡Si al menos permanecieses en tus naves, tranquilo y sin lágrimas, ya que no has de vivir más que breves días! Y he aquí que eres muy desgraciado y te hallas condenado á sucumbir en plazo próximo por haber nacido víctima de un destino tan adverso. De todos modos, iré al nevado Olimpo y hablaré con Zeus, que disfruta del rayo, y quizá me atienda. Mientras, tú, sentado en tus naves ligeras, persiste en tu furor contra los acaienos y abstente de combatir. Zeus ha ido ayer al Océano á un festín que le dieron los etíopes irreprochables,



y todos los Dioses le han seguido. Al duodécimo día volverá al Olimpo. Entonces me dirigiré á la morada de bronce de Zeus, me abrazaré á sus rodillas, y espero conmoverle.

Cuando hubo hablado así, partió y dejó á Aki-leo irritado en su corazón al recuerdo de la joven de la hermosa cintura, de quien le habían privado violentamente.

Y Odiseo llegó á Crisa conduciendo el holocausto sagrado. Y los acaienos, al entrar en el puerto profundo, recogieron las velas, acondicionándolas en la negra nave. Alegremente bajaron el mástil por la proa; y empujando el navío á fuerza de remos, tras de haber amarrado los cables y anclado en las rocas de la costa, echaron pie á tierra con el holocausto prometido al arquero Apolo. Criseida saltó en seguida de la nave, y el sagaz Odiseo la condujo al altar, entregándosela á su padre muy amado, y dijo:

—¡Oh Crises! Agamenón, rey de los hombres, me envía para que te devuelva á tu hija y sacrifique á Febo un holocausto sagrado en pro de los danaenos, á fin de apaciguar al Dios que castiga á los argienos con calamidades deplorables.

Cuando hubo hablado así, dejó en manos de su padre á la hija muy amada, y el anciano la recibió lleno de alegría.

No tardaron los acaienos en alinear en torno al ara levantada conforme al rito el rico holocausto. Y se lavaron las manos y prepararon la ceba-

da salada; y con los brazos alzados y en voz alta oraba Crises por ellos:

—Escúchame, Portador del arco de plata, que proteges á Crisa y á la divina Kila y enérgico dominas en Tenedos. Ya atendiste mi ruego, me honraste y has cubierto de aflicción á los pueblos acaienos. Oye de nuevo ahora mi súplica y aleja de ellos la peste.

Habló así orando, y Febo Apolo le atendió. Y luego de haber orado y esparcido la cebada salada, abatieron el cuello de las victimas, las degollaron y las desollaron. Se las dividió en cuartos, se las cubrió de grasa por un lado y por otro y colocáronse encima las entrañas crudas.

Y el anciano las quemó sobre piras de madera seca y las regó con una libación de vino rojo. Los jóvenes, al lado suyo, sostenían en las manos asadores de cinco puntas. Y cuando los cuartos consumiéronse, probaron las entrañas; y separando el resto en varios trozos, lo dispusieron en sus asadores, asándolo cuidadosamente y retirándolo después del fuego. Cuando hubieron concluido este trabajo, fué preparada la comida; y todos asistieron á ella, y ninguno se dolió en su alma de la desigualdad de las raciones.

Cuando hubieron satisfecho el hambre y la sed, los jóvenes coronaron de vino las cráteras, repartiéndolo en copas rebosantes. Y durante todo el día los jóvenes acaienos apaciguaron con sus himnos al Dios, cantando el glorioso Pean y ensalzando

do al arquero Apolo, que se regocijaba en su corazón al oírles.

Cuando Helios cayó y llegaron las sombras, se acostaron ellos cerca de las amarras; y cuando Eos la de los dedos sonrosados, que nace por la mañana, apareció en el horizonte, regresaron hacia el vasto ejército de los acaienos, y el arquero Apolo mandóles un viento propicio. Y elevaron el mástil y desplegaron las velas blancas; y el viento las henchía; y la onda purpúrea murmuraba ruidosa en torno á la carena de la nave, que corría abriéndose camino por el agua.

Luego, llegados ya al vasto ejército de los acaienos, arrastraron la nave negra hasta las arenas de la playa, y habiéndola afianzado sobre largos rodillos, dispersáronse entre las tiendas y las naves.

Pero el divino hijo de Peleo, Akileo el de los pies veloces, sentado junto á sus ligeras naves, incubaba su rencor; y ya no se mostraba en el ágora, que ilustra á los hombres, ni en el combate. Y permanecía allí, devorándose el corazón y añorando el grito de guerra y la refriega.

Cuando reapareció Eos por duodécima vez, los Dioses que eternamente viven se reintegraron al Olimpo, y Zeus iba á la cabeza. Y Tetis no olvidó las súplicas de su hijo, y emergiendo de la espuma del mar, subió muy de mañana por el Urano hasta el Olimpo, donde encontró al que todo lo ve, al Cronida, sentado lejos de los otros Dioses, en la más alta cumbre del Olimpo, de numerosas cimas.



Abatióse ante él, le abrazó las rodillas con la mano izquierda, con la derecha le tocó la barba, é implorándole dijo al Rey Zeus Cronión:

—¡Padre Zeus! Si alguna vez entre los Inmortales te he servido, ora con mis palabras, ora con mis actos, atiende este ruego: Protege á mi hijo, que es de los vivos el que se halla más próximo á la muerte. Sabe que el rey de los hombres Agamenón le ha ultrajado y es dueño de su recompensa, de la que hubo de apoderarse. Hónrale al menos tú, Olímpico, sapientísimo Zeus, y concede la victoria á los troyanos hasta que los acaienos desagraven á mi hijo y le rindan pleitesía.

Habló así, y Zeus, que amontona las nubes, no respondió, continuando mudo durante algún tiempo. Y Tetis, oprimiendo sus rodillas, que tenía abrazadas, exclamó por segunda vez:

—Consiente en ello y promete con sinceridad ó recházame, pues que no puedes temer nada. ¡Sepa yo al fin si soy la más despreciada de las Diosas!

Y tras un profundo suspiro, le dijo Zeus, que amontona las nubes:

—En verdad que se avecinan grandes desdichas si me indispones con Here y das lugar á que ella me irrite con sus palabras humillantes. No cesa, ciertamente, de reprocharme entre los Dioses Inmortales, y me acusa de ser parcial é inclinarme á favor de los troyanos en el combate. Ahora, retírate de prisa antes de que Here te advierta. Procuraré hacer lo que me pides, y en prueba de ello

te otorgo el gesto de asentimiento de mi cabeza, que para los Inmortales es el más importante de mis gestos. Y no he de revocar, ni negar, ni dejar de cumplir lo que prometo con un mohín de mi cabeza.

Y cuando hubo hablado así, el Cronión frunció sus cejas azules. Y la ambrosiana cabellera agitose sobre la testa inmortal del Rey y estremeci6se el vasto Olimpo.

Cuando hubieron hablado así ambos, separáronse. Y Tetis se hundió en el mar profundo desde la altura del Olimpo luminoso, y Zeus regresó á su morada. Y todos los Dioses alzáronse de sus asientos á la vista del Padre, y nadie osó esperar á que llegara, apresurándose á salir á recibirle, y él se sentó en su trono. Pero Here desconfió, porque le habia visto concertarse con la hija del Viejo del mar, Tetis la de los pies de plata. Y dirigió amargos reproches á Zeus Cronión:

—¿Quién de entre los Dioses, saco de astucias, se ha avistado contigo? Te complaces en tomar lejos de mí resoluciones secretas, y jamás me revelas lo que meditas.

Y le contestó el Padre de los Dioses y de los hombres:

—Here, no esperes conocer todos mis pensamientos, pues te acarrearía terribles consecuencias, aunque seas mi esposa. Aquel que me convenga que no ignores, ninguno de los Dioses y de los hombres lo sabrá antes que tú; pero guárdate de averiguar el que yo imagine lejos de los Dioses.

Y le contestó la venerable Here la de los ojos de buey:

—¿Qué palabras acabas de pronunciar, cruel Cronida? En verdad que jamás te interrogué ni indagué tus pensamientos, y meditas lejos de mí cuanto te place. Pero tiemblo ante la idea de que la hija del Viejo del mar, Tetis la de los pies de plata, te haya seducido, pues desde por la mañana está sentada al lado tuyo y abraza tus rodillas. Le prometiste de seguro que darías honores á Akileo y harías caer un gran número de hombres junto á las naves de los acaienos.

Y le contestó Zeus, que amontona las nubes, y dijo:

—¡Insensata! Me espías sin cesar y no puedo esconderme de ti. Pero en tu impotencia no conseguirás más que alejarte de mi corazón, y tu dolor se hará más terrible. Si resultaran ciertas tus sospechas, será porque yo quiera obrar de ese modo. Cállate, pues, y obedece mis palabras. ¡Y sabe que todos los Dioses Olímpicos no podrian defenderte, si pongo sobre ti mis manos sagradas!

Habló así, y la venerable Here la de los ojos de buey sintió pavor y permaneció muda domando su corazón altivo. Y en la morada de Zeus los Dioses aránicos gemian.

Y el ilustre obrero Hefesto comenzó á hablar para consolar á su muy amada madre, Here la de los brazos blancos:

—En verdad que nuestros males serán funestos



é intolerables si reñís así á causa de los mortales y sembráis la discordia entre los Dioses. Nuestros brillantes festines perderán su alegría, de continuar tal situación. Yo aconsejo á mi madre, la que sin duda reflexionará y acabará por hacerme caso, que procure calmar á Zeus, mi muy amado padre. Porque si el Olímpico, que lanza los relámpagos, se lo propone, puede arrojarnos de nuestros tronos, puesto que es el más fuerte. Intenta, por lo tanto, convencerle con palabras dulces, y no tardará en mostrárenos benigno.

Habló así, y continuando su discurso puso una honda copa en las manos de su madre muy amada, y le dijo:

—Ten paciencia, madre mía, y por más que te aflija, soporta tu desgracia con resignación para no correr el riesgo de verte maltratada, tú que tan querida me eres y á quien, aun á trueque de mi dolor, no podría salvar, pues el Olímpico resulta un formidable adversario. Ya una vez, al pretender yo defenderte, me cogió de un pie y precipitóme desde lo alto de las regiones divinas. Todo un día rodé, y con Helios, que se acostaba, caí en Lemnos casi sin vida. Allá me socorrieron en mi caída los hombres sintianos.

Calló, y la divina Here la de los brazos blancos sonrió y admitió la copa de su hijo. Y éste sirvió del melifluo néctar á los demás Dioses, empezando por la derecha y bebiendo luego él en la cratera. Y una risa inextinguible surgió de entre los

Dioses venturosos viendo hacer á Hefesto en la morada.

Y prolongaron el festin todo el dia, hasta que se puso Helios. Y nadie entre ellos se privó de su ración equitativa de manjares ni de los sonidos de la lira magnifica pulsada por Apolo, á cuyo alrededor cantaban con linda voz las Musas. Mas cuando la brillante luz heliana fué ocultándose, cada uno retiróse también á su morada, construída con habilidad por el ilustre Hefesto, cojo de ambos pies. Y el Olímpico Zeus, que lanza los relámpagos, se dirigió al lecho donde reposaba á la hora en que el dulce sueño le vencía. Y se durmió, y á su lado Here, en el trono de oro.





## RAPSODIA II

Dormían durante la noche todos, Dioses y jinetes armados de cascos; pero Zeus no pudo conciliar el profundo sueño, y buscaba en su espíritu la manera de honrar á Akileo y exterminar á multitud de hombres cerca de las naves de los acaienos. Y lo que mejor hubo de parecerle en su espíritu fué enviar al Atreida Agamenón un Sueño engañoso. Y llamando á éste antes, le dijo estas palabras aladas:

—Ve, Sueño engañoso, á las naves ligeras de los acaienos; entra en la tienda del Atreida Agamenón y transmítele fielmente mi orden de que ponga sobre las armas á la muchedumbre de acaienos me-



menudos, porque he aquí que él va á apoderarse de la ciudad de amplias calles de los troyanos. Los Inmortales que habitan las moradas olímpicas no están ya desunidos, pues Here les conmovió á todos con sus súplicas, y las calamidades pesan sobre los troyanos.

Habló así, y el Sueño partió al oírle. Y llegó en seguida á las ligeras naves de los acaienos. Y acercóse al Atreida Agamenón, que dormía en su tienda acariciado por un melifluo sopor. Y se puso á la cabecera del Rey. Y tomó la apariencia del Neleión Néstor, que era de todos los ancianos aquel á quien Agamenón más respetaba. Y bajo esta forma habló así el Sueño divino:

—¿Duermes, hijo del bravo Atreo domador de caballos? No es bien que un varón prudente, á quien le fueron confiados varios pueblos y sobre cuyo espíritu se acumulan las preocupaciones, duerma toda la noche. Y ahora escúchame sin tardanza y sabe soy un emisario de Zeus, el cual se inquieta desde lejos por ti y te compadece. Por orden suya debes poner sobre las armas á la muchedumbre de acaienos melenudos, porque he aquí que vas á apoderarte de la ciudad de amplias calles de los troyanos. Los Inmortales que habitan las moradas olímpicas no están ya desunidos, pues Here les conmovió á todos con sus súplicas, y las calamidades pesan sobre los troyanos. Retén en tu espíritu estas palabras y nada olvides de ellas después de que el dulce sopor te abandone.

Cuando hubo hablado así, desapareció é hizo que en el alma de Agamenón se agitasen aquellas palabras que no debían cumplirse. Y el insensato creyó que se iba á apoderar de la ciudad de Priamo al día siguiente, ignorando lo que Zeus meditaba. Y mientras, preparábase el Cronida á esparcir aún sobre troyanos y danaenos dolores y gemidos en batallas terribles.

Y se despertó el Atreida, y la voz divina resonaba todavía en torno suyo. Levantóse y vistió su túnica suave, hermosa, nueva. Y se cubrió con amplio manto, y ató á sus pies robustos hermosas sandalias, y colgó de sus hombros la espada de los clavos de plata. Por último, tomó el cetro inmortal de sus padres, y marchó así hacia las naves de los acaienos revestidos de bronce.

Y la divina Eos escalaba el alto Olimpo, anunciando la luz á Zeus y á los Inmortales. Y el Atreida ordenó á los heraldos de sonora voz que convocaran al ágora á los acaienos melenudos. Y fueron convocados, y acudieron todos; y el Atreida reunió en la nave de Néstor, rey de Pilos, un consejo de jefes magnánimos. Y cuando les hubo reunido, consultó su sabiduría:

—Amigos, oídme. Un Sueño divino me fué enviado mientras dormía en medio de la noche ambrosiana. Y era el tal idéntico á Néstor en la estatura y en el rostro, y colocándose á mi cabecera, me habló así: «¿Duermes, hijo del bravo Atreodador de caballos? No es bien que un varón pru-

dente, á quien le fueron confiados varios pueblos y sobre cuyo espíritu se acumulan las preocupaciones, duerma toda la noche. Y ahora escúchame sin tardanza y sabe soy un emisario de Zeus, el cual se inquieta por ti y te compadece. Por orden suya debes poner sobre las armas á la muchedumbre de acaienos melenudos, porque he aquí que vas á apoderarte de la ciudad de amplias calles de los troyanos. Los Inmortales que habitan las moradas olímpicas no están ya desunidos, pues Here les conmovió á todos con sus súplicas, y las calamidades pesan sobre los troyanos. Retén en tu espíritu estas palabras.» Y después de hablar así voló, sin que me fuese dable descansar ya. Pensemos al presente en armar á los hijos de los acaienos. Por de pronto, séame permitido ir á recomendarles que huyan en sus naves llenas de remeros, y vosotros más tarde con vuestras palabras convencedles de que deben quedarse.

Cuando hubo hablado así, se sentó. Y se levantó Nestor, y era rey de la arenosa Pilos, y arregándoles prudentemente, les dijo:

—¡Oh amigos! Reyes y príncipes de los argieños: si algún otro de entre los acaienos nos hubiera narrado ese sueño, hubiéramos podido creer que mentía, y no le hubiéramos hecho caso; pero el que lo ha tenido se gloria de ser el más poderoso del ejército. Preparémonos, por lo tanto, á poner sobre las armas á los hijos de los acaienos.

Cuando hubo hablado así, salió del ágora el



primero. Y los demás Reyes portadores de cetros se levantaron y obedecieron al príncipe de pueblos. Y los pueblos acudían, como enjambres de innúmeras abejas que siempre y sin cesar saliesen de las oquedades de una roca y por legiones revolotearan sobre las flores de la primavera girando unas á un lado y otras á otro: así la multitud de pueblos, saliendo de las naves y las tiendas, afluía hacia el ágora por la inmensa playa. Y en medio de ellos, Ossa, mensajera de Zeus, excitábales y alentábales en su camino, y ellos se reunían.

Y en el ágora imperaba el tumulto, y la tierra gemía bajo los pies de los pueblos. Y como redoblara el clamoreo, los heraldos de voz sonora les conminaron á que callasen y escuchasen á los Reyes divinos. Y la multitud se sentó y quedó silenciosa; y Agamenón irguióse sosteniendo su cetro; aquel cetro lo forjó Hefesto, dándoselo al Rey Zeus Cronión, Zeus se lo dió al Mensajero matador de Argos, y el Rey Hermeas se lo dió á Pelops domador de caballos, y Pelops se lo dió á Atreo príncipe de los pueblos. Atreo al morir se lo dejó á Tiestes, rico en rebaños, y Tiestes se lo dejó á Agamenón, á fin de que este último lo empuñara y mandara en gran número de islas y en todo Argos. Apoyado en aquel cetro, Agamenón habló así á los argienos:

—¡Oh amigos, héroes danaenos, servidores de Ares: Zeus Cronida, el implacable, me ha colmado de desgracias terribles! En otro tiempo me prometió

que no regresaría á mi país sin haber conquistado á Ilios la de las fuertes murallas; mas me engañó, y he aquí que ahora me veo precisado á entrar de nuevo en Argos sin ninguna gloria y tras de perder un gran número de hombres. Y eso es lo que ha dispuesto el todopoderoso Zeus, quien derribó y aun ha de derribar tantas altas ciudadelas, porque su fuerza es mucha. Cierto que constituye para la posteridad una vergüenza que la valerosa é innumerable raza de los acaiens haya durante muchos años combatido en vano con hombres menos numerosos, sin que hasta hoy pudiera preverse el final de tal lucha. Porque si luego de sellar con pacíficos juramentos tratados inviolables hiciésemos los acaiens y troyanos un recuento de las dos razas, aunque los habitantes de Troya se reunieran y nosotros nos dividiésemos en décadas, tomando para copero de cada una un troyano sólo, muchas décadas quedarían sin copero: tanto mayores son en número los hijos de los argiens que los troyanos residentes en esta ciudad. Pero he aquí que muchos pueblos aliados de nuestros enemigos diestros en manejar la lanza se oponen victoriosamente á mi deseo de ásolar la populosa ciudadela de Troya. Han transcurrido ya nueve años del gran Zeus, y los cascos de nuestras naves se corrompen, y sus jarcias se pulverizan, y nuestras mujeres y nuestros pequeñuelos nos esperan en lejanos hogares, y la empresa por que vinimos no se lleva á cabo. ¡Vámonos! Huyamos todos en nuestros na-

víos á la amada tierra natal. ¡Nunca conquistaremos la gran Troya!

Habló así, y sus palabras llegaron al alma de la muchedumbre que no había asistido al anterior consejo. Y el ágora agitóse cual las vastas olas del mar icario cuando las mueven Euro y Noto saliendo de las nubes del Padre Zeus, ó cual un campo de espigas trastornado por Zéfiro, que cae impetuosamente sobre las buenas cosechas. Tal se agitaba el ágora. Y corrían todos hacia las naves, gritando y levantando en su carrera una inmóvil nube de polvo. Y se exhortaban unos á otros á arrastrar al divino mar las naves. Y el griterío ascendía hasta el Urano, acelerándose los preparativos de la marcha; y se limpiaban ya los fondos y se quitaban los rodillos enormes que sostenían las naves. Contra su destino, se hubiesen retirado entonces los argienos, si Here no hubiese hablado así á Atenea:

—¡Ah hija indómita de Zeus tempestuosos! ¿Será posible que los argienos, sobre el vasto lomo del mar, huyan á sus hogares y á su amada tierra natal, abandonando á Priamo y á los troyanos la victoria y la argiena Helena, por la que perecieron ante Troya tantos acaienos lejos de su querida patria? Ve á buscar al pueblo de los acaienos revestidos de bronce, y retén á cada soldado con palabras dulces para impedir que boten al mar sus naves.

Habló así, y la divina Atenea la de los ojos cla-



ros hubo de obedecerla. Y bajó de la cumbre del Olimpo, y llegada que fué á las naves ligeras de los acaienos, encontró á Odiseo, comparable á Zeus por la inteligencia, que permanecía inmóvil. Y no aparejaba él su negra nave bien construída, porque el dolor le llenaba el corazón y el alma. Y deteniéndose frente á él, habló así Atenea la de los ojos claros:

—Divino Laertiada, prudente Odiseo: ¿será posible que huyáis todos en vuestras naves llenas de remeros, abandonando á Priamo y los troyanos su victoria y la argiena Helena, por la que perecieron ante Troya tantos acaienos lejos de su querida patria? Anda, apresúrate á buscarles y retén á cada soldado con palabras dulces para impedir que boten al mar sus naves.

Habló así, y reconociendo él la voz de la Diosa, corrió, dejando caer su manto, que hubo de recoger el heraldo Euribates de Itaca mientras le seguía. Y al encontrarse luego con el Atreida Agamenón, Odiseo recibió de sus manos el cetro inmortal de Atreo, y empuñándolo, encaminóse hacia las naves de los acaienos revestidos de bronce. Y cuando se veía frente á frente de algún rey ó de algún varón ilustre, deteníale con estas dulces palabras:

—¡Desgraciado! No te es dable temblar como un cobarde. Detente y procura detener á los demás. Ignoras aún el verdadero pensamiento del Atreida. Ahora explora el ánimo de los hijos de los acaie-

nos, y pronto les castigará. En el consejo no acabamos de oír cuanto nos dijo. Temamos que encolerizado maltrate luego á los que huyen, porque es temible la cólera de un Rey criatura de Zeus, y el sapientísimo Zeus le ama y de Zeus viene su gloria.

Pero cuando hablaba á algún guerrero obscuro que corría lanzando descompuestas voces, golpeábale con el cetro y reprendíale con palabras duras:

—¡Párate, miserable! Escucha á los que son tus superiores, cobarde y débil, que no te distinguiste ni en la guerra ni en el consejo. En verdad que los acaïenos todos no van á ser Reyes aquí. La aglomeración de señores para nada sirve. No hace falta más que un jefe, un solo Rey á quien el hijo de Cronos el astuto dejó el cetro y las leyes para que reine sobre todos.

Así refrenaba Odiseo con energía al ejército. Y de nuevo precipitáronse en tumulto hacia el ágora, alejándose de las naves y las tiendas, como vuelven al mar las olas estruendosas tras de chocar contra la costa con enorme ruido. Y cada uno se sentó en su puesto. Y únicamente Tersites gritaba todavía. Prodigaba palabras insolentes é insultantes para los mismos Reyes, y hablaba sin medida á fin de excitar la risa de los argienos. Y era el hombre más deforme venido frente á Ilios. Era bizco, cojo, y sus hombros corcovados se le juntaban sobre el pecho, y menguados mechones de cabellos caían sobre su cabeza puntiaguda. Aborrecía sobre todos á Akileo y á Odiseo, y les ultra-

jaba. Y lanzaba gritos injuriosos contra el divino Agamenón. Los acaienos le despreciaban y le odiaban; y ultrajaba así en alta voz á Agamenón:

—¿Qué necesitas ya y á qué aspiras, Atreida? Tus tiendas están llenas de bronce y de numerosas y bellísimas mujeres que los acaienos te entregamos antes que á nadie al saquear una ciudad cualquiera. ¿Te es preciso aún el oro que un troyano domador de caballos ha de darte por rescatar á su hijo, al cual yo te habré traído encadenado ó habrá sido vencido por algún otro acaieno? ¿Acaso anhelas una mujer joven para poseerla de continuo y no dejarla nunca? ¿O es que por ser el jefe te propones colmarnos de desdichas á los acaienos? ¡Ah cobardes, oprobios vivientes, acaienas en lugar de acaienos! Volvamos en las naves á nuestros hogares, y dejémosle á él solo frente á Troya, amontonando sus botines, para que sepa al fin si nos necesitaba ó no. ¿No ha ultrajado á Akileo, mejor guerrero que él, arrebatándole su recompensa? Ya puedes alegrarte de que Akileo no sea soberbio, pues de otro modo, Atreida, tal insolencia tuya hubiera sido la última.

Habló así, ultrajando á Agamenón, príncipe de pueblos. Y el divino Odiseo, parándose delante de él, le miró con ojos sombríos y le dijo duramente:

—¡Silencio, Tersites, charlatán infatigable! Y no murmures de los Reyes. No creo que haya hombre más vil que tú entre los que vinieron con los Atrei-



das frente á Troya, y no debieras arengar, por tanto, poniendo en tu boca el nombre de los Reyes ni ultrajarles ni excitar al regreso. Aun no sabemos cuál será nuestro destino y si conviene ó no que nos marchemos. Y he aquí que te complaces en ultrajar al Atreida Agamenón, príncipe de pueblos, porque los héroes danaenos colmáronle de dones. ¿Y en eso fundas tu discurso? Pero en verdad te digo, y ten por cierto no hablo vanamente, que si vuelvo á verte tan lleno de rabia cual ahora, merecería que me cortasen la cabeza y dejaría de ser el padre de Telémaco, si no te cogiera, y arrancándote tu traje, tu manto y cuanto cubre tu desnudez, no te enviara sollozante desde el ágora á las naves ligeras, propinándote terribles golpes.

Habló así, y le pegó en la espalda y en los hombros con el cetro. Y Tersites se encorvó y las lágrimas saltaron de sus ojos. Y bajo el cetro de oro le inflamó la espalda una tumefacción sangui-nolenta, y el infeliz sentóse quejándose y temblando, repugnante en su aspecto, mientras los acaie-nos, preocupados aún, rompían en risas y exclamaban mirándose unos á otros: «En verdad que Odiseo hizo excelentes cosas con sus sabios consejos; mas la mejor de todas fué reducir al silencio á ese calumniador y obligarle á que en bastante tiempo se guarde de ultrajar á los Reyes con sus palabras injuriosas.»

Hablaba así la multitud. Y Odiseo, el conquistador de ciudades, irguióse con su cetro en las ma-

nos. Cerca de él, Atenea la de los ojos claros había tomado la apariencia de un heraldo y ordenaba callar á la muchedumbre para que todos los hijos de los acaienos, igual los más distantes que los más próximos, lograran oír y comprender. Y habló así el excelente agoreta:

—Sabrás, ¡oh rey Atreida! que los acaienos quieren cubrirte de oprobio ante los hombres, olvidando que al salir de Argos te prometieron no regresar sin haber derribado la sólida muralla de Ilios. Y he aquí que hoy lloran como niños ó viudas, deseando el retorno á sus lares, y no piensan que sería una lástima huir después de haber sufrido tanto. Comprendo que el viajero por un mes alejado de su hogar se impaciente en su nave cargada de remeros, si los huracanes invernales ó el mar enfurecido le retuvieran; pero no al cabo de nueve años, como hará en breve que vinimos aquí. No conviene, á fe mía, que los acaienos desesperen junto á sus navíos, porque fuera á la postre vergonzosa una ausencia tan larga para luego volver con las manos vacías. Aguantad, pues, amigos, y permaneced aquí algún tiempo todavía, con objeto de que lleguemos á saber si Calcas acertó ó no en sus predicciones. ¿Os acordáis? Vosotros, á quienes respetaron hasta ahora las Keres de la muerte, fuisteis testigos del portento aquel remoto día en que las naves acaienas se juntaron en Aulis para llevar á Priamo y los troyanos calamidades mil. Nos hallábamos reunidos en las proximidades de

una fuente, ofreciendo á los Inmortales solemnes holocaustos en las aras sagradas á la sombra de un plátano frondoso, á cuyo pie corría un regato cristalino, cuando surgió el prodigio. Un terrible dragón de ensangrentados lomos, á quien había enviado el propio Olímpico, salió de debajo del ara y trepó al plátano. En la rama más alta del árbol escondíanse entre las hojas ocho tiernos gorriones con su madre, la cual era la novena. Y el dragón se dispuso á devorarlos, mientras la hembra, al escuchar los pios de sus polluelos, acudía revoloteando en torno de la fiera. Y no bien el dragón la oyó, tomola por un ala, devorándola del mismo modo que á sus crías; y apenas hubo concluido con los hijos y la madre la alimaña aquella, el Dios que la envió hizo un signo memorable, pues convirtiola en piedra el heredero del astuto Cronos. Y á tiempo que admirábamos el extraño suceso y nos hacíamos lenguas de las cosas horribles provocadas por los holocaustos de los Dioses, Calcas nos revelaba las divinas voluntades: «¿Por qué, atemorizados, enmudecéis, acaienos melenudos? Acabáis de presenciar una advertencia portentosa del sapientísimo Zeus, y aunque tarden en cumplirse sus horóscopos, la gloria que nos tiene reservada resultará imperecedera. Ese dragón que ha devorado á los ocho gorrioncillos y á la madre, la cual sumaba la novena, significa que hemos de combatir durante nueve años y en el décimo tomaremos á Troya la de las anchas calles.» Así vaticinaba, y sus pa-



labras se realizarán muy pronto. Quedaos, pues, todos, acaienos de hermosas grebas, hasta que nos apoderemos de la gran fortaleza de Priamo.

Habló así, y los argienos aplaudieron la arenga del divino Odiseo, gritando entusiasmados. Y sus gritos retumbaban medrosos en las naves abiertas. Y dijo entonces el jinete gerenieno Néstor:

—¡Ah! ¡En verdad que está el ágora compuesta de rapazuelos ajenos á las fatigas de la lucha! ¿Qué ha sido de nuestros juramentos y nuestras palabras? ¿Es que ya no paramos mientes en los consejos que un día pedimos á la sabiduría de los hombres, ni en las libaciones de vino puro, ni en los apretones de manos con que sellamos nuestra alianza? No combatimos más que con baldías frases y no hemos decidido nada provechoso en tantos años. ¡Sé firme ahora, Atreida, y conduce á los argienos á la ruda batalla, y si hay algún cobarde que conspira contra los acaienos y sólo piensa en volver á Argos cuanto antes sin tener aún la certidumbre de que nos engañara Zeus tempestuoso, déjale que perezca, pues no conseguirá su intento! Porque yo os aseguro que el terrible Cronión nos hizo una promesa grata el día en que los argienos embarcaron en sus ligeras naves para atraer hacia los troyanos las Keres de la muerte, tronando á nuestra diestra, lo que es un favorable auspicio. No se apresure, pues, ninguno de vosotros á regresar á su país sin arrastrar consigo á la mujer de algún troyano y vindicar el rapto de la bella Helena, causa de tan-

tos males. Y si á pesar de todo hay quien prefriere huir, apercíbase á ocupar su negra y bien construída nave y encontrará un fin presto. Por lo pronto, tú, ¡oh Rey! delibera serenamente y escucha lo que voy á advertirte, porque, á fe mía, no debe desdeñarse. Divide á los soldados por razas y por tribus y haz que se ayuden unos á otros. Si lo realizas y los acaienos te obedecen, no tardarás en conocer la cobardía ó el valor de los jefes y sus hombres, ya que cada uno peleará en la medida de sus fuerzas. Y caso de no tomar esta ciudad, sabrás también si fué por la voluntad divina ó por culpa de los hombres.

Y para contestarle habló así el rey Agamenón:

—No cabe duda, anciano, de que superas en el ágora á todos los hijos de los acaienos. ¡Oh Padre Zeus, Atenea, Apolo! ¡Si yo tuviese entre los acaienos diez consejeros como tú, Néstor, la ciudad de Priamo caería en seguida destruída y saqueada por los míos! Mas el Cronida Zeus tempestuoso me ha colmado de desventuras proporcionándome querellas funestas. Akileo y yo nos separamos á causa de una joven virgen, y confieso que yo fui quien primeramente hubo de agraviarle. En verdad que, como en el porvenir volviéramos á reunirnos, ni un solo día se retrasaría la ruina de los troyanos. Y ahora id á reparar fuerzas para combatir luego, y que cada uno, por lo pronto, afile su lanza, asegure su escudo, dé el pienso á su caballo, no descuide su carro y se preocupe de cuanto atañe á la guerra,

dedicando el día todo á la obra del terrible Ares, sin descansar, hasta que la noche se interponga entre los bandos furiosos. La correa de cada preservador escudo se empapará con la transpiración de cada pecho, y la mano guerrera ha de cansarse oprimiendo la lanza, y el caballo humeará sudoroso de transportar el carro sólido. ¡Ah! Y sabed que aquel á quien yo vea lejos del combate y próximo á las naves espolonadas no podrá impedir que le devoren los perros y las aves de rapiña.

Dijo, y de los argienos se escapó un rumor semejante al que produce el mar cuando le empuja el Noto á la costa bravia y las olas azotan la roca que se interna en el agua y está á los cuatro vientos. Y corrían, dispersándose entre las naves, y de las tiendas se escapaban penachos de humo, anunciando la próxima comida. Y cada cual ofrecía un sacrificio á alguno de los Dioses que siempre viven, á fin de que le preservase de las heridas de Ares y de la muerte. Y el rey de los hombres Agamenón inmoló, para gloria del Cronión omnipotente, un corpulento toro de cinco años é invitó para que asistiesen á la ceremonia á los más ilustres panakienos, á Néstor, al rey Idomeneo, á los dos Ayaces y al hijo de Tideo. Odiseo, comparable á Zeus por la inteligencia, hizo el número seis de los llamados. Menelao, el valeroso en el combate, acudió sin necesidad de que á ello le excitaran, porque sabia los propósitos de su hermano. Colocados alrededor del toro, prepararon la cebada salada, y Agame-



nón, rey de los hombres, murmuró á modo de plegaria:

—¡Máximo y gloriosísimo Zeus, que amontonas las nubes y habitas en el Éter! ¡Otórgame el favor de que no se oculte Helios ni se acerque la noche sin que caiga antes entre llamas, con las puertas rotas y reducidas á ceniza, la residencia de Príamo, ni sin que esta mi espada despedace sobre su pecho la coraza de Héctor mientras los suyos caen al suelo y muerden la tierra!

Habló así, y el Cronión aceptóle el sacrificio; pero no hubo de atenderle, reservándole aun más penosas fatigas. Y después de orar y de esparcir la cebada salada, volvieron la cabeza del toro; y degollado y desollado ya, cortáronle en cuartos que cubrieron de grasa por dos veces. Y colocando encima sanguinolentos residuos, los asaron con ramas sin hojas, y en tanto ponían las entrañas en el fuego. Y cuando asaron los cuartos y hubieron probado las entrañas, dividieron el resto en pedazos menudos, ensartándolos y asándolos cuidadosamente y retirando luego de la lumbre todo. Y después de esta faena, prepararon la comida, sin que ninguno se quejase de la desigualdad de las raciones. Luego, tras de satisfacer cada cual la sed y el hambre, el jinete gerenieno Néstor habló así:

—Atreída Agamenón, triunfador Rey de los hombres, trabajemos sin pérdida de tiempo para conseguir lo que Zeus permite que se cumpla. ¡Aprisa! Manda ya á los heraldos que con sonoras voces

convoquen cerca de las naves al ejército de los acaienos revestidos de bronce; y nosotros, en tanto, nos mezclaremos con la guerrera multitud, llamando en nuestro auxilio al impetuoso Ares.

Dijo, y el rey de los hombres Agamenón obedeció y mandó á los heraldos de potente voz que instaran al combate á los acaienos melenudos. Y en torno al Atreión, los Reyes divinos corrían de un lado para otro, alineando la escuadra. Y Atenea la de los ojos claros iba entre ellos, llevando la Egida gloriosa, imperecedera é inmortal, de la que colgaban cien finísimas bandas de oro, cada una de las cuales valía tanto como cien bueyes. Con esta Egida caminaba en medio de la armada de acaienos enardeciéndoles é infundiéndoles valor y fuerza para que guerrearán y lucharán sin decaer. É hizo que entonces pareciese á todos más dulce combatir que volver á la tierra natal en las naves abiertas. Como voraz incendio que abrasase una selva en la altura de un monte, y cuya luz brillase desde lejos, subía hasta el Urano el resplandor del bronce reluciente que ostentaba el ejército en marcha.

Cual las aladas multitudes de ocas, grullas y cisnes de esbelto cuello vuelan en las praderas de Asio junto al Caistrío, estremeciendo con sus gritos el aire, corrían las innumerables tribus acaienas como un torrente en la planicie que baña el Scamandro, lejos de las tiendas y las naves, y bajo sus plantas y las de sus caballos retumbaba la tierra

horriblemente. Y al llegar á la vega florida tantos millares de hombres cual hojas y corolas hay en la primavera, hicieron alto. Y numerosos como los enjambres infinitos de moscas que runrunen por las majadas en la buena estación cuando blanquea abundante la leche en las vasijas, los acaienos melencudados esperaron en la llanura á los troyanos, ansiando destruirles. Lo mismo que los pastores reconocen sin dificultad sus cabras que pastan confundidas en rebaños inmensos, reconocían y separaban á sus hombres los jefes. Y el gran Rey Agamenón se erguía en medio de todos, semejante en los ojos y en la cara á Zeus que dispone del rayo, á Ares en la estatura, y en la amplitud del pecho á Poseidón. De la propia manera que en la vacada sobresale el toro entre las demás reses que le rodean, sobresalía, por obra de Zeus, el Atreida entre innumerables héroes.

Y ahora, Musas que residís en las olímpicas regiones, vosotras que sois Diosas, no ignoráis nada y disfrutáis de omnipresencia mientras llega á nosotros únicamente un eco de la gloria, enumerad los Reyes y príncipes danaenos, pues no podría yo detallar ni describir tal multitud, aunque gozase de diez lenguas, diez bocas, una voz incansable y un pecho de bronce, si las Musas olímpicas hijas de Zeus tempestuoso no me recordaran los que llegaron frente á Ilios. Por tanto, sólo nombraré á los caudillos y las naves todas.

Peneleo, y Leito, y Arkesilao, y Protoenor, y



Clonio acaudillaban á los beocios. Y eran éstos los que habitaban Hiria y la pétrea Aulis, y Skeimno, y Scolo, y las numerosas colinas de Eteón, y Tespia, y Grea, y la gran Micaleso; y los que habitaban en las proximidades de Harmo, y de Ilesio, y de Eritra; y los que habitaban en Eleón, y en Hila, y en Peteona, en Ocalia y en la bien construída Medeón, en Copa, y en Entresis, y en Tisbe, abundante en palomas; y los que habitaban Coronea y Aliarto la de inmensas praderas; y los que habitaban en Platea; y los que vivían en Gliza; y los que habitaban en la bien edificada ciudad de Hipotebas y en la santa Onkesto, bosque sagrado de Poseidaón; y los que habitaban en Arna, rica en uvas, y en Midea, y en la santa Nisa, y en la ciudad fronteriza de Antedón. Y llegaron en cincuenta naves, de las cuales cada una transportaba ciento veinte jóvenes beocios.

Y los que habitaban Aspledon y Orcomeno de Minia iban acaudillados por Ascalafo y por Ialmeno, hijos de Ares, que sorprendió un día á la inocente virgen Astioca Aceida, quien les dió el ser á ambos en la morada de Actor. Y llegaron en treinta naves abiertas.

Y Skedio y Epistrofo, hijos del magnánimo Ifito, acaudillaban á los fokenses. Y eran éstos los que habitaban en Kipariso, y en la pedregosa Pitón, y en la santa Crisa, y en Daulis, y en Panope; y los que habitaban en las proximidades de Anemoria y de Hiampolis; y los que habitaban á orillas del divi-

no río Kefiso y eran dueños de la Lilaia, situada en la fuente del Kefiso. Y llegaron en cuarenta naves negras, formándoles sus jefes á la izquierda de los beocios.

Y el ágil Ajax Oileida acaudillaba á los locrienos. Aunque tenía mucha menos estatura que Ajax de Telamón y su coraza era de sencillo lino, excedía en el manejo de la lanza á los helenos y acaieños. Y acaudillaba á los que habitaban en Kino, y en Caliaro, y en Besa, y en Scarfa, y en la venturosa Augia, y en Tarfe, y de Tronio, en la margen del Boagrió. Y todos los locrienos, que vivían frente á la sacra isla de Eubea, llegaron en cuarenta enormes naves.

Y los valerosísimos abantes, que habitaban la Eubea y Calkis, y Eritria, é Histeá, rica en uvas, y la marítima Kerinto, y la alta ciudadela de Dío; y los que habitaban en Caristo y en Stira, eran acaudillados por Elefenor Calcodontiada, de la raza de Ares. Y los bravos guerreros abantes, cuyas cabezales les caían por la espalda, se mostraban ansiosos de traspasar con sus picas de fresno las corazas enemigas. Y llegaron en cuarenta naves negras.

Y los que habitaban en la fuerte y hermosa Atenas—la ciudad del magnánimo Erecteo, á quien desde que le parió la tierra fecunda, crió Atenea, hija de Zeus, en el templo abundoso donde los hijos de los atenienses le ofrecen cada año holocaustos de toros y corderos, con el fin de agradarla—, eran acaudillados por Menesteo, hijo de Peteo. Nunca vi-

viente alguno, á no ser Néstor, de más edad que él, le igualó en ordenar en columna de batalla á los jinetes y los carros de guerra. Y llegaron en cincuenta naves negras.

Y Ajax había traído de Salamis doce naves, que colocó junto á las de los atenienses.

Y los que habitaban en Argos y en la fuerte Tirinta, en Hermione y en Asine la de golfos profundos, en Treixena, y en Eona, y en Epidauro, abundante en viñas; y los que habitaban en Egina y en Mases, iban acaudillados por Diomedes, ardoroso en el combate, y por Stenelo, hijo del ilustre Capaneo, y por Eurialo, semejante á los Dioses, hijo del Rey Mekisteo Talionida, por más de que Diomedes los acaudillaba á todos. Y llegaron en ochenta naves negras.

Y á los que habitaban en la ciudad fuerte y bien construída de Mikena, y en la rica Corinto, y en Cleona; y á los que habitaban en Ornea y en la afortunada Aretirea y de Likión, donde reinó el primero Adresto; y á los que habitaban el Hiperesie, y la alta Gonoesa y Pelena; y á los que habitaban en las cercanías de Egión, y de la gran Helike, y en toda aquella costa, los acaudillaba el Rey Agamemón Atreida. Y llegaron en cien naves: eran los más numerosos y más bravos de los guerreros reunidos allí. Y el Atreida, revestido de espléndido bronce y también valeroso, enorgulleciase de mandar á tantos héroes, ya que llevó mayor número de soldados que ninguno.



Y los que habitaban en la vasta Lacedemonia, dentro de un hondo valle, y en Faris, y en Esparta, y en Mesa, donde abundan las palomas, y en Bristia, y en la hermosa Augia, en Amicla y en la marítima Helo; y los que habitaban en Laas y en Etilo, iban acaudillados por Menelao, ardiente en el combate, y separados de las escuadras de su hermano. Y llegaron en sesenta naves. Y Menelao aparecía en medio de los suyos, confiado en el valor de todos y excitándoles á la lucha, pues más que nadie anhelaba vengar el rapto de Helena y las desgracias que lo habían seguido.

Y los que habitaban Pilos, y la dichosa Arene, y Trio, surcada por el Alfeo, y la hábilmente construída Epi, y Kiparisa, y Anfigenia, Pteleón, Helo y Dorión, donde al volver de Ecalia el tracio Tamiristras de haber visitado al Rey Eurito, las Musas le dejaron mudo por vanagloriarse de que en el canto vencería á las mismas Musas, hijas de Zeus tempestuoso, las cuales para castigarle le privaron de la ciencia divina de cantar y de tocar la cítara. Á estos soldados les acaudillaba el jinete gerenieno Néstor. Y llegaron en noventa naves abiertas.

Y á los que habitaban en la Arcadia, al pie del alto monte de Killene, donde crecieron hombres esforzados, cerca del sepulcro de Epitio; y á los que habitaban en Feneo y Orcomeno, rica en rebaños, y á los de Ripe, y de Stratia, y de Enispe, azotada por los vientos; y á los que habitaban en Tegea, y en la dichosa Mantinea, y en Stinfelo, y en Parrasia,

acaudillábales el Rey Agapenor, hijo de Ankeo. Y llegaron en cincuenta naves, y cada una de ellas conducía un gran número de arcadienses belicosos. Y como nunca se habían dedicado á las faenas marítimas, el Rey Agamenón les había dado naves bien construidas que les sirviesen para surcar el negro mar.

Y los que habitaban Buprasio, y la divina Elis, y la comarca que rodea á Hirmina, y á Mirsina, y á la roca Oleniena, y á Alesio, llegaron á las órdenes de cuatro jefes, y cada cual de éstos conducía diez ligeras naves cargadas de epeos. Dos de los escuadrones los mandaban Anfimaco y Talpio, de los que el primero era hijo de Cleato y el segundo de Eurito Actorión. Y el robusto Dioces Amarinkeida conducía otro escuadrón, y el restante lo capitaneaba el divino Polixeno, hijo de Agasteneo Augiada.

Y los que habitaban en Dulikión y en las santas islas Ekinades, que están frente á las costas de Elis, iban acaudillados por Meges Fíleida, comparable á Ares. Y era hijo de Fileo, hábil jinete, caro á Zeus, que al regañar un día con su padre se refugió en Dulikión. Y llegaron en cuarenta naves negras.

Y Odiseo acaudillaba á los magnánimos kefale-nios y á los que habitaban en Itaca y en Nerito la de los bosques rumorosos; y á los que habitaban en Crokilea, y en la árida Egilipa, y en Zakinto, y en Samos; y á los que habitaban en el Epiro, en la ribera opuesta. Y llegaron en doce naves rojas.

Y Toas Andremonida acaudillaba á los etolios, que habitaban en Pleurón, en Oleno, y en Pilene, y en la marítima Calkis, y en Calidón la peñascosa. Como los hijos del magnánimo Eneo habían muerto, y éste había muerto, y el rubio Meleagro había muerto, Toas conducía ahora á los etolios. Y llegaron en cuarenta naves negras.

E Idomeneo, diestro en lanzar la pica, acaudillaba á los cretenses y á los que habitaban en Gnosso, en la fuerte Gortina y en las ciudades populosas de Licto, Mileto, Licaste, Festo y Ritión, y á otros que también habitaban en las cien ciudades de Creta. Y en compañía de Idomeneo les mandaba Meriones, semejante á Ares el matador de hombres. Y llegaron en ochenta naves negras.

Y el corpulento y robustísimo Tlepolemo Heraclida había conducido en nueve naves á los orgullosos rodios, que formaban los tres pueblos de Rodas: el de Lindo, el de Yeliso y el de la rica Camiro. Y Tlepolemo, hábil en manejar la pica, era quien les acaudillaba. Después que Heracles hizo suya á Astiokea en Efira, á la que baña el Seleis y donde conquistó tantas ciudades defendidas por soldados jóvenes, aquélla dió el ser á Tlepolemo. Y Tlepolemo, educado en la hermosa morada, mató á Likimnio, tío de su padre y de la raza de Ares. Y tras de construir navíos y recolectar una importante muchedumbre para que le siguiese, por mar huyó de los otros hijos y los nietos del gran Heracles, que le amenazaban. Anduvo luego errante y



sufrió numerosas desventuras, arribando por fin con sus huestes á Rodas, donde se dividieron en tres tribus. Y Zeus, el que manda en los Dioses y en los hombres, les amó y les colmó de riquezas.

Y Nireo concurrió desde Sima con tres naves. Y había nacido de Aglea y del rey Caropo, y era el más bello de todos los danaenos, excepto el irreprochable Peleión; pero no era bravo y acaudillaba un número escaso de guerreros.

Y los que habitaban en Nisiro, y en Crapato, y en Caso, y en Cos, ciudad de Euripilo, y en las islas Calinades, iban acaudillados por Feidipo y Antifo, hijos los dos del rey Tesalo Heracleida. Y llegaron en treinta naves abiertas.

Y también enumeraré á los que habitaban en Argos Pelásgico, y en Alos, y en Alape, y á los que residían en Trakina, y en Ftia, y en la Hélade de las bellas mujeres. Recibían éstos los nombres de mirmidones, helenos ó acaienos, y Akileo acaudillaba sus cincuenta naves. Pero habían olvidado la guerra y sus clamores por falta de un campeón que les dirigiera, pues el divino Akileo el de los pies veloces permanecía tendido en su navío, recordando á Briseida la virgen de hermosa cabellera, á quien hizo cautiva en Lirneso después de haber tomado esta ciudad y derribado con improbos esfuerzos las murallas de Teba. Allí quitó la vida al belicoso Menito y á Epistrofo, hijos del rey Eveno Selepiada. Y dominado por la pena, perma-

necia tendido; mas muy pronto debía volver á levantarse.

Y los que habitaban en Filaca, y en la fértil Pirraso, consagrada á Demeter, y en Itona, rica en rebaños, y en la marinera Autron, y en Pteleo la de vastas praderas, fueron un tiempo acaudillados por el valiente Protesilao cuando vivía; pero he aquí que se hallaba sepultado bajo la negra tierra, y su esposa, víctima del dolor, se desfiguraba el rostro en la soledad de su abandonada vivienda de Filaca, porque un guerrero dardanieno le mató mientras él preparábase á desembarcar de su navío antes que ningún otro acaieno. Pero sus guerreros no se hallaban sin jefe, é iban acaudillados por una criatura de Ares, Podarkes, hijo de Ificlo el poseedor de rebaños numerosos, y hermano del magnánimo Protesilao. Y este héroe era el primogénito y el más bravo de ambos, por lo que sus guerreros echábanle de menos. Y llegaron en cuarenta naves negras.

Y los que habitaban en Fera, fundada junto al lago Bebis, y los de Beba, y Glafiera, é Ioico, llegaron en once naves, acaudillados por Eumelo, el hijo esclarecido de Admetes y de Alkestis, orgullo de las de su sexo y la más hermosa hija de Pelias.

Y á los que habitaban en Metona, y en Taumaca, y en Melibea, y en la árida Olizon, los acaudilló y condujo en siete naves el excelentísimo arquero Filoctetes. Y en cada nave iban cincuenta remeros que á la vez eran tiradores diestros y valerosos. Y

Filoctetes había quedado en una isla, en la divina Lemnos, donde los hijos de los acaienos dejáronle presa de horribles sufrimientos causados por la funesta mordedura de una serpiente venenosa. Allí yacía lleno de tristeza, pero en breve debían acordarse del Rey Filoctetes los argienos. Y no estaban desprovistos de jefe estos guerreros, por más que suspirasen por aquél. Y les acaudillaba Medón, hijo del bravo Oileo, á quien concibió Rene.

Y los que habitaban Trica, y la montañosa Ito-ma, y Ecalia, ciudad de Eurito Ecalieno, iban acaudillados por los hijos de Asclepio, Podaleiro y Macaón. Y llegaron en treinta naves abiertas.

Y á los que habitaban en Ormenio y en las cercanías de la fuente Hiperea, y de Asterión, y de las nevadas cimas del Titano, acaudillábales Euripilo, ilustre hijo de Evemón. Y llegaron en cuarenta naves negras.

Y los que habitaban en Argisa y en Girtona, en Orta y en Elone y en la blanca Oloson, estaban acaudillados por el belicoso Polipetes, hijo de Peiritoo, engendrado por el eterno Zeus. Y la ilustre Hipodamia le dió por hijo á Peirotco el día en que aquél derrotó á los centauros feroces y los arrojó del Pelión á los montes Etienos. Y Polipetes no era sólo en el mando, sino que lo compartía con Leon-teo, criatura de Ares é hijo del magnánimo Corono Keneida. Y llegaron en cuarenta naves negras.

Y Guneo condujo desde Kifo en veintidós naves á los enienos y á los bravos perebos, que habita-



ban la fría Dodona, y á los que habitaban los campos bañados por el grato Titaresio, cuyas hermosas aguas desembocan en el Peneo, de argénteos remolinos, sin mezclarse con él, y se deslizan como aceite por su superficie. Y su fuente es la Estigia, á la que invocan los Dioses cuando juran.

Y Protoo, hijo de Tentredón, acaudillaba á los magnetes, que habitaban á orillas del Peneo y al pie del Pelión, cuyas selvas trastorna el aire. Y les mandaba el ágil Protoo, y llegaron en cuarenta naves negras.

Y estos eran los Reyes y los jefes de los daenios.

Dime ahora, Musa, cuál era el más bravo y quién de los que seguían á los Atreidas poseía los caballos mejores.

Los mejores caballos eran los del Feretiada Eumelo. Y eran rápidos como pájaros, ambos del mismo color, de la misma edad y de la misma alzada. Apolo el del arco de plata cuidó y domesticó en el monte Piera á estos corceles, que infundían á su paso el terror que infunde Ares. Y Ajax Telamonio era el más bravo de los guerreros mientras duró la cólera de Akileo, pues éste era más esforzado que ninguno, y los mejores los caballos que arrastraba el irreprochable Peleión. Pero he aquí que permanecía pasivo y tendido en su nave espolonada, alentando su furia contra Agamenón. Y sus guerreros se divertían á la orilla del mar, lanzando pacíficamente el disco, la pica ó la flecha;

y los caballos masticaban alfalfa y loto junto á los carros; y los carros sólidos seguían en las tiendas de los jefes; y éstos erraban por el campo lamentando la actitud de su Rey, grato á Ares y sin combatir. Y los acaïenos corrían por la tierra cual un incendio, y la tierra se quejaba como cuando Zeus azota con el látigo de sus relámpagos las rocas de Arimos, donde dicen que yace Tifoco. Así gemía la tierra con estrépito bajo los pies de los acaïenos, que franqueaban rápidamente la llanura, desembarcando de las naves.

Y la ligera Iris, que corre como el viento, fué enviada por Zeus tempestuoso, para anunciar á los troyanos la espantosa nueva. Y viejos y jóvenes estaban reunidos en el ágora ante el pórtico de Príamo. Y la ligera Iris tomó la voz y la figura de Polites Priamida, quien fiado en su correr veloz, se había subido en lo alto del túmulo del antiguo Esetas, para observar á los acaïenos cuando desembarcasen de las naves.

Y semejante á él, habló así la ligera Iris:

—¡Ah anciano! Como en tiempo de paz te complaces ahora con extensos discursos; mas he aquí que se avecina una batalla inevitable. En verdad que, aunque llevo ya vistos combates numerosos, jamás miré un ejército tan formidable y tan nutrido. Se diría hay en él tantos soldados como hojas en los árboles y en el mar granos de arena, y atravesando la planicie vienen para pelear en torno á la ciudad. Héctor, prepárate; y puesto que en la

gran ciudad de Priamo hay distintos aliados que son de razas y lenguas diversas, que cada jefe ponga sobre las armas á los suyos y les empuje á la lucha.

Habló así, y Héctor, cuando reconoció su voz, disolvió el ágora, corriendo á armarse todos. Y abriéronse las puertas, y la muchedumbre de infantes y jinetes salió por ellas con enorme ruido. Y había frente á la ciudad una erguida colina aislada en la llanura; y los hombres la llamaban Bateia y los Dioses la tumba del ágil Mirine. Allí fué donde los troyanos y sus aliados ordenaron sus fuerzas.

Y el gran Héctor Priamida el del hermoso casco, acaudillaba á los troyanos y le seguían muchos y bravos hombres que ansiaban ya clavar sus picas.

Y Eneas, el apuesto hijo de Ankises, acaudillaba á los dardanienos. Y la divina Afrodita—que aunque Diosa habíase entregado á un mortal—dió este hijo á Ankises en las cumbres del Ida. Y no mandaba Eneas sólo, sino que le acompañaban en el mando ambos Antenóridas, Arkiloco y Acamas, hábiles en cualquier clase de combates.

Y los que habitaban en Zelea, situada al pie de la cordillera última del Ida, los ricos troadienos que beben la profunda agua del Esepo, iban acaudillados por el ilustre hijo de Licaón, por Pándaro, á quien el propio Apolo regaló su arco.

Y los que habitaban en Adrestia, y en Apeso, y en Pitia, y en las alturas de Terea, estaban acaudillados por Adresto y Anfio el de la coraza de lino.



Y eran hijos los dos de Merops el Percosieno, quien no tenía par en la ciencia adivinatoria, razón por la que hubo de prohibirles fuesen á la guerra que devora á los hombres; mas no le obedecieron porque las Keres de la negra muerte les atraían.

Y los que habitaban en Percote, y en Practio, y en Sesto, y en Abido, y en la divina Arisbe, eran acaudillados por Asio Hirtakida, que llevó con él briosos y corpulentos caballos criados en la vega del Seleis.

Y á las tribus pelásgicas, diestras en el manejo de la pica, y á los que habitaban en los fértiles llanos de Larisa, acaudillábanles Hipotoo y Pileo, criaturas de Ares é hijos del pelásgico Létu Teutamida.

Y Acamas acaudillaba á los tracios. Y el héroe Peiro á los que cife el rápido Helesponto.

Y Eufemo, que era hijo de Treceno Keada, grato á Zeus, acaudillaba á los valerosos kiconios.

Y Pirecemes acaudillaba á los armeros peonios, llegados de la remota comarca de Amidón y del ancho Axio, que inunda con sus puras aguas las tierras colindantes.

Y el bravo Pilemeneo acaudillaba á los paflagones, del país de los enetienos, donde se crían mulos cerriles. Y habitaban también aquéllos en Kítoro, y en Sésamo, y en las hermosas ciudades que baña el Partenio, y en Cómna, y en Egialo, y en la alta Eritino.

Y Dío y Epistrofo acaudillaban á los alizones,

llegados de la lejana Aliba, donde abunda la plata.

Y Cromis y el adivinador Eunomo acaudillaban á los mismos. Pero Eunomo no adivinó la negra muerte entonces y debía caer á manos del veloz Eakida en el río donde éste debía matar tantos troyanos.

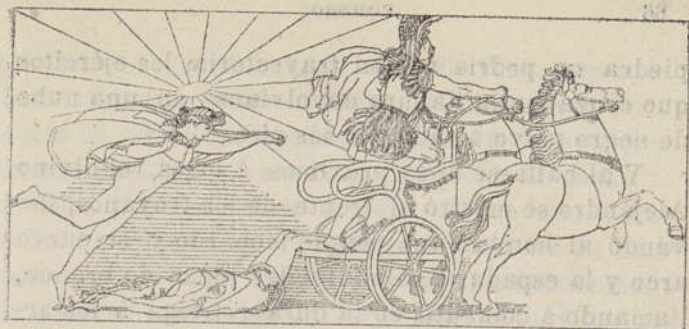
Y Forkis, con Ascanis, parecido á un Dios, acaudillaba á los frigios. Y llegaron de Ascania, deseando el combate.

Y Mestles y Antifo, hijos de Pilemeneo, nacidos junto al lago de Gigea, acaudillaban á los meonios que habitan al pie del Tmolo.

Y Nastes acaudillaba á los carios de bárbaro lenguaje, que habitaban en Mileto, y en las montañas Ftirianas, y á orillas del Meandro, y en los picos de Micale. Y además de Nastes les acaudillaba Anfimaco, y ambos eran hijos ilustres de Nomión. Y combatía Anfimaco cubierto de oro como una mujer, cual si por ello el desdichado fuera á evitar la negra muerte, pues debía caer á manos del veloz Eakida en el río, y el bravo Akileo debía apoderarse de su oro.

Y el irreprochable Sarpedón, con el irreprochable Glauco, acaudillaba á los likenses, que llegaron de la remota Likia y del Xanto caudaloso.





### RAPSODIA III

Quando á las órdenes de sus jefes formáronse las tropas de cada bando, los troyanos avanzaron con algazara y gritería de pájaros. De igual modo se eleva al cielo el chillido de las grullas cuando huyen del invierno y sus lluvias torrenciales, volando sobre las olas del Océano para llevar á los pigmeos la desolación y la Ker de la muerte y librando rudas luchas en el aire. Los acaienos, por el contrario, iban en silencio y respirando fuerza, deseosos de ayudarse mutuamente. Como el Noto envuelve las cumbres de los montes en una niebla para el pastor odiosa y para el ladrón propicia cual la misma noche, pues quien tirase allí una



piedra no podría ver su trayectoria, los ejércitos que cruzaban la llanura envolvíanse en una nube de negro polvo alzado por sus pies.

Y al hallarse unos próximos á otros, el divino Alejandro se mostró al frente de los troyanos, llevando al hombro una piel de leopardo y el curvo arco y la espada. Y blandía dos picas de bronce, llamando á combatir en la dura refriega á los argienos más valientes. Y cuando Menelao, caro á Ares, le divisó llegar á grandes pasos delante de su ejército, alegróse á la vista del divino Alejandro, como á la vista de un astado ciervo ó una cabra salvaje se alegra el león hambriento que ha de devorar su presa, aunque le acosen los perros y los jóvenes cazadores. Así alegróse Menelao cuando vió al divino Alejandro. Y esperando vengarse de quien le había ultrajado, saltó del carro con sus armas.

Y no bien, por su parte, el divino Alejandro advirtióle á la cabeza de una escuadra, sintió que el corazón se le encogía, retrocediendo entre los suyos para evitar la Ker de la muerte. Si en las gargantas de las montañas alguien ve una serpiente, da un salto hacia atrás, y le tiemblan las rodillas, y palidecen sus mejillas. Lo mismo el divino Alejandro, temeroso ante el hijo de Atreo, se ocultó entre la multitud de troyanos enardecidos.

Y al notar su actitud, le recriminó Héctor con amargas palabras:

—¡Miserable, embustero y afeminado Paris, que

sólo puedes alardear de tu belleza! ¡Pluguiera á los Dioses que no hubieses nacido ó hubieses muerto antes de tus últimas bodas! ¡En verdad que valdría mucho más que ser ahora el oprobio y el escarnio de unos y otros! Mira á los acaienos melenudos reirse con desprecio, porque á la vista de tu hermosa faz creyeron que les combatirías sañudamente; pero en tu corazón no hay valentía ni vigor algunos. ¿Por qué, siendo un cobarde, atravesaste el mar en tus naves ligeras con tus mejores compañeros y mezclado á los extranjeros te trajiste contigo del país Api una bellísima mujer emparentada con varones belicosos? Es una desgracia inmensa para tu padre, para tu patria y para el pueblo, y será en breve la alegría de nuestros enemigos y tu propia vergüenza. Y no has osado esperar á Menelao, grato á Ares. Ahora sabrás quién es el guerrero cuya mujer retienes. Ni tu cítara ni las gracias que te otorgó Afrodita, ni tu cabellera ni tu hermosura impedirán que seas arrastrado por el polvo. Demasiado respeto te tienen los troyanos, que de no ser por ello, ya estarías cubierto de una túnica de piedra en pago á las desdichas que ocasionaste.

Y le contestó el divino Alejandro:

—Con justicia me reprendiste, Héctor. Tu corazón es siempre impetuoso, como el hacha que hien-  
de la madera y multiplica la fuerza del obrero constructor de navíos. Tal es el alma indómita que reside en tu pecho. No me reproches las amables

gracias que me otorgó Afrodita de oro. Jamás debemos desdeñar los gloriosos dones de los Dioses, pues que nos los reparten á su gusto y no podemos elegirlos. Pero si deseas ahora que combata y luche, ordena que hagan alto troyanos y acaienos, para que en medio de todos yo y Menelao, grato á Ares, combatamos por Helena y sus riquezas. Y el vencedor se apoderará de esta mujer y todas sus riquezas, y después de cambiar mutuos juramentos inviolables, vosotros, troyanos, habitaréis en la fecunda Troya y los acaienos regresarán á Argos, tierra de caballos, y á la Acáia de hermosas mujeres.

Habló así, y Héctor le oyó con sumo gozo y se destacó de las falanges de troyanos, deteniéndoles con ayuda de su pica, que tenía cogida por la mitad. Y se detuvieron ellos, y los acaienos melendados dispararon sobre él, alcanzándole ya con flechas y con piedras. Pero Agamenón rey de los hombres gritó con voz sonora:

—¡Paraos, argienos! ¡Hijos de los acaienos, no disparéis! Parece que Héctor el del casco palpitante quiere decir algunas palabras.

Habló así, y cesaron de tirar y quedaron en silencio, y habló Héctor en medio de ellos:

—Troyanos y acaienos, escuchad lo que dice Alejandro, el causante de esta guerra. Desea que troyanos y acaienos depongan sus hermosas armas dejándolas sobre la tierra madre, y en medio de todos combatan solos por Helena y sus riquezas, él



y Menelao, grato á Ares. Y el vencedor se apoderará de esta mujer y todas sus riquezas, y nosotros cambiaremos juramentos inviolables.

Habló así, y todos permanecieron silenciosos. Y Menelao, ardiente en el combate, les arengó:

—Ahora escuchadme á mi. Por más que un gran dolor oprima mi alma, creo que los argienos y los troyanos quieren concluir la guerra, ya que sufrieron infinitos sinsabores á causa de mi rencor y de la injuria que Alejandro me hizo. Por tanto, que aquel de ambos á quien la Moira y la muerte se tengan reservadas, muera; y cesad de combatir entonces. Traed después un cordero negro para Gea y un cordero blanco para Helios, que nosotros traeremos para Zeus otro. Y haréis que venga aquí el mismo Priamo para que se comprometa con juramentos, porque sus hijos son perjuros y sin fe, y nadie en este caso ha de violar los juramentos de Zeus. El espíritu de los jóvenes es voluble; pero el anciano en sus actos pesa el pretérito y el porvenir y obra con equidad.

Habló así, y los troyanos y los acaienos se congratularon, esperando poner fin á la funesta guerra. Y contuvieron en las filas á los caballos y arrojaron á tierra sus armas, abriendo algún espacio entre ambos ejércitos. Y Héctor envió dos heraldos á la ciudad para que trajesen los corderos y llamasen á Priamo. Y el rey Agamenón mandó á Taltibio á las naves abiertas para que allí tomase otro cordero, y Taltibio obedeció al divino Agamenón.

Y la mensajera Iris voló en busca de Helena la de los brazos blancos, tomando, para dar cima á su propósito, la apariencia de la cuñada de aquélla, Laodica, la más bella hija de Príamo, casada con el Antenórida Elicaón.

Y encontró á Helena en su morada tejiendo doble tela blanca como el mármol y dibujando en su tejido las batallas que los troyanos domadores de caballos y los acaienos revestidos de bronce sostuvieron á causa de ella por la mano de Ares. É Iris la de los pies ligeros se le aproximó, y dijo:

—Ven, querida ninfa, á ver el espectáculo admirable de los troyanos domadores de caballos y los acaienos revestidos de bronce. No ha mucho combatían en la llanura poseídos del furor de Ares, y ahora se sientan silenciosos, apoyándose en sus escudos, y las lanzas se clavan en la tierra y la guerra acabó. Alejandro <sup>Paris</sup> y Menelao, grato á Ares, por ti pelearán solos con sus largas picas, y serás la esposa muy amada del que venza.

Y hablando así, la Diosa infundía en el corazón de la mujer una dulce añoranza de su primer marido, y de su país, y de sus padres. Y Helena se cubrió con blancos velos y salió de la cámara nupcial llorando, seguida por dos de sus mujeres, Etra, hija de Piteo, y Climena la de los ojos de buey. Y he aquí que llegaron las tres á las puertas Skeas. En lo alto de éstas se asentaban Príamo, Pantóo, Timetes, Lampo, Clitio, Hiketaón, favorito de Ares, y los sapientísimos Ucalegón y Antenor, todos an-

cianos venerables. Y la vejez les separaba de la guerra; pero eran excelentes augures y permanecían en lo alto de la torre, semejantes á las cigarras que desde los árboles del bosque dejan oír su melodiosa voz. Así eran los príncipes troyanos asentados en la torre. Y cuando vieron á Helena subir hacia ellos, decíanse en voz baja estas palabras aladas:

—Á fe que es justo que los troyanos y los acaieños de hermosas grebas sufran desde ha tan largo tiempo tantas penalidades por semejante mujer, pues su belleza se puede comparar á la de las Diosas inmortales. Pero á pesar de todo, conviene que se vuelva en sus naves y no nos deje ni á nosotros ni á nuestros hijos un mal recuerdo de ella.

Así hablaban, y Priamo llamó á Helena:

—Ven, querida hija, acércate y siéntate á mi lado, para que veas á tu primer esposo, á tus padres y á tus amigos. No eres tú la causa de nuestras desgracias. Son los Dioses únicamente quienes me castigaron con esta dura guerra acaiena. Dime el nombre de aquel guerrero de alta estatura. ¿Quién es ese acaieno corpulento y vigoroso? Aunque tal vez en la talla alguno le aventaje, jamás mis ojos vieron un hombre tan bello y majestuoso. Parece un Rey.

Y le contestó Helena, la divina mujer:

—Te venero y te temo, mi muy amado padre. ¿Por qué no me asaltó la negra muerte cuando seguí á tu hijo, abandonando mi cámara nupcial, la niña que me nació en mi patria lejana, mis herma-



nos y las queridas compañeras de mi juventud? Pero no fué aquel mi destino, y por eso me consumo y lloro. Y ahora respondo á tu pregunta. Ese hombre es el rey Agamenón Atreida, que desde lejos manda, hábil rey y guerrero bravo. Y un día fué mi cuñado, si á mí, infame, me es dable decir que lo fué.

Habló así, y el anciano exclamó lleno de admiración:

—¡Oh feliz Atreida, que naciste para destinos venturosos! En verdad que se te sometieron numerosos hijos de ~~acaíenos~~ <sup>aqueos</sup>. En la Frigia, fecunda en viñas, vi antaño muchos frigios, ágiles jinetes, y las tribus belicosas de Otreo y de Migdon, el igual á los Dioses, que acampaban á orillas del Sangario. Y hallábame entre ellos como aliado suyo cuando llegaron las viriles amazonas. Pero todos reunidos no eran tan numerosos cual los ~~acaíenos~~ <sup>aqueos</sup> de ojos negros.

Al ver luego á Odiseo, interrogó el anciano á Helena:

—Dime también, querida hija, quién es aquél. Parece menos alto que el Atreida Agamenón; pero es más ancho de hombros y de pecho. Y sus armas descansan en la tierra madre, y marcha entre sus hombres como un carnero lanudo en medio de un vasto rebaño de ovejas blancas.

Y le contestó Helena, hija de Zeus:

—Aquel es el sagaz Laertiada Odiseo, criado en el estéril país de Itaca. Está ~~lleno de astucia y de prudencia.~~ <sup>Jupiter</sup>

*Habil en engaños y en consejos prudentes.*

*dijo*  
Y le contestó el sabio Antenor:

—¡Oh mujer! Cierto es cuanto dijiste. El divino Odiseo vino aquí en otro tiempo, enviado por ti, con Meneleo, grato á <sup>Marte</sup> Ares, y yo les hospedé en mis moradas, y pude darme cuenta del aspecto y la sabiduría de ambos. Cuando acudían al ágora de los troyanos, Menelao, de pie, resultaba más alto que Odiseo; pero sentados, era Odiseo el más majestuoso. Y cuando nos arengaban á todos, Menelao, aunque más joven, hablaba con firmeza y concisión, empleando pocas palabras, si bien de una claridad precisa, y abordando de lleno los asuntos. Y cuando el sagaz Odiseo se levantaba, permanecía inmóvil, con los ojos bajos, sin mover el cetro, como un augur falto de experiencia. Diríase que estaba poseído de sombría cólera y que era un insensato. Pero cuando dejaba escapar del pecho su sonora voz, llovían sus palabras cual la nieve en invierno. Ninguno hubiera entonces osado contender con él; ~~pero~~ Al primer golpe de vista no le admiramos todo lo que merecía.

Al ver á Ajax, por tercera vez interrogó el anciano á Helena:

—¿Quién es aquel otro guerrero alto y atlético cuya cabeza y cuyos hombros sobresalen entre los demás argienos? *argivos?*

Y le contestó Helena, la divina mujer del luengo pepto: *aqueos!*

—Ese es el gran Ajax, escudo de los acaienos. Y he aquí entre los cretenses á Idomeneo, seme-

jante á un Dios y á quien rodean los príncipes cretenses. Algunas veces Menelao, grato á Ares, le recibió en nuestra morada cuando llegaba de Creta. Y he aquí á todos los demás acaienos de ojos negros, cuyos nombres podría ahora decir, pues á todos los reconozco. Pero no veo á los dos príncipes de pueblos, Cástor domador de caballos y Polideukes invencible en el pugilato, ambos hermanos míos, que nos parió una misma madre. ¿Es que no habrán abandonado en sus ligeras naves la dichosa Lacedemonia, ó acaso, si han venido, no quieren mostrarse ante los hombres, avergonzados de mí y de mi deshonra?

Habló así; pero ya la tierra fecunda pesaba sobre ellos allá en Lacedemonia, su querida patria.

Y los heraldos atravesaban la ciudad, llevando los sinceros testimonios de sumisión para los Dioses, consistentes en dos corderos y en el alegre vino, fruto de la tierra, que conducían en un odre de cabra. Y el heraldo Ideo llevaba una crátera relumbrante y copas de oro; y aproximándose al anciano, le animó con estas palabras:

—¡Levántate, Laomedontiada! Los príncipes de los troyanos domadores de caballos y de los acaienos revestidos de bronce te invitan á bajar al llano para cambiar con ellos juramentos inviolables. Y Alejandro y Menelao, grato á Ares, combatirán por Helena con sus largas picas, y las riquezas de ella pertenecerán al vencedor. Y cuando todos hayamos hecho alianza y cambiado jura-



mentos inviolables, los troyanos habitaremos la fecunda Troya y los acaienes regresarán á Argos, tierra de caballos, y á la Acaia de hermosas mujeres.

Habló así, y el anciano se estremeció, y ordenó á sus compañeros que uncieran los caballos, y le obedecieron con presteza aquéllos. Y Priamo subió luego al hermoso carro, aperci biendo las riendas, y Antenor acomodóse junto á él; y salieron ambos por las puertas Skeas, guiando por la llanura á los caballos ágiles.

Y cuando llegaron al sitio en que se hallaban troyanos y acaienes, descendieron del carro á la tierra madre y se colocaron entre troyanos y acaienes.

Y en seguida el Rey de los hombres Agamenón se levantó, y también el sagaz Odiseo. Después los venerables heraldos reunieron las sinceras ofertas hechas á los Dioses, mezclando en la crátera el vino y vertiendo agua en las manos de los Reyes. Y con el cuchillo que siempre le pendía al costado junto á la gran vaina de la espada, el Atreida Agamenón cortó un mechón de lana de la cabeza de los corderos, y los heraldos lo distribuyeron entre los príncipes troyanos y acaienes. Y en medio de ellos oró el Atreida en alta voz y con las manos extendidas:

—¡Gloriosísimo y máximo Padre Zeus que dominas desde lo alto del Ida! ¡Helios, que todo lo ves y oyes! ¡Ríos y Gea! ¡Y vosotros, los que en las re-

*Pans*  
 giones subterráneas castigáis á los perjuros, sed testigos y afirmad nuestros juramentos inviolables! Si Alejandro matara á Menelao, puede guardar á Helena y todas sus riquezas, y nosotros nos retiraremos en nuestras ligeras naves; pero si el rubio Menelao mata á Alejandro, los troyanos devolverán á Helena y todas sus riquezas y pagarán á los argienos, como es justo, un tributo del que tampoco han de olvidarse los hombres venideros. Pero si, muerto ya Alejandro, Priamo y los hijos de Priamo se negasen á pagar ese tributo, me quedaré y combatiré por él hasta dar fin á la guerra.

*Pans*  
 Habló así, y ~~con el bronce cortó la garganta de los corderos y los arrojó á tierra palpitantes y ya exánimes, pues el cuchillo les arrebató la vida. Y sacando todos con las copas el vino de la crátera, lo derramaron y rogaron á los Dioses que siempre viven. Y decían troyanos y acaienos:~~

*grecos*  
 —¡Gloriosísimo y máximo Zeus, y vosotros, Dioses inmortales, haced que los sesos de quien primeramente violase el presente juramento, y asimismo los sesos de sus hijos, sean esparcidos por la tierra como este vino lo es, y sus mujeres ultrajadas por otro!

*Troyanos*  
 Pero el Cronión no quiso atenderles. Y habló y les dijo el Dardanida Priamo:

*Troyanos*  
 —Escuchadme, troyanos y acaienos de hermosas grebas. Yo me vuelvo á las alturas de Ilios, porque mis ojos no podrían ver á mi hijo muy amado luchar con Menelao, grato á Ares. Zeus y los

Dioses inmortales saben á cuál de ambos le está la muerte reservada.

Cuando hubo hablado así, el divino anciano dispuso los corderos en el carro, subió en él y tomó las riendas. Y acomodóse Antenor al lado suyo, en el hermoso carro, y volvieron á Ilios. Y el Priamida Héctor y el divino Odiseo midieron ante todo el campo y echaron y agitaron en un casco las suertes para saber cuál de los dos rivales lanzaría primero la pica de bronce. Y los pueblos oraban y levantaban las manos hacia los Dioses, y decían troyanos y acaienes:

—¡Gloriosísimo y máximo Padre Zeus, que dominas desde lo alto del Ida: haz que el culpable de nuestros infortunios descienda á la mansión de Edes y podamos sellar una alianza y tratados inviolables!

Así hablaban, y el gran Héctor el del casco palpitante removía las suertes apartando la vista, y salió la de Paris la primera. Y todos se sentaron en fila, cerca de sus caballos ágiles y de sus armas refulgentes cada uno. Y el divino Alejandro, esposo de Helena la de hermosos cabellos, cubrió sus hombros con sus hermosas armas y ciñó á sus piernas hermosas grebas con broches de plata, y á su pecho la coraza de su hermano Licaón, arreglada para él; y colgóse de los hombros la espada de bronce con clavos de plata. Después cogió el escudo amplio y pesado y tocó su cabeza guerrera con rico casco adornado de crines y cuyo penacho se



ergula fiero; y empuñó una fuerte pica labrada por sus manos. Y el bravo Menelao se cubrió también con sus armas.

Cuando hubieron concluido de armarse, avanzaron los dos por el campo neutral entre troyanos y acaienes, dirigiéndose miradas torvas, y los troyanos domadores de caballos y los acaienes de hermosas grebas les contemplaban con terror. Paráronse uno frente á otro, enarbolando las picas y poseídos de furor.

Y Alejandro fué el primero en lanzar su larga pica, alcanzando con ella el escudo bruñido del Atreida; pero no se clavó el bronce, y la punta ofensiva doblóse al choque con el duro escudo. Y Menelao, esgrimiendo su pica, suplicó al Padre Zeus:

—¡Padre Zeus, permíteme que castigue al divino Alejandro, quien me ultrajó primero, y hazle caer á mis manos para que en lo futuro cada hombre se guarde de mancillar al que le recibió y hospedó en su casa cordialmente!

Cuando hubo hablado así, blandió su larga pica y la lanzó, alcanzando al escudo bruñido del Priamida. Y la fuerte pica atravesó el escudo refulgente, horadando también la rica coraza y desgarrando la túnica junto al costado. Y ladeándose Alejandro, pudo evitar la negra Ker. Y denudando la espada de los clavos de plata, el Atreida asestó con ella un golpe en la cimera del casco que llevaba su enemigo; pero la espada se rompió en tres ó

en cuatro trozos, escapándose de la mano que la sostenía, y el Atreida clamaba mirando al vasto Urano.

—¡Padre Zeus, ninguno de los Dioses es más inexorable que tú! Cuando al fin esperaba vindicar el insulto que me infirió Alejandro, la espada se me rompe, y lancé la pica inútilmente y no le he herido.

Habló así, y saltando hasta su rival, asíóle por las crines del casco, arrastrándole hacia los acaienos de hermosas grebas. El barboquejo de cuero hábilmente labrado, que afianzaba bajo la barba el casco, lastimaba el cuello delicado de Alejandro; y el Atreida le habría arrastrado y conseguido una gran gloria, si Afrodita, hija de Zeus, no hubiese roto el barboquejo de cuero de buey; y en la musculosa mano de Menelao quedó sólo el casco vacío. Y aquél lo volteó en el aire y lo arrojó en medio de los acaienos de hermosas grebas y recogieronlo sus queridos compañeros. Después se abalanzó de nuevo al Priamida, deseando matarle con su pica de bronce; pero Afrodita, como Diosa, lo impidió fácilmente, llevándose á Alejandro envuelto en una densa nube, hasta la cámara nupcial, donde hubo de tenderle en su lecho perfumado. Y fué á llamar á Helena, encontrándola en la alta torre entre la muchedumbre de troyanos. Y la divina Afrodita, con la apariencia de una vieja, hábil tejedora de lana que antaño trabajara para Helena en la populosa Lacedemonia y que quería mucho á

la joven, tiró del manto de ésta, oloroso á néctar, y le dijo:

—¡Ven! Alejandro te espera. Lleno de belleza y vestido ricamente, está tendido en su lecho hábilmente labrado. Al verle, no dirías que viene de luchar con otro hombre, sino que se prepara para las danzas ó que reposa de vuelta de las danzas.

Habló así, y conturbó el corazón de Helena; pero cuando advirtió ésta el lindo cuello de la Diosa y su seno del que nacen los deseos, y sus ojos refulgentes, se aterró, y llamándola por su nombre, le dijo:

—¡Ah malvada! ¿Por qué pretendes engañarme todavía? ¿Acaso vas á conducirme á cualquier otra populosa ciudad de Frigia ó de la feliz Meonia donde habite algún hombre que te guste? ¿O me tiendes tus redes nuevamente porque, tras de vencer al divino Alejandro, quiere Menelao llevarme consigo á sus moradas, á mí, que soy una hembra odiosa? ¡Vete, abandona la morada de los Dioses, no tornes al Olimpo y quédate en perpetua incertidumbre al lado de tu Paris, teniéndole bajo tu vigilancia hasta que haga de ti su mujer ó su esclava! Por lo que á mí respecta, sabe que nunca volveré á adornar su lecho, porque sería tan vergonzoso, que me maldecirían todas las troyanas, y tengo ya demasiadas amargas penas en el corazón.

Y contestó iracunda la divina Afrodita:

—¡Desdichada! ¡Teme que enfurecida te abandone, pues si me dejo llevar de la cólera y te odio



tanto como te hube amado, seré capaz de sembrar entre troyanos y acaienos rencores inexorables, haciendo que perezcas de violenta muerte!

Habló así, y Helena, hija de Zeus, invadida por el terror, dejó la compañía de las troyanas silenciosamente, y cubierta con su traje de blancura resplandeciente, siguió los pasos de la Diosa.

Y llegadas que fueron á la hermosa morada de Alejandro, mientras la servidumbre dedicábase á sus faenas, la divina mujer subió á la alta cámara nupcial. Afrodita la que ama las sonrisas le dispuso un asiento al lado de Alejandro, y Helena, hija de Zeus-tempestuoso, le ocupó, desviando de su esposo la vista y dirigiéndole reproches:

—Ya veo que regresaste del combate. ¡Ojalá hubieras quedado allá vencido y muerto por el hombre bravo que fué mi primer marido! ¿No te jactabas de aventajar en los arrestos, en la fuerza y en el manejo de la lanza á Menelao, grato á Ares? Anda, desafía á Menelao, grato á Ares, y lucha otra vez con él; pero no, te aconsejo que no vuelvas á luchar contra el rubio Menelao, porque no tardaría en vencerte con su lanza.

Y para contestarle habló así Paris:

—¡Mujer, no me destroces el corazón con amargas palabras! Cierto que Menelao me venció con ayuda de Atenea; pero otro día le venceré yo, pues también tenemos aquí Dioses amigos. ¡Ven, acostémonos y amémonos! Nunca el deseo me abrazó tanto, ni aun cuando te embarqué en mis naves

ligeras después de haberte arrebatado de la feliz Lacedemonia, uniéndome contigo en la isla Cranae. ¡Cuánto te amo ahora, y cómo ardo en deseos!

Habló así, y dirigióse al lecho, y le siguió la esposa, y se acostaron en el lecho bien construido.

Entretanto, cual animal feroz, cruzaba por la muchedumbre el Atreida en busca del divino Alejandro. Y ninguno de los troyanos ni de sus ilustres aliados pudo revelar á Menelao, grato á Ares, dónde se hallaba Alejandro. Y en verdad que, de haberle visto, no se lo ocultaran, porque todos aborrecíanle como á la negra Ker. Y Agamenón, rey de los hombres, les habló así:

—Escuchadme, troyanos, dardanienos y aliados. No cabe duda de que la victoria le pertenece á Menelao, grato á Ares. Devolvednos, pues, á la argiena Helena y sus riquezas, y pagad, como es justo, un tributo del que tampoco han de olvidarse los hombres venideros.

Habló así el Atreida, y todos los acaienos aplaudieron.





## RAPSODIA IV

Los Dioses se habían sentado alrededor de Zeus en el pavimento de oro, y la venerable Hebe servía el néctar, y todos, apurando sus copas de oro, miraban á la ciudad de los troyanos. Y el Cronida quiso enfadar á Here con palabras procaces, y exclamó:

—Dos Diosas defienden á Menelao: Here la argiena y la protectora Atenea; pero permanecen sentadas y se contentan con mirar, mientras Afrodita, que ama las sonrisas, no abandona nunca á Alejandro y ahuyenta de él las Keres. Y he aquí que le ha salvado cuando iba él á perecer. Pero la vie-



toria es de Menelao, grato á Ares. Meditemos, pues, acerca de lo que deba hacerse. ¿Encendéremos de nuevo la funesta guerra y el combate rudo ó sellaremos la alianza entre ambos pueblos? Si lo aprueban los Dioses todos, la ciudad del rey Príamo quedará en pie y Menelao se apoderará de la argiena Helena.

Habló así, y las Diosas Atenea y Here se mordieron los labios, y sentadas una al lado de otra concertaron la destrucción de los troyanos. Y Atenea aparecía muda, aunque irritada contra su padre Zeus, y abrasada por una cólera salvaje; mas Here no pudo contener la suya, y repuso:

—¿Qué palabra dijiste, durísimo Cronida? ¿Quieres hacer inútiles todas mis fatigas y el sudor que he sudado? He cansado mis caballos en mis andanzas para reunir á los pueblos en contra de Príamo y en contra de sus hijos. Haz, pues, lo que pretendes; pero los Dioses no aplaudirán tu resolución.

Y le dijo iracundo Zeus, que amontona las nubes:

—¡Desventurada! ¿Qué enormes males te causaron Príamo y los hijos de Príamo para que quieras sin piedad destruir la fuerte ciudadela de Ilios? Si atravesando sus espesas murallas pudieses devorar á Príamo, y á los hijos de Príamo, y á los otros troyanos, quizá saciases tu odio. Obra según tu voluntad, y de aquí para en adelante cese esta discusión entre nosotros. Pero oye lo que te digo y retén en tu espíritu mis palabras: Si algún día yo tam-

bién desease destruir una ciudad habitada por hombres en cuyo pro te interesaras, no te opongas á mi cólera y déjame hacer, pues hoy de mala gana te concedo aquélla. De todas las ciudades habitadas por los hombres terrestres bajo Helios y bajo el Urano estrellado, ninguna me es más cara que la ciudad sagrada de Ilios, donde viven Príamo y el pueblo de Príamo, que sabe sostener la lanza. Allá jamás faltaron en mi altar viandas, libaciones ni grasa, y este homenaje nos pertenece á medias.

Y le contestó la venerable Here la de los ojos de buey:

—En efecto, tengo tres ciudades que me son muy queridas: Argos, Esparta y Mikena la de las anchas calles. Destruýelas cuando las odies y no las defenderé; pero aun así, en vano me opondría á tu voluntad, ya que eres infinitamente más poderoso que yo. No permitas que resulten estériles las fatigas que pasé. También soy Diosa, y mi raza es la tuya. El astuto Cronos me ha engendrado, y soy dos veces venerable, tanto por mi origen como por ser esposa de quien manda en los Inmortales todos. Cedamos, pues, cada uno y los dos, y los Dioses Inmortales nos obedecerán. Ordena que Atenea se mezcle en el rudo combate entre troyanos y acaienos é impulse á los troyanos á ultrajar los primeros á los fieros acaienos, violando la alianza jurada.

Habló así, y el Padre de los hombres y de los Dioses accedió, y dijo á Atenea estas palabras aladas:

—Ve pronto á mezclarte con los troyanos y los acaienos, é impulsa á los troyanos á ultrajar los primeros á los fieros acaienos, violando la alianza jurada.

Cuando hubo hablado así, excitó á Atenea, que estaba de ello deseosa, y precipitóse ésta desde las cumbres del Olimpo. Como una lumínica señal que el hijo del astuto Cronos enviara á los marinos y á los pueblos numerosos y de la cual saltasen mil chispazos, se lanzó Pallas Atenea á la tierra y cayó en medio de ambos ejércitos. Y su visión llenó de asombro á los troyanos domadores de caballos y á los acaienos de hermosas grebas. Y se decían entre sí:

—En verdad que la guerra funesta y el rudo combate van á recomenzar, ó Zeus procura la alianza de ambos pueblos, puesto que él es quien distribuye la guerra entre los hombres.

Así hablaban, y Atenea se mezcló á los troyanos, semejante al bravo Laodoco Antenórida y buscando á Pándaro el igual á los Dioses. Y encontró en pie al bravo é irreprochable hijo de Licaón, y en torno suyo á la muchedumbre de animosos pertaeseudos que habíale seguido desde las márgenes del Esepo. Y aproximándose á él le dijo Atenea con palabras aladas:

—¿Quieres hacerme caso, valeroso hijo de Licaón, y tener la osadía de lanzar una rápida flecha á Menelao? Puedes estar seguro de que serás, si lo realizas, colmado de gloria y gratitud por todos los



troyanos y por el Rey Alejandro especialmente. Y te hará ricos presentes si ve al bravo hijo de Atreo vencido por tu flecha y en lo alto de la hoguera funeraria. ¡Valor! Dispara contra el noble Menelao, y promete un hermoso holocausto al ilustre arquero Apolo likense para cuando te halles de regreso en la ciudadela de Celea la santa.

Habló así Atenea, y le hizo caso el insensato. Y sacó de su estuche un arco reluciente fabricado con las astas de una cabra salvaje y retozona, á la que antaño hirió en el pecho al salir el animal de las oquedades de un peñasco. Y había caído muerta sobre la piedra. Y sus cuernos tenían una longitud de diez y seis palmos. Un excelente obrero los unió, los pulió y los doró en las puntas. Y Pándaro, tras de tender este arco, lo apoyó en el suelo, y sus valientes camaradas le cubrieron con los escudos para evitar que los hijos de los valerosos acaienos se le abalanzasen antes de que alcanzara al bravo Menelao, jefe de los acaienos.

Y Pándaro abrió el carcaj y extrajo de él una flecha nueva, alada, fuente de amargos dolores. Y prometió al ilustre arquero Apolo likense un hermoso holocausto de corderos recién nacidos cuando se hallase de regreso en la ciudadela de Celea la santa.

Y cogió á la vez la flecha y el nervio de buey, y atrayéndolos hacia sí, hizo que el nervio rozase su tetilla y la punta de bronce tocara en el arco; y el nervio vibró con fuerza, y la flecha

aguzada salió, deseosa de volar á través de la muchedumbre.

¡Pero los Dioses venturosos aun no te han olvidado, Menelao! Y la terrible hija de Zeus fué la primera que ante tí se puso para desviar la flecha amarga. La desvió cual una madre podría espantar á una mosca para que no importunase á su hijo sumido en dulce sueño. Y dirigióla adonde los anillos del cinto constituyen á modo de una segunda coraza. Y la flecha amarga dió en el sólido cinto y lo perforó, así como la coraza, artísticamente trabajada, y la chapa que por debajo resguardaba de acometidas á la piel. Y la flecha la perforó también, y rozó en la carne del héroe, y negra sangre brotó de aquella herida.

Lo mismo que una mujer meonia ó caria tiñe de púrpura el marfil que ha de adornar el bocado de los caballos, y lo guarda en su morada, y lo ansían todos los jinetes por ser digno adorno de un Rey tal preseña de la cabalgadura y orgullo del caballero, así la sangre, Menelao, enrojeció tus hermosos muslos y tus piernas hasta los tobillos. Y Agamenón Rey de los hombres se estremeció viendo esa sangre manante de la herida; y Menelao, grato á Ares, se estremeció también. Pero cuando vió que el hierro de la flecha había apenas punzado, su corazón tranquilizóse un tanto; y en medio de sus compañeros, que se lamentaban, Agamenón el que de lejos manda, tomando la mano á Menelao, le dijo gemebundo:

—Hermano querido, tu muerte decidía cuando me avine á ese tratado por el cual te enviaba solo á combatir á los troyanos en favor de los acaienos, pues que aquéllos te hirieron y pisotearon juramentos inviolables. Pero no en balde habrán de ser esos juramentos, ni la sangre de los corderos, ni las libaciones sagradas, ni el testimonio de nuestras manos unidas. Si el Olímpico no les acomete ahora, más tarde les castigará; y expiarán con calamidades horribles esta traición que ha de caer sobre sus cabezas, sobre sus mujeres y sobre sus hijos. Porque yo sé que se avecina el día en que perecerá la santa Ilios, y Priamo, y el pueblo de Priamo, hábil para manejar la lanza. Zeus Cronida, que reside en el Eter, agitará desde la altura sobre ellos su terrible Egida, indignado con tal traición, que no quedará impune. ¡Ah Menelao! Constituiría para mí un amargo dolor que, cumpliéndose tu destino, murieras. Cubierto de ignominia entonces, yo volvería á Argos, ya que los acaienos querrian cuanto antes regresar á la tierra natal, y abandonaríamos la argiena Helena, triunfo para Priamo y los troyanos. Y dirían los orgullosos troyanos hollando la tumba del ilustre Menelao:

«—¡Pluguiera á los Dioses que Agamenón satisfaciase siempre así su cólera! Hasta acá condujo el ejército inútil de los acaienos, y ahora se vuelve á su muy amado país, abandonado al bravo Menelao.»



Así hablarían un día, ¡y ojalá entonces me tragara la tierra!

Y tranquilizándole, habló así el rubio Menelao:

—Ánimate y no consternes con tus lamentaciones al pueblo de los acaienos. La aguda saeta no me hirió de muerte, porque me han preservado el cinto, la coraza, el mandil y la chapa metálica, forjado todo por muy buenos armeros.

Y para contestarle habló así Agamenón el que de lejos manda:

—¡Pluguiera á los Dioses que sea cierto lo que dices, ¡oh caro Menelao! Un médico, no obstante, cuidará tu herida y te administrará el remedio que alivia los negros dolores.

Habló así, y llamó al divino heraldo Taltibio:

—Taltibio, busca lo más pronto que puedas al irreprochable médico Macaón Asclepiada para que vea al bravo Menelao, príncipe de los acaienos, á quien un diestro arquero troyano ó likense ha alcanzado con una flecha. Triunfó él, y nosotros estamos condolidos.

Habló así, y el heraldo obedeció. Y buscó entre el pueblo de los acaienos de bronceínas túnicas al héroe Macaón, al cual halló de pie entre la belicosa muchedumbre de portaescudos que habíanle seguido desde Trica, célebre por sus caballos. Y aproximándose á él le dijo estas palabras aladas:

—¡Date prisa, Asclepiada! Agamenón el que de lejos manda te llama con objeto de que veas al bravo Menelao, hijo de Atreo, á quien un diest-

tro arquero troyano ó likense ha alcanzado con una flecha. Triunfó él, y nosotros estamos con-dolidos.

Habló así, y el corazón de Macaón conmovióse en su pecho. Y caminaron atravesando por el inmenso ejército de los acaïenos; y al llegar al paraje donde había sido herido el rubio Menelao, que igual á un Dios hallábase sentado dentro de un círculo formado por los príncipes, Macaón, sin pérdida de tiempo, arrancó del sólido cinto la saeta, torciendo sus agudos ganchos; y descifñóle el rico cinto, y el mandil, y la chapa metálica que forjaron muy hábiles armeros. Y tras de examinar la llaga causada por la flecha amarga y chupar la sangre, aplicó sobre aquélla un dulce bálsamo antaño recetado por Kirón á su padre, á quien le unía una amistad sincera.

Y mientras los que le rodeaban apresurábanse por atender á Menelao el animoso en el combate, el ejército de troyanos avanzaba con sus escudos, y los acaïenos cubriéronse de nuevo con sus armas deseando combatir.

Y el divino Agamenón, sin dudar un instante ni decaer, se preparó en seguida para la gloriosa batalla. Y dejó sus caballos y su carro adornado de bronce; y el servidor Eurimedón, hijo de Ptolemeo Peireda, se separó con ellos, y el Atreida mandóle que no se alejara para poder él subir al carro si la fatiga le rendía después de dar las necesarias órdenes. Y se internó entre la muchedumbre de

hombres. Y al ver llenos de ardor á los danaenos de veloces caballos, les animaba aun más:

—¡Argienos! No perdáis vuestro ardor impetuoso, porque el Padre Zeus en modo alguno consentirá el perjurio. Los buitres comerán la carne de quienes fueran los primeros en violar nuestros tratados; y cuando nos apoderemos de su ciudad, arrastraremos hasta nuestras naves á sus mujeres muy amadas y á sus hijos pequeños.

Y si advertía en algunos falta de entusiasmo para el rudo combate, deciales estas palabras irritadas:

—¡Argienos pasto de la pica enemiga! ¡Cobardes! ¿No os avergonzáis? ¿Por qué permanecéis ahí helados de miedo, como ciervos que, tras huir por la vasta llanura, se detuviesen cansinos y sin fuerzas en el corazón? Así, helados de miedo, os paráis y no osáis combatir. ¿Es que aguardáis acaso á que penetren los troyanos en las naves de hermosas popas que hay cerca de la costa del blanco mar, y aspiráis á que entonces el Cronión os ayude?

Así daba sus órdenes, revistando la muchedumbre de hombres. Y llegó al sitio donde se armaban los cretenses en torno al bravo Idomeneo. E Idomeneo, comparable á un fuerte jabalí, aparecía en primera fila; y Meriones apremiaba á las falanges de los rezagados. Y al verlo, Agamenón rey de los hombres se mostró satisfecho y dijo á Idomeneo estas palabras halagüeñas:

—En verdad, Idomeneo, que siempre te otorgué



más honores que á todos los danaenos de veloces caballos, tanto en las épocas de guerra como durante los banquetes en que los príncipes acaienos mezclan añejos vinos en las cráteras. Y aunque á los otros acaienos melenudos se les tase la bebida, tu copa está tan llena de continuo cual la mía propia y bebes cuanto quieres. Corre, pues, á pelear y continúa siendo quien siempre fuiste.

Y le contestó el príncipe de los cretenses Idomeneo:

—Atreida, siempre he de serte fiel, como te he prometido. Ve á alentar á los otros acaienos melenudos, á fin de que sin pérdida de tiempo combatamos, ya que los troyanos violaron lo pactado. La muerte y las calamidades les asolarán, pues que primeramente fueron ellos perjuros.

Habló así, y el Atreida se alejó lleno de júbilo. Y fué hacia los Ayaces, atravesando entre la multitud de hombres. Y los Ayaces se encontraban armados, seguidos de una nube de guerreros. Á modo de un nublado que desde un altozano divisase el cabrero cómo se ensancha por encima del mar al soplo de Zéfiro, y con sus espesos remolinos se le antoja de lejos más negro que la pez, haciéndole inquietarse y resguardar las cabras en la más próxima caverna, así las obscuras falanges erizadas de escudos y de picas de aquellas jóvenes criaturas de Zeus agitábanse tras de los Ayaces, prontas á la lucha. Y Agamenón el que de lejos manda se regocijó al verles y dijo estas palabras aladas:

—¡Ayaces! Principes de los argienos de bronceas túnicas, sería injusto mandaros excitar á vuestros hombres, pues que les apremiáis para el combate valerosamente. ¡Padre Zeus, Atenea, Apolo, que vuestro valor reine en todos los corazones! Si así ocurre, la ciudad del rey Príamo no tardará en ser conquistada, destruida y saqueada por nuestras manos.

Cuando hubo hablado así, abandonándoles, siguió adelante. Y halló á Néstor, el armonioso augur de los pilios, quien animaba y alineaba en orden de batalla á sus compañeros, rodeando al gran Pelagon, á Alastor, á Cromio, á Hemón y á Bias, príncipe de pueblos. Y colocaba en primera fila á los jinetes, á los caballos y á los carros, y en la retaguardia una infantería valiente y numerosa que sirviera de muralla aguerrida, y en medio á los cobardes para que, aun á pesar suyo, combatesen todos. Y aleccionaba á la caballería, advirtiéndola contuviera á los caballos sin correr en desorden y al azar por la refriega:

—Ninguno se adelante á los otros para combatir á los troyanos, y ninguno retroceda, pues vuestra fuerza se anularía. Al guerrero que su carro por otro piense abandonar, más le valdrá combatir con la pica, pues obrando así, los antiguos, que tuvieron ese valor y no olvidaron tales precauciones, derribaron ciudades y murallas.

Y el anciano les exhortaba así, ducho en la guerra hacía largo tiempo. Y Agamenón el que de

lejos manda congratulábase mirándole, y le dijo estas palabras aladas:

—¡Oh anciano! ¡Ojalá diesen á tus piernas los Dioses tanta energía y tanta fuerza á ti como valor guarda tu corazón! Y he aquí que la vejez, que para todos es igual, te agobia. ¡Lástima no agobiasse á otro guerrero y los Dioses en el más joven de ellos te tornaran!

Y le contestó el jinete gereniense Néstor:

—Ciertamente, yo bien quisiera todavía, Atreída, ser quien era cuando maté al divino Ereutalión. Pero los Dioses no prodigan todos sus dones á los hombres. Entonces me sentía joven, y la vejez ahora se apodera de mí. Pero tal cual soy, me mezclaré entre los demás jinetes y les estimularé con mis consejos y mis palabras, que es lo que á los caducos nos está reservado.

Habló así, y el Atreída, satisfecho, avanzó un tanto. Y encontró al jinete Menesteo inmóvil y rodeado por los atenienses belicosos, y á su lado al sagaz Odiseo, y en torno de éste á la multitud enardecida de los kefalenios. Y no habían oído todavía el grito de guerra, aunque las falanges de los troyanos domadores de caballos y de los acaios comenzaban entonces á agitarse. Y permanecían quietos en espera de que otras falanges acaianas, arremetiendo contra los troyanos, comenzasen el combate. Y Agamenón, al verles, injurióles y les dijo estas palabras aladas:

—¡Oh hijo de Peteo, ese rey favorito de Zeus, y



tú, inventor de audaces estratagemas! ¿Por qué, poseídos de terror, aguardáis á que combatan otros? Vuestro deber consiste en lanzaros á la refriega cuanto antes, de igual modo que asistís los primeros á mis festines, donde se congregan los más venerables acaienos. Allí sin duda os será grato comer carnes asadas y beber copas de buen vino á vuestro sabor. ¡Y he aquí que al presente veriais con alegría que diez falanges de acaienos, armadas de bronce mortífero, combatieran delante de vosotros!

Y clavando en él una sombría mirada, le contestó el sagaz Odiseo:

—Atreida, ¿qué palabras dejas que salgan de tu boca? ¿Cómo osas afirmar que dudamos frente á la perspectiva del combate? Cuando impulsemos al rudo Ares contra los troyanos domadores de caballos, ya podrás ver, si lo deseas y tienes gusto en ello, al padre muy amado de Telémaco atravesar por las huestes de troyanos domadores de caballos. Pero no hay que hacer caso de tus palabras.

Y Agamenón el que de lejos manda, al advertir su ira, le contestó retractándose:

—No, sagaz Odiseo, divino Laertiada, no quiero dirigirte insultos ni reproches. Bien sé que dentro de tu pecho tienes un corazón repleto de proyectos excelentes, porque tus pensamientos son los míos. Si fui duro contigo, te desagraré. Ve, pues, y que los Dioses hagan vanas mis palabras.

Quando hubo hablado así, se separó y marchó

hacia otros. Y halló á Diomedes, el orgulloso hijo de Tideo, inmóvil entre sus caballos y sus carros sólidos. Y Stenelo, hijo de Capaneo, estaba cerca de él. Y al verles, Agamenón el que de lejos manda injurió al primero y le dijo estas palabras aladas:

—¡Ah! Hijo del bravo Tideo domador de caballos, ¿por qué tiemblos y miras temeroso entre tus filas? En verdad que Tideo no tenía costumbre de temblar, sino que combatía denodadamente al enemigo, fuera de las filas y adelantándose á sus compañeros. Yo no le vi en la guerra; pero dicen que superaba á todos. Á Mikena vino con Polineikes el igual á los Dioses, para recolectar pueblos y emprender una expedición contra las santas murallas de Tebas. Y nos instó á que le proporcionáramos aliados valerosos, y todos en ello consentimos; pero nos lo impidieron los signos adversos de Zeus. Y partieron en seguida, y al llegar á la margen del Asopo, pletórica de juncos y de hierbas, Tideo fué nombrado emisario de los acaienos. Y partió y encontró numerosos cadmeos comiendo en la morada de la Fuerza Eteoclena. Y allí, á pesar de ser un extranjero y verse solo entre tantos cadmeos, el jinete Tideo no se mostró tímido. Y les desafió á luchar y les venció fácilmente, pues Atenea le protegía. Pero los jinetes cadmeos, roídos por la cólera, prepararon á su salida una emboscada á cargo de muchos guerreros mandados por Maion Hemónida, comparable á los Inmortales, y por Likefontes,

animoso guerrero hijo de Autofono. Y Tideo mató á todos y no dejó que volviera más que uno. Y obediente á las señales de los Dioses, dejó volver á Maion. Ese era Tideo el etolio; pero engendró un hijo que, aunque como orador le aventajara, no le igualaba en el combate.

Habló así, y el bravo Diomedes no quiso responder, tomado de respeto hacia el rey venerable. Pero el hijo del ilustre Capaneo contestó al Atreida:

—Atreida, no mientas á sabiendas. En verdad que nos gloriamos de valer mucho más que nuestros padres, ya que, confiando en los pronósticos de los Dioses, y con la ayuda de Zeus, hemos tomado á Tebas la de las siete puertas y llevado bajo sus fuertes murallas á pueblos menos numerosos que los por ellos conducidos. Su imprudencia hizo perecer á nuestros padres. No intentes comparar, por tanto, su gloria con la nuestra.

Y dirigiéndole una sombría mirada, le atajó el robusto Diomedes:

—Amigo, calla y obedece. No me enfadaré yo porque el príncipe de pueblos Agamenón excite á los acaienos de hermosas grebas para que combatan, pues si los acaienos destruyeran á los troyanos y tomasen la santa Ilios, la gloria será de él; pero si los acaienos se viesan destruidos, sería de él la derrota. Aprestémonos todos á la impetuosa guerra.

Habló así, y cubierto con sus armas, descendió desde su carro al suelo y el bronce crujió terrible-



mente sobre el pecho del Rey con un ruido que turbaría el corazón del más bravo.

É igual que la marina ola, empujada por Zéfiro, rueda con rapidez hacia la costa, é hinchándose primero en alta mar se quiebra con violencia al tocar tierra, erizada de blancos remolinos espumosos, marchaban presurosas al combate las falanges de los danaenos. Y daba órdenes cada jefe, caminando las fuerzas en silencio. Diríase una gran multitud muda y llena de respeto por sus jefes. Y las armas brillantes resplandecían, mientras ellos caminaban ordenados. Por el contrario, á semejanza de las ovejas numerosas que poseyera un rico y que balasen sin cesar escuchando la voz de los corderos mientras corre su blanca leche en el establo, los troyanos dejaban escapar gritos confusos y tumultuosos desde todos los puntos de su vasto ejército. Y estos gritos se modulaban en muy diversas lenguas y por hombres llegados de numerosos y lejanos países.

Y Ares excitaba á los unos, y Atenea la de los ojos claros excitaba á los otros, y por doquier corrían el Miedo y el Terror, y la furiosa é insaciable Eris, hermana y compañera de Ares matador de hombres, y la cual al principio parece pequeñísima, no tardando, al poner el pie sobre la tierra, en crecer, hasta llegar con la cabeza al mismo Urano. Y avanzó en medio de la multitud, avivando el odio y multiplicando los humanos gemidos.

Y cuando ambos ejércitos chocaron mezcláron-

se en tropel sus escudos, sus picas y la fuerza de los hombres de corazas de bronce, y se golpeaban los escudos abombados, y reinaba un inmenso tumulto. Y percibíanse las voces de victoria y el imprecicar de los heridos ó de los que herían y la sangre inundaba la tierra. Cual dos ríos que en invierno se derrumban desde enhiestas montañas, juntándose en el valle sus aguas furiosas, y cuyo estrépito percibe desde lejos el pastor, así sonaba el clamoroso desorden de los hombres confundidos.

Y Antiloco mató primero á Ekepolo Talisiada, valeroso troyano, bravo entre todos los que combatían en primera línea. Y le alcanzó en el casco cubierto de espesas crines, y le hendió la frente, y la punta de bronce rompió el hueso. Y el troyano cayó, semejante á una torre que se derrumba en el rudo combate. Y el rey Eلفenor Calcodontiada, príncipe de los magnánimos abantes, le tomó por los pies para arrastrarle al abrigo de los tiros y despojarle de sus armas; pero fué breve su tentativa, porque el magnánimo Agenor, que divisó cómo arrastraba aquel cadáver, con una pica de bronce hirióle en el costado bajo el escudo mientras el otro al inclinarse desviaba el escudo, y le mató. Y libróse á causa de él un combate furioso entre troyanos y acaienos; y á manera de lobos, se agredían los unos á los otros, y cada guerrero derribaba á su contrario.

Allí fué donde Ajax Telamonieno mató á Simoisio, hijo de Antemión, joven y hermoso, y

cuya madre, habiendo descendido del Ida con sus padres para ver sus rebaños, le dió á luz en la orilla del Simois, al cual debía el nombre de Simoisio. Pero no pagó él á sus padres muy amados los cuidados de que le hicieron acreedor, pues su vida fué breve, sucumbiendo bajo la pica del magnánimo Ajax. Y éste le hirió en el pecho junto á la tetilla derecha, y la pica de bronce salió por el hombro. Y Simoisio cayó en el polvo como un álamo de corteza tersa que brotase en medio de un pantano y empezara á cubrirse de altas ramas cuando le tala el carretero con afilado hierro para después construir con él la rueda de un hermoso carro y le tiende mustio en la margen del río. Así el divino Ajax venció á Simoisio Antemionida.

Y el Priamida Antifo el de la coraza refulgente lanzó contra Ajax su aguzada pica; pero erró el golpe y alcanzó en la ingle á un bravo compañero de Odiseo, á Leuco, quien retiraba entonces el cadáver, y el cadáver se le escapó de entre las manos. Y quiso Odiseo reparar aquella muerte, y armado del resplandeciente bronce, adelantóse á las primeras filas, mirando en torno suyo y agitando su pica resplandeciente. Y los troyanos retrocedieron ante aquel hombre amenazador; pero no lanzó él su pica en vano, pues hirió á Democoon, hijo natural de Priamo, y que había llegado de Abido con sus caballos veloces. Y Odiseo, vengando á su compañero, alcanzó á Democoon en una sien, y la punta de bronce salió por la otra sien, y



la obscuridad cubrió los ojos del vencido. Y desplomóse éste ruidosamente y sus armas retemblaron. Y los troyanos que había en primera fila, incluso el mismo Héctor, retrocedieron. Y los acaieños prorrumpían en estrepitosos gritos, avanzando unos hacia los contrarios, mientras otros se ocupaban de retirar los cadáveres. Y al verles desde la cumbre de Pergamo, Apolo se indignó, excitando á los troyanos en voz alta:

—Troyanos domadores de caballos, no cedáis á los acaieños. Ni de piedra ni de hierro es su piel para que pueda resistir al empuje del bronce que corta la carne. Akileo, el hijo de Tetis la de la hermosa cabellera, no combate, mascullando, cerca de sus navíos, la cólera que le roe el corazón.

Así habló el Dios terrible desde lo alto de la ciudadela. Y Tritogenia, la gloriosa hija de Zeus, marchando entre la muchedumbre, excitaba á los acaieños, presentándose allá donde les veía retroceder.

Y la Moira se llevó á Diores Amarinkeida, herido en el tobillo derecho por una piedra puntiaguda. Y había sido el Imbrasida Peiro, príncipe de los tracios, y llegado de Eno, quien le hirió. Y la ruda piedra le rompió los dos tendones y los huesos. Y Diores cayó de espaldas en el polvo, tendiendo hacia sus compañeros ambas manos y respirando apenas. Y Peiro corrió á él, hundiéndole su pica cerca del ombligo, y los intestinos de la víctima se esparcieron por tierra, y la obscuridad

le cubrió los ojos. Y cuando Peiro volvía con los suyos, el etolio Toas le alcanzó con su pica en el pecho por debajo de la tetilla, y el bronce perforó el pulmón. Luego inclinóse sobre él, arrancóle del pecho la terrible pica, y sacando su afilada espada, abrió el vientre del hombre y le mató. Pero no pudo despojarle de sus armas, pues los tracios de cabellos cortos y largas lanzas rodearon á su jefe y rechazaron á Toas, aunque era robusto, animoso y corpulento. Y ante ellos hubo de retroceder. Aun quedaron tendidos en el polvo los dos jefes, el de los tracios y el de los epeos de bronceíneas túnicas, quedando ambos tendidos en el polvo uno junto á otro, y otros cadáveres se amontonaban á su alrededor.

El guerrero que sin temor á la batalla y respetado todavía por el bronce agudo visitara el teatro de la furiosa lucha, conducido por la mano de Palas Atenea, que apartaría á su paso los dardos impetuosos, habría visto aquel día toda una multitud de troyanos y acaienos caídos y hacinados confusamente en tierra.





## RAPSODIA V

Entonces Palas Atenea dió fuerza y audacia al Tideida Diomedes, á fin de que brillase entre todos los argienos y alcanzara una gran gloria. É hizo que de su casco y de su escudo surgiese una llama inextinguible, semejante á una estrella otoñal que luce y resplandece sobre el Océano. Tal el fuego surgía de la cabeza y de los hombros del guerrero. Y la Diosa impulsóle á adentrarse en la refriega, donde los hombres se atacaban tumultuosamente.

Vivía entre los troyanos Dares, rico é irreprochable sacrificador de Hefesto, y tenía dos hijos, Figeo é Ideo, diestros en todos los combates. Y erigidos en el mismo carro, se revolvieron ambos contra el Tideida, que iba á pie. Y cuando se en-



contraron próximos, Figeo lanzó su larga pica, y la punta rozó el hombro izquierdo del Tideida, por más que no le hirió. Y éste, á su vez, lanzó su pica y no en vano salió de su mano el tiro, pues alcanzó al contrario en la mitad del pecho, derribándole. E Ideo huyó, abandonando su hermoso carro y sin osar defender al hermano vencido. En verdad que tampoco habría evitado la negra muerte; pero Hefesto, envolviéndole en una nube, le sacó de allí por no desesperar la vejez de su anciano padre. Y el hijo del magnánimo Tideo se apoderó de los caballos dejados por el fugitivo y se los entregó á sus compañeros para que los condujeran á las naves abiertas.

Y los magnánimos troyanos, al ver que de ambos hijos de Dares huía el uno y estaba muerto bajo su carro el otro, se sintieron turbados hasta el fondo de sus corazones. Pero Atenea la de los ojos claros, asiendo de la mano el furioso Ares, le habló así:

—Ares, Ares, sangriento azote de los hombres, que echas abajo las murallas: ¿es que no vamos á dejar combatir á troyanos y acaienos? El Padre Zeus concederá el triunfo á quien le parezca. Retirémonos, pues, y evitemos la cólera de Zeus.

Cuando hubo hablado así, condujo al furioso Ares fuera del combate y le hizo sentarse en la ribera del Scamandro. Y los danaenos rechazaron á los troyanos. Mató á un guerrero cada jefe. Y primero fué el rey Agamenón, precipitando de su carro al gran Odio, jefe de los alizones. Como éste huyera, le clavó su pica en medio de la espalda y le atravesó el pecho, y las armas de Odio resonaron con la caída.

E Idomeneo mató á Festo, hijo del meonio Boro, que vino de la fértil Tarne. El ilustre Idomeneo

le hirió en el hombro derecho con su larga pica cuando subía el otro á su carro. Y cayó el vencido, y una sombra funesta le envolvió, y los servidores de Idomeneo le despojaron.

Y el Atreida Menelao mató con su aguzada pica á Scamandrio, hábil en la caza é hijo de Strofio. Era aquél un excelente cazador á quien la propia Artemisa había enseñado á herir de un golpe certero á las alimañas que se crían en los montes y los bosques. Pero ni su puntería ni Artemisa, orgullosa de sus flechas, le libraron. Cuando huía, el ilustre Atreida Menelao le alcanzó con su pica entre ambos hombros por la espalda y le atravesó el pecho. Y el vencido cayó de bruces, y sus armas se estremecieron.

Y Meriones mató á Fereclo, hijo del carpintero Harmón, cuyas manos labraban diestramente los objetos más diversos y al cual favorecía Palas Atenea. Y él fué quien construyó para Alejandro estas naves iguales que debían causar tantos estragos á los troyanos y á sí mismo, pues ignoraba los oráculos de los Dioses. Y Meriones persiguió á Fereclo, alcanzándole en el ijar derecho, y la punta del arma penetró en el hueso hasta la vejiga, haciéndole caer gemebundo, y le envolvió la muerte.

Y Meges mató á Pedeo, hijo ilegítimo de Antenor, á quien no obstante lo obscuro de su origen, la divina Teano había criado cuidadosa entre sus propios hijos por complacer á su marido. Y el ilustre Fileida, acercándose á él, le alcanzó con su afilada pica detrás de la cabeza. Y á través de los dientes, el bronce le cortó la lengua y cayó él en el polvo mordiendo el frío bronce.

Y el Evemónida Euripilo mató al divino Hipenor, hijo del magnánimo Dolopión, sacrificador del

Scamandro y á quien el pueblo veneraba como si de un Dios se tratase. Y Euripilo, el ilustre hijo de Evemón, abalanzándose sobre él cuando se retiraba, le hirió con la espada en un hombro y le cercenó el brazo, que cayó inerte y sangriento. Y la muerte purpúrea y la Moira violenta le cerraron los ojos.

Mientras así combatían en la ruda refriega, ninguno hubiera podido conocer si el Tideida iba á favor de los troyanos ó de los acaienos. Corría á través de la llanura, semejante á un río furioso y desbordado que saltara con estrépito, derribando los puentes, sin que los diques ni las cercas de los huertos verdeantes lo parasen, pues cuando Zeus manda la lluvia en abundancia, muy poco pueden resistir á su impulso los hermosos trabajos de los hombres. Así, al impulso de Tideida, se disipaban las compactas falanges de troyanos, cuyo número no era poderoso á aguantar los embates de aquél.

Y el ilustre hijo de Licaón, al advertir cómo el otro corría por la llanura dispersando las falanges, tendió contra él su arco curvo, y cuando le veía combatir con más ardor hirióle en el hombro derecho, á pesar de la coraza. Y voló silbante y se clavó la acerba flecha, y sobre la coraza del herido hubo un manar de sangre. Y el ilustre hijo de Licaón gritó con voz potente:

—¡Valor, troyanos, jinetes magnánimos! El más temible de los acaienos está herido y no creo soporte durante mucho tiempo la violencia de mi flecha. De otro modo no se comprendería que el Rey, hijo de Zeus, me impulsase, para venir aquí, á dejar la Likia.

Habló así orgullosamente; pero la flecha rápida no mató al Tideida, quien, retrocediendo, se detuvo ante sus caballos y su carro, y dijo á Stenelo, hijo de Capaneo:



—¡Favor, amigo Capaneida! Desciende pronto de tu carro y arráncame esta flecha amarga.

Habló así, y Stenelo, apeándose del carro, extrajo del hombro del herido la flecha rápida. Y la sangre enrojeció la túnica, y Diomedes, animoso en el combate, oró así:

—¡Escúchame, hija indómita de Zeus tempestuoso! Si algún día nos protegiste en la guerra cruel á mi padre y á mí, Atenea, socórreme de nuevo. Otórgame la gracia de que yo mate á ese guerrero. Tráemele ante mi impetuosa pica, porque me hirió primeramente y se enorgullece de su hazaña, pensando que no tardará mucho la luz de Helios en apagarse para mí.

Habló así orando, y Palas Atenea quiso complacerle. Y dió á todos sus miembros más agilidad aún, y aproximándose á él, le dijo con palabras aladas:

—Toma ánimo otra vez, ¡oh Diomedes! y combate contra los troyanos, pues infundí en tu pecho el intrépido vigor que el jinete Tideo poseía cuando se armaba con su escudo. Y disipé la nube que obscurecía tus ojos para que puedas discernir ahora entre los Dioses y los hombres. Si un inmortal se te acercara, no luches contra los Dioses inmortales; pero si Afrodita, hija de Zeus, se mezclase en la refriega, hiérela sin temor con el agudo bronce.

Cuando hubo hablado así, Atenea la de los ojos claros alejóse y el Tideida volvió á la carga, colocándose en primera línea. Y si antes era grande su ardor al combatir á los troyanos, su valor era entonces tres veces más grande. Se diría un león en un campo dentro del cual pastara un rebaño de lanudas ovejas, al ser herido y no muerto por el pastor cuando se apresta á asaltar el establo; la herida multiplica sus arrestos, impulsándole á entrar fu-

rioso en el redil y dispersar las reses, que no osan defenderse y se empujan despavoridas unas á otras, á merced suya. Así el bravo Diomedes acometía á los troyanos.

Mató entonces á Astinoo y á Hipenor, príncipes de aguerridos pueblos. Y á uno le hirió con su pica de bronce en la parte inferior de la tetilla, y con su gran espada le rompió al otro la clavícula, separándole la cabeza. Les abandonó luego, y se abalanzó sobre Abas y Poleido, hijos del viejo Euridamas, intérprete de los sueños. Pero á la sazón no hubo de consultarlos el anciano, causa por la que no pudo prever, cuando partían sus vástagos, que Diomedes les mataría.

Y se lanzó después sobre Xanto y Toon, hijos tardíos de Fenopo, que los tuvo en su triste vejez, sin haber engendrado otros sucesores que heredaran sus bienes. Y el Tideida les mató arrancándoles el alma y dejando sumido en el dolor y el luto al pobre padre, que no debía volver á verles vivos y cuya herencia se repartiría según manda la ley.

Y Diomedes se dirigió en seguida hacia dos hijos del Dardanida Príamo, Ekemón y Cromío, los cuales dirigían el mismo carro. Al igual de un león acometiendo á la vacada y que desgarrá el cuello de una ternera ó de algún toro cuando tranquilos pacen en el bosque, el hijo de Tideo, derribando á ambos de su carro, arrebatóles las armas y envió á sus compañeros los caballos de uno y otro vencido para que los condujesen á las naves.

Pero Eneas, al verle sembrar la confusión entre las filas de guerreros, cruzó por entre los soldados y el estruendo de las picas en busca del divino Pándaro. Encontró finalmente al valeroso é irreprochable hijo de Licaón, y acercándose á él, le dijo:

—Pándaro, ¿dónde están tu arco y tus flechas?

¿Qué guerrero podría disputarte tu gloria? ¿Á quién le fué posible en Likia envanecerse de sobrepasarte? ¿Qué haces, pues, que no lanzas á ese guerrero una saeta tras de implorar á Zeus protección? No sé, en verdad, quién es ese hombre; pero sí sé que está venciéndonos hasta ahora y ha ocasionado á los troyanos ya muchas desgracias. A toda una multitud de valientes hizo caer en tierra. ¿Es acaso algún Dios indignado contra los troyanos á causa de promesas olvidadas? Porque sólo la cólera de un Dios resulta tan terrible.

Y le contestó el ilustre hijo de Licaón:

—Eneas, consejero de los troyanos revestidos de bronce: me parece que ese guerrero es el Tideida. Le reconozco por su escudo, por su casco de tres puntas y por sus caballos. No sé, empero, decirte si en él reside un Dios, porque, aunque sea el hijo de Tideo, únicamente el apoyo de un Dios puede darle tal pujanza. Sin duda, alguno de los Inmortales, oculto en una nube, le sostiene y desvía en su favor las flechas rápidas. Yo mismo le clavé una saeta en el hombro derecho, á pesar de su coraza, y por más que tenía la certidumbre de haberle sumido en la mansión de Edes, he aquí que no pude matarle. Sin duda, algún Dios está enojado con nosotros. Y el caso es que ni mis caballos ni mi carro se hallan aquí. En la morada de Licaón tengo once hermosos carros nuevos cubiertos de gualdrapas, y cerca de cada uno, pasta cebada y avena, un tronco de caballos. Por cierto que el belicoso anciano Licaón, cuando dejé mi hogar, me dió numerosos consejos. Me ordenó subir á mi carro para que, arrastrado por mis caballos, adelantara á los troyanos durante los varoniles combates. A fe que debí obedecerle; pero no lo hice, prefiriendo que mis caballos, acostumbrados á comer con abundan-



cia, siguieran allí ociosos en lugar de que carecieran de sustento un día en época de sitio. Allá quedaron mientras yo á pie venía hacia Ilios, confiando en mi arco, del cual en breve no podría gloriarme. Lo he utilizado para disparar contra dos jefes, el Atreida y el hijo de Tideo, y al herirles y hacer correr su sangre, sólo conseguí enardecerles más aún. ¡En mala hora descolgué del muro este curvo arco el día funesto en que vine á Ilios para ponerme al frente de los troyanos por complacer al divino Héctor. Si salgo hoy con vida y mis ojos vuelven á ver mi patria, mi esposa y mi palacio, que un feroz enemigo me corte la cabeza si no destrozo con las propias manos y arrojó al fuego crepitante el arco que tan inútil compañía me prestó.

Y le contestó Eneas, jefe de los troyanos:

—No hables tanto. Nada cambiará mientras no intentemos rechazar á ese hombre desde nuestro carro y nuestros caballos y resguardados por nuestras armas. Súbete á mi carro para que juzgues la bondad de estos caballos de Tros, diestros en perseguir y en huir velozmente por la llanura. A la ciudad nos llevaría sanos y salvos su galope, si Zeus otorgase la victoria al Tideida Diomedes. Ven, toma el látigo y las hermosas riendas, que yo me aparearé para combatir, ó combate tú mismo y yo guiaré los caballos.

Y le contestó el ilustre hijo de Licaón:

—Eneas, cuida tú de las riendas y de los caballos, porque mejor obedecerán á su conductor habitual y con más energía tirarán del carro, en caso de que el hijo de Tideo nos obligue á la fuga. Quizá entonces, si yo los arreara, se parasen inertes y llenos de terror al no escuchar tu voz, y se negaran á conducirnos á un sitio seguro.

Cuando hubo hablado así, subieron ambos al brillante carro y azuzaron contra el Tideida á los caballos veloces. Y el ilustre hijo de Capaneo, Stenelo, les vió y dijo al Tideida, presuroso, estas palabras aladas:

—Tideida Diomedes, el más caro á mi alma, veo á dos brayos guerreros que se aprestan á combatirte. Ambos están pletóricos de fuerza. Uno es el hábil arquero Pándaro, que se enorgullece de ser hijo de Licaón. El otro es Eneas, que se enorgullece de ser hijo del magnánimo Ankises y que tiene por madre á la propia Afrodita. Retrocedamos, pues, y no pretendas combatir con ellos si no quieres perder el alma cara.

Y mirándole con ojos sombríos, le contestó el bravo Diomedes:

—No hables de huir, porque no pienso dejar que me convenzas. No están los de mi raza acostumbrados á correr y temblar. Me noto aún en posesión de todas mis fuerzas, y les saldré al encuentro á esos guerreros. Palas Atenea no me permite tener miedo. Los caballos veloces de esos hombres dentro de poco no les llevarán á ambos, caso de que consiga ponerse en fuga alguno de los dos. Escucha lo que voy á decirte, y acuérdate de mis palabras: si la sabia Atenea me otorgase la gloria de matarles á ambos, detén nuestros caballos veloces, ata al carro las riendas, apodérate de los caballos de Eneas, y hazlos marchar hacia los acaienos de hermosas grebas, porque descienden esos brutos de los que el previsor Zeus diera á Tros á cambio de su hijo Ganimedes, y son los mejores caballos que existen bajo Eos y Helios. El rey de los hombres Ankises, á espaldas de Laomedón, los ayuntó con sus yeguas, que le dieron diez potros. El se reservó cuatro, á los cuales alimenta en sus

pesebres, y dos de los que regaló son estos de Eneas, veloces en la huida. Si los hacemos nuestros, habremos alcanzado una gran gloria.

Mientras hablaban así, ambos troyanos hostigaban á sus caballos veloces, y fué el ilustre hijo de Licaón quien avanzó gritando:

—Valerosísimo y excelentísimo guerrero, hijo del ilustre Tideo: mi dardo rápido, mi flecha amarga no logró matarte; pero voy á ver si lo consigo ahora clavándote mi pica.

Dijo, y lanzando su larga pica golpeó con ella el escudo del Tideida; la punta de bronce silbó y se hundió en la coraza, y el ilustre hijo de Licaón gritó con voz potente:

—Estás herido en el vientre y tengo la seguridad de que no has de sobrevivir á mi ataque mucho tiempo, de lo cual me cabe la gloria.

Y le contestó con calma el bravo Diomedes:

—Sí que estoy herido; mas no sucumbiré á tu ataque antes de que uno de vosotros, por lo menos, quede en tierra y sacie con su sangre á Ares el audaz combatiente.

Habló así, y lanzó su pica. Y Atenea hizo que se le clavara al enemigo sobre la nariz, cerca del ojo, y que el bronce indómito penetrase hasta romper los blancos dientes, cortar un trozo de la lengua y salir por debajo del menton. Y Pándaro se desplomó del carro, y sus brillantes armas de cambiantes tonos resonaron sobre él, y los caballos de pies veloces se estremecieron, y el vigor y la vida del hombre llegaron á su fin.

Entonces Eneas, provisto de su escudo y de su larga pica, se lanzó á pelear para impedir que el cadáver fuese arrastrado por los acaienos. Y mirando á su alrededor, iba como un león, confiando en sus fuerzas y blandiendo su pica y su escudo



abombado, pronto á matar al que osara acercarse y dando horribles gritos. Pero el Tideida cogió con su mano una pesada roca que dos hombres de ahora ni siquiera moverían. Hubo de manejarla fácilmente él solo. Y golpeó con ella á Eneas, hiéndole en la parte en que se unen el muslo y la cadera. Y la piedra rugosa chocó en el hueso, destrozó los músculos y desgarró la piel. Cayó el héroe de rodillas, apoyándose con la mano pesadamente en tierra, y una noche negra le cubrió los ojos. Y habría sin duda perecido Eneas, rey de los hombres, si la hija de Zeus, Afrodita, no estuviese al cuidado; porque era su madre, fecundada por Ankises un día que conducía á pastar sus bueyes. Echó los brazos ella al cuello de su hijo muy amado y le envolvió en los pliegues de su refulgente peplo para librarle de las saetas y temiendo que algún guerrero danaeno sepultara en su pecho el bronce y le arrancase el alma. Y condujo fuera de la refriega á su hijo muy amado.

Pero el hijo de Capaneo no olvidó la orden que le había dado Diomedes, animoso en el combate. Paró con brusquedad á sus caballos de cascos macizos, atando al carro las riendas con que los guiaba, y dirigiéndose á los corceles de crecidas crines que llevaron á Eneas, los arreó hacia el lado de los acaenos de hermosas grebas. Y se los entregó á su querido compañero Deipilo, á quien honraba por encima de todos, porque sus almas siempre estaban acordes, para que aquél los transportase á las naves abiertas.

Luego el héroe, volviéndose á su carro, tomó las hermosas riendas, y arrastrado por sus caballos de cascos macizos, siguió al Tideida. Y éste perseguía á Afrodita con ardor, blandiendo el bronce mortífero, pues sabía que se trataba de una

Diosa débil y no era de las divinidades que toman parte en las luchas de los guerreros, como Atenea ó como Enio, la destructora de ciudadelas. Y acosándola por entre la refriega tumultuosa, el hijo de Tideo dió un salto, y con su pica aguda alcanzó á la deidad en una de sus manos delicadas. Y el bronce se clavó en seguida en la piel divina, agujereando el peplo que las propias Caritas habían tejido. Y la sangre inmortal de la Diosa corrió sutil y extraordinaria, pues los Dioses dichosos, como no comen pan ni beben nuestro ardiente vino, no tienen una sangre semejante á la nuestra, ya que por algo son y se les llama Inmortales. Afrodita lanzó un grito de espanto, dejando caer á su hijo; pero Febo Apolo alzóle del suelo por sí mismo y le ocultó con una nube negra para que ninguno de los jinetes danaenos sepultara en su pecho el bronce y le arrancase el alma. Y Diomedes, animoso en el combate, gritó á la Diosa en alta voz:

—Abandona la guerra y el combate, hija de Zeus. ¿No te basta con engañar á las débiles mujeres? Y si asistes de nuevo á los combates, acabarás porque la guerra y hasta sólo su nombre te hagan temblar de miedo.

Habló así, y Afrodita voló afligida y gimiendo desgarradoramente. Iris la de los pies ligeros la sacó del lugar de la refriega, abatida por el dolor y con el bello cuerpo acardenalado. Y á la izquierda del campo de batalla encontró sentado al impetuoso Ares. A su pica y á sus caballos corredores los cubría una nube. Y Afrodita, postrándose de hinojos ante su muy amado hermano, le suplicó le diese sus caballos de áureos arreos:

—¡Socórreme, hermano muy amado! Préstame tus caballos para que me conduzcan al Olimpo, donde está la morada de los Inmortales. Sufró:



cruelmente á causa de una herida que me produjo el guerrero mortal Tideida, quien con el propio Padre Zeus combatiría ahora.

Habló así, y Ares prestóle sus caballos con peñachos de oro. Y gimiendo en su cara alma, subió al carro la Diosa. Iris montó junto á ella, tomó las riendas con las manos y hostigó á los corceles con el látigo, haciéndoles que volasen y ganaran á poco el alto Olimpo, morada de los Dioses. Y la ligera Iris paró luego á los caballos de pies rápidos como el viento, y saltando del carro dióles á comer la cebada inmortal. Y la divina Afrodita se arrojó en el regazo de su madre Dione; y ésta, abrazándola, la acarició y le dijo:

—¿Quién de los que el Urano pisan te ha tratado así, hija mía, como si descaradamente hubieras cometido alguna mala acción?

Y le contestó Afrodita, que ama las sonrisas:

—El audaz Diomedes, hijo de Tideo, me ha herido porque yo me llevaba fuera de la refriega á mi hijo muy amado Eneas, quien me es el más querido de los hombres. La batalla furiosa no se libra únicamente entre troyanos y acaienos, pues que los danaenos combaten ya hasta contra los Inmortales.

Y le contestó la ilustre Diosa Dione:

—Sufre y lleva con paciencia tu desgracia, hija mía. Son varios los habitantes de las regiones uránicas que han tenido discordias mutuas y padecido por culpa de los hombres. Ares fué víctima también de cruentas desdichas cuando Oto y el robusto Efiltes, hijo de Aloe, le sujetaron con fuertes cadenas. Trece meses estuvo encadenado en una prisión de bronce. ¡Y quién sabe si Ares el insaciable en los combates habría perecido, á no ser por la bella Eribea, la madrastra de aquéllos, que avisó á Hermes del peligro que corría el primero, y aquél



le libertó furtivamente en el instante en que Ares casi no podía respirar de tanto como le apretaban las pesadas cadenas. Here sufrió asimismo cuando el vigoroso Anfitrionada la hirió en el pecho derecho con una flecha de tres puntas, haciéndola quejarse de punzadas horribles. Y el gran Edes sufrió más que ninguno cuando el propio hombre, hijo de Zeus tempestuoso, alcanzóle con otra flecha á la entrada del Hades, entre los muertos, abrumándole de dolor. Y vino á la mansión de Zeus, en el gran Olimpo, el Dios maltrecho y gemebundo, pues la flecha permanecía clavada en su ancho hombro, torturándole. Y Peón le curó, aplicando sobre la llaga dulces bálsamos, ya que el herido no era mortal como cualquier hombre. Ese era Heracles, el impío, el irresistible, que no temía cometer malas acciones y agredía con sus flechas á los Dioses que habitan el Olimpo. Ahora debes tu mal á la divina Atenea la de los ojos claros, que ha impulsado á un insensato contra ti. El hijo de Tideo ignora, por lo visto, que no puede vivir mucho aquel que lucha con los Inmortales, y al volver de la guerra y la ruda batalla, no le llamarán padre sus hijos cuando les siente sobre sus rodillas. ¡Tema el Tideida entonces que alguien más formidable que tú vaya á combatirle, dando lugar á que la prudente hija de Adrestes, Egialea, noble esposa del domador de caballos Diomedes, salte agitada de su lecho un día próximo y consterne á sus servidores llorando á su primer marido, el más bravo de los acáienos!

Habló así, y con sus manos restañó la llaga, que fué curada, y quedaron calmados los amargos dolores.

Peró Here y Atenea, que las contemplaban, intentaron irritar al Cronida Zeus con palabras mor-

«daces. Y habló así la primera la divina Atenea la de los ojos claros:

—Quizá te enoje, Padre Zeus, lo que voy á decirte; pero he aquí que Afrodita, tratando de atraer á alguna mujer acaiana hacia los troyanos, por quienes tan gran ternura siente, al intentar seducir á una de las acaianas de hermoso peplo, ha desgarrado con un broche de oro su mano delicada.

Habló así, y el Padre de los hombres y de los Dioses sonrió, y encarándose con Afrodita de oro, le dijo:

—Hija mía, no es á ti á quien incumben los trabajos de la guerra, sino al impetuoso Ares y á Atenea. No pienses, pues, más que en las dulces alegrías de Himeneo.

Así hablaban los Dioses. Y Diomedes, animoso en el combate, acometía siempre á Eneas, por más que no se le ocultaba que sobre su enemigo tendía Apolo las manos protectoras. Pero él ni á un Dios tan grande respetaba ya, deseando matar á Eneas y privarle de sus armas ilustres. Y tres veces le asaltó para matarle, y tres veces Apolo repelió su escudo refulgente. Pero cuando por cuarta vez y semejante á un Dios iniciaba el guerrero un nuevo ataque, Apolo le contuvo con terribles voces:

—¡Modérate, Tideida, y no pretendas igualarte á los Dioses, porque la raza de los Dioses Inmortales no puede compararse con la de los hombres que la tierra pisan!

Habló así, y el Tideida entonces retrocedió algo, temiendo avivar la cólera del arquero Apolo. Y éste alejó de la pelea á Eneas, resguardándole en la santa Pergamo, donde hubieron de erigirle su templo. Y Leto y Artemisa, que se enorgullece de sus flechas, cuidaron al guerrero en el vasto santuario. Y Apolo el del arco de plata creó una

especie de contrafigura de Eneas, á la cual dotó de armas parecidas á las de éste. Y en torno de esta imagen los troyanos y los divinos acaienos se golpeaban mutuamente en las pieles de buey que les cubrían el pecho, en los escudos abombados y en las ligeras corazas. Entonces el rey Febo Apolo dijo al impetuoso Ares:

—Ares, Ares, sangriento azote de los hombres, que derribas las murallas: ¿por qué no ahuyentas de la refriega al Tideida, ese guerrero que ahora sería capaz de combatir hasta con el propio Padre Zeus? Primero hirió á Afrodita en una mano, y luego se atrevió conmigo, como si él fuese un Dios.

Cuando hubo hablado así, volvió á sentarse en la alta Pergamo, y el cruel Ares, mezclándose con los troyanos, impulsóles á combatir, tomando para ello la forma del impetuoso Acamas, príncipe de los tracios. Y exhortó á los hijos de Príamo, criaturas de Zeus:

—¡Oh hijos del rey Príamo, creados por Zeus! ¿Hasta cuándo dejaréis que los acaienos os destrocen? ¿Es que esperáis á que en su asedio lleguen á combatir junto á nuestras puertas sólidas? Hemos visto caer á un guerrero á quien venerábamos tanto como al divino Héctor, á Eneas, el hijo del magnánimo Ankises. ¡Adelante, y saquemos de la refriega á nuestro bravo camarada!

Hablando así, excitó la fuerza y el valor de cada uno. Y Sarpedón dijo estas duras palabras al divino Héctor:

—Héctor, ¿qué ha sido de tu antiguo valor? Un día te envaneciste de que podrías salvar á tu ciudad sin otra ayuda que la de tus hermanos y tus deudos, y en verdad que no vi ejecutar proezas á ninguno de ellos, sino temblar más bien, cual perros ante el león. Somos nosotros, vuestros aliados,



los que combatimos verdaderamente. Repara en mí, que vine en vuestro auxilio desde muy lejos, pues muy lejana esta la Likia que baña el Xanto caudaloso. Por acudir abandoné á mi esposa muy amada y á mi hijito y mis dominios numerosos que codicia el pobre. Y sin embargo, arrastro al combate á los likenses y estoy pronto á luchar con los hombres yo mismo, aunque no tengo entre vosotros nada que perder ni evitar desgracias como las que los acaienos os han traído ó pretenden traer. Y he aquí que permaneces quieto y ni siquiera ordenas á los tuyos que se sostengan en su puesto y defiendan á sus mujeres. ¿No tiembles á la idea de convertirte en presa de los guerreros enemigos? Pronto sin duda los acaienos lograrán destruir vuestra ciudad, arruinando á sus muchos habitantes. A ti compete preocuparte día y noche de todo esto y pedir á los príncipes aliados que resistan con firmeza y cesen en sus duros reproches.

Así habló Sarpedón, mordiendo á Héctor en el alma hasta el punto de que éste se arrojó armado del carro que le conducía, y blandiendo dos lanzas afiladas, corrió en todos sentidos por entre las tropas, incitándolas á un feroz combate. Y los troyanos volvieron á la carga, é hicieron frente á los acaienos. Y los argienos les aguardaron á pie firme.

Igual que flota sobre los montones de mies un polvillo blancuzco en los aires sagrados cuando la rubia Demeter, ayudada por los aechadores y por el viento, separa el grano de la paja, flotaba encima de los acaienos una especie de niebla polvorienta que ascendía hacia el Urano y que era producida por el patear de los caballos en el suelo, mientras que los soldados se asaltaban nuevamente y los conductores de los carros les transportaban

al lugar del combate. Y el furioso Ares, envuelto en una nube, iba de un lado á otro excitando á los troyanos. Y obedecía así órdenes de Febo Apolo, el que empuña áurea espada, y cuyas órdenes le dió éste cuando advirtió que partía Atenea, la protectora de los danaenos.

Y el arquero Apolo hizo salir del santuario á Eneas, llenando de vigor el pecho de aquel príncipe de pueblos, el cual reapareció de pronto entre sus compañeros, que se congratularon mucho de encontrarle vivo, sano y salvo y en plena posesión de sus fuerzas. Pero nada le preguntaron, demasiado atareados con el combate que tenían que sostener por culpa de Ares, azote de los hombres, y por culpa también de Apolo y de Eris.

Y los dos Ayaces, Odiseo y Diomedes exhortaban á los danaenos al combate; y éstos, sin temor á las fuerzas y la acometividad de los troyanos, les esperaban á pie quieto, semejantes á las nubes que detiene el Cronión en las cimas de las montañas cuando descansa el Bóreas y los otros huracanes cuyo soplo disipa los nublados espesos é inmóviles. Así los danaenos esperaban á los troyanos á pie quieto. Y el Atreida, corriendo entre ellos en todas direcciones, les arengaba de este modo:

—¡Amigos, sed hombres y mostrad en la ruda batalla un corazón sereno! Suele ocurrir que los más temerarios son los que se escapan de la muerte; en cambio, los que huyen quedan sin fuerza y sin gloria.

Habló, y arrojando su larga pica, se la clavó al guerrero Deicoon Pergasida, que combatía en primera fila en compañía del magnánimo Eneas, y á quien los troyanos veneraban tanto como al hijo de Priamo, porque se hallaba siempre entre los primeros en el combate. Y el rey Agamenón habíale

alcanzado con su pica en el escudo, que no fué bastante para parar el golpe, pues la pica lo atravesó, penetrando en el vientre y desgarrando el cinturón. Y cayó él con ruido, y sus armas resonaron sobre su cuerpo.

Mató Eneas entonces á dos bravos guerreros danaenos, Cretón y Orsiloco, hijos ambos de Diocles. Y su padre habitaba en la floreciente Fere, y era rico, y descendía del río Alfeo, cuyo ancho cauce baña la tierra de los pilios. Y Alfeo había engendrado á Orsiloco, caudillo de numerosos guerreros; y Orsiloco engendró al magnánimo Diocles, y Diocles tuvo dos hijos gemelos, diestros los dos en todos los combates. Muy jóvenes todavía, vinieron en sus negras naves hacia Ilios la de los buenos caballos, siguiendo á los argienos para pelear por la causa y el honor de los Atreidas Agamenón y Menelao, y la muerte en aquel lugar les esperaba. Como dos cachorros de león criados por su madre en lo alto de las montañas ó en la espesura de las selvas, tras de matar bueyes y ovejas y entrar á saco en las majadas, caen heridos un día por el bronce agudo á manos de un pastor, así cayeron ambos, que fueron en su vida cual dos pinos enhiestos, á las manos de Eneas.

Y Menelao, animoso en el combate, sintió piedad al verles caer, y avanzó hasta la primera fila, vistiendo el bronce relumbrante y blandiendo su pica. Y Ares le excitaba para que cayese en poder de Eneas. Pero le vió Antiloco, hijo del magnánimo Néstor, y adelantóse hasta la primera fila, pues temía por el príncipe de los pueblos, cuya muerte habría hecho inútiles sus trabajos. Y ya cruzaban sus afiladas picas, prontos á combatir uno con otro, cuando Antiloco vino á colocarse junto al príncipe de pueblos. Y Eneas, aunque muy bravo, no pudo



por menos de retroceder á la vista de aquellos dos guerreros dispuestos á atacarle. Y éstos retiraron entre los suyos los muertos, y entregándoselos á sus camaradas, volvieron á combatir en primera fila.

Entonces mataron á Pilemenes, el igual á Ares, jefe de los magnánimos paflagones portadores de escudos. Y el ilustre Atreida Menelao le hundió su pica en la clavícula. Y Antiloco hirió en el codo de una pedrada al valiente Atimniada Midón cuando hacía retroceder á sus caballos de cascos macizos. Y las ebúrneas riendas se le escaparon de las manos, y Antiloco saltó sobre él, atravesándole la sien con su espada. Y al caer Midón quedó colgado de su carro, sin respirar ya, rozando con la arena la cabeza y los hombros. Le hollaron sus caballos, y Antiloco los espantó hacia el ejército de los acaienos. Pero al advertir Héctor la derrota de ambos caudillos, se lanzó gritando en medio de la refriega. Y le seguían las falanges de bravos troyanos precedidos todos de Ares y de la venerable Enio, que excitaba el tumulto inmenso del combate mientras aquél blandía una gran pica, caminando unas veces delante y otras detrás de Héctor. Y cuando Diomedes, animoso en el combate, dióse cuenta de la presencia de Ares, se estremeció de horror. Igual que el viajero que ha recorrido la llanura inmensa se para y retrocede con espanto ante el ronco rugido del agua al llegar á la margen de un río impetuoso que va á parar al mar, así el Tideida retrocedió y dijo á los suyos:

—¡Oh amigos! Con justicia admiramos siempre á Héctor por su habilidad en lanzar la pica y su audacia al combatir. Algún Dios se mantiene siempre al lado suyo para librarle de la muerte. Ahora quien le acompaña es Ares, que tomó la apariencia de

un simple guerrero. Por eso retrocedemos ante los troyanos, y á fe que no debemos pelear con los Dioses.

Habló así, y se acercaron los troyanos. Entonces mató Héctor á dos guerreros diestros en el combate, Menestes y Ankialo, que iban subidos en el mismo carro.

Y el gran Telamonieno Ajax tuvo piedad de ellos al mirarles caer y avanzó con su pica brillante. Y alcanzó á Anfión, opulento hijo de Selago, que habitaba en Peso y á quien envió su Moira á socorrer á los Priamidas. Y el Telamonieno Ajax le atinó en el cinturón, y la larga pica se hundió en el bajo vientre. Y el herido cayó con ruido, y el ilustre Ajax acudió á despojarle de sus armas. Pero los troyanos dispararon sobre el guerrero una lluvia de picas aguzadas y brillantes, de las que se clavaron muchas en su escudo. A pesar de todo, humillando al cadáver bajo el pie, recuperó él su pica de bronce; pero no pudo, acosado por los tiros, arrebatar las hermosas armas al vencido. Y aunque era corpulento é ilustre, retrocedió temeroso ante el ataque de los bravos troyanos que con sus picas le acosaban.

Y así se luchaba en la ruda refriega. Y he aquí que la Moira violenta puso frente al divino Sarpedón, al robusto y vigoroso Heraclida Tlepolemo. Y cuando se encontraron ambos, hijo y nieto respectivamente de Zeus, que amontona las nubes, Tlepolemo habló primero así:

—Oyeme, Sarpedón, príncipe de los likenses. ¿Por qué vienes á la pelea para temblar de miedo si sólo eres un guerrero torpe? Algunos embusteros aseguran que eres hijo de Zeus tempestuoso, aunque no puedes compararte con los guerreros que de Zeus nacieron en los tiempos antiguos de los homi-

bres, como mi padre, aquel robusto Heracles de corazón de león. Y en otro tiempo vino aquí á buscar los caballos de Laomedón, y únicamente con seis naves y escasos compañeros destruyó á Ilios y despobló sus vías. Tú, en cambio, sólo eres un cobarde, y tus guerreros sucumben. Y aun siendo valeroso, no auxiliarías á los troyanos mucho, ya que, muerto por mí, descenderás en breve al umbral de Edes.

Y le contestó Sarpedón, príncipe de los likenses:

—Cierto es, Tlepolemo, que Heracles tomó á la santa Ilios, por culpa de la temeridad del ilustre Laomedón, quien con malas palabras hubo de rehusarle las yeguas que aquél vino á buscar desde tan lejos. Pero por lo que á ti respecta, te predigo la muerte y la negra Ker, y consiguiendo con mi pica una gran gloria, he de enviarte hacia Edes el de ilustres caballos.

Así habló Sarpedón. Y Tlepolemo enarboló su pica de fresno, y las dos largas picas se escaparon de sus manos al mismo tiempo. Y con la suya hirió Sarpedón en el cuello de su contrario. Y la punta amarga le atravesó de parte á parte. Y la negra noche envolvió los ojos de Tlepolemo. Pero también éste había clavado su pica de fresno en el muslo izquierdo de Sarpedón, y penetró el hueso la punta, aunque su padre el Cronida le ahuyentó la muerte. Y los bravos compañeros de Sarpedón retiráronle de la refriega. Y gemía él con la pica de fresno colgando aún de la herida, pues estaban tan azorados que ninguno pensó en arrancar el mástil del muslo del guerrero para que éste pudiese subir luego á su carro.

Por su parte, los acaienos de hermosas grebas transportaban fuera de la refriega á Tlepolemo. Y el divino Odiseo el de corazón firme se afligió en el



alma al verle; y en su espíritu vaciló entre perseguir al hijo de Zeus que truena en las alturas, ó arrancar el alma á toda una multitud de likenses. Como el magnánimo Odiseo no era el destinado para matar con su agudo bronce al valeroso hijo de Zeus, Atenea le inspiró para que se lanzase sobre la muchedumbre de likenses. Y mató entonces á Kerano, y á Alastor, y á Cromio, y á Alcandro, y á Halio, y á Noemón, y á Pritanis; y todavía habría matado más likenses el divino Odiseo, si Héctor el del casco palpitante no lo hubiera advertido. Y se puso en primera fila armado del bronce refulgente, sembrando entre los danaenos el terror. Y gozoso con su llegada, le dijo Sarpedón, hijo de Zeus, esta palabra lamentable:

—Priamida, no permitas que yo quede en poder de los danaenos, y acude ya en mi ayuda para que, en caso de que no deba volver á ver la patria amada ni á mi querida esposa y á mi hijito, expire, al menos, en vuestra ciudad.

Pero Héctor el del casco palpitante no le contestó, avanzando deseoso de rechazar á los argieños cuanto antes y arrancar el alma á una muchedumbre de ellos. Y los compañeros del divino Sarpedón tendieronle al pie de hermosa haya consagrada á Zeus tempestuoso, y el bravo Pelagón, que era á quien más quería entre sus compañeros, extrájole del muslo la pica de fresno. Y desfallecía el alma del herido, y una niebla densa le cubría los ojos. Pero el soplo de Bóreas le reanimó, haciéndole recuperar el alma que se le escapaba.

Y á la vista de Ares y Héctor el del casco de bronce, los acaieños no huían hacia las naves ni tampoco se abalanzaban á la refriega, sino que retrocedían siempre desde que advirtieron á Ares

entre los troyanos. ¿Cuál fué el primero y cuál fué el último guerrero á quienes entonces mataron Héctor Priamida y Ares, revestido de bronce? Teutras, semejante á un Dios, y el hábil jinete Orestes, y Treco, combatiente etolio; Enomao y el Enopida Heleno, y Oresbio, que ostentaba una mitra brillante. Y este último habitaba en Hila, acumulando sus riquezas allí, á la orilla del lago Kefisido, no lejos de las ricas tribus de los beocios.

Y la divina Here la de los brazos blancos, al ver que perecían los argienos en la pelea ruda, dijo á Atenea estas palabras aladas:

—¡Ah hija indómita de Zeus tempestuoso! En verdad que ha de ser inútil nuestra promesa hecha á Menelao, cuando le aseguramos volvería á su patria tras de destruir á Ilios la de las fuertes murallas, si consentimos que el cruel Ares siga satisfaciendo su furor. Ven, y acordémonos de nuestro valor impetuoso.

Habló así, y la divina Atenea la de los ojos claros hubo de obedecerla. La venerable Diosa Here, hija del gran Cronos, enjaezó á toda prisa con los arneses de oro á sus caballos. Hebe encajó en seguida al eje de hierro del carro las ruedas. Y eran las ruedas de ocho rayos de bronce, y las llantas eran de un oro incorrupto oculto por el bronce y admirables á la vista. Ambos cubos estaban chapeados de plata, y el asiento le sostenían correas de plata y oro, resguardándole por delante dos amplios círculos, de entre los cuales salía la lanza de plata, á cuya punta ajustó Here el hermoso yugo de oro y las hermosas correas de oro. Luego, ávida de discordia y de gritos de guerra, unció al yugo sus caballos de pies veloces.

Y Atenea, hija de Zeus tempestuoso, dejó caer al suelo de la morada paterna el peplo sutil de va-

riado adorno que sus manos habían hecho y concluido. Y vistió la coraza de Zeus, que amontona las nubes, y resguardóse bajo la armadura de la guerra lamentable, echándose á los hombros la horrible Egida de largas franjas que la Fuga festoneaba, y en la cual aparecían la Discordia, la Fuerza y la espantable Persecución, así como la cabeza terrible, medrosa y divina del monstruo Gorgo. Y Atenea se tocó con el casco erizado de airones y cuatro conos de oro, con el que bien podría haber cubierto á los habitantes de un centenar de ciudades. Y subió al carro espléndido, empuñando una pica pesada, enorme, sólida, que le servía para agredir á las muchedumbres de heroicos hombres con quienes se irritaba aquella hija de poderoso padre.

Here fustigó con el látigo á los veloces caballos, y he aquí que ante ellos abriéronse por sí mismas las puertas uránicas que guardaban las Horas, cuya misión era velar por el gran Urano y el Olimpo, abriendo ó cerrando la espesa nube que lo envolvía. Y los dóciles caballos franquearon las puertas, y las Diosas, al salir, encontraron al Cronión sentado lejos de los Dioses en el más alto pico del Olimpo de innumerables cimas. Y la divina Here la de los brazos blancos retuvo sus caballos y habló así en voz muy alta á Zeus Cronida:

—¿No piensas, Zeus, reprimir las crueles violencias de Ares, que con tanta impudicia está causando estragos entre los pueblos acaienos? Créeme, que eso me apena mucho; y he aquí que Afrodita y Apolo el del arco de plata se congratulan de haber enardecido á ese insensato que desconoce toda idea de justicia. ¿Te enfadarás conmigo, Padre Zeus, si alejo de la refriega á Ares enérgicamente castigado?



Y le contestó Zeus, que amontona las nubes:

—Ve y excita contra él á la devastadora Atenea, que está acostumbrada á imponer enérgicos castigos.

Habló así, y la divina Here la de los brazos blancos obedeció y fustigó á sus caballos, que volaron entre la tierra y el estrellado Urano. Todo el espacio que pudiera abarcar la vista del hombre que se asienta en elevada roca junto al mar purpúreo, fué franqueado de un salto por los caballos de los Dioses. Y cuando las dos Diosas encontráronse ante Ilios, allí donde se unen las corrientes del Scamandro y el Simois, la divina Here la de los brazos blancos desunció sus caballos y envolvióles en una nube densa. Y el Simois hizo crecer para ellos pastos ambrosianos. Y las Diosas volaban, comparables á palomas jóvenes, para cuanto antes socorrer á los argienos.

Y al llegar al sitio donde la muchedumbre de acaienos luchaba en torno del forzado domador de caballos Diomedes como leones carniceros ó salvajes y obstinados jabalíes, la divina Here la de los brazos blancos se detuvo, y tomando la forma del magnánimo Stentor el de la voz de bronce, que él sólo gritaba tanto como cincuenta hombres á la vez, lanzó un chillido horrible:

—Caiga sobre vosotros la vergüenza, ¡oh argienos orgullosos de vuestra hermosura, más cubiertos de oprobio ahora! ¡Nunca, tomando parte en la refriega el divino Akileo, osaron los troyanos transponer las puertas dardanienas; y he aquí que al presente combaten lejos de Ilios frente á las naves abiertas!

Cuando hubo hablado así, alentó el valor de cada uno. Y la Diosa Atenea la de los ojos claros, que buscaba al Tideida, halló al fin á este rey junto

á sus caballos y su carro. Y le refrescó la herida que la flecha de Pándaro le hiciese. Y el sudor le inundaba bajo el ancho cinturón de que pendía entonces su abombado escudo; y sus manos hallábanse sin fuerza. Levantando su cinturón, restañaba una sangre negra. Y la Diosa, apostada junto al yugo del carro, le habló así:

—En verdad que Tideo no ha engendrado un hijo que se pueda comparar con él. Tideo tenía poca estatura, pero era un hombre. En vano le prohibí que combatiese cuando fué á Tebas enviado por los acaienos y se encontró solo en medio de innumerables cadmeos. Y aunque le mandé que se sentase en paz con ellos á la mesa, pues que se hallaba en los dominios de los otros, como tenía siempre el corazón muy firme, provocó á los jóvenes cadmeos y les venció fácilmente, porque yo era su protectora asidua. También á ti te protejo hoy, defendiéndote é impulsándote á combatir con ardor á los troyanos; pero la fatiga inutiliza ya tus miembros ó el temor se apodera de tu corazón, por lo que no pareces hijo del excelente jinete Tideo Eneida.

Y le contestó el bravo Diomedes:

—Te reconozco, Diosa, hija de Zeus tempestuoso. Voy á hablarte con franqueza sin ocultarte nada. Ni el temor ni la debilidad me asaltan; pero me acuerdo de tus órdenes. Me prohibiste combatir con los Dioses dichosos y me mandaste herir con el agudo bronce á Afrodita, la hija de Zeus, si descendía á la refriega. Por eso retrocedo ahora y dispuse que todos los argienos se reunieran aquí, porque he reconocido á Ares en quien dirige el combate.

Y le contestó la divina Atenea la de los ojos claros:

—Tideida Diomedes, el más grato á mi corazón, no temas á Ares ni á ninguno de los otros Inmortales, pues sigo siendo para ti una asidua protectora. ¡Ven! Dirige contra Ares tus caballos de cascos macizos, hiérele y no respetes á ese furioso Dios voluble é insensato que hubo una vez de prometernos á mí y á Here que combatiría á los troyanos y socorrería á los argienos, y al presente se inclina á favor de los troyanos y olvida sus promesas.

Cuando hubo hablado así, cogió á Stenelo de la mano para hacerle bajar del carro, y aquél saltó en seguida á tierra. Y subió ella junto al divino Diomedes, y á su peso gimió el eje del carro, que conducía una Diosa poderosa y un bravo guerrero. Y Palas Atenea empuñó fusta y bridas, lanzando hacia Ares los caballos de cascos macizos. Y entonces acababa de matar el Dios al gran Perifas, ilustre hijo de Okesio y el etolio más bravo, despojándole sanguinario. Atenea cubrióse con el casco de Edes para que Ares no la reconociese. Y no bien éste, azote de los hombres, advirtió la presencia del divino Diomedes, dejó al gran Perifas caído en el polvo, en el sitio donde le arrancó el alma al matarle, y dirigióse al encuentro del diestro jinete Diomedes.

Y cuando halláronse próximos uno á otro, lanzó Ares su pica de bronce por encima del yugo y las riendas de los caballos, intentando arrancar el alma al Tideida; pero la divina Atenea la de los ojos claros cogió con una mano el proyectil, desviándolo del carro y tornándolo inútil. Luego, Diomedes, animoso en el combate, lanzó con ímpetu su pica de bronce, y Palas Atenea dirigióla al cinturón hacia el bajo vientre del enemigo.

Y quedó herido el Dios, y la pica desgarró su



hermosa piel, y el feroz Ares prorrumpió en un grito tan fuerte como el clamor de diez mil guerreros en refriega. Y apoderóse de acaienos y troyanos el espanto al oír repercutir el grito de Ares el insaciable en la batalla. Y ascendía éste entre nubes por el vasto Urano, y al Tideida Diomedes parecióle, al verle, negro vapor al que empujara un ardoroso viento. Y llegó por fin á la morada de los Dioses en el alto Olimpo. Y se sentó junto á Zeus Cronión, gimiendo con toda su alma; y tras de mostrarle la sangre inmortal que corría de su herida, le dijo con palabras aladas:

—Padre Zeus, ¿no te indignas á la vista de tales violencias? Siempre los Dioses hubimos de sufrir por causa de los hombres. Pero tú tienes la culpa, pues diste el ser á una hija insensata, inicua y perversa. Todos los Dioses Olímpicos te obedecemos, sometiéndonos por igual á ti; pero con ella no te enfadas ni la reprendes nunca, permitiendo cuanto se antoja á esa tu hija funesta que ha impulsado al magnánimo Diomedes, hijo de Tideo, á acometer furioso á los Dioses Inmortales. Y he aquí que primero hirió en la mano á Afrodita y después, como si él fuera otro Dios, abalanzóse á mí, y si mis pies veloces no me hubiesen traído, padecería mil desventuras á estas horas, acostado vivo entre cadáveres y hallándome sin fuerzas á merced del bronce.

Y mirándole con sombríos ojos, le contestó Zeus, que amontona las nubes:

—¡Cesa ya de quejarte, Dios voluble! Te odio como á ningún Olímpico, porque sólo deseas la discordia, la guerra y el combate y tienes el espíritu intratable de tu madre Here, á quien apenas mis palabras pueden reprimir. A ella debes tus desventuras. Pero no quiero permitir que sufras mucho

tiempo, puesto que eres mi hijo, y por mí te concibió tu madre. Y ten en cuenta que, dada tu maldad, si hubieses nacido de otro Dios, serías desde ha larga fecha el último de los Uránicos.

Habló así, y ordenó á Peón que curase al herido, y curóle éste vertiéndole en la llaga dulces bálsamos que mitigan los sufrimientos de quien no es mortal. Con análoga rapidez á la con que la blanca leche se espesa cuando se la agita, quedó restablecido el furioso Ares. Le bañó después Hebe, cubriéndole de hermosas vestiduras, y orgulloso por tantos agasajos, sentóse aquél junto á Zeus Cronión. Y la argiena Here y la protectora Atenea regresaron á la morada del gran Zeus, tras de haber conseguido alejar de la guerrera refriega al cruel Ares.





## RAPSODIA VI

En el fragor de la batalla ruda troyanos y acaieños esparciáanse confusamente acá y allá por la llanura. Y se herían unos á otros con sus lanzas de bronce entre las corrientes aguas del Simois y del Xanto.

Y fué el primero en romper la falange de troyanos Ajax Telamonieno, que hizo renacer en sus compañeros la esperanza, hiriendo á Acamas, robusto y corpulento hijo de Eusoro. Golpeóle en la cimera del casco empenachado de espesa crin de caballo, y la punta de bronce, abriéndole la frente, se hundió en el hueso, y cubrieron sus ojos las nieblas.

Y Diomedes, animoso en el combate, mató á Axilo Teutranida, que habitaba en la bien cons-



truída Arisbe, siendo rico y bienquisto de los hombres, y en su morada, situada al borde del camino, recibía con amistad á todos. Pero ninguno entonces se puso delante de él, para desviarle la sombría muerte. Y Diomedes le mató, como á su servidor Calesio, que guiaba los caballos del carro, y los dos descendieron á las entrañas de la tierra.

Y Eurialo mató á Dresos y á Ofeltio, y abalanzóse luego sobre Esepo y Pedaso, á quienes dieron antaño el ser la ninfa náyade Abarbera y el irreprochable Bucolión. Y Bucolión era hijo primogénito del noble Laomedón y su madre hubo de parirle secretamente. Pastando sus ovejas, se unió un día á la ninfa; y quedóse ella en cinta y tuvo dos hijos gemelos; pero el Mekisteiada dejó sin fuerza ya los miembros débiles de ambos hermanos y arrancó de sus hombros las armaduras.

Y Polipetes, pronto al combate, mató á Astialo; y Odiseo mató á Pidites el Percosieno con la lanza de bronce; y Teucro mató al adivinador Aretaón.

Y Antiloco Nestoreida mató á Ablero con su lanza refulgente; y Agamenón, rey de los hombres, mató á Elato, que vivía en la alta Pedaso, á la orilla del hermoso Satneois. Y el héroe Leito mató á Filaco cuando huía éste, y Euripilo mató á Melantio. Después Adresto quedó vivo en poder de Menelao, animoso en el combate. Enredados en las ramas de un tamariz los caballos de aquél, rompiendo el timón del carro, huyeron con espanto por la llanura hacia la ciudad en compañía de otros caballos desbocados, y Adresto cayó del carro junto á las ruedas con la faz en el polvo. Y el Atreida Menelao paróse ante él armado de una larga lanza; y Adresto le asió de las rodillas y le suplicó:

—Perdóname la vida, hijo de Atreo, y acepta un rico rescate. En casa de mi opulento padre existen mil preciosas cosas, como bronce, oro y hierro labrado, con las cuales te hará espléndidos presentes si sabe que estoy vivo todavía en las naves argienas.

Habló así, y movido á lástima el corazón de Menelao, iba ya á entregarle á su servidor para que le condujese á las naves ligeras de los acaienos, cuando llegó corriendo Agamenón é increpóle con palabra dura:

—¡Ah débil Menelao! ¿Por qué tanta piedad para los hombres? ¡A fe que los troyanos hicieron en tu casa mucho bien! ¡Nadie evite un terrible fin á aquel que en nuestras manos caiga, ni aun al niño en el seno de su madre! ¡Mueran con la ciudad cuantos residen ahora en Ilios y queden insepultos y olvidados!

A estas equitativas palabras del héroe, varió el criterio de su hermano, que hubo de rechazar á Adresto. Y el rey Agamenón entonces le clavó su lanza en la frente y le derribó, y el Atreida, poniéndole un pie sobre el pecho, le arrancó la lanza de fresno.

Y Néstor animaba en alta voz á los argienos: —¡Oh amigos, héroes danaeos, servidores de Ares, nadie quede atrás por recoger abundante botín que llevar á las naves! Ahora matemos hombres, que después despojaréis á gusto á los muertos tendidos en el llano.

Hablando así, daba arresto y valor á cada uno. Y los troyanos, víctimas de su cobardía, hubieran retrocedido hasta la alta Ilios ante los acaienos gratos á Ares, si el Priamida Heleno, el más ilustre de los adivinadores, no hubiese dicho á Héctor y á Eneas:



—Eneas y Héctor, pues que capitaneáis á troyanos y likenses y siempre en el combate y el consejo fuísteis los primeros, detened desde aquí á este pueblo frente á las puertas de Ilios, antes de que se refugien todos en los brazos de sus mujeres y ocasionen la befa del enemigo. Y cuando hayáis exhortado á todas las falanges, combatiremos incommovibles á los danaenos, ya que, aunque flojos y decaídos, las circunstancias nos lo exigen así. Luego, Héctor, has de volver á la ciudad para decir á nuestra madre que reuna á las graves matronas en el templo de Atenea la de los ojos claros, y subiendo á lo alto de la ciudadela, abra las puertas de la sagrada casa y deje en las rodillas de Atenea la de la hermosa cabellera el peplo mayor y más valioso de que disponga, aquel que más la guste, comprometiéndose á sacrificar allí doce vacas añejas sin domar aún, si se apiada de la ciudad, de las mujeres troyanas y de sus hijos y aleja de la santa Ilios al hijo de Tideo, el guerrero feroz que siembra cual ninguno el pánico, y á mi entender, es el más bravo de los acaienos. Nunca temimos tanto ni siquiera á Akileo, ese caudillo de los hombres, que se asegura es hijo de una Diosa; porque Diomedes está inflamado de un furor increíble y nadie le iguala en valentía.

Habló así, y Héctor hubo de obedecer á su hermano. Y descendió del carro con sus armas, y blandiendo dos lanzas afiladas, fué de un lado á otro de las tropas para excitarlas al combate, y suscitó una ruda batalla. Y todos, volviéndose, hicieron frente ya á los acaienos; y éstos tuvieron que retroceder, cesando en su matanza, creídos de que algún Dios Inmortal bajaba del Urano estrellado para socorrer á los troyanos que volvían á la carga. Y Héctor en alta voz excitaba así á los suyos:



—¡Bravos troyanos, y vosotros, aliados que vinisteis de tan lejanas tierras, sabed ser hombres! Recordad vuestro valor de un día, mientras yo voy á Ilios para decir á nuestros prudentes ancianos y á nuestras mujeres que imploren á los Dioses y les ofrezcan holocaustos.

Cuando hubo hablado así, alejóse Héctor el del hermoso casco, y la negra correa que circundaba su redondo escudo golpeábale, al andar, el cuello y los talones.

Y Glauco, hijo de Hipoloco, y el hijo de Tideo, prontos á combatir, se destacaron de los sendos ejércitos. Y cuando viéronse uno frente á otro, habló así á aquél Diomedes, animoso en el combate.

—¿Quién de los hombres mortales eres tú, valiente? Jamás hasta hoy te he visto en el combate que glorifica á los guerreros, y sin embargo, tienes ahora la audacia de erigirte por encima de todos, dada tu firmeza, y desafiar mi brazo sabiendo que son hijos de infelices los que se oponen ante mí. Pero si fueras un Inmortal y vinieras del Urano, sabe que no peleo con los uránicos. Porque el hijo de Drías, el bravo Licoorgo, no sobrevivió mucho al día en que luchó con ellos. Y en el sagrado Nisa persiguió á las nodrizas del furioso Dionisos; y ellas, heridas por el látigo del matador de hombres Licoorgo, arrojaron sus tirsos; y hasta el propio Dionisos, asustado, se echó al mar, y Tetis acogióle en su seno, sobrecogido y tembloroso á las amenazas del guerrero. Y los Dioses que viven reposados se irritaron contra éste, y el hijo de Cronos le cegó é hizole morir en breve por odiarle los Inmortales. No quiero, pues, combatir con los Dioses dichosos. Pero si perteneces á la raza de los mortales que subsisten de frutos de la tierra, acércate para que cuanto antes te conduzca al lindero de la muerte.

Y le contestó el ilustre hijo de Hipóloco: III 379  
—¿Por qué te informas de mi raza, magnánimo Tideida? Los hombres somos cual las hojas. El viento las esparce por la tierra y la floresta hace germinar otras, y las primaveras se suceden. Así nace y se extingue toda generación de hombres. Pero si quieres noticias de mi raza, sobrado conocida de guerreros, te diré vine al mundo en Efra, ciudad enclavada en Argos, país fecundo en caballos. En ella vivió Sisifo, el más astuto de los hombres, Sisifo Eolida; y engendró á Glauco, y Glauco engendró al irreprochable Belerofonte, á quien los Dioses dotaron de vigor y belleza inapreciables. Pero Preto, que era el más poderoso de los argienos, pues Zeus habiale á su cetro sujetado, tuvo contra él malos pensamientos, y alejóle de su patria. Porque la mujer de Preto, la divina Antea, deseaba ardientemente unirse en secreto al hijo de Glauco; mas no pudiendo rendir el corazón del honrado y prudente Belerofonte, habló así, embustera, al rey Preto: «Muere, Preto, ó mata á Belerofonte, que por la violencia ha querido unirse á mí de amor.» Habló así, y la cólera se apoderó del rey á estas palabras. Y no mató á Belerofonte, porque eso repugnaba á su espíritu piadoso; pero envióle á Likia con unas tabletas para su suegro, en las que escribió signos de muerte, pretendiendo se las entregara aquél y éste le matase. Y Belerofonte fué á Likia bajo el favorable auspicio de los Dioses. Y el rey de Likia, apenas llegado el viajero á la ribera del caudaloso Xanto, le recibió con pompa, dándole hospitalario albergue durante nueve días y sacrificó nueve bueyes. Pero cuando Eos la de los dedos sonrosados apareció al amanecer del décimo día, el rey interrogóle y quiso leer los signos de su yerno Preto. Y al verlos ordenó primeramente al mensa-



jero matar á la indomable Kimera. Habia ésta nacido de los Dioses, no de los hombres, y por delante parecía un león, un dragón por detrás y una cabra por el tronco. Y aunque su aliento era de violentas llamas, Belerofonte la mató, confiado en los prodigios de los Dioses. Después hubo de combatir á los ilustres solimos, y los venció también en la más dura lucha á que su brazo se prestara. Por último mató á las viriles amazonas. Cuando iba de vuelta, el Rey tendióle una celada astuta, eligiendo y ocultando en emboscada á los más bravos guerreros de la gran Likia. Pero ninguno regresó á su morada, pues el irreprochable Belerofonte les mató á todos. Y advirtiendo el Rey entonces que aquel hombre era de la ilustre raza de un Dios, le retuvo á su lado y le dió en matrimonio á su hija y la mitad de su poder real. Y los likenses á su vez le regalaron su mejor dominio, enriquecido de frondosos árboles, para que lo cultivara. Y su mujer concedió tres hijos al bravo Belerofonte: Isandro, Hipoloco y Laodamia. A ésta se unió el sabio Zeus, y parió ella al divino Sarpedón, cubierto de bronce. Pero cuando Belerofonte cayó en enojo de los Dioses, hubo de errar en soledad por el desierto Alesio. Combatiendo con los solimos; su hijo Isandro murió á manos de Ares, insaciable de guerra. Artemisa la de las riendas de oro mató, irritada, á Laodamia. E Hipoloco me engendró y te digo que soy hijo suyo. Y me ha mandado á Troya, poniendo su esperanza en que yo fuera el primero entre los bravos para no deshonorar la historia de mis padres, que habitaron en Efira y en la gran Likia. Me envanezco de ser de esa raza y llevar esa sangre.

Habló así, y Diomedes, bravo en el combate, se regocijó, y clavando su lanza en la tierra madre, dijo con benevolencia al príncipe de pueblos:



—Eres mi antiguo huésped paternal. Antaño el noble Eneo albergó durante veinte días en sus hospitalarias estancias al irreprochable Belerofonte. Y se hicieron mutuos presentes magníficos. Eneo se desprendió de un espléndido cinturón de púrpura y Belerofonte de una honda copa de oro que al partir yo quedóse en mi morada. No recuerdo á Tideo, porque me dejó muy niño todavía cuando la armada de los acaienos pereció ante Tebas. Soy, pues, tu amigo en Argos, como tú lo serás mío en Likia si algún día arribo á ese país. Evitemos en la refriega nuestras lanzas. Bastantes troyanos y aliados mataré si un Dios me los depara y les alcanzo yo, y tú cuantos acaienos puedas. Cambiemos nuestras armas para que todos sepan somos huéspedes paternales uno de otro.

Cuando hubieron hablado así ambos, descendieron de sus carros, y dándose la mano, se juraron recíproca amistad. Pero el Cronida Zeus turbó sin duda el espíritu de Glauco, que dió al Tideida Diomedes armas de oro del precio de cien bueyes á cambio de armas de bronce del precio de nueve bueyes.

No bien llegó Héctor al haya y á las puertas Skeas, todas las mujeres y las hijas todas de los troyanos le rodearon, inquiriendo noticias de sus hijos, de sus hermanos, de sus maridos y de sus vecinos. Y Héctor les ordenó que á una rogaran á los Dioses, pues á muchas estaba reservado el duelo. Y cuando hubo llegado á la hermosa morada de Príamo de pórticos refulgentes—en la que aparecían cincuenta contiguas cámaras nupciales de pulida piedra, en cuyos lechos acostábanse los hijos de Príamo con sus mujeres legítimas, y al otro lado del pasillo donde alineábanse estas cámaras, había otras doce, en las que se acostaban los yernos de Príamo con sus castas mujeres—, la venerable

madre de Héctor, la cual entonces iba á ver á Laodica, su más bella hija, le asió la mano y hablóle de este modo:

—¿Por qué dejaste la ruda batalla, hijo? ¿Acaso los odiosos acaienos nos acosan cercando la ciudad, y vienes á tender tus manos hacia Zeus en la ciudadela? Aguarda, y te traeré de un dulce vino para que con él hagas libaciones al Padre Zeus y á los otros Inmortales y para que al beberlo te reanimes; que el vino fortalece á los guerreros fatigados, y es grande tu fatiga tras de haber defendido á tus vecinos.

Y le contestó el ilustre Héctor el del casco palpitante:

—No traigas ese dulce vino, madre venerable, porque temo me debilite, quitándome la fuerza y el valor. No se debe, además, ofrecer libaciones de vino puro á Zeus con las manos sucias ni manchado de sangre y polvo implorar al Cronión que amontona las nubes. Así, reúne á las matronas todas y llevad perfumes al templo de Atenea devastadora; y deposita sobre las rodillas de Atenea la de hermosa cabellera tu mayor y más preciado pèplo, prometiendo sacrificarle doce vacas de un año sin desbravar aún, si se apiada de la ciudad, de las mujeres troyanas y sus hijos y hace retroceder de la santa Ilios al hijo de Tideo, el guerrero feroz que por doquier extiende el pánico. Ve, pues, al templo de Atenea devastadora, mientras yo voy en busca de Paris por si atiende mi voz y mi consejo. ¡Y ojalá consintiesen los Dioses que la tierra se abriera bajo él, pues á fe que el Olímpico le creó para ruina de los troyanos, del magnánimo Príamo y de sus hijos! Si á la mansión de Edes le viese descender, se aliviaría mi alma de sus amargas penas.

Habló así, y Hécaba volvióse á su aposento,

mandando á sus esclavas que buscaran por la ciudad y reunieran á las matronas. Después entró en su perfumada cámara nupcial, donde poseía peplos varios y pintados, obra de las mujeres sidonenses que el divino Alejandro llevó consigo de Sidón cuando condujo por el alto mar á Helena, la descendiente de divino padre. Y Hécaba tomó uno, el más hermoso, el más variado y el mayor, para ofrecérselo á Atenea; y aquel peplo, que aparecía guardado el último, brillaba como una estrella. Y la mujer salió seguida de las otras matronas.

En el umbral del templo las recibió Teano la de las lindas mejillas, hija de Kiseida, la esposa del domador de caballos Antenor, y les franqueó las puertas, porque los troyanos habíanla erigido en sacerdotisa de Atenea. Y todas aquellas mujeres gemebundas tendieron las manos hacia la Diosa. Y Teano la de las lindas mejillas cogió el peplo, depositándolo en las piernas de Atenea la de la hermosa cabellera, y oró en una plegaria á la hija del gran Zeus:

—Venerable Atenea que guardas la ciudad, divina Diosa, rompe la lanza de Diomedes y hazle caer por sí mismo ante las puertas Skeas; y he aquí que sacrificaremos en tu templo doce vacas de un año sin desbravar aún, si te apiadas de la ciudad, de las mujeres troyanas y de sus hijos.

Este fué el ruego dirigido á la hija del gran Zeus; pero Palas Atenea no quiso escucharle.

Y Héctor llegó á las hermosas moradas de Alejandro, construidas bajo la dirección de éste por los mejores obreros de la rica Troya. Y constaban de una cámara nupcial, la vivienda y un patio, y se alzaban junto á las moradas de Priamo y de Héctor en lo más culminante de la ciudadela. Y Héctor, grato á Zeus, entró empuñando una lanza de diez



codos de larga, y cuya bronceína punta resplandecía sujeta por un anillo de oro. Y halló en la cámara nupcial á Alejandro, que se cuidaba de sus armas entonces, puliendo su broquel, su coraza y sus arcos retorcidos. Y la argiena Helena, rodeada de sus mujeres, dirigía primorosas labores.

Y al ver Héctor á Paris, le dijo estas palabras afrentosas:

—¡Miserable! Rencorosa es tu cólera. Nuestras tropas perecen al pie de las murallas. Por tu culpa el fragor de la guerra repercute en torno nuestro. Tú mismo execrarías al guerrero á quien advirtieses alejarse de la ruda batalla. No seas como él, entonces, y sal ya si no quieres ver á la ciudad muy pronto consumida por la llama ardiente.

Y le contestó el divino Alejandro:

—Ya que no me reprendiste con violencia, Héctor, sino muy justamente, te diré que no permanezco en mi cámara nupcial por odio ni por indignación contra los troyanos, y sí por entregarme á mi dolor á solas. Pero ahora que mi esposa con sus dulces razones me aconseja que me vuelva al combate, juzgo con ella que ese es mi deber. La victoria suele ser propicia alternativamente á los guerreros. Espera, pues, á que me cubra con mis armas belicosas ó precédeme, porque no he de tardar en darte alcance.

Así repuso, sin que Héctor contestara; y Helena dijo á Héctor estas palabras dulces:

—¡Hermano mío, hermano de tan funesta perra miserable y horrible! ¡Pluguiera á los Dioses que el mismo día en que mi madre me parió, un potente golpe de viento me hubiese arrebatado á las más altas montañas ó á los abismos del proceloso mar, y allí la onda me devorase para no ser testigo de cuanto acaece! Pero ya que los Dioses han dispues-

to sucedan las presentes desventuras, quisiera ser al menos la mujer de un guerrero en quien la execración y el odio de los hombres hicieran mella alguna. Pero este que ves no tiene un corazón inquebrantable ni lo tendrá jamás, por lo que acaso pronto habrá de arrepentirse. Ven, entra y siéntate, hermano mío, que está llena tu alma de preocupaciones causadas por mí, perra, y por el crimen de Alejandro. A uno y á otro sin duda nos destinó Zeus para que sea nuestra memoria tristemente célebre entre los hombres del futuro.

Y le contestó el gran Héctor del casco palpitante:

—No me retengas más, Helena, aunque me quieras, pues no has de persuadirme á que me sienta. Mi corazón ansía socorrer á los troyanos que se conducen de mi ausencia. Estimula á Alejandro para que se apresure á reunirse conmigo antes de que yo salga de la ciudad. Ahora voy á mi casa con objeto de saludar á mis criados, á mi muy amada esposa y á mi tierno hijo, pues no sé si podré volver á verles ó si querrán los Dioses que perezca á las manos de los acaienos.

Cuando hubo hablado así, salió Héctor el del casco palpitante, y llegó á poco á su morada, y no hubo de hallar á Andrómaca la de los brazos blancos, porque había salido con su hijo y una esclava de hermoso peplo y estaba entonces en la torre gimiendo y llorando. Y al no encontrar en la morada á su mujer irreprochable, paróse Héctor en el umbral y habló así á la servidumbre:

—Hola, criados, decidme la verdad. ¿Adónde ha ido Andrómaca la de los brazos blancos, que está fuera de casa? ¿Se halla con mis hermanas ó con mis cuñadas las del hermoso peplo, ó se encuentra en el templo de Atenea en compañía de las otras

troyanas que apaciguan á la potente Diosa de hermosa cabellera?

Y le contestó la vigilante despensera:

—Pues que quieres que te digamos la verdad, Héctor, sabe que tu esposa no ha ido á ver á tus hermanas, ni á tus cuñadas las del hermoso peplo, ni tampoco se encuentra en el templo de Atenea en compañía de las otras troyanas que apaciguan á la potente Diosa de hermosa cabellera, sino que está en lo alto de la vasta torre de Ilios, porque oyó que los acaienos consiguieron una gran victoria sobre los troyanos. Y corrió á las murallas asustada, y tras de ella salió la nodriza con el niño.

Y habló así la despensera. Abandonó su casa Héctor, andando nuevamente por las calles magníficas y populosas, y hubo de atravesar la gran ciudad hasta llegar á las puertas Skeas para salir á la llanura. Y he aquí que entonces corrió á él Andrómaca, su mujer, que le aportó una rica dote y era hija del magnánimo Etión, que habitó al pie del Placo cubierto de bosques, en la Tebas Hipoplakiena y acaudilló á los kilikienses. Y su hija era la esposa de Héctor el del casco de bronce. Y cuando se acercó á él, una esclava la acompañaba, llevando junto al seno al hijo de ambos, muy niño todavía, el Hectoreida muy amado, que parecía una hermosa estrella. Héctor le llamaba Scamandrio y los demás troyanos Astianax, porque Héctor protegía Troya cual ninguno. Y sonrió al mirar á su hijo, silencioso; pero Andrómaca, llorosa junto á él, tomó su mano y le habló así:

—¡Desdichado, tu valor te perderá! No te apiadas de tu hijo niño ni de mí, miserable, que no tardaré mucho en ser tu viuda, porque los acaienos te matarán en un asalto. Más quisiera, si he de perderte, hallarme dentro de la sepultura, pues nadie



me consolará cuando se haya cumplido tu destino, quedándome únicamente mis dolores. No tengo ya á mi padre ni á mi madre venerable. El divino Aquileo mató á mi padre al saquear la populosa ciudad de los kilikienses, Tebas la de las altas puertas. Mató á Etión; pero no atrevióse á despojarle por un respeto piadoso. Y quemó su cadáver con las fuertes armas y le erigió una tumba, á cuyo alrededor plantaron olmos las ninfas Orestiadas, hijas de Zeus tempestuoso. Siete hermanos éramos en casa y á todos hizo bajar á la mansión de Edes el divino Aquileo un mismo día cuando cuidaban de los lentos bueyes y las blancas ovejas. Y se llevó con otras prendas del botín á mi madre, que había reinado al pie del Placo, rico en árboles, y cedióla por un rescate espléndido; pero Artemisa, que se envanece de sus flechas, la hirió en nuestra morada. ¡Héctor! Hoy eres para mí, por tanto, un padre, una madre venerable, un hermano y un esposo pletórico de juventud. ¡Compadéceme y permanece en esta torre para no dejar huérfano á tu hijo y á tu esposa viuda! Reúne á tus tropas detrás de esas higueras silvestres, que es el sitio de mejor acceso á la ciudad y por donde ya tres veces atacaron los más valerosos acaienos: los dos Ayaces, el ilustre Idomeneo, los Atreidas y el bravo hijo de Tideo, no sé si porque un adivino les guiara ó animados del propio impulso.

Y le contestó el gran Héctor del casco palpitante:

—En verdad, mujer, que también son míos tus temores; pero incurriría en el odio cruel de los troyanos y de las troyanas de largos peplos rastreros, si como un cobarde rehuyera la lucha. Y mi corazón tampoco me dicta huir, porque he aprendido á ser audaz en el combate siempre y á pelear entre

los primeros para gloria de mi padre y mía. Bien se alcanza á mi alma que algún día perecerá la santa Troya, y Príamo y el bravo pueblo de Príamo. ¡Pero ni la desdicha futura de los troyanos, ni la de la misma Hécaba, ni la del rey Príamo y mis hermanos valerosos, que caerán hacinados bajo el poder de los guerreros enemigos, me aflige cual la tuya el día en que un acaieno acorazado de bronce te prive de la libertad, arrastrándote con él, llorosa! Y tejerás, á tu pesar, la tela del extranjero, é irás por agua á la fuente Meseida ó Hiperea. Y habrá quien diga al verte enjugando tus lágrimas: «Esa es la mujer de Héctor, el más bravo de los troyanos domadores de caballos que defendían el cerco de Troya.» Y sufrirás entonces un dolor lancinante al recuerdo de tu esposo perdido, el único que podría romper tu esclavitud. ¡Ojalá la tierra me amortaje antes de que oiga tus quejidos y vea arrancarte de aquí!

Cuando hubo hablado así, el ilustre Héctor tendió las manos hacia su hijo; pero el niño se echó atrás sobre el seno de la nodriza de cintura graciosa, empavorecido por el aspecto de su muy amado padre, cubierto de bronce y sobre cuyo casco una cola de caballo agitábase terrible. Y el padre muy amado sonrió, y también la madre venerable. Y el ilustre Héctor, quitándose su casco resplandeciente, lo dejó en el suelo. Y besó á su hijo muy amado, meciéndole en los brazos, y rogó á Zeus y á los otros Dioses:

—¡Zeus, y vosotros, Dioses, haced que mi hijo se distinga como yo entre los troyanos; que esté plebético de fuerza y reine con pujanza en Troya! ¡Que un día pueda decirse de él al verle regresar del combate: «Es más valiente que su padre!» ¡Y que habiendo matado al guerrero enemigo, conduz-

ca á modo de trofeo los sangrantes despojos, y el corazón de su madre salte entonces de júbilo!

Cuando hubo hablado así, puso á su hijo en los brazos de la muy amada esposa, que le apretó contra su seno perfumado, llorando y sonriendo á la par; y á su vista, acaricióle el guerrero la mano y dijo:

—No te acongojes, desventurada, por mi suerte. Ningún guerrero podrá enviarme á la mansión de Edes contra mi destino, ni ningún hombre vivo, sea cobarde ó bravo, podrá oponerse á su destino. Ahora retorna á nuestra casa, cuida tus quehaceres, el telar y la rueca, y vigila á los servidores. La guerra preocupa á todos los guerreros que nacieron en Ilios y á mí principalmente.

Cuando hubo hablado así, de nuevo requirió su casco de flotante cola de caballo. Y la muy amada esposa se volvió á sus moradas, mirando hacia atrás y derramando lágrimas. Y en las moradas de Héctor, el matador de hombres, encontró á los criados presa de una gran pena y llorando por su amo, vivo todavía, sin pensar que otras veces regresó del combate y escapó de las manos guerreras de los acaienos.

Y Paris no permaneció en sus altas moradas mucho tiempo, pues apenas cubrióse con sus armas excelentes de variado bronce, recorrió la ciudad con sus pies ágiles, como el garañón que, harto de comer cebada en el pesebre, rompiendo su ronzal, recorre la llanura pisoteando la tierra, salta al arroyo de caudal sonoro donde suele bañarse, y orgulloso de su apostura, yergue la cabeza, mientras sus corvejones le transportan al sitio donde pastan los caballos. Así, Paris Priamida, con sus armas brillantes cual relámpagos, descendió de la altura de Pergamo y así le condujeron sus veloces



pies; y he aquí que encontró al divino Héctor, su hermano, cuando abandonaba éste el lugar en que antes se entretuvo con Andrómaca.

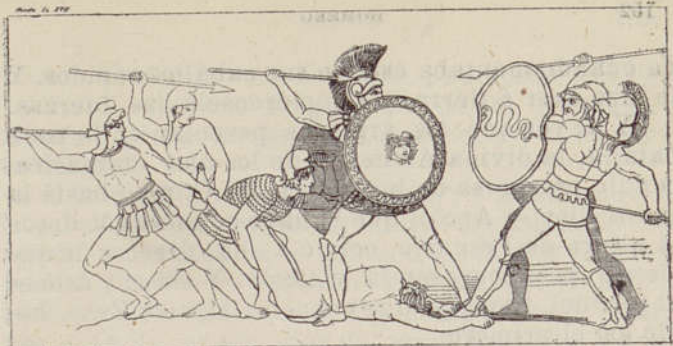
Y le dijo en seguida el rey Alejandro:

—Hermano venerado, te hice esperar sin duda y no vine tan pronto como me ordenabas.

Y le contestó Héctor el del casco palpitante:

—Ningún guerrero justo puede reprenderte en el combate, porque eres bravo, amigo; pero te cansas pronto, rehuyendo entonces la pelea, y se contrista mi corazón á los ultrajes que te dirigen los troyanos, que tantos males sufren por tu causa. Pero dejemos la conclusión de estas rencillas para el día en que Zeus nos permita ofrecer vino abundoso en nuestra morada á los Diosos Uránicos que siempre viven, luego de haber alejado de Troya á los acaienos de hermosas grebas.





## RAPSODIA VII

Cuando hubo hablado así, transpuso el ilustre Héctor las puertas en compañía de su hermano Alejandro, ansiosos ambos de guerrear. Como viento propicio que un Dios enviase á los acongojados marineros cuyos brazos se rinden de batir el mar con sus remos pulidos, fué la presencia de los Priamidas para los troyanos que les esperaban.

Y á poco de llegar, mató Alejandro al hijo del rey Areítoo, Menestio, que habitaba en Arna y á quien dieron el ser Areítoo, el que combatía con una maza, y Filomedusa la de los ojos de buey. Y Héctor mató á Eioneo con su aguzada pica; y el bronce le alcanzó en el cuello bajo el casco y rompió sus fuerzas. Y Glauco, hijo de Hipoloco, jefe de los likenses, en lo más enconado de la lucha, hirió con su pica entre los hombros á Ifnoo Dexia-

da cuando montaba éste en sus caballos rápidos. Y le hizo caer á tierra, y rompiéronsele las fuerzas.

Y al ver que los argienos perecían en la ruda batalla, la divina Atenea la de los ojos claros descendió presurosa de la cumbre del Olimpo hasta la santa Ilios, y Apolo, que la hubo columbrado desde la altura de Pergamo, corrió á ella, deseoso de que los troyanos lograsen la victoria. Y encontráronse al pie del haya, y el rey Apolo, hijo de Zeus, habló así el primero:

—¿Por qué otra vez bajas del Olimpo llena de ardor, hija de Zeus? ¿Es por asegurar á los danaenos la victoria dudosa, pues que no te apiadas de los troyanos que perecen? Pero créeme que mejor sería suspender por hoy la guerra y el combate. Ya lucharán todos después hasta la caída de Troya, puesto que los Inmortales aspiráis á destruir esta ciudad.

Y le contestó Atenea, la Diosa de los ojos claros:

—¡Así sea, oh arquero! Ese mismo deseo me trajo del Olimpo hasta los acaienos y troyanos. ¿Pero cómo parará el combate de los guerreros?

Y le contestó el rey Apolo, hijo de Zeus:

—Excitemos el sólido valor de Héctor domador de caballos, para que él sólo rete á combatir á un danaeno en rudo combate. Y los acaienos de grebas de bronce nombrarán á uno de los suyos para pelear con el divino Héctor.

Habló así, y la divina Atenea la de los ojos claros consintió. Y Heleno, caro hijo de Priamo, adivinó en su espíritu lo que los Dioses habían decidido, y se acercó á Héctor y le habló así:

—Héctor Priamida, igual á Zeus en prudencia, haz caso de mí, que soy tu hermano. Ordena que troyanos y acaienos cesen de acometerse, y reta



al más bravo de los acaienos á combatir contigo en rudo combate. Sé por voz de los Dioses que siempre viven no es tu Moira morir y sufrir hoy tu destino.

Habló así, y regocijóse Héctor, y avanzando á la cabeza de los troyanos, detuvo sus falanges con ayuda de la pica, que tenía tomada por la parte media, y todos se pararon. Y Agamenón también contuvo á los acaienos de hermosas grebas. Y Atenea y Apolo, el portador del arco de plata, transformados en buitres, fueron á posarse en la alta haya del Padre Zeus tempestuoso, á quien alegran los guerreros. Y las dos escuadras se sentaron en espesos grupos brillantes y erizados de escudos, cascos y picas. Como al soplo de Zéfiro la sombra cubre el mar que se torna todo negro, cubrían la llanura las huestes de acaienos y troyanos. Y Héctor les habló así:

—Escuchad, troyanos y acaienos de hermosas grebas, á fin de que os diga lo que mi corazón me ordena decir. El sublime Cronida, no sólo no selló nuestra alianza, sino que piensa colmarnos de calamidades hasta que á vuestro empuje sea tomada Troya la de las fuertes torres ó perezcáis vencidos junto á las naves que hienden el mar. Por tanto, aquel príncipe de los panakienos á quien su valor dicte combatir conmigo, salga de las filas y combata contra el divino Héctor. Y sea Zeus testigo de lo que digo: si mi contrario me matase con su pica de bronce, despojándome de las armas, que las lleve á sus naves abiertas; pero envíe mi cuerpo á mi morada para que los troyanos y las mujeres de los troyanos quemén sobre una pira mi cadáver; y si le mato yo porque Apolo me conceda esa gloria, llevaré sus armas hasta la santa Ilios y las colgaré en el templo del arquero Apolo; pero enviaré

su cuerpo á las sólidas naves para que le entierren los acaienos melenudos. Y le erigirán una tumba á la orilla del ancho Helesponto. Y algún hombre futuro, navegando un día por la negra mar en su nave sólida, dirá al ver esta tumba de un guerrero muerto ha largo tiempo: «Quien aquí yace feneció antaño á manos del ilustre Héctor, cuyo valor era indomable.» Dirá, y mi gloria no morirá nunca.

Habló así, y todos permanecieron mudos, sin atreverse á rehusar su reto ni á aceptarle tampoco. Entonces Menelao se levantó, suspirando hondamente, y dijo con el acento sonándole á reproches:

—¡Ay acaienas amenazadoras en lugar de acaienos! En verdad que ha de cubrirnos el oprobio si ningún danaeno se alza frente á Héctor. ¡Ojalá que la tierra y el agua os falten á vosotros los que seguís sentados sin valor y sin gloria! Yo mismo me armaré contra Héctor, ya que la victoria está en manos de los Dioses Inmortales.

Habló así, y cubrióse con sus hermosas armas. En aquel punto, Menelao, habrías tocado al fin de tu vida á manos de Héctor, pues era mucho más fuerte que tú, si los Reyes de los acaienos, levantándose, no te hubieran retenido. Y el Atreida Agamenón, el que de lejos manda, exclamó, cogiéndole de la mano:

—¿A qué viene ahora esa locura, insensato Menelao, criatura de Zeus? Contento, aun á trueque de tu pena, y no pienses en combatir contra un guerrero mejor que tú, como el Priamida Héctor, á quien todos temen. Akileo, que es mucho más fuerte que tú en la batalla que ilustra á los soldados, teme encontrarle. Continúa, pues, sentado entre las filas de tus compañeros y los acaienos convencerán á otro combatiente. Y aunque sea bravo é insaciable de guerra el Priamida, creo que de buen grado

se retirará luego á descansar si escapa de tan rudo combate.

Habló así, y el espíritu del héroe persuadióse á estas prudentes palabras de su hermano, y hubo de obedecerlas. Y los servidores le quitaron con alegría las armas de los hombros. Y se irguió Néstor entre los argienos, y dijo:

—¡Ah, en verdad que un gran duelo invade á la tierra acaiena! ¡Cómo gemirá, al enterarse, el viejo ginete Peleo, excelente y sabio agoreta de los mirmidones; él, que interrogándome antaño en su morada me oía con placer enumerar los padres y los hijos de los acaienos! Cuando sepa que Héctor los espanta á todos, tenderá las manos en súplica á los Inmortales para que, abandonado de su alma, baje su cuerpo á la morada de Edes. ¡Oh Zeus, Atenea y Apolo, ojalá permitierais que yo estuviese pletórico de juventud, cual en el tiempo en que á la margen del raudo Keladonte guerreaban los pilios con los arcadienses armados de picas al pie de los muros de Feya, lamidos por las corrientes aguas del Iardano! A la cabeza de ellos hallábase el divino guerrero Ereutalión, que llevaba en sus hombros las armas del rey Areitoo, del divino Areitoo, á quien los hombres y las mujeres de hermosa cintura llamaban el macero, porque no combatía con el arco ni la larga pica, sino rompiendo las filas enemigas con ayuda de una maza ferrada. Y Ligoorgo le mató á traición, no por su esfuerzo, en un estrecho pasadizo donde la maza de hierro no hubo de apartarle la muerte. Allí Ligoorgo hundióle de improviso la pica en mitad del cuerpo, derribándole en tierra. Y le despojó de las armas que habiale dado el rudo Ares. Desde entonces Ligoorgo las llevó á la guerra, hasta que, viejo ya y retirado en sus moradas, las legó á su querido camarada Ereu-



talión, que con ellas retaba á los más bravos. Y temblábanle los demás, poseídos de pavor, sin que ninguno osara acometerle. Y mi corazón atrevido me empujó á combatir, confiando en mis arrestos, á pesar de ser el más joven de todos. Y combati, y Atenea me otorgó la victoria, y maté al robustísimo y valerosísimo guerrero, cuyo enorme cadáver ocupaba un largo espacio. ¡Pluguiera á los Dioses que estuviese hoy tan lleno de juventud y con las fuerzas intactas! Héctor el del casco palpitante no tardaría en poder comenzar el combate. Y he aquí que los más bravos panakienos no os apresuráis á luchar con Héctor.

Y el anciano les hizo estos reproches, y nueve de aquéllos levantáronse. El primero en hacerlo fué el rey de los hombres Agamenón. Luego se irguió el bravo Diomedes Tideida. Y después se alzaron los Ayaces, plenos de vigor, é Idomeneo y el compañero de Idomeneo, Meriones, semejante á Ares, el matador de guerreros, y Euripilo, ilustre hijo de Eremón, y Toas Andremonida, y el divino Odiseo. Todos querían combatir contra el divino Héctor. Y el jinete gerenieno Néstor dijo entre ellos:

—Echad suertes todos, y aquel á quien la suerte designare combatirá en nombre de los demás acaienos de hermosas grebas y podrá enorgullecerse de su valor si escapa con vida del combate rudo y la peligrosa lucha.

Habló así, y cada uno escribió un signo, siendo todos éstos mezclados en el casco del Atreida Agamenón. Y los pueblos rogaban, tendidas las manos á los Dioses, y decía cada cual, mirando al ancho Urano:

—¡Padre Zeus, haz que la suerte elija á Ajax, ó al hijo de Tideo, ó al rey de la riquísima Mikenat

Así hablaron, y el jinete gereniense Néstor agitó el casco, de donde salió la suerte de Ajax que todos deseaban. Un heraldo tomóla y fué mostrándola de derecha á izquierda á los príncipes acaios. Y los que no reconocían como suyo aquel signo le rehusaban. Pero cuando llegó al ilustre Ajax, el que lo había escrito y metido en el casco, reconociólo como suyo, y dejándolo caer á sus pies, gritó jubiloso:

—¡Amigos, esta suerte es la mía, y me alegro de todo corazón, porque espero vencer al divino Héctor! ¡Adelante! Y mientras vuelvo á cubrirme con mis armas belicosas, rogad muy bajo al rey Zeus Cronión para que los troyanos no se enteren, ó rogad si no en voz alta, que nosotros no tememos á nadie. ¿Qué guerrero podría vencerme fácilmente, ayudado por su fuerza ó mi debilidad? He nacido en Salamis, y no en balde se me educó para la lucha.

Habló así, y los demás suplicaban en su favor al Padre Zeus Cronión, y decía cada cual mirando al ancho Urano:

—Máximo y augustísimo Padre Zeus, que mandas desde el Ida, otorga la victoria á Ajax y permite que logre una gloria brillante; pero si amas y proteges á Héctor, haz que el valor y la gloria se repartan entre ambos.

Así hablaron, y Ajax se armó con el resplandiente bronce. Y apenas se hubo resguardado el cuerpo con las armas, avanzó cual lo haría el monstruoso Ares que el Cronión envía entre los guerreros, á quienes empuja á combatir, lleno de furia el corazón. Así marchaba á grandes pasos con sonrisa terrible y blandiendo su larga pica el gran Ajax, baluarte de los acaios. Y el entusiasmo apoderóse de los argios al mirarle, y un temblor recorría las filas de troyanos; y el mismo corazón de Héctor

se estremeció; pero no podía retroceder hacia la muchedumbre de los suyos, ni eludir el combate provocado por él. Y Ajax, semejante á una torre, se le acercó, ostentando bronceo escudo hecho de siete pieles de buey. El excelente obrero Tikio, que habitaba en Hila, lo había construído con siete pieles de otros tantos robustos toros, recubriéndolas de bronce. Y llevando este escudo ante su pecho, Ajax Telamonieno aproximóse á Héctor, y dijo estas palabras amenazadoras:

—Ahora vas á saber, Héctor, quiénes son los jefes danaenos, sin contar á Akileo el de corazón de león, que destroza las falanges guerreras. Al presente reposa en sus naves de curvada popa, porque está irritado con Agamenón, príncipe de los pueblos; pero aun no estando aquí él, nos atrevemos á combatirte. Puedes, pues, empezar.

Y le contestó Héctor el del casco palpitante:

—Divino Ajax Telamonieno, príncipe de pueblos, no me provoques como si fuese un débil niño ó una mujer ajena á los trabajos de la guerra. Sé combatir, y matar hombres, y mudar de mano mi escudo, y me es dable combatir con gran audacia. Sé en la ruda batalla caminar á pie firme al son de Ares, y lanzarme á la refriega cabalgando en mis yeguas veloces. Pero no quiero agredir de improviso á un hombre como tú, sino de frente si me fuera posible.

Habló así, y lanzó su larga pica vibrante, y golpeó con ella el gran escudo de Ajax. Y la pica irresistible horadó las siete pieles de buey hasta la última lámina de bronce. Y el divino Ajax lanzó también su larga pica, y golpeó con ella el escudo regular del Priamida; y la pica sólida penetró en el escudo refulgente, y atravesando la artística coraza, desgarró la túnica por un cos-



tado. Pero el Priamida hurtó su cuerpo y evitó la negra Ker.

Y levantando sus picas nuevamente, ambos acometiéronse cual leones carniceros ó vigorosos jabalíes. Y el Priamida clavó su lanza en medio del broquel enemigo, sin que la punta, que se torció, pudiera perforar el bronce. Y dando un salto, rompió Ajax con su pica el escudo del contrario, y Héctor se detuvo, herido en la garganta, de la que le fluía negra sangre. Pero Héctor el del casco palpitante no abandonó la lucha, y retrocediendo, tomó en su fuerte mano una enorme piedra negra y rugosa que había en el llano, y dió con ella en medio del gran escudo recubierto por siete pieles de buey, y el bronce resonó sordamente. Y Ajax, levantando á su vez otra piedra mayor aún, disparóla, imprimiéndole una fuerza inmensa. Y con esta piedra rompió el escudo del contrincante, y las rodillas del Priamida se doblaron, y cayó éste de espaldas debajo del escudo. Pero Apolo le incorporó en seguida. E iban ya á herirse con sus espadas ambos, arrojándose el uno contra el otro, cuando llegaron los heraldos mensajeros de Zeus y de los hombres: Ideo por parte de los troyanos y Taltibio por parte de los acaienos revestidos de coraza, muy prudentes ambos. Y levantaron sus cetros entre los guerreros, é Ideo dijo estos consejos llenos de sabiduría:

—No combatáis más tiempo, mis queridos hijos. Zeus el que amontona las nubes os ama á ambos, y ambos sois muy bravos, como todos sabemos. Pero la noche llega, y hay que acatar la noche.

Y le contestó el Telamonieno Ajax:

—Ideo, ordena á Héctor que hable. El fué quien provocó al combate á los más bravos de entre nosotros. Qué decida, pues, él, y obedeceré y haré lo que haga.

Y le contestó el gran Héctor el del casco palpitante:

—Un Dios, Ajax, te ha dado la prudencia, la fuerza y la grandeza que pregona tu lanza, erigiéndote sobre los acaienos todos. Cesemos ya por hoy la lucha y el combate para reanudarlos luego, hasta que un Dios decida y otorgue la victoria á uno de nosotros. La noche llega, y hay que acatar la noche, retornando tú á las naves acaienas para que se regocijen ante ti tus conciudadanos y tus compañeros, mientras yo voy á la gran ciudad del rey Príamo para regocijar con mi presencia á los troyanos y á las troyanas de los luengos trajes, que pedirán por mí en los templos divinos. Pero antes hagámonos mutuas é ilustres ofrendas, á fin de que los acaienos y los troyanos digan: «Combatieron impulsados por la discordia que abraza el corazón, y he aquí que se separan amistosamente.»

Cuando hubo hablado así, ofreció á Ajax la espada de clavos de plata, con la vaina y el tahalí artísticamente trabajados, y Ajax dióle un resplandeciente cinturón color de púrpura. Y se retiraron, uno á la armada de los acaienos, junto á los troyanos el otro. Y la multitud de éstos se congratuló á la vista de Héctor, que sano y salvo había salido de las manos invencibles del forzado Ajax. Y llevaronle á la ciudad después de haber desesperado de tornar á verle vivo.

Y por su parte, los bien armados acaienos condujeron á la presencia del divino Agamenón á Ajax, orgullosos de su victoria. Y llegados que fueron á las tiendas del Atreida, Agamenón, rey de los hombres, sacrificó al Cronión potente un toro de cinco años. Luego de desollado, dispuesto y dividido con destreza en pedazos, clavaron á

éstos los asadores, tostándolos cuidadosamente y retirándolos á poco de la lumbre. Luego aprestáronse al banquete y se pusieron á comer, sin que ninguno se doliera de una ración desigual. Pero el héroe Atreida Agamenón el que de lejos manda brindó á Ajax el lomo entero de la res. Y cuando todos, según su hambre y su sed cada uno, hubieron comido y bebido, el anciano Néstor inauguró el consejo y habló así revestido de prudencia:

—Atreidas, y vosotros, jefes de los acaienos, muchos de los acaienos melenudos murieron ya y su sangre ha sido esparcida por el rudo Ares á orillas del cristalino Scamandro y sus almas habrán bajado á la mansión de Edes. Se debe suspender la lucha, pues, cuando apunte la mañana. Entonces, reunidos, retiraremos los cadáveres con la ayuda de mulas y de bueyes, quemándoles ante las naves para que cada cual pueda llevar las cenizas de los suyos á sus hijos cuando hayan regresado todos al suelo de la patria. Y elevaremos en torno á la gran pira en la llanura una tumba común. Y en seguida construiremos elevadas torres que nos resguardarán y también á nuestras naves. Y abriremos en ellas sólidos portones para el paso de los jinetes y cavaremos alrededor un profundo foso que ha de detener á los jinetes y caballos si los bravos troyanos intentaran combatirnos allí.

Habló así, y todos los reyes lo aprobaron.

Y reuniéronse los troyanos, en ágora tumultuosa y turbulenta, á las puertas de Príamo en la alta ciudadela de Ilios. Y el sabio Antenor habló así el primero:

—Escuchadme, troyanos, dardanienos y aliados, á fin de que diga lo que me dicta el corazón. Restituyamos al punto á los Atreidas la argiena Helena y sus riquezas para que se las lleven. Estamos com-



batiendo en contra de los juramentos sagrados que hubimos de prestar, y nada bueno espero nos acaezca si no hacéis lo que digo.

Cuando hubo hablado así, sentóse. Y entonces se alzó en medio de todos el divino Alejandro, esposo de Helena la de la hermosa cabellera. Y reposo con palabras aladas:

—Antenor, no me agrada lo que dijiste. En verdad que hubieras podido concebir mejores intenciones, y si es que hablaste seriamente, creeré que los Dioses te arrebataron el espíritu. Pero ahora hablo á los troyanos domadores de caballos para rechazar lo que dijiste. No pienso restituir esa mujer. Respecto á las riquezas que traje de Argos y guardo en mi morada, las devolveré todas y añadiré aún otras mías.

Cuando hubo hablado así, sentóse. Y entre todos se irguió el Dardanida Príamo, comparable á un Dios en su prudencia. Y habló así y dijo lleno de sabiduría:

—Escuchadme, troyanos, dardanienos y aliados, á fin de que diga lo que me ordena el corazón. Comed ahora cual de costumbre y después montad por turnos una buena guardia. Mañana muy temprano Ideo irá á las naves abiertas para hacer presente á los Atreidas Agamenón y Menelao el ofrecimiento de Alejandro, por quien surgió la discordia. Ha de preguntarles con palabras prudentes si consienten en suspender la triste guerra hasta tanto que hayamos quemado los cadáveres. Luego combatiremos otra vez en espera de que la suerte decida entre nosotros y otorgue la victoria á uno de los dos pueblos.

Habló así, y obedecieron cuantos le escuchaban, y el ejército hizo su comida habitual. Muy de mañana, Ideo llegó á las naves abiertas. Y encontró

á los danaenos, criaturas de Zeus, reunidos en el ágora, junto á la popa de la nave de Agamenón. Y colocándose en medio de ellos, habló así:

—Atreidas y acaienos de hermosas grebas: Príamo y los ilustres troyanos me ordenan os comunique la oferta de Alejandro, causa de nuestras discordias, por si os agrada. Todas las riquezas llevadas por él á Ilios á bordo de sus naves abiertas —¡pluguiera á los Dioses que antes de embarcar encontrara la muerte!—desea restituirlas, uniendo á ellas otras suyas; pero no consiente en devolver la joven esposa del ilustre Menelao, á pesar de las súplicas de los troyanos. Y asimismo me han ordenado éstos que os pregunte si queréis suspender la triste guerra entretanto no hayamos quemado los cadáveres. Luego combatiremos otra vez, en espera de que la suerte decida entre nosotros y otorgue la victoria á uno de los dos pueblos.

Habló así, y todos permanecieron callados. Y Diomedes, animoso en el combate, habló así:

—Ninguno de nosotros acepte las riquezas de Alejandro, ni á Helena misma. Está visto ya, é incluso se le alcanzaría á un niño, que el supremo desastre pesa sobre la cabeza de los troyanos.

Habló así, y todos los hijos de los acaienos prorrumpieron en aclamaciones, admirando las palabras del domador de caballos Diomedes. Y el rey Agamenón dijo á Ideo:

—Ideo, acabas de escuchar la respuesta de los acaienos. Ellos mismos te contestaron, y estoy conforme con su decisión. No me opongo, sin embargo, á que queméis vuestros muertos, honrando con el fuego los cadáveres de los que han sucumbido. Sea, pues, testigo de este pacto el esposo de Here, Zeus tonante en las alturas.

Cuando hubo hablado así, levantó su cetro hacia

los Dioses todos. E Ideo retornó á la santa Ilios, donde troyanos y dardanienos esperaban su regreso reunidos en ágora. Y llegó, y situándose en el centro de todos, dió cuenta del mensaje que portaba. Y apresuráronse unos á transportar los cadáveres y otros á traer leña para la hoguera. Y los argienos, por su parte, lejos de las naves abiertas, se exhortaban á alzar sus muertos y construir la pira.

Hería con sus rayos las campiñas Helios al salir, y escalando el Urano, surgía dulcemente del profundo Océano. Y los dos ejércitos se mezclaban en busca de cadáveres, y era difícil á ambos reconocer á sus guerreros caídos. Habiéndoles lavado del sangriento polvo, les colocaban en los carros mientras vertían por ellos lágrimas ardientes. Y el gran Priamo no permitió á sus huestes que gimiesen, y amontonaron éstas en la hoguera los muertos, lamentándose sólo con el corazón. Y después de que marles volvieron hacia la santa Ilios.

Por su parte, los acaienos de hermosas grebas, entristecido también su corazón, amontonaron sobre la pira los cadáveres. Y luego de quemarlos, regresaron á las naves abiertas. Aun no se había levantado Eos y ya la noche iba vencida, cuando un pueblo de acaienos fué á la llanura á alzar un solo túmulo sobre la única hoguera. Y no lejos de allí otros guerreros construían para propia defensa y la de sus naves altos torreones de puertas sólidas que dieran paso á los jinetes. Y en torno á ellos cavaron un foso profundo, largo y ancho, que resguardaban con estacadas. Y fué así como entonces trabajaron los acaienos melenudos.

Y los Dioses, sentados junto al fulminante Zeus, miraban con admiración el improbo trabajo de los acaienos de bronceas túnicas. Y habló así entre aquéllos Poseidaón el que conmueve la tierra:



—Padre Zeus, ¿quién de los mortales que viven en la tierra inmensa consultará en lo futuro la voluntad de los Inmortales, acatándola? ¿No adviertes que los acaienos melencidos han construido ante sus naves una muralla con foso en derredor, y no ofrecieron ilustres holocaustos á los Dioses? Su gloria se extenderá tanto como la luz de Eos, y los muros que Febo Apolo y yo alzamos al héroe Laomedón serán echados en olvido.

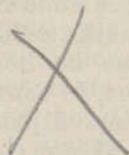
Y tras un hondo suspiro, Zeus, que amontona las nubes, le contestó:

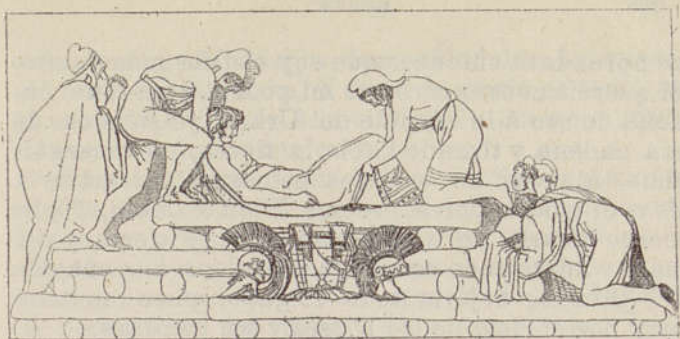
—¿Cómo dijiste, Prepotente que conmueves la tierra? Ni aun otro Dios menos dotado de fuerza que tú podría abrigar ese temor. En verdad que tu gloria se extenderá tan lejos cual la luz de Eos. Recobra tu ánimo, y cuando los acaienos melencidos hayan vuelto á pisar la muy amada tierra de la patria, haz que ese muro se derrumbe y sumerja en el mar, cubre otra vez de arena la vasta orilla y quede desvanecida ante tus ojos la inmensa muralla de los acaienos.

Así se explicaban los Dioses. Y al ponerse Helios terminaron los acaienos su trabajo. Y mataban bueyes bajo las tiendas, aprestándose á comer. Varias naves llevaron desde Lemnos el vino que enviaba el Iesonida Euneo, á quien Hipsipila había concebido del príncipe de pueblos Iesón. Y el Iesonida regaló á los Atreidas mil medidas de vino. Y á éstos se lo compraron los acaienos melencidos, quién dando á cambio bronce, quién brillante hierro, éste cueros de buey, aquél incluso bueyes y algunos sus propios esclavos. Y todos juntos preparaban la excelente comida.

Y durante toda la noche comieron y bebieron los acaienos melencidos; y también los troyanos y aliados comían dentro de la ciudad. Y en medio de

la noche, preparándoles nuevas calamidades, tronó terriblemente el sabio Zeus; y el pálido temor apoderóse de unos y otros. Y vertieron el vino fuera de las copas, y nadie osó beber sin haber hecho antes libaciones al poderosísimo Cronión. Al fin, cuando ya estuvieron acostados, gustaron los guerreros la dulzura del sueño.





## RAPSODIA VIII

Ya alumbraba toda la tierra Eos la del peplo color de azafrán, cuando Zeus, dueño del rayo, convocó al ágora á los Dioses en la más alta cúspide del Olimpo de innumerables picos. Y les habló, y escucháronle ellos respetuosamente:

—Oid, Dioses y Diosas, á fin de que os diga lo resuelto en mi corazón. Y ninguno de vosotros, varón ó hembra, deje de cumplir mi orden, pues habéis de obedecerme para que dé fin cuanto antes á mi obra. Como yo sepa que alguno de los Dioses ha ido en socorro de los troyanos ó de los danaenos, se le castigará afrentosamente cuando vuelva al Olimpo. Y he de cogerle y arrojarle lejos de mí á la más profunda sima de la tierra, al fondo del negro Tártaro, que tiene puertas de hierro y el umbral de bronce, tan por debajo de la morada de Edes cual está por debajo del Urano la tierra. Y



comprenderá entonces que soy el Dios más fuerte. Si queréis convenceros de mi poder, atad una cadena de oro á la cúspide del Urano, y asiéndoo de esa cadena y tirando hacia la tierra, no conseguiriais, á pesar de vuestros esfuerzos, arrastrar á Zeus el moderador supremo. Y en cambio, fácilmente tiraría yo de vosotros y de la tierra y del mar, y afianzando de nuevo la cadena á la cúspide del Olimpo, dejaría todo colgado, pues me hallo muy por encima de los Dioses y los hombres.

Habló así, y todos permanecieron callados, asombrados de estas palabras pronunciadas con dureza. Y le dijo Atenea, la diosa de los ojos claros:

—¡Oh Padre nuestro! Eres, Cronida, el más alto de los reyes, y ya sabemos que tu fuerza no se dobliga á ninguna otra; pero gemimos por los danaenos, hábiles en lanzar la pica, que van á perecer víctimas de un destino adverso. Ciertamente que no combatiremos, si es que así lo deseas; pero permite que aconsejemos á los argienos para que no perezcan todos á causa de tu cólera.

Y sonriendo le dijo Zeus, que amontona las nubes:

—Tranquilízate, Tritogenia, querida hija. Cierto es que hablé muy rudamente; pero quiero ser dulce contigo.

Cuando hubo hablado así, enganchó al carro los veloces caballos de pies de bronce, que tenían por crines cabellos de oro; y envolvióse en su vestidura de oro; y tomó un látigo de oro cincelado, y se acomodó en su carro. Y arreó con el látigo á los caballos, y volaron éstos del Urano estrellado hacia la tierra. Cuando llegó al monte Ida, abundante en manantiales y albergue de las fieras, el Padre de los hombres y de los Dioses detuvo á sus caballos en el Gárgaro, donde poseía un recinto sagrado

y un perfumado altar, y desunciéndolos, los envolvió en una gran nube. Y lleno de gloria se sentó en la cúspide, mirando á la ciudad de los troyanos y á las naves de los acaienos.

Y los acaienos melenudos se vestían las armas tras de haber comido en las tiendas precipitadamente, y armábanse los troyanos también en la ciudad; y aunque éstos eran menos numerosos, ardían en deseos de combatir, precisados á hacerlo en defensa de sus hijos y de sus mujeres. Y las puertas se abrían, y los ejércitos de infantes y jinetes salían por ellas con inmenso estrépito.

Y al primer encuentro se mezclaron las picas y las fuerzas de los guerreros con coraza de bronce, y repeliéronse los escudos abombados, y se produjo un tumultuoso ruido. Oíanse los gritos de júbilo de quienes mataban al par que los lamentos de quienes morían, y la sangre empapaba la tierra; y mientras Eos brilló y el día siguió su curso, hirieron á los hombres los dardos y caían los hombres. Pero cuando Helios llegó á la cumbre del Urano, el Padre Zeus dispuso su balanza de oro, colocando en ella dos Keres de la muerte, que torna para siempre inmóvil al que elige: la Ker de los troyanos domadores de caballos y la Ker de los acaienos de bronceas corazas. Levantó la balanza sosteniéndola por la mitad, y el día fatal de los acaienos se inclinó, y el peso destinado á los acaienos tocó la tierra madre á la vez que el de los troyanos subía hacia el ancho Urano. Y Zeus hizo rodar el trueno inmenso desde el Ida y lanzó el ardiente relámpago sobre el pueblo guerrero de los acaienos, que, al verle, se quedaron atónitos y pálidos de terror.

Ni Idomeneo, ni Agamenón, ni los dos Ayaces, servidores de Ares, osaron permanecer entonces allí. Quedó solo, mal de su grado, el gerenieno

Néstor, baluarte de los acaienos, por haber caído su caballo. Con una flecha hirióle mortalmente en el sitio de la cabeza donde crecen las primeras crines el divino Alejandro, esposo de Helena. Y al penetrar el bronce en el cerebro, poseído de dolor el caballo, se desbocó, espantando á los otros caballos. Y mientras el anciano apresurábase á cortar con la espada las riendas, los veloces caballos de Héctor se acercaban entre el tumulto del combate conduciendo á su bravo conductor, y habría perdido el anciano la vida á no haberle visto Diomedes, que lanzó un grito terrible para llamar á Odiseo:

—¿Por qué huyes cual un cobarde, volviendo la espalda á la refriega, divino Laertiada, sagaz Odiseo? Ten cuidado de que al huir no te claven en la espalda una pica. Detente y rechazaremos á ese rudo guerrero, alejándole de este anciano.

Habló así; pero el divino y paciente Odiseo no hubo de oírle y siguió hacia las naves abiertas de los acaienos. Y aunque solo, el Tideida mezclóse con los primeros combatientes, y poniéndose en pie ante los caballos del viejo Neleida, le dijo estas palabras aladas:

—¡Oh anciano! He aquí que guerreros jóvenes te cercan con furor. Tus fuerzas se han disuelto, te abrumba la pesada vejez, tu servidor es débil y lentos tus caballos. Sube á mi carro ahora, y verás cómo son los caballos de Tros que le arrebaté á Eneas y que la misma rapidez ponen al perseguir al enemigo que cuando á campo traviesa huyen. Nuestros criados cuidarán tus caballos, y lanzaremos éstos sobre los troyanos domadores de caballos para que sepa Héctor cuán furiosa es mi pica entre mis manos.

Habló así, y el jinete gerenieno Néstor hubo de obedecerle. Y los dos bravos servidores Stenelo y



Eurimedón cuidaron de las yeguas. Y los dos Reyes subieron al carro de Diomedes, y Néstor empuñó las riendas brillantes y fustigó á los caballos, y se acercaron á Héctor. Y el hijo de Tideo lanzó su pica al Priamida, que venía hacia él, y erró el golpe; pero hirió en el pecho cerca de la tetilla á Eniopeo, hijo del magnánimo Tebeo, que conducía los caballos. Y cayó éste del carro, perdidas el alma y la fuerza, y sus caballos veloces retrocedieron. El alma de Héctor quedó envuelta por un dolor amargo al ver caer á su compañero; pero á pesar de su dolor, hubo de abandonarle yacente, y buscó otro bravo conductor. Y no estuvieron faltos de él mucho tiempo sus caballos, porque encontró á muy poco al esforzado Arkeptolemo Ifitida; y confióle los veloces caballos, y le puso las riendas en la mano.

Habría acaecido entonces un desastre y hubiéranse llevado á cabo estragos, siendo encerrados los troyanos en Ilios cual borregos, si el Padre de los hombres y de los Dioses no estuviese alerta. Y tronó á la sazón horrisono, lanzando la centella deslumbrante á la vista de los caballos de Diomedes, que se abatieron bajo el carro al surgir la ardiente llama sulfurosa, escapándose de las manos de Néstor las espléndidas riendas; y se atemorizó su corazón, y dijo á Diomedes:

—Retrocede, Tideida, y haz huir á los caballos de duro casco. ¿No ves que Zeus no te ayuda? He aquí que otorga ahora la victoria Zeus Cronida á Héctor, y también nos la otorgará cuando lo quiera. Nada puede el más bravo de los hombres contra la voluntad de Zeus, cuya fuerza no tiene igual.

Y le contestó Diomedes, animoso en el combate:

—Verdad dijiste, anciano, y con justicia hablaste; pero un dolor amargo invade mi alma. Porque dirá Héctor cuando arengue á los troyanos: «¡Ha

huído hacia sus naves ante mí el Tideida! » ¡Y ojalá me tragara la profunda tierra antes de que él se vanaglorie de eso!

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—¿Qué dices, hijo del bravo Tideo? Si Héctor te motejase de cobarde y débil, ni los troyanos ni los dardanienos le creerían, como tampoco las mujeres de los magnánimos troyanos, portadores de escudos, pues que en el polvo derribaste á tantos de sus jóvenes esposos.

Cuando hubo hablado así, se puso en fuga, volviendo rienda á los caballos de macizos cascos, que alejáronse de la refriega. Y los troyanos y Héctor les abrumaban con sus flechas, entre una algazara enorme; y el gran Héctor el del casco palpitante gritó con voz potente:

—En verdad, Tideida, que los jinetes danaenos te honraban entre todos, reservándote el mejor sitio, las viandas y las copas llenas; pero de hoy más harán menosprecio de ti, porque en nada aventajas á cualquier mujer. ¡Huye, mozueta tímida! Gracias á mí, jamás escalarás nuestras torres ni arrastrarás nuestras esposas á tus naves. Antes te daré la muerte.

Habló así, y el Tideida fluctuó entre huir ó pelear frente á frente. Por tres veces dudaron su espíritu y su corazón, y por tres veces, cual signo de victoria para los troyanos, tronó desde la altura de los montes Ideos el sabio Zeus. Y Héctor con poderosa voz animaba á los troyanos:

—¡Amigos troyanos, likenses y esforzados dardanienos, sed hombres y acordaos de vuestra fuerza y vuestro valor! Presiento que el Cronión me promete la victoria y una gran gloria y reserva á los danaenos la derrota. ¡Insensatos! En vano levantaron esas murallas inútiles y despreciables, que

no resistirán á mi pujanza; y mis caballos saltarán fácilmente el profundo foso. Cuando me veáis cerca de las naves abiertas, preparad el fuego destructor que ha de servirme para quemar las naves y exterminar junto á ellas á los argienos, cegados por el humo.

Cuando hubo hablado así, dijo á sus caballos:

—Xanto, Podargo, Etón, divino Lampo, ya es hora de que me resarzáis de los cuidados infinitos que os prodigaba Andrómaca, hija del magnánimo Etión, la que os regalaba con el dulce queso y con el vino cuando lo deseabais, prefiriéndoos á veces á mí mismo, que me envanezco de ser su joven esposo. ¡Daos prisa, pues, corred! Si logramos apoderarnos del escudo de Néstor, de oro todo, así como sus barras, y cuya fama hasta el propio Urano se ha extendido, y de la rica coraza de Diomedes, domador de caballos, para forjar la cual esmeróse Hefesto, sin duda los acaienos se embarcarán de nuevo en sus naves ligeras esta misma noche.

Habló así en su deseo, y la venerable Here se indignó; y agitóse en su trono, y hubo de estremecerse el vasto Olimpo. Y dijo la deidad, encarándose con el gran Dios Poseidaón:

—¡Oh tú, el Omnipotente que conmueves la tierra! ¿No te salta el corazón dentro del pecho al ver cómo perecen los danaenos? En Elica y en Egea, sin embargo, te ofrendan magníficos presentes numerosos. Dales, pues, la victoria. Si todos los que sostenemos á los danaenos quisiéramos rechazar á los troyanos y resistir á Zeus, cuya voz se percibe lejana, no tardaría en encontrarse solo, sentado sobre el Ida.

Y el Poderoso que conmueve la tierra dijole cólerico:

—¿Qué dices, audaz Here? No es mi propósito



que combatamos á Zeus Cronión, pues es bastante más fuerte que nosotros.

Y mientras así hablaban uno y otro, todo el espacio que separaba el foso de las naves llenóse de un tropel confuso de caballos y portadores de escudos, porque Héctor Priamida, semejante al impetuoso Ares, los arrastró hasta allí, protegido por Zeus. Y hubiese destruido con ayuda del fuego las naves iguales, si la venerable Here no inspirara á Agamenón para que á toda prisa reanimase á los acaienos. Y recorrió éste las tiendas y las naves acaienas, llevando en el robusto brazo amplio manto de púrpura. Y se detuvo en la anchurosa y negra nave de Odiseo, la cual aparecía en medio de todas, á fin de que le oyesen de un extremo á otro, desde las tiendas de Ajax Telamoniada á las de Akileo, que ambos sacaron á la arena sus naves iguales en los dos límites del campo, seguros de su fuerza y de su valor. Y desde allá, en voz alta, gritó á los acaienos:

—¡Vergüenza sobre vosotros, argienos cubiertos de oprobio, que no poseéis más que una belleza inútil! ¿Qué se hizo de vuestras orgullosas palabras, cuando en Lemnos, á la vez que comíais la carne de los bueyes de astas largas y bebíais en las cráteras rebosantes de vino os envanecíais de ser los más bravos y de vencer á los troyanos, cada uno contra ciento y aun contra doscientos? Y he aquí que ahora apenas podemos oponer resistencia á uno sólo, á Héctor, que se prepara á destruir con el fuego nuestras naves. ¡Padre Zeus! ¿Asolaste alguna vez con un desastre análogo á alguno de tus Reyes todopoderosos, privándole de tanta gloria? En verdad que cuando aquí vine por mi ruina á bordo de mi nave cargada de remeros y pletórico de deseos por derribar las altas murallas de Troya,

jamás pasé ante tus templos magníficos sin quemar sobre tus altares numerosos grasa y cuartos de bueyes. ¡Oh Zeus, atiende mi súplica y permite que, al menos, podamos huir y ponernos en salvo para que no perezcan á manos de los troyanos los acaienos todos!

Habló así, y el Padre Zeus se apiadó de sus lágrimas, prometiéndole, por medio de un favorable auspicio, que los pueblos no perecerían. Y envió un águila, el ave más segura y de mejor agüero, que sujetaba con sus garras al joven cervatillo de ágil corza, dejándole después caer en el altar magnífico de Zeus, donde los acaienos ofrecían sacrificios al Dios origen de todos los oráculos. Y cuando aquéllos advirtieron el ave que Zeus les enviaba, retornaron á la refriega y cayeron sobre los troyanos.

Y ninguno de los innumerables danaenos pudo vanagloriarse entonces de avanzar más que el Tideida ó combatir antes que él, guiando sus caballos veloces hacia el otro lado del foso. Y primero Diomedes mató á un guerrero troyano, Agelao Fradmonida, cuando huía. Y le clavó su pica por la espalda entre los hombros; y la pica le atravesó el pecho. El troyano cayó del carro con retemblar de armas.

Y seguían al Tideida los Atreidas, y también los dos Ayaces, pletóricos de indomable vigor, é Idomeneo, y Meriones, semejante á Ares y compañero de Idomeneo, y el matador de hombres Eurialo, y Euripilo, ilustre hijo de Evemón. Y el noveno era Teucro, que con su arco tendido se guarecía tras del escudo de Ajax Telamoniada. Y cuando alzaba el escudo el gran Ajax, Teucro, mirando á todas partes, apuntaba y tiraba sobre uno de los enemigos, que caía muerto en la refriega. Y acogíase

aquél de nuevo á Ajax, como un niño á su madre, cubriéndole éste con su refulgente escudo.

¿Cuál fué el primer troyano que mató el irreprochable Teucro? El primero fué Orsiloco, y sucesivamente Ormeno, y Ofelestes, y Detor, y Cromio, y el divino Licofontes, y Amopaon Poliemonida, y Menalipo. Y uno á uno les tendió en la tierra madre. Y el rey de los hombres Agamenón, poseído de alegría al verle diezmar con sus flechas las falanges de troyanos, acercóse á él y le dijo:

—Caro Teucro Telamonieno, príncipe de pueblos, continúa disparando tus flechas para salvación de los danaenos, y te harás digno de tu padre Telamón, que, aunque eras un bastardo, te crió y cuidó desde muy pequeño en sus moradas. Asegúrote, y mi palabra ha de cumplirse, que si Zeus tempestuoso y Atenea me permiten tomar la fuerte ciudadela de Ilios, tú serás el primero que, después de mí, reciba una gloriosa recompensa consistente en un tripode, dos caballos con carro y una mujer que ha de compartir tu lecho.

Y contestó el irreprochable Teucro:

—¿Por qué me excitas, ilustrísimo Atreida, cuando me hallo rebotante de ardor? Me portaré sin duda como mejor me sea posible, obrando en la medida de mis fuerzas. Desde que comenzó su retirada hacia Ilios, no ceso de matar guerreros con mis flechas. Ocho llevo lanzadas, y las ocho se hundieron en la carne de jóvenes impetuosos; pero no pude aún alcanzar á ese rabioso perro.

Habló así, y puso todo su deseo en lanzar una flecha contra Héctor, y hubo de fallarle. Y atravesó la flecha el pecho del irreprochable Gorgitió, bravo hijo de Priamo que había sido parido por la bella Cataneira, natural de Esima y comparable á las Diosas por su hermosura. Y cual en un jardín



se inclina una amapola bajo el peso de su fruto y del rocío primaveral, inclinó la cabeza el Priamida al peso de su casco. Y disparó Teucro á Héctor otra flecha, anhelando herirle; pero la erró también, alcanzando con ella cerca de la tetilla al bravo Arkeptolemo, conductor de los caballos de Héctor, y cayó del carro Arkeptolemo, mientras sus veloces caballos retrocedían, acabándosele la fuerza y la vida. Amarga pena oprimió entonces el corazón de Héctor á la muerte de su compañero; pero á pesar de su dolor, dejóle caído y ordenó á su hermano Kebrión que tomara las riendas, y hubo de obedecerle este último.

Entonces saltó Héctor del refulgente carro, dando un grito terrible; y cogiendo una piedra, corrió á Teucro con ánimo de herirle. Y había el Telamoniano sacado del carcaj una flecha amarga, y colocábala en el nervio de buey, cuando Héctor el del casco palpitante, mientras Teucro tendía el arco, le golpeó con la dura piedra en el hombro hacia el sitio mortal donde la clavícula separa del cuello el pecho. Y se rompió el nervio del arco, aplastándose la empuñadura, y se le escapó el arco de la mano, y cayó de rodillas el herido. Pero Ajax no hubo de abandonar á su hermano yacente, y acorriéndole, cubrióle con su escudo. Luego sus dos queridos compañeros, Mekisteo, hijo de Ekio, y el divino Alastor, transportaron á las naves abiertas á Teucro gemebundo.

Y otra vez el Olímpico infundió valor á los troyanos, que rechazaron á los acaienos hasta el profundo foso; y Héctor marchaba al frente, sembrando en torno suyo el terror de su fuerza. Cual un perro que persiguiese á todo correr á un jabalí salvaje ó á un león casi dándole alcance y espiando el momento en que la presa ha de volverse, perse-

guía Héctor á los acaienos melenudos, matando siempre á aquel que se quedaba rezagado. Y los acaienos huían, cayendo muchos á las manos de los troyanos al atravesar los pilares y el foso. Pero otros, parados cerca de las naves, animábanse entre sí, y con los brazos levantados, rogaban á los Dioses todos. Y guiaba Héctor en todas direcciones á sus caballos de hermosas crines, y eran sus ojos semejantes á los de Gorgo y el sanguinario Ares. Y la divina Here la de los brazos blancos sintió piedad al contemplar el espectáculo aquel, y dijo á Atenea estas palabras aladas:

—¡Ah hija de Zeus tempestuosos! ¿No crees que en este combate supremo debíamos socorrer á los danaenos que perecen? Porque he aquí que víctimas de su adverso destino, van á perecer todos ante la violencia de un solo hombre. El Priamida Héctor está poseído de un furor intolerable y hace estragos entre ellos.

Y le contestó la divina Atenea la de los ojos claros:

—En verdad que el Priamida hubiera ya perdido con su vida la fuerza, muerto en su tierra natal á manos de los argienos, si mi padre, siempre enfadado, duro é inicuo, no se opusiese á mi voluntad. Y no se acuerda de que á menudo socorrí á su hijo, abrumado de trabajos por Euristeo. Cuando clamaba Heracles al Urano, Zeus enviéme á socorrerle. ¡A fe que, de presumir yo esto el día que fué Heracles á la mansión de herradas puertas de Edes para sacar del Erebo al Perro del odioso Edes, no habría yo permitido á aquél que volviese á pasar por el agua corriente y profunda de la Stigial Y Zeus me odia y cede á los deseos de Tetis, que abrazóse á sus rodillas, acariciándole la barba, en súplica para que diera honores á Akileo el destructor de

ciudadelas. ¡Y todavía se atreverá el Olímpico á llamarme su querida hija de los ojos claros! Prepara nuestros caballos de cascos macizos mientras voy á la morada de Zeus á tomar la Egida y cubrirme con mis guerreras armas. Y veremos si el Priamida Héctor el del casco palpitante se regocija al vernos á ambas bajar á la refriega. ¡Los despojos de más de algún troyano caído ante las naves de los acaienos, van á servir de pasto á los canes y las aves carniceras!

Habló así, y la divina Here la de los brazos blancos hubo de obedecer. Y la divina y venerable Here, hija del gran Cronos, unció en seguida los caballos de áureos arneses. Y Atenea, hija de Zeus tempestuoso, dejó en el suelo de la morada de su padre el rico peplo que tejió ella misma, y púsose la coraza de Zeus, que amontona las nubes, armándose para la guerra lamentable.

Y subió al flamígero carro, empuñando la lanza pesada, grande y sólida con que esta hija de un padre todopoderoso domeña á la multitud de héroes contra quienes se irrita. Y fustigó Here á los caballos veloces, mientras se abrían por sí mismas chirriantes las puertas del Urano, guardadas por las Horas, que tienen la misión de franquear la entrada á él y al vasto Olimpo, y de hacerlos inexpugnables envolviéndolos en densa nube. Y las Diosas encaminaron los caballos obedientes al freno. Pero al verlas el Padre Zeus desde el Ida, presa de una gran cólera, llamó á la Mensajera Iris la de las alas de oro:

—¡Corre aprisa, ligera Iris, y hazlas retroceder, impidiendo que se presenten ante mí, pues correrían peligro. Si pasan adelante, aseguro, y no en vano, que aplastaré á los caballos veloces bajo el carro y destruiré éste, precipitándolas desde su



altura á ellas, sin que en diez años puedan verse libres de las heridas que con mi rayo he de causarles. Atenea la de los ojos claros sufrirá entonces las consecuencias de combatir contra su propio padre. No es tanta mi cólera contra Here, pues que ya está acostumbrada á oponerse siempre á mi voluntad.

Habló así, y la Mensajera Iris de pies ligeros como el viento voló tras las dos Diosas, descendiendo de las cimas Ideas del gran Olimpo, y las detuvo en las primeras puertas del Olimpo de innumerables valles, y les dijo las palabras de Zeus:

—¿Adónde vais? ¿Por qué se ofusca de ese modo vuestro corazón? Ya sabéis que el Cronida no permite que se ayude á los argienos. Oíd ahora la amenaza del hijo de Cronos, la cual ha de cumplirse si despreciáis su aviso: Aplastará á los caballos veloces bajo vuestro carro y destruirá éste, precipitándoos desde él, sin que en diez años os veáis libres de las heridas que su rayo os produzca. ¡Tú, Atenea la de los ojos claros, sufrirás entonces las consecuencias de combatir contra tu propio padre! No será tan cruel su cólera hacia Here, pues acostumbra ella á oponerse siempre á su voluntad. Pero tú, audaz y furibunda perra, ¿osarás alzar tu terrible lanza contra Zeus?

Cuando hubo hablado así, emprendió de nuevo el vuelo Iris la de los pies ligeros, y Here dijo á Atenea:

—¡Ah hija de Zeus tempestuoso! No puedo permitir que combatamos contra él á causa de los mortales. ¡Muéran ó vivan, pues, unos ú otros! Y decida Zeus en justicia y conforme á su voluntad entre troyanos y danaenos.

Cuando hubo hablado así, hizo volver á los caballos de cascos macizos, y las Horas desengan-

charon á los caballos de hermosas crines, y los llevaron á sus pesebres divinos y apoyaron el carro en el refulgente muro. Y las Diosas, entristecido el corazón, sentáronse en asientos de oro entre los otros Dioses. Desde lo alto del Ida dirigió el Padre Zeus hacia el Olimpo su carro de hermosas ruedas y llegó al sitio en que los Dioses se encontraban. Y el Ilustre que conmueve la tierra desunció los caballos, puso el carro sobre un altar y le cubrió con un velo de lino. Y Zeus el de la poderosa voz sentóse en su áureo trono, estremeciéndose el amplio Olimpo bajo sus pies. Y Atenea y Here hallábanse sentadas lejos de Zeus, y no le hablaban ni le interrogaban; pero adivinó sus pensamientos él y dijo:

—¿Por qué os mostráis tan afligidas, Atenea y Here? No habéis podido fatigaros mucho en la batalla que ilustra á los guerreros y á la que acudíais para anular á los troyanos, por quienes tanto odio sentís. ¡No! Entre todos los Dioses del Olimpo no lograrían vencerme, que tanta es la fuerza de mis invictas manos. El terror hizo temblar vuestros hermosos cuerpos antes de ver la guerra y la refriega violenta. Y os aseguro, y no en balde, que, en caso de desobedecerme, heridas ambas por mi rayo, no hubierais vuelto en vuestro carro al Olimpo, morada de los Inmortales.

Y habló así, y lloraban Here y Atenea, sentadas una junto á otra, meditando la perdición de los troyanos. Y Atenea permanecía silenciosa é irritada contra su padre Zeus, abrasándose en salvaje cólera; pero Here no pudo contener la suya, y dijo:

—¿Qué palabra dijiste, durísimo Cronida? Ya sabemos que es mucha tu fuerza, y por eso lloramos á los belicosos danaenos que van á perecer víctimas de su adverso destino. No combatiremos, si

quieres; pero permítenos ayudar á los argienos con nuestros consejos para que no sucumban todos á tu cólera.

Y le contestó Zeus, que amontona las nubes:

—Ya verás á la vuelta de Eos, venerable Here la de los ojos de buey, cómo el Cronión omnipotente asolará más aún el ejército innumerable de los argienos; porque no dejará de combatir el bravo Héctor hasta que el veloz Peleión no se levante cerca de las naves el día en que bajo sus popas combatan los acaienos, luchando en breve espacio por el cadáver de Patroclo. Fatal es esta predicción, y poco ha de preocuparme tu ira, aunque vayas al límite de la tierra y del mar, donde están acostados Iapeto y Cronos, lejos del viento y de la luz de Helios, hijo de Hiperión, en el recinto hondo del Tártaro. Aunque allí fueras, poco me preocupa tu ira, pues que nadie hay más impúdico que tú.

Habló así, y Here la de los brazos blancos nada respondióle. Y cayó en el Océano la brillante luz heliana, dejando que la negra noche se enseñorease de la tierra madre. Contra el deseo de los troyanos desapareció la luz, siendo la noche recibida con júbilo por los acaienos, que la ansiaban ardentemente.

Y el ilustre Héctor reunió el ágora de los troyanos, á quienes condujo lejos de las naves, á las orillas del río caudaloso, en un lugar donde no había cadáveres. Y se apearon de sus caballos para escuchar las palabras de Héctor, grato á Zeus. Y tenía él en la mano una pica de once codos de longitud y con brillante punta de bronce sujeta por un anillo de oro. Y apoyado en esta pica, dijo Héctor á los troyanos estas palabras aladas:

—Escuchadme, troyanos, dardanienos y aliados: No esperaba yo volver á Ilios, azotada por los

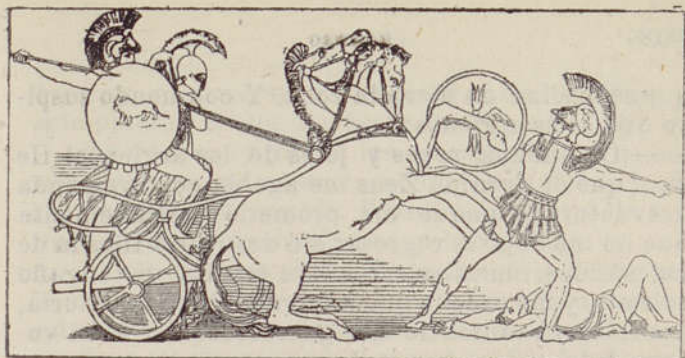


vientos, hasta haber destruído las naves y á los acaienos todos; pero vinieron las tinieblas á salvar á los acaienos y á las naves que tienen en la orilla del mar, y hemos de obedecer á la negra noche y aprestarnos para la comida. Desuncid los caballos de hermosas crines y dadles un pienso. Traed pronto de la ciudad bueyes y ovejas gordas, así como el más dulce vino que haya en vuestras moradas, y amontonad gran cantidad de leña, con objeto de que durante toda la noche, hasta que vuelva Eos la que nace á la mañana, mantengamos muchas hogueras cuyo resplandor suba al Urano é impida que los acaienos melenudos aprovechen la obscuridad para huir por la vasta superficie de los mares. No quiero que se embarquen tranquilos en sus naves, sino que cada uno, al subir á su nave, lleve á su país una herida debida á nuestras picas y á nuestras afiladas lanzas, para que sirva de escarmiento esto á los que deseen guerrear con los troyanos domadores de caballos. Llamen por la ciudad los heraldos gratos á Zeus á los jóvenes y á los ancianos de blancas sienes para que acudan á las torres elevadas por los Dioses; y cada una de las mujeres tímidas encienda en su morada una gran hoguera y pase la velada vigilando, pues de temer es que se tome por sorpresa la ciudad en ausencia de los hombres. Hágase como digo, magnánimos troyanos, porque son salvadoras mis palabras. A la vuelta de Eos todavía habré de arengar á los troyanos domadores de caballos. Me propongo, con el favor de Zeus y los demás Dioses, arrojar de aquí en breve á esos perros traídos por las Keres en las naves negras. Vigilemos toda la noche, y al amanecer, cubrámonos con nuestras armas, impulsando al impetuoso Ares á las naves abiertas. Y veré entonces si me rechaza lejos de las naves hasta las

murallas el bravo Diomedes Tideida ó si me traigo clavados en el bronce sus sangrientos despojos. Mañana podrá gloriarse de su fuerza si resiste á mi pica; pero espero que mañana, cuando Helios ascienda, sea uno de los primeros en caer bañado en sangre entre una multitud de compañeros suyos. ¡Y pluguiera á los Dioses que yo fuese inmortal y eternamente joven y venerado cual Atenea y Apolo, como cierto es que el día que se prepara resultará funesto á los argienos!

Habló así Héctor, y prorrumpieron los troyanos en aclamaciones. Y quitaron del yugo á los caballos cubiertos de sudor, y los ataron con correjuelas á los carros; y trajeron en seguida de la ciudad bueyes y ovejas gordas, así como de sus hogares pan y dulce vino, y amontonaron gran cantidad de leña. Sacrificaron luego completos holocaustos á los Inmortales, y el viento llevaba hasta el Urano el humo denso y dulce. Pero no hubieron de aceptarlo y desdeñáronlo los Dioses venturosos, porque odiaban á la santa Ilios, y á Príamo, y al pueblo de Príamo, que usa picas de fresno.

Y los troyanos, poseidos de esperanza, dejaban transcurrir la noche en el sendero de la guerra, manteniendo encendidos grandes fuegos. Cual se iluminan los picachos de altos promontorios y en la cúspide del Urano se entreabre el Eter infinito, viendo alegre el pastor lucir los astros todos alrededor de la clara Selene, cuando el viento no turba el espacio, así resplandecían entre las naves y la corriente agua del Xanto las hogueras troyanas ante Ilios. Mil hogueras ardían en la llanura, y cerca de cada una hallábanse cincuenta guerreros sentados en torno de la llanura ardiente. Y los caballos comían la cebada y la avena, próximos á los carros, esperando á Eos la del hermoso trono.



## RAPSODIA IX

Mientras montaban los troyanos sus guardias de este modo, apoderóse de los acaienos el deseo de la fuga, compañera del helado terror, y hasta los más valientes se hallaban poseídos de una tristeza abrumadora.

Como cuando los vientos Boreas y Zéfiro soplan desde Tracia se conmueve el mar y la onda negra se hincha desgarrándose en espumas, desgarrábase el corazón de los acaienos en sus pechos conmovidos. Y dominado por intenso dolor, ordenó el Atreída á los heraldos de voz sonora que llamasen sin gritos y por su nombre á cada uno convocándoles al ágora. Y llamó él mismo á los más próximos. Y todos acudieron á sentarse en el ágora poseídos de tristeza. Y Agamenón se levantó vertiendo lágrimas tan abundantes cual el manantial



que se desliza de elevada roca. Y con hondo suspiro dijo á los argienos:

—¡Oh amigos, reyes y jefes de los argienos! He aquí que el Cronida Zeus me agobia con tremenda desventura, aunque me prometió solemnemente que no me dejaría regresar sin destruir á Ilios la de las sólidas murallas. ¡Y ahora medita un engaño funesto, y me ordena que vuelva á Argos sin gloria, perdidos ya tantos de mis guerreros! Tal es la voluntad del todopoderoso Zeus, que rindió las fortalezas de tantas ciudades y ha de rendir muchas aún, pues goza de un inmenso poder. ¡Vámonos! Obedeced todos mis órdenes y huyamos en nuestras naves hacia la muy amada tierra de la patria. Jamás tomaremos á Ilios la de las anchas calles.

Habló así, y los hijos de los acaienos le escucharon tristes y silenciosos, hasta que Diomedes, animoso en el combate, habló, destacándose entre ellos:

—Impugnaré el primero tus palabras, Atreida, como está permitido, ¡oh rey! en el ágora; y espero no te irrites contra mí, porque tú mismo me ultrajaste otra vez ante los danaenos, motejándome de cobarde y débil, según saben los argienos todos, jóvenes y ancianos. En verdad que el hijo del sagaz Cronos no te dotó de cualidades por igual, puesto que, al otorgarte el cetro y los supremos honores, no te otorgó la firmeza de alma, que es la mayor virtud. ¡Desdichado! ¿Crees que los hijos de los acaienos son tan débiles y cobardes cual tú dices? Si el corazón te impulsa á volver atrás, vete; ahí tienes el camino, y á la orilla del mar están las numerosas naves que te siguieron desde Mike-na. Pero aquí permaneceremos los demás acaienos melenudos hasta que hayamos tomado á Ilios; y si también quieren huir ellos en sus naves hacia la muy amada tierra de la patria, yo y Stenelo com-

batiremos mientras no veamos el fin de Ilios, ya que vinimos á ella por designio de los Dioses.

Habló así, y todos los hijos de los acaienos aplaudieron, admirando el discurso del domador de caballos Diomedés. Y se levantó entre la muchedumbre el jinete Néstor, y habló así:

—Tideida, eres el más animoso en el combate y también en el ágora eres el primero entre los de tu edad. No reprobará tus palabras nadie ni ningún acaieno ha de contradecirte; pero no dijiste todo. A fe mía, eres joven y podrias parecer el más pequeño de mis hijos; sin embargo, hablas con la prudencia conveniente ante los reyes de los argieños. A mí atañe preverlo todo y decirlo todo, pues que soy más viejo que tú. Y ninguno rechazará mis palabras, ni siquiera el rey Agamenón. No tiene inteligencia, ni es justo, ni posee un hogar quien ama las dañosas discordias intestinas. Pero ahora obedezcamos á la negra noche, preparando el sustento y situando junto al foso, frente á las murallas, guardias escogidas. Manda á los jóvenes prestar este servicio, puesto que eres el jefe, Atreida. Deberías después ofrecer un banquete á los caudillos. En tus tiendas abunda el vino que las naves de los acaienos te traen á diario de Tracia á través de la inmensidad de la alta mar. Fácilmente puedes dispensar mucho tú, que dispones de servidores en gran número. Cuando estén todos los jefes reunidos, obedece al que te dé mejor consejo, porque de muy sabios consejos tienen necesidad los acaienos todos desde el instante en que los enemigos encienden tantas hogueras cerca de las naves. ¿Quién de nosotros podía regocijarse de ello? Esta noche se decide la perdición ó salvación de nuestra armada.

Habló así, y todos, al escucharle, obedecieron.

Y las guardias armadas salieron conducidas por el Nestoreida Tasimedes, príncipe de pueblos, por Ascalafo y Yalmeno, hijo de Ares, por Meriones, Afareo y Deipiro, y por el divino Licomedes, hijo de Creón. Y llevaba cada uno de los siete jefes de las guardias cien jóvenes guerreros armados de largas picas. Y colocáronse entre el foso y la muralla y encendieron hogueras, tomando luego su comida. Y el Atreida condujo bajo su tienda á los jefes de los acaienos, ofreciéndoles un banquete abundante. Y tendieron las manos todos hacia los manjares. Y cuando su hambre y su sed fueron saciadas, habló así entre ellos primeramente y con sabiduría el viejo Néstor, que había ya dado el consejo mejor:

—Ilustrísimo Atreida Agamenón, rey de los hombres, por ti empiezo y acabo mi discurso, ya que mandas en numerosos pueblos y Zeus te concedió el cetro y los derechos para que los manejes. Es necesario, pues, que sepas hablar y oír, y acojas los consejos más sabios si á otros jefes les impulsa el corazón á dártelos mejores que los míos. Y voy á decirte lo que creo más acertado, puesto que nadie expuso otra opinión, y medité ésta desde hace mucho tiempo, desde el día en que, mal de nuestro grado, robaste, ¡oh tú el de raza divina! á la virgen Briseida de la tienda de Akileo irritado. Y entonces quise disuadirte; pero cediendo á tu orgulloso corazón, ultrajaste al hombre más bravo, á quien los mismos Inmortales honran, y le quitaste su recompensa. Deliberemos, por lo tanto, hoy y busquemos el medio de aplacar á Akileo con pacíficos presentes y halagüeñas palabras.

Y le contestó Agamenón, rey de los hombres:

—No mientes, anciano, al recordar mis injusticias. Cometí una ofensa, no lo niego. Un guerrero



á quien Zeus ama en su corazón se halla por encima de los demás guerreros. Y es por honrarle por lo que el Olímpico está asolando ahora á la escuadra acaiena. Pero ya que me dejé llevar por mis funestos pensamientos, quiero aplacar á Akileo al presente y ofrecerle infinitos obsequios. Y os diré cuáles son estos dones ilustres: siete trípodes vírgenes del fuego, diez talentos de oro, veinte calderas que se pueden exponer á la llama, doce robustos caballos que ganaron siempre los primeros premios, merced á la rapidez de su carrera. Y de nada privaríase y abundaría en oro quien poseyese los premios que hubieron de proporcionarme esos caballos de cascos macizos. Y daré además al Peleida siete bellas mujeres lesbianas, hábiles para el trabajo, á las cuales él mismo capturó en la populosa Lesbos y yo escogí porque eran las más lindas de todas. Y le devolveré con ellas á la virgen Briseida que le arrebaté un día; y he de jurarle con solemne juramento que mi lecho no fué por ella conocido y que la he respetado. Todo esto le entregaré en seguida. Y si los Dioses nos permiten tomar la gran ciudad de Príamo, llenará él de oro y bronce su nave. Y cuando nosotros, acaienos, partamos el botín, elegiré las veinte troyanas más hermosas después de la argiena Helena. Y si volvemos á la fértil Argos, en Acaia, le haré mi yerno y será tan querido por mí como Orestes, mi hijo único, que se cría entre delicias. Tres hijas tengo en mis moradas suntuosas: Crisotemis, Laodica é Ifianasa. Llévase, sin dotarla, al palacio de Peleo la que quiera, que yo mismo la dotaré cual nunca dotó á su hija padre alguno, dándola siete importantes ciudades: Cardamila, Enope, Hira la de prados verdeantes, la divina Fera, Antea la abundosa en pastos, la hermosa Epea y Pedaso, rica en

viñas. A la orilla del mar están situadas todas, cerca de la arenosa Pilos. Poseen sus habitantes bueyes y rebaños numerosos, y le honrarán con sus regalos como á un Dios, pagándole, regidos por su cetro, espléndidos tributos. Tanto he de darle si depone su cólera. Debe aplacarse, pues que sólo Edes es implacable é indómito, y por eso los hombres le odian como á ningún otro de los Dioses. Ceda ante mí en justicia, porque soy más poderoso y de más edad que él.

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—Ilustrísimo Atreida Agamenón, rey de los hombres: en verdad que no son despreciables los presentes que ofreces á Akileo. Enviemos cuanto antes á la tienda del Peleida emisarios escogidos. Yo mismo los designaré, y habrán de obedecerme. Puede conducirles Fénix, favorito de Zeus, y deben ir el gran Ajax y el divino Odiseo, seguidos de los heraldos Hodio y Euribates. Hagamos abluciones y supliquemos que se apiade de nosotros el Cronida.

Habló así, y todos quedaron satisfechos de sus palabras. Y vertiéronles en seguida en las manos los heraldos el agua, y los jóvenes llenaron las cráteras de vino y lo distribuyeron por orden en copas rebosantes. Y después de beber cuanto les plugo, los emisarios salieron de la tienda del Atreida Agamenón. Y el jinete gerenieno Néstor exhortó largamente á cada uno, á Odiseo sobre todo, para que se esforzaran por apaciguar y ablandar al irreprochable Peleida. Y marchaban bordeando el mar de innúmeros murmullos, rogando al que ciñe la tierra les permitiese conmover el gran corazón del Eakida.

Y llegaron al sitio en que se hallaban las naves y las tiendas de los mirmidones. Y vieron al Peleida, que calmaba su espíritu tañendo una cítara.

hermosa y de dulces sonidos, montada sobre un puente de plata, cuya cítara se llevó entre otros despojos en el saqueo de la ciudad de Etión. Y recreaba con ella su alma, cantando las hazañas gloriosas de los hombres. Y sentado junto á él, Patroclo, solo, le escuchaba en silencio hasta que cesó el canto.

Y avanzaron los emisarios, precedidos del divino Odiseo, deteniéndose ante el Peleida, y Akileo, sorprendido, alzóse de su asiento con la cítara, y hubo también de levantarse Patroclo al ver á los guerreros. Y Akileo el de los pies veloces les habló así:

—Salud, guerreros. Bien venidos, por mi fe, seáis; pero ¿qué os trae aquí á vosotros que, á pesar de mi cólera, sois para mí los más queridos de entre los argienos?

Cuando hubo hablado así, el divino Akileo hizoles sentarse sobre acolchadas y purpúreas telas. Y en seguida dijo á Patroclo:

—Tráenos una gran crátera, haz una dulce mixtura y prepara sendas copas, pues á mi tienda han venido hombres que me son muy caros.

Habló así, y obedeció Patroclo á su querido compañero. Y Akileo dispuso en un gran tajo cerca de la lumbre el lomo de una oveja, el de una rolliza cabra y el de un cerdo cebado. Y mientras sujetaba Automedón la carne aquella, el divino Akileo cortábala en pedazos, ensartándolos en largos pasadores. Y el Menetiada, hombre semejante á un Dios, encendió una viva hoguera. Y cuando fué extinguiéndose la llama, puso los pasadores por encima de los carbones, apoyándolos en piedras, y los espolvoreó con sal sagrada. Y asados ya los pedazos de carne, los colocó en la mesa Patroclo, repartiendo el pan en lindas cestas. Y Aki-



leo trinchó la carne y se sentó frente al divino Odiseo, ordenando á Patroclo que ofreciera sacrificio á los Dioses. Y éste hizo libaciones en el fuego. Y todos tendieron las manos hacia los manjares que servían de ofertas. Y apagadas el hambre y la sed de cada uno, hizo un signo Ajax á Fénix. Comprendióle al instante el divino Odiseo, y llenando de vino su copa, habló así á Akileo:

—¡Salve, Akileo! Ninguno de nosotros careció de una parte equitativa en la tienda del Atreida Agamenón ni en la tuya, pues tanto aquí como allá abundan los manjares. Pero no nos es dable saborear la alegría de los banquetes, porque un cruel desastre nos acecha, ¡oh tú, vástago de divina raza! y lo esperamos sin saber si perecerán ó han de salvarse nuestras naves sólidas, ya que todo depende de que quieras ó no armarte de tu valor. Porque sabrás que los troyanos orgullosos y sus aliados llegados desde lejos, acamparon ante nuestras murallas y nuestras naves. Y encendieron innumerables hogueras, y dicen que nada podrá detenerles y que se abalanzarán sobre nuestras naves negras. Y el Cronida Zeus ha lanzado á su derecha el relámpago en favorable auspicio para ellos. Protegido por Zeus y engreído por su fuerza, está Héctor dominado de un furor tan terrible, que no respeta hombres ni Dioses. Se ha apoderado de él una especie de rabia, y pronuncia imprecaciones para que reaparezca pronto la divina Eos. Y se envanece de que en breve romperá los espolones de nuestras naves, quemándolas con el ardiente fuego y exterminando á los danaenos cegados por el humo. Y se teme mi espíritu que no cumplan los Dioses sus amenazas y perezamos inevitablemente frente á Troya, lejos de la fértil Argos, tierra de caballos. Levántate, si en el supremo instante quieres salvar

de la rabia de los troyanos á los hijos de los acaienos. Si no lo haces, se adueñará de ti el dolor cuando pienses que no hay remedio contra el mal cumplido. Decidete, pues, ahora á retardar el último día de los danaenos. Al enviarte á Agamenón desde la Ftia, amigo mío, te decía tu padre Peleo: «Atenea y Here te darán la victoria, si les agrada, hijo; pero reprime en tu pecho tu gran corazón, y ten en cuenta que la benevolencia está por encima de todo. Rehuye la discordia, engendradora de desdichas, para que te veneren los argienos, jóvenes y viejos.» Así hablaba, y he aquí que olvidaste sus palabras. Apacígnate, empero, hoy; refrena la cólera que roe tu espíritu, y Agamenón te hará obsequios dignos de ti. Si deseas escucharme, te enumeraré lo que promete dejar bajo tus tiendas: siete tripodes vírgenes del fuego, diez talentos de oro, veinte calderas que se pueden exponer á la llama, doce robustos caballos que ganaron siempre los primeros premios, merced á la rapidez de su carrera. Y de nada privaríase y abundaría en oro quien poseyese los premios que hubieron de proporcionar al Atreida Agamenón esos caballos de cascós macizos. Y te dará, además, siete bellas mujeres lesbianas, hábiles para el trabajo, á las cuales tú mismo capturaste en la populosa Lesbos y escogió él porque eran las más lindas de todas. Y te devolverá con ellas á la virgen Briseida que te arrebató un día; y ha de jurarte con solemne juramento que su lecho no fué por ella conocido y que la ha respetado. Todo esto te entregará en seguida. Y si los Dioses nos permiten tomar la gran ciudad de Príamo, llenarás de oro y bronce tu nave. Y cuando los acaienos partamos el botín, elegirás las veinte troyanas más hermosas después de la argiena Helena. Y si volvemos á la fértil



Argos, en Acaia, te hará su yerno y serás tan querido por él como Orestes, su hijo único, que se cria entre delicias. Tres hijas tiene Agamenón en sus moradas suntuosas: Crisotemis, Laodica é Ifianasa. Te llevarás, sin dotarla, al palacio de Peleo la que quieras, que la dotará aquél cual nunca dotó á su hija padre alguno, dándote siete importantes ciudades: Cardamila, Enope, Hira la de prados verdeantes, la divina Fera, Antea la abundosa en pastos, la hermosa Epea y Pedaso rica en viñas. A la orilla del mar están situadas todas, cerca de la arenosa Pilos. Poseen sus habitantes bueyes y rebaños numerosos, y te honrarán con sus regalos como á un Dios, pagándote, regidos por tu cetro, espléndidos tributos. Tanto ha de darte si depones tu cólera. Pero en caso de que te sean odiosos el Atreida y sus presentes, ten piedad por lo menos de los panakienos, poseídos de dolor en su campo, que te venerarán cual á un Dios. Y á fe que les serás deudor de una gran gloria cuando mates á Héctor, que irá á tu encuentro, gloriándose de que no puede competir con él ninguno de los danaenos venidos en las naves.

Y le contestó Akileo el de los pies veloces:

—Divino Laertiada, sagacísimo Odiseo, para que no insistas, debo decirte lo que resolví y se cumplirá. Más odioso que el umbral de Edes se me hace quien niega la verdad y oculta sus pensamientos en el alma. Te voy á exponer, pues, lo que creo preferible. Ni el Atreida Agamenón ni los demás danaenos me persuadirán, que de nada me sirvió combatir sin descanso á los guerreros enemigos. La misma recompensa tiene el que se queda en el campo que aquél que pelea con valentía. De igual honor disfrutan el cobarde y el bravo, y el hombre ocioso muere igual que el que trabaja.



Nada me resta por haber sufrido innúmeras desdichas y arriesgar mi alma peleando. Como el pájaro que á sus implumes pequeñuelos lleva el alimento buscando sin reservarse para sí una parte, en vela pasé infinitas noches y luché con los hombres en sangrientas jornadas á favor de vuestras mujeres; conducido por mis naves, he assolado doce ciudades que eran otros tantos humanos refugios, y tomé en tierra once en torno de la fértil Ilios; de estas ciudades traje mil objetos preciosos y soberbios, y todo lo entregué al Atreida Agamenón, mientras él, sentado cerca de sus naves ligeras, no distribuía más que una mínima porción de los botines entre Reyes y jefes y se reservaba la mayor. ¡Y al menos, otros pudieron conservar lo que les dió, que entre los acaienos sólo á mí hubo de arrebatarse la recompensa! ¡Retenga, pues, á esa mujer y disfrute de ella! ¿Por qué combaten los argienos contra los troyanos? ¿Por qué arrastraron hasta aquí los Atreidas ese numeroso ejército? ¿No es por la causa de Helena la de la hermosa cabellera? ¿Y son ellos quizá los únicos hombres que aman á sus mujeres? Todo hombre honrado y bueno ama á la suya y se preocupa de ella. Y también á la mía amábala mi corazón, aunque fuese una cautiva. Ahora, después de que el Atreida me privó con sus propias manos de mi premio, robándome, no me convencerá ni engañará de nuevo, porque estoy prevenido. Delibere contigo, ¡oh Odiseo! y con los demás Reyes, para alejar de sus naves la ardiente llama. Ya acometió sin mí numerosas empresas, y ha construído un muro y cavado un profundo y ancho foso defendido por pilares. Pero no reprimió aún la violencia del matador de hombres Héctor. Cuando yo combatía entre los acaienos, rara vez salía Héctor de sus murallas, atalayándose apenas

ante las puertas Skeas y el haya. Y me esperó una vez, escapando de mi ímpetu por milagro. Como al presente no quiero combatir con el divino Héctor, mañana, habiendo antes ofrecido sacrificios á Zeus y á los otros Dioses, botaré al mar mis cargadas naves; y al amanecer, si lo deseas y te interesa, verás bogar mis naves por el Helesponto que abunda en peces, al vigoroso esfuerzo de los remeros. Y si el Ilustre que ciñe la tierra me concede una navegación feliz, á los tres días llegaré á la fértil Fcía, donde están las riquezas que dejé cuando por mi desgracia vine aquí. Y conduciré allá el oro, y el rojo bronce, y las hermosas mujeres, y el reluciente hierro que otorgóme la fortuna, ya que el rey Agamenón me arrebató la recompensa que me había dado. Y repítele ante todos lo que digo, á fin de que se indignen los acaienos, si piensa él engañar á algún otro danaeno nuevamente. Por más que tenga la impudicia de un perro, no osará mirarme cara á cara. No pienso discutir ni entrar con él en tratos, pues me engañó y me ultrajó, y eso me basta. Reposé en su maldad, ya que el sapientísimo Zeus le arrebató el espíritu. Aborrezco sus dádivas y le estimo tan poco como á la morada de Edes. Y aunque me diera diez y veinte veces tantas riquezas cual las que posee ó pueda poseer y las que vienen de Orcomeno ó de Tebas de Egipto, por cada una de cuyas cien puertas salen á la lid doscientos guerreros con carros y caballos, donde abundan los tesoros en los palacios, y aunque me hiciese tantos presentes como granos de arena y partículas de polvo hay, no ablandaría mi corazón hasta no haber expiado el sangriento ultraje que infirióme. Y no tomaré por mujer legítima á la hija del Atreida Agamenón, así fuese más bella que Afrodita de oro y más hábil para labores que



Atenea la de los ojos claros. Escoja otro acaieno que le plazca y sea más poderoso rey que yo. Si los Dioses me protegen y logro regresar á mi morada, el mismo Peleo me elegirá esposa. Hay en la Acaia, la Hélade y la Ftia muchas jóvenes hijas de nobles guerreros defensores de las fortalezas, y á una de aquéllas tomaré por mujer legítima. Y unido á ella, gozará mi generoso corazón de los bienes adquiridos por el anciano Peleo. Cuantas riquezas encerraba en época de paz y antes de la venida de los hijos de los acaienos la gran Ilios, la de habitantes numerosos, no valen el precio de la vida ni le compensan tampoco las que guarda el pétreo santuario del arquero Febo Apolo en la áspera Pito. Los bueyes, las ovejas rollizas, los tripodes, las rubias crines de los caballos pueden conquistarse; pero el alma, una vez que se escapa de entre nuestros dientes, no puede ser recuperada ni cogida. Mi madre, la Diosa Tetis la de los pies de plata, hubo de predecirme que dos Keres me conducen á la muerte. Si me quedo y combato al pie de la ciudad de los troyanos, no volveré jamás á mis dominios; pero mi fama será imperecedera. Si retorno á mi hogar, en la muy amada tierra de mi patria, perderé toda gloria; pero llegaré á viejo, no asaltándome la muerte hasta transcurridos largos años. Aconsejo á los acaienos todos que regresen á sus lares, porque nunca verán el postrer día de la enhiesta Ilios. Bajo sus manos la ha tomado Zeus el que potente truena, y ha infundido á su pueblo gran audacia. En cuanto á vosotros, idos para transmitir mi respuesta á los caudillos acaienos, participándosela también á los ancianos, y mediten otro medio mejor de salvar las naves y las tribus acaianas, ya que mi cólera hace inútil el que hallaron. Fénix puede permanecer y dormir aquí con objeto



de seguirme mañana en mis naves, siempre que lo desee, pues no pienso contradecir su voluntad.

Habló así, y todos permanecieron silenciosos, abrumados por el discurso y por tan dura repulsa. Luego el viejo jinete Fénix habló así, deshecho en lágrimas y temiendo por las naves de los acaienos:

—Ya que estás decidido á retirarte y no quieres alejar de las naves ligeras la violencia del fuego destructor porque la cólera anida en tu corazón, ¿cómo, querido hijo, voy á abandonarte, quedando aquí yo solo? El viejo jinete Peleo me ordenó acompañarte el día que te envió lejos de Ftia junto á Agamenón, cuando eras todavía muy joven y desconocías la lamentable guerra y el ágora que á los hombres hace ilustres. Y me ordenó que te acompañara para que te enseñase á hablar y á obrar. Por eso no me separaría de ti, querido hijo, aunque me prometiera un Dios librarme de la vejez y devolverme la floreciente juventud que poseía al abandonar por primera vez la Hélade de las bellas mujeres, huyendo de las iras de mi padre Amintor Ormenida. Y estaba él enfadado conmigo á causa de su concubina de hermosos cabellos, á quien amaba, menospreciando por ella á mi madre, su legítima esposa. Y siempre suplicábame ésta de rodillas que sedujera á la concubina, á fin de que el anciano le cobrara odio. Y obedecí, y al advertirlo, mi padre me llenó de imprecaciones é imploró á las odiosas Erinnias para que yo jamás pudiese sostener en mis rodillas un hijo bien amado nacido de mí; y los Dioses Zeus el Subterráneo y la cruel Persefonia cumplieron sus maldiciones. Entonces resolvió mi alma no permanecer en la morada de mi irritado padre. Y me retuvieron numerosos amigos y parientes venidos de todas partes. Y sacrificaron muchas rollizas ovejas y negros bueyes de

lento paso. Y abandonaron al ardor del fuego grasientos puercos, y bebieron en grandes cántaros el vino del anciano. Y durante nueve noches durmieron cerca de mí, custodiándome por turno. Uno estaba en el pórtico del corredor, y en el vestíbulo de la sala bien cerrada otro. Y el fuego no se extinguía nunca. Pero en la obscuridad de la décima noche rompí las puertas de la sala y fácilmente escapé de mis guardianes y sus servidores, huyendo lejos de la gran Hélade y llegando á la fértil Ftia, tierra de ovejas, donde me puse á las órdenes del rey Peleo, que me recibió con benevolencia y me amó como ama un padre á su único hijo que le naciera en sus dominios al final ya de la vejez. Y me hizo rico y me dió á gobernar un pueblo en los confines de la Ftia, y mandé en los dolopienos. Y como él me hubo amado te amó mi corazón, ¡oh Akileo igual á los Dioses! Y no querías sentarte á las comidas más que en mis rodillas, y vertías á veces en mi pecho y mi túnica, cual un niño pequeño que eras, el vino y los manjares de que estabas harto. Y mucho trabajé y sufrí por ti, pensando que, puesto que los Inmortales me habían rehusado tener posteridad, te adoptaría por hijo, ¡oh Akileo semejante á los Dioses! para que un día pudieras defenderme de los ultrajes y la muerte. ¡Oh Akileo, apacigua tu alma inmensa, que no es bien poseer un corazón exento de piedad! Exorables son los mismos Dioses, aunque no tengan par en la virtud, los honores ni el poder, pues los hombres les aplacamos con plegarias, votos, libaciones y humo de sacrificios cuando les hemos ofendido desobedeciéndoles. Las Plegarias, hijas del gran Zeus, cojas, arrugadas y bizcas, siguen penosamente á Ate, que las precede de lejos, dotada de fuerza y rapidez, y corre por la faz de la tierra, maltratando á los hombres. Y



van en pos las Plegarias curando los males que ocasiona, y socorren y amparan al que las venera estas hijas de Zeus. Pero suplican al Cronión que persiga y castigue, valiéndose de Ate, á quienes las rechazan y reniegan de ellas. Así, pues, ¡oh Aquileo! debes rendir á las hijas de Zeus el homenaje que otros más bravos que tú les han rendido. Si el Atreida no te ofreciera dádivas prometiéndote más aún, si te guardase todavía rencor, no sería yo quien te exhortara á deponer el tuyo y acudir en auxilio de los argienos, que, á pesar de todo, desesperan de salvarse. Pero he aquí que desde hoy te ofrece numerosos regalos, anunciándote más aún, y envía á que te insten á los caudillos principales del ejército acaieno y que te son más gratos. No desdeñes sus palabras para que no abominemos de la cólera que te domina; porque tenemos aprendido que los remotos héroes, cuando se hallaban poseídos de violenta ira, dejábanse conmover con presentes y palabras conciliadoras. A este propósito recuerdo cierta historia antigua y nada reciente, que voy á relataros, amigos míos: «Combatían los curetes á los belicosos etolios en torno á la ciudad de Calidón, que querían saquear los curetes. Y Artemisa la de la áurea silla había atraído semejante calamidad sobre los etolios para vengarse de Eneo porque no le ofreció las primicias de sus granadas praderas. Todos los Dioses disfrutaron de sus holocaustos; pero olvidadizo ó imprudente, no ofreció sacrificio á la hija del gran Zeus, lo que hubo de causar desventuras amargas, porque en su cólera la de raza divina, que se envanece de sus flechas, lanzó un jabali salvaje, de colmillos blancos, que produjo innúmeras desdichas, devastando los campos de Eneo y arrancando de raíz corpulentos árboles en flor.



»Y Meleagro, hijo de Eneo, mató al jabalí después de llamar en su ayuda á los cazadores y perros de las ciudades próximas. Y no se habría necesitado menos gente para cazar aquella alimaña salvaje que á tantos puso en la pira funeraria. Pero Artemisa excitó la discordia y la guerra entre los curetes, y los magnánimos etolios disputaron por quién se llevaría la caza y la erizada piel del jabalí. En todo el largo tiempo que Meleagro, caro á Ares, hubo de combatirles, vencidos los curetes, no pudieron permanecer fuera de sus murallas; pero la cólera, que turba el espíritu de los más sabios, invadió el alma de Meleagro, é irritado su corazón contra su madre Altea, permaneció inactivo cerca de su esposa, la bella Cleopatra, hija de la virgen Marpisa Evenida y de Ideo el más valiente de los hombres que había sobre la tierra entonces y que un día osó dirigir su arco contra el rey Febo Apolo á causa de la hermosa ninfa Marpisa. Y su padre y su madre venerable apodaban Alkiona á Cleopatra en memoria del amargo llanto que la madre de Alkión vertió al verse robada por el arquero Febo Apolo. Y Meleagro seguía al lado de Cleopatra, incubando en su corazón ardiente cólera encendida por las imprecaciones de su madre, que gimiendo suplicaba á los Dioses vengasen la fraterna muerte. Y arrodillada, bañado el pecho en lágrimas, golpeaba la tierra madre con sus manos, conjurando á Edes y á la cruel Persefonia para que dieran muerte á su hijo Meleagro. Y desde el fondo del Erebo oyóla Erinnis la del alma implacable, que vaga por la noche. Y abalanzáronse furiosos y tumultuarios contra las puertas de la ciudad los curetes, derribando sus torreones. Y á Meleagro rogaban los ancianos etolios, y enviáronle como emisarios los sagrados sacrificadores de los Dioses

para que saliera á socorrer á los suyos. Y le ofrecieron un magnífico presente, dándole á elegir el más fértil y hermoso dominio de la dichosa Calidón, heredad que tendría cincuenta yugadas entre viñas y tierras laborables. Y de pie en los altos umbrales de la cámara nupcial, á sus macizas puertas llamaba, instándole, el viejo jinete Eneo. Y sus hermanas y su madre venerable instáronle también, sin que las atendiese, como tampoco á sus queridos compañeros, que no pudieron ablandarle el corazón. Pero ya los curetes escalaban las torres, incendiando la ciudad, y aproximábanse á la nupcial cámara. Entonces le rogó á su vez la bella y joven esposa de Meleagro, recordándole las calamidades que agobian á los habitantes de una ciudad tomada por asalto: muertos los hombres, los hogares reducidos á cenizas, prisioneros los niños y mujeres. Y al fin se conmovió su alma al pensar en aquel cuadro de miserias, y hubo de levantarse y retardar el último día de los etolios, deponiendo su cólera. Y les salvó, aunque no le hicieron obsequios ricos y numerosos.» No pienses, pues, igual ahora, amigo mío, y que un adverso Dios no te determine á hacer lo propio, porque más afrentoso te sería ir en auxilio de las naves cuando ya estén ardiendo. Sal y admite esos regalos para que te honren los acaienos como á un Dios. Si combates más tarde sin aceptar sus dádivas, serás sin duda menos venerado, aunque alejes de sus naves el peligro.

Y contestó Akileo el de los pies veloces:

—¡Oh Fénix, á quien amo como á un divino y venerable padre! No tengo ninguna precisión de honores, pues ya bastante honrado estoy por voluntad de Zeus, que me conserva junto á mis naves de curvadas popas, y seguiré estándolo mientras



mi pecho aliente y las piernas me sostengan. Pero en verdad te digo, y retén en tu memoria mis palabras, que no turbes mi corazón gimiendo y llorando por el héroe Atreida, á quien no debes venerar, porque llegarías á ser aborrecible para mí, que te quiero tanto. Justo es que al que me odia también le odies. Reina, pues, conmigo y defiende la parte de mi honra que te incumbe. Cuando éstos partan, permanece aquí tú, acostado en mi mullido lecho, y á los primeros resplandores de Eos dilucidaremos si es preciso volver á nuestra patria ó quedarnos.

Habló así, y con las cejas hizo seña á Patroclo para que preparara el blando lecho á Fénix y salieran de la tienda cuanto antes los emisarios. Pero el Telamonieno Ajax exclamó entonces:

—¡Vámonos ya, divino Laertiada, sagacísimo Odiseo! Estos discursos no tendrían fin, y necesitamos llevar á los danaenos que nos aguardan una respuesta pronta, aunque sea negativa. Akileo abraza una orgullosa ira en su implacable corazón, tan duro, que se cuida poco de la amistad de sus compañeros que le veneran entre todos al pie de las naves. ¡Oh inexorable! ¿No se acepta el precio convenido para indemnizar la muerte de un hijo ó de un hermano, y el matador permanece con los suyos, expiado su crimen, y el enemigo, satisfecho, se apacigua? En tu pecho los Dioses encendieron una sombría é inextinguible cólera por motivo de una sola mujer, y he aquí que ahora te ofrecemos siete bellísimas y muchos otros regalos. Más dulce, pues, debieras ser para nosotros, cumpliendo los deberes de hospitalidad, porque somos tus huéspedes enviados por la muchedumbre de danaenos y anhelamos llamarnos entre los acaienos tus mejores amigos.

Y le contestó Akileo el de los pies veloces:



—Prudente hablaste, divino *Ajax Telamonieno*, príncipe de pueblos; pero mi corazón se hincha de cólera cuando pienso que ante los acaienos me ultrajó el *Atreida* como hubiera ultrajado á un miserable. Id, pues, á llevar vuestro mensaje. No me ocuparé ya de la sangrienta guerra hasta que el divino *Héctor*, hijo del bravo *Priamo*, llegue á las tiendas y las naves de los mirmidones tras de haber asesinado á los argienos é incendiado sus naves. Sólo delante de mi tienda y mi negra nave rechazaré al furioso *Héctor* lejos de la lucha.

Habló así. Y tomando una honda copa cada uno, hicieron sus libaciones, regresando á las naves, y *Odiseo* les condujo.

Y *Patroclo* ordenó á sus compañeros y á los criados que prepararan en seguida el blando lecho á *Fénix*. Y hubieron de verificarlo, conforme á su mandato, con pieles de oveja, mantas y finos lienzos de lino. Y se acostó el anciano en espera de la divina *Eos*. Y *Akileo* se acostó en el fondo de la bien construída tienda, y á su lado se acostó una mujer traída de Lesbos, *Diomeda* la de las lindas mejillas, hija de *Forbas*. Y se acostó *Patroclo* en otro extremo de la tienda, y junto á él tendióse la bella *Ifis*, que le fué dada por el divino *Akileo* al tomar la alta *Skiro*, ciudadela de *Enieo*.

Y llegados los emisarios á la tienda del *Atreida*, los hijos de los acaienos ofreciéronles áureas copas, y apiñándose á su alrededor, les interrogaban. Y *Agamenón*, rey de los hombres, les preguntó así primeramente:

—Dime, *Odiseo*, digno de alabanzas cual ninguno, ilustre gloria de los acaienos: ¿accede á defender las naves de la ardiente llama, ó rehusa, conservando el rencor en su orgulloso corazón?

Y contestó el paciente y divino *Odiseo*:

—Sabrás, ilustrísimo Atreida Agamenón, rey de los hombres, que no quiere extinguir su cólera y está más irritado aún. Rehusa tus regalos. Te aconseja que con los demás argienos dilucides el modo de salvar las naves y el ejército de los acaienos. Amenaza con botar á la mar sus naves sólidas en cuanto luzcan los primeros resplandores de Eos; y exhorta á los otros argienos á que vuelvan á su patria, pues dice que jamás veréis el postrer día de la enhiesta Ilios, ya que bajo sus manos la protege Zeus el que truena poderoso, y á su pueblo infundió una gran audacia. Así ha hablado, como pueden afirmarte Ajax y los dos prudentes heraldos que siguiéronme. Y el anciano Fénix se acostó en la tienda de su amigo, que le conducirá mañana en sus naves á la amada patria, siempre que lo desee, porque no piensa Aquileo contradecirle.

Habló así, y permanecieron silenciosos todos, abrumados por aquel discurso y palabras tan duras. Y los hijos de los acaienos continuaron mudos y tristes durante un largo intervalo. Y por último, habló así Diomedes, animoso en el combate:

—¡Pluguiera á los Dioses, ilustrísimo rey de los hombres, Atreida Agamenón, que no hubieses rogado al irreprochable Peleida, ofreciéndole dones infinitos! Como posee un orgulloso corazón, no conseguiste más que henchir su orgullo. Dejémosle que se marche ó se quede, pues ya combatirá de nuevo cuando quiera ó un Dios á ello le arrastre. Ahora haced lo que voy á deciros. Descansemos, ya que hemos reanimado nuestras fuerzas con la comida y la bebida, que devuelven arresos y coraje. Pero no bien aparezca la bella Eos de dedos sonrosados, formemos el ejército y los carros ante las naves. Exhorta, Atreida, entonces á los

hombres para que peleen y pelea tú mismo en primera fila.

Habló así, y todos los Reyes aplaudieron con admiración las palabras del diestro jinete Diomedes. Y hechas las libaciones, á sus tiendas se retiraron, acostándose y durmiendo en ellas.







## RAPSODIA X

Durante la noche, rendidos por el sueño, dormían cerca de las naves los jefes de los panakieños; pero el Atreida Agamenón, príncipe de pueblos, no podía conciliar el dulce sueño, y un tropel de pensamientos se agitaba en su espíritu.

Como el Esposo de Here lanza el rayo precursor de las amargas batallas, ó la abundante lluvia, ó el rápido granizo, ó la nieve que blanquea las campiñas, así lanzaba Agamenón numerosos suspiros de su pecho, y estremeciase su corazón al contemplar el campo de los troyanos y las hogueras que ardían frente á Ilios, escuchando el sonido de las flautas y los rumores de los hombres. Y miraba después al ejército acaieno, y se arrancaba los cabellos, ofreciéndoselos al eterno Zeus, y gemía en su corazón magnánimo.

Y creyó que lo mejor sería ir á buscar al Neleión Néstor y discutir entre ambos el modo de salvar á sus guerreros, y encontrar un remedio á los males que asolaban á los danaenos todos. Y levantándose, se vistió una túnica, ató hermosas sandalias á sus pies robustos, se envolvió en la áspera piel de un león enorme y fiero, y empuñó una lanza.

Y he aquí que igual terror invadía á Menelao. No acudió á cerrar sus párpados el sueño. Y pensaba él en los sufrimientos que padecían los argienos, á los que había hecho atravesar el vasto mar y que viaieron ante Troya por su causa y llenos de belicoso ardor. Y cubrió su ancha espalda con la piel tachonada de un leopardo, puso un casco de bronce en su cabeza, asió una lanza con su mano robusta, y salió para despertar á su hermano, que mandaba en todos los argienos y á quien honraban éstos como á un Dios. Y le halló bien cubierto con sus armas magníficas, cerca de su nave; y Agamenón sintióse venturoso al verle, y el bravo Menelao habló así el primero:

—¿Por qué te armas, hermano? ¿Acaso quieres enviar á alguno de nuestros compañeros para que espíe á los troyanos? Temo que, aunque te lo prometa, ninguno ose salir solo, en la obscuridad de la noche divina, á espiar á los guerreros enemigos. En verdad que ha de ser audaz el que lo realice.

Y para contestarle habló así el rey Agamenón:

—Nos es preciso á ambos un consejo prudente, ¡oh Menelao, criado por Zeus! que nos ayude á salvar á los argienos y á las naves, pues el espíritu de Zeus nos es contrario, y sin duda ha de complacerse con los sacrificios de Héctor mucho más que con los que nosotros podamos ofrecerle. Porque jamás he visto ni oí decir que un solo hombre realizara en un día tantas hazañas como ha realizado

Héctor por la voluntad de Zeus contra los hijos de los acaienos, por más de que no fué nacido de una Diosa ó de un Dios. Y creo que los argienos se acordarán amarga y largamente de las desgracias que les ocasionó. Pero ve pronto hacia las naves, y llama á Ajax y á Idomeneo. Yo voy á buscar al divino Néstor para que se levante y venga hacia la tropa sagrada de los guardias para que les anime. Con más respeto que á otros le escucharán á él, pues su hijo está á la cabeza de ellos con Meriones, el compañero de Idomeneo. A ambos dimos el mando de las guardias.

Y le contestó el bravo Menelao:

—¿Qué debo hacer para cumplir tu orden? ¿Me quedaré con ellos esperándote, ó volveré contigo en cuanto les advierta?

—Y le contestó Agamenón, rey de los hombres:

—Espérame allí, no vaya á ser que nos perdamos, siguiéndonos el uno al otro por las numerosas calles del campamento. Habla en voz alta cuando estés ante ellos, y recomiéndales no se descuiden en la vigilancia. Llama á cada uno por el nombre de sus padres y de su familia, sé afable con todos y no te muestres orgulloso. En bien nuestro hay que obrar así, ya que desde la cuna nos ha sido destinada por Zeus esa pesada carga.

Cuando hubo hablado así, despidió al hermano, haciéndole prudentes advertencias, y volvió junto á Néstor, príncipe de pueblos. Y le halló bajo su tienda, no lejos de su negra nave, tendido en blando lecho. Y en torno suyo aparecían esparcidas sus armas de reflejos cambiantes, el escudo, las dos lanzas, el casco relumbrante y el rico cinturón que ceñía el anciano cuando se armaba para la guerra terrible á la cabeza de los suyos, pues no dejábase abatir por la triste vejez. Incorporóse un tanto



apoyando en el brazo la cabeza, y habló así al Atreida:

—¿Quién eres tú que te diriges á las naves solo, á campo traviesa y en medio de la negra noche, mientras todos los mortales duermen? ¿Acaso buscas á cualquiera de los que están de guardia, ó á alguno de tus compañeros? Habla, no te acerques silencioso á mí. ¿Qué quieres?

Y le contestó Agamenón, rey de los hombres:

—¡Oh Nestor Neleida, ilustre gloria de los acaieños! ¿No reconoces en mí al Atreida Agamenón, á quien castiga Zeus con penalidades infinitas hasta que falte el resuello á mi pecho y mis rodillas dejen de moverse? Errante voy, porque el dulce sueño no cierra mis párpados y estoy roído por las preocupaciones que me acarrean la guerra y la ruina de los acaieños. Tiemblo por los danaenos, y me turbo, y mi corazón no late con firmeza saltándome del seno, y mis miembros ilustres se estremecen. Si abrigas algún proyecto que nos salve, ven conmigo, puesto que tú tampoco duermes, y trasladémonos adonde están las guardias para saber si vigilan ó no, y rendidas de fatiga olvidanse de velar. Los guerreros enemigos no se hallan muy lejanos, é ignoramos si piensan pelear esta misma noche.

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—Atreida Agamenón, ilustrísimo rey de los hombres, tal vez no conceda á Héctor el prudente Zeus todo lo que ansía aquél, y hasta creo que sufriría mucho por su parte si Akileo arrancase de su corazón su cólera fatal. Pero yo te seguiré con gusto, y llamaremos á los otros jefes: al Tideida, célebre por su lanza, y á Odiseo, y al ágil Ajax, y al robusto hijo de Fileo, y también al divino Ajax, y al rey Idomeneo. Sus naves están muy alejadas. Sin em-

bargo, he de reprender con energía á Menelao, aunque le quiero y le venero, y aun cuando tú mismo te enojas contra mí. ¿Por qué duerme y te deja obrar solo? Su deber era ir á apremiar á todos los jefes, porque nos amenaza un peligro inexorable.

Y le contestó Agamenón, rey de los hombres:

—¡Oh anciano! Alguna vez yo mismo te rogué que le reprendieras, pues á menudo es desidioso y se muestra reacio, no por falta de inteligencia ó de actividad, sino porque se mira en mí y espera á que yo le dé el ejemplo. Pero he aquí que esta noche se ha levantado antes que yo, viniendo á verme. Y le he enviado á llamar á los que tú nombraste. Apresurémonos y les encontraremos ante las puertas con las guardias, porque ordené que allí se reuniesen.

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—Nadie de los argienos te recriminará ni se resistirá á esas exhortaciones y á esas órdenes.

Cuando hubo hablado así, cubrió con una túnica su busto, ató ricas sandalias á sus fuertes pies, se abrochó un manto hecho de purpúrea lana doble, empuñó una fuerte lanza con la punta de bronce, y adelantóse hacia las naves de los acaienos, armados de corazas. Y el jinete gerenieno Néstor despertó con sus voces á Odiseo, igual á Zeus en la prudencia, que al oírle salió de su tienda, y les dijo:

—¿Cómo vagáis junto á las naves solos y á campo traviesa en medio de la noche divina? ¿Qué peligro enorme y perentorio os obliga á ello?

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—Laertiada, descendiente de Zeus, sagaz Odiseo, no te enfades. Una profunda inquietud reina entre los acaienos. Siguenos, pues, y despertemos á cada uno de los caudillos, á fin de que deliberemos si nos conviene huir ó combatir.

Habló así, y el sagaz Odiseo, volviéndose á su tienda, se echó sobre los hombros un escudo, acercándose de nuevo á ellos. Y fueron á Diomedes y le encontraron fuera de su tienda y con sus armas. Y en derredor dormían sus compañeros, apoyando la cabeza en los escudos y clavadas las lanzas en tierra, y brillaba el bronce como el relámpago de Zeus. Y también dormía el héroe acostado sobre la piel de un toro salvaje, con un espléndido tapiz bajo la cabeza. Y acercándose á él, el jinete gerenieno Néstor le golpeó con el pie y le habló ásperamente:

—Levántate, hijo de Tideo. ¿Cómo puedes dormir en esta noche? ¿No oyes á los troyanos en su campo á la vista de las naves? Poca distancia nos separa de ellos.

Habló así, y Diomedes abandonó el reposo, contestándole estas palabras aladas:

—Nunca descansas, anciano. ¿Es que no pueden los hijos jóvenes de los acaienos recorrer el campamento en todas direcciones para poner alerta á cada uno de los reyes? En verdad que eres infatigable, anciano.

Y le contestó el jinete gerenieno Néstor:

—Cierto es, á fe mía, cuanto has dicho. Poseo soldados numerosos é hijos irreprochables, de los cuales cualquiera habría podido recorrer ahora el campamento. Pero nos amenaza un peligro terrible, y la vida de cada uno está en la punta de su espada. Puesto que me compadeces y eres más joven que yo, ve tú mismo á despertar á Ajax y al hijo de Fileo.

Habló así, y Diomedes cubrió sus hombros con la piel de un fiero león y empuñó una lanza, corriendo á despertar á los dos reyes, y los trajo en su compañía. Y llegaron al lugar donde estaban



las guardias, y vieron que sus jefes no dormían y velaban sobre las armas, vigilantes. Como perros que guardan al rebaño fielmente en el redil y al oír el paso de un animal feroz que ha venido de la montaña atravesando el bosque le aúllan entre la gritería de los pastores alarmados, así vigilaban los guardias, y el dulce sueño no abatía sus párpados durante aquella triste noche, pues la pasaron de cara á la llanura, esperando oír si los troyanos avanzaban. Y al verles el anciano Néstor se regocijó y les felicitó, diciéndoles con palabras aladas:

—Así debe velarse, hijos queridos. Que no sucumba al sueño ninguno de vosotros, para que no seamos el juguete del enemigo.

Cuando hubo hablado así, pasó el foso, y los reyes argienos convocados al consejo hubieron de seguirle en compañía de Meriones y el ilustre hijo de Néstor, llamados también á deliberar. Y pasado ya el foso, detuviéronse en un paraje desde el cual se atalayaba el campo de batalla donde el robusto Héctor empezó á retroceder después de dispersar á los argienos. Y allí deliberaron. Y el jinete gereniense Néstor habló así el primero:

—Amigos, ¿hay entre vosotros alguno que, fiado de su corazón audaz, se atreva á penetrar en el campamento de los magnánimos troyanos? Porque acaso lograra aprisionar á un enemigo separado del campo ú oyera discutir á los troyanos y saber si proyectan permanecer lejos de las naves ó si no piensan regresar á su ciudad hasta que hayan vencido á los acaienos. Si tal hiciera y consiguiese volver ileso hasta nosotros, alcanzaría gran gloria entre los hombres que habitan á los pies del Urano y sería acreedor á una noble recompensa. Y todos y cada uno de los caudillos de las naves le darían una oveja negra que amamantase un corderillo,

regalo sin igual, y sería siempre admitido á nuestras fiestas y á nuestros banquetes.

Habló así, y todos permanecieron silenciosos; pero contestó el bravo Diomedes:

—Mi corazón y mi alma valerosa, Néstor, me impulsan á penetrar en el campo cercano de los guerreros enemigos; pero si desea algún héroe seguirme, será mi esperanza mayor y confiaré más firmemente. Cuando dos hombres marchan juntos, uno advierte antes que otro lo que es útil, y aunque yendo uno solo también puede advertirlo, obra con cierta lentitud, sintiéndose menos resuelto.

Habló así, y quisieron seguirle muchos: ambos Ayaces, criaturas de Ares, y el hijo de Néstor, y Meriones, y el Atreida Menelao, ilustre por su lanza. El audaz Odiseo también quiso adentrarse en el campamento de los troyanos. Y el rey de los hombres Agamenón habló entre ellos así:

—Tideida Diomedes, el más caro á mi alma, escoge en el mejor de estos héroes el compañero que tú quieras, pues que todos se ofrecen á ti; pero no desaires, llevado de respeto, al más robusto por otro más débil, aunque sea un rey más poderoso.

Habló así, y temía por el rubio Menelao; pero contestó el bravo Diomedes:

—Ya que me ordenas que por mí mismo escoja un compañero, ¿cómo podría olvidarme del divino Odiseo, que demuestra en las empresas un corazón irreprochable y un espíritu viril y es amado por Pallas Atenea? Si me acompaña, de en medio de las llamas volveremos ambos, pues es mucha su inteligencia.

Y le contestó el divino y paciente Odiseo:

—Tideida Diomedes, no me ensalces ni vituperes con exceso. Estás hablando á los argienos, que ya me conocen. ¡Vámonos! La noche avanza, el

alba se aproxima y se inclinan las estrellas. Han transcurrido ya las dos primeras partes de la noche y sólo la tercera nos queda todavía.

Cuando hubieron hablado así, cubriéronse con sus pesadas armas.

Como el Tideida se dejó en las naves su espada, Trasimedes, el firme en el combate, dióle otra de dos filos y un escudo. Y se tocó Diomedes con un casco hecho de piel de toro, mate y sin penacho, como es uso entre los más jóvenes guerreros. Y Meriones dió á Odiseo un arco, un carcaj y una espada. Y el Laertiada puso en su cabeza un casco de piel, revestido de correas por dentro y erizado por fuera con los blancos dientes de un jabalí y un mechón de cerdas hacia la mitad. Se apoderó Autolico de este casco en Eleón, forzando la sólida morada de Amintor Ormenida; y se lo dió en Scandia al kiterieno Anfidamas, y Anfidamas á Molo, que le hospedó en su casa, y Molo á su hijo Meriones. Entonces Odiseo lo llevaba en la cabeza.

Y después de vestir nuevamente sus armas, partieron ambos guerreros, alejándose de los otros jefes. Y Palas Atenea les envió una garza propicia, á la cual no vieron en la noche oscura, aunque oyéronla graznar al borde del camino. Y Odiseo, muy contento, rogó á Atenea:

—Escúchame, hija de Zeus tempestuoso que me ayudas en todas mis empresas y á quien no oculto nada de cuanto hago. ¡Acude en mi favor ahora una vez más, Atenea! Permitenos volver á nuestras ilustres naves tras de llevar á cabo una hazaña funesta para los troyanos.

Y le rogó también el bravo Diomedes:

—¡Escúchame, hija indómita de Zeus! Protégeme al presente como protegías en Tebas al divino Tideo, mi padre, cuando allí le mandaron los acaie-



nos. Dejó en la margen del Asopo á los acaienos armados de coraza; y llevaba á los cadmeos la palabra de paz, y realizó á la vuelta memorables hazañas con tu ayuda, Diosa, porque le protegías. Muéstrate ahora favorable para mí, y te sacrificaré una ternera de un año, ancha de frente y sin domar por no haber sido nunca sometida al yugo. Y al sacrificarla, pondré en sus cuernos oro.

Hablaron así orando, y les atendió Palas Atenea. Y luego de suplicar á la hija del gran Zeus, como leones avanzaron en medio de la noche densa, atravesando el lugar de la matanza entre cadáveres, armas y sangre negra.

Pero tampoco Héctor había permitido á los magnánimos troyanos que durmiesen; y convocó á los más ilustres jefes y príncipes, deliberando con prudencia en su compañía:

—¿Quién de entre vosotros se hará merecedor de una gran recompensa prometiéndome dar cima á algo que anhelo? La recompensa de que hablo sin duda ha de bastarle. Le daré un carro y dos caballos de gallarda cerviz, los mejores que se encuentren junto á las naves ligeras de los acaienos. Lograría un triunfo enorme el que osara acercarse á ellas y averiguar si los argienos velan siempre ó si, vencidos por nosotros, se preparan á huir y ya no quieren vigilar durante la noche porque la fatiga les abruma.

Habló así, y todos permanecieron silenciosos. Y entre los troyanos se hallaba Dolón, hijo de Eumedo, divino heraldo rico en oro y en bronce. No era hermoso Dolón; pero tenía ágiles pies; y de seis hermanos era el varón único. Se levantó y dijo á Héctor y á los troyanos:

—Héctor, mi corazón y mi alma valerosa me dictan ir á la descubierta á las rápidas naves; pero

levanta antes tu cetro y júrame que me darás los caballos y el carro guarnecido de bronce que conducen al irreprochable Peleión. No seré para ti una espía inhábil ni verás conmigo frustrada tu confianza. Recorreré en todas direcciones el campamento llegando hasta la nave de Agamenón, donde sin duda deliberan los primeros de entre los reyes si es preciso huir y combatir.

Habló así, y el Priamida prestóse al juramento, empuñando su cetro:

—Ante Zeus tonante, el Esposo de Here, prometo que ningún otro troyano más que tú será llevado por esos caballos, que únicamente á ti darán fama y gloria.

Habló así, enardeciendo á Dolón, aunque juraba en vano. Y colgó éste á sus hombros en seguida un arco combo, cubrióse con la piel de un lobo blanco, se puso á la cabeza un casco de pieles de garduña y tomó una lanza afilada. Y avanzó desde el campo troyano hacia las naves; pero no debía volver de ellas para dar cuenta de su misión á Héctor. Al salir de la multitud de hombres y caballos, echó á correr veloz. Y el divino Odiseo viole llegar y dijo á Diomedes:

—¡Oh Diomedes! Este hombre viene del campamento enemigo. No sé si quiere espiar nuestras naves ó despojar á alguno de los muertos. Dejémosle que se adelante un poco por la llanura, y le perseguiremos, y nos apoderaremos de él inmediatamente. Si corriera más que nosotros, arrástrale hacia las naves, lejos de su campo, amenazándole para ello con tu lanza, á fin de que no se refugie en la ciudad.

Cuando hubo hablado así, salieron del camino, escondiéndose entre los cadáveres, y el troyano pasó adelante en su imprudencia. Y apenas había

se alejado la distancia á que se hallan los surcos trazados por dos mulas, que son mejores que los bueyes para arar una tierra dura, cuando ambos guerreros empezaron á seguirle. Y al oír sus pisadas, se paró Dolón inquieto, pensando si sus camaradas correrían á él para llamarle nuevamente por orden de Héctor; pero al verles á un tiro de flecha, reconoció en ellos á guerreros enemigos, y agitando sus ligeras piernas, se puso en fuga, mientras los dos argienos iban á su alcance con igual rapidez.

Cual pareja de perros cazadores de aguzados colmillos que en el bosque persigue al ciervo ó á la liebre presurosos, perseguían al troyano con ardor el Tideida y Odiseo, destructor de fortalezas, rechazándole lejos de su campo. Y cuando estuvo Dolón próximo á la guardia en su huída hacia las naves, Atenea infundió al Tideida nuevos ánimos para que no errase el segundo golpe y ninguno de los acaienos armados de coraza pudiera gloriarse por haber producido la primera herida. Y agitando su lanza habló así el robusto Diomedes:

—Párate, ó he de alcanzarte con mi pica, y no espero que pase mucho tiempo sin que de mi mano recibas dura muerte.

Habló así, y dió impulso á su lanza, que no hió al troyano, sino que se clavó en tierra tras de rozarle sólo el hombro derecho. Y paróse Dolón poseído de terror, espantado, tembloroso, pálido y castañeteándole los dientes. Y ambos guerreros sujetáronle las manos anhelosos, y sollozando, les dijo él:

—Tomadme vivo, que me rescataré. En mis moradas poseo oro y hierro preparado para trabajarlo. Mi padre os dará por mi rescate la porción mayor, si sabe que estoy vivo en las naves de los acaienos.



Y le contestó el sagaz Odiseo:

—Reanímame y aleja de tu espíritu la imagen de la muerte; pero dime la verdad. ¿Por qué vienes solo desde tu campamento hacia las naves en la noche oscura, cuando todos los hombres mortales duermen? ¿Acaso es para despojar muertos, ó quizá te envió Héctor á que observaras lo que ocurre junto á las naves abiertas, ó tal vez vienes á lo mismo por impulso propio?

Y les contestó Dolón, cuyo cuerpo temblaba:

—Contra mi voluntad me empujó Héctor á la ruina. Luego de prometer que me daría los caballos de cascos macizos y el carro guarnecido de bronce del ilustre Peleión, me mandó acercarme á los guerreros enemigos, á favor de la noche negra y rápida, para ver si vigilaban siempre sus naves ligeras ó si, vencidos por nosotros, deliberabais, prontos á la fuga y sin poder velar por estar deshechos de fatiga.

Y le contestó, sonriente, el sagaz Odiseo:

—Gran recompensa, á fe mía, esperabas, pues los caballos del bravo Eakida no pueden ser domados ni guiados por guerreros mortales, excepto Akileo, á quien dió á luz una madre inmortal. Dime de nuevo la verdad ahora. ¿Dónde dejaste á Héctor, príncipe de los pueblos? ¿Dónde están sus belicosas armas y sus caballos? ¿Dónde los centinelas y las tiendas de los demás troyanos? Dinos si deliberan entre sí y se proponen permanecer lejos de las naves, en el lugar que ocupan al presente, ó no piensan volver á entrar en la ciudad más que después de haber vencido á los acaienos.

Y contestó Dolón, hijo de Eumedo:

—He de decirte toda la verdad. En el consejo delibera Héctor junto á la tumba del divino Ilo, apartado del ruido. No hay guardias alrededor del

campo, ya que los troyanos velan ante sus hogueras, excitándose unos á otros, obligados á combatir; pero los aliados que vinieron de diversas comarcas, como no tienen con ellos sus mujeres é hijos, duermen todos, confiando en la vigilancia de los troyanos.

Y le dijo el sagaz Odiseo:

—¿Están confundidos con los bravos troyanos ó duermen separadamente? Habla con claridad para que te comprenda.

Y le contestó Dolón, hijo de Eumedo:

—Te diré la verdad toda. A la orilla del mar están los carios, los peonios de arcos curvos, los lélegas, los caucones y los divinos pelagos; hacia el lado de Timbra están los likenses, los misios orgullosos, los jinetes frigios y los meonios que combaten en carros. ¿Pero por qué me preguntas esto? Si deseáis penetrar en el campamento troyano, sabed que los tracios, que acaban de llegar, se encuentran á un extremo del campo, separados del resto del ejército, en compañía de su rey Reso Eioneida. Yo vi sus corpulentos y magníficos caballos, más blancos que la nieve y semejantes al viento cuando corren. Y vi su carro adornado de oro y plata, y sus áureas y grandes armas admirables á la vista y que menos cuadran á los hombres mortales que á los Dioses que siempre viven. Ahora llevadme á vuestras naves ligeras ó dejadme aquí atado con fuertes ligaduras hasta que á vuestro regreso veáis si dije la verdad ó he mentado.

Y mirándole con ojos torvos, le contestó el robusto Diomedes:

—No pienses en escapar vivo, Dolón, pues aunque tan importantes fueron tus palabras, no en balde caíste en nuestras manos. Si aceptáramos el precio de tu rescate dejándote ir, volverías, cierta-

mente, á acercarte á las naves ligeras de los acaie-  
nos para espiar ó combatir; pero si te quitamos la  
vida no perjudicarás ya nunca á los argienos.

Habló así, y á tiempo que Dolón, suplican-  
te, asíale la barba, descargó bruscamente con la  
espada un golpe en la garganta del vencido, par-  
tiendo los dos músculos. Y todavía hablaba el tro-  
yano cuando cayó su cabeza en el polvo. Y le  
quitaron el casco hecho de pieles de garduña, y la  
piel de lobo, y el arco flexible, y la larga lanza. Y  
alzando al cielo los despojos, se los ofreció el divi-  
no Odiseo á la devastadora Atenea:

—¡Disfruta de estas armas, Diosa! Te invocamos  
porque eres la primera entre todos los Olímpicos  
inmortales. Condúcenos al sitio en que se hallan  
los guerreros tracios con sus caballos y sus tiendas.

Habló así, y llevándolas con los brazos en alto,  
colocó las armas en un tamariz, poniendo junto á  
él un haz de cañas y ramaje para poder recono-  
cerle á su regreso, á pesar de la negra noche.

Y caminaron luego por la llanura sangrienta  
pisando armas, y llegaron muy pronto á las tien-  
das de los guerreros tracios. Y dormían éstos ren-  
didos de fatiga; y junto á ellos aparecían en tierra  
sus hermosas armas en tres filas. Y al lado de cada  
hombre había un tronco de caballos. Y en el cen-  
tro dormía Reso, y cercanos á él, detrás del carro,  
estaban sus caballos veloces atados con correas.

Y le vió Odiseo primero, mostrándosele á Dio-  
medes:

—He aquí, Diomedes, el hombre y los caballos  
que nos dijo Dolón, á quien matamos. Pon ya en  
juego tu fuerza y sirvete de tus armas. Desata esos  
caballos, ó yo mismo lo haré, si así prefieres.

Habló así, y Atenea la de los ojos claros infun-  
dió gran fuerza á Diomedes. Y mataba éste hom-



bres á derecha y á izquierda; y gemían los heridos por su espada, y la tierra empapábase de sangre. Como un león que cayese en medio de rebaños sin custodia, abalanzándose á cabras y ovejas, abalanzóse á los tracios el hijo de Tideo hasta matar á doce. Y no bien el Tideida asestaba un golpe á uno, Odiseo, que le seguía, retiraba el cadáver asido de los pies, comprendiendo que pasarían más libremente de este modo los caballos de hermosas crines y evitando que se espantaran por no estar acostumbrados á caminar sobre muertos. Y cuando el hijo de Tideo aproximóse al rey, fué éste el décimotercero á quien privó de su alma cara. Y sobre la cabeza del jadeante Reso, y por voluntad de Atenea, cerníase aquella noche un sueño fatal con la apariencia del Eneida.

Mientras, el paciente Odiseo desató los caballos de cascos macizos, sujetándolos con las correas, los condujo fuera del campamento, fustigándolos con el arco, pues se olvidó de recoger el látigo brillante, que dejóse en el hermoso carro. Y silbó entonces, para advertir al divino Diomedes. Y éste fluctuaba en su espíritu entre arrastrar, con más audacia todavía, cogido del timón, el carro donde estaban las hermosas armas, ó arrebatarse la vida á mayor número de tracios. Mientras deliberaba de este modo en su espíritu, se le acercó Atenea y le dijo:

—Piensa ya en la vuelta, hijo del magnánimo Tideo, no vaya á ser que un Dios despierte á los troyanos y te veas precisado á huir en dirección de las naves abiertas.

Habló así, y comprendió él las palabras de la Diosa, y saltó á uno de los caballos, y Odiseo los aguijaba con su arco, y volaban los brutos hacia las naves ligeras de los acaienos. Pero Apolo el

del arco de plata vió con sus penetrantes ojos á Atenea acompañando al hijo de Tideo. Entró colérico en el campo de los troyanos y despertó al jefe tracio Hipocoon, valeroso pariente de Reso. Y al levantarse, advirtió aquél desierto el lugar donde estaban los caballos veloces y los hombres que palpitaban aún nadando en sangre; y gimió, llamando por su nombre á su querido compañero. Y un inmenso clamor elevóse entre los troyanos que acudían; y se asombraban de acto tan audaz y de que los hombres que lo acometieron hubiesen regresado sanos y salvos á las naves abiertas.

Y cuando éstos llegaron al sitio donde fué muerto el espía de Héctor, Odiseo, caro á Zeus, detuvo los caballos veloces. Y saltando á tierra, puso el Tideida en manos de Odiseo los sangrientos despojos, cabalgando otra vez. Y azuzaban á los caballos que volaban con ardor camino de las naves abiertas. Y sintió su ruido Néstor el primero, y dijo:

—¡Oh amigos, jefes y príncipes de los argienos! Aunque ignoro todavía si mentiré ó diré verdad, mi corazón me ordena que hable. Hierne mis oídos un galope de veloces caballos. ¡Ojalá consintieran los Dioses que Odiseo y el robusto Diomedes hubiesen ya cogido á los troyanos caballos de cascos macizos; pero mucho y con vehemencia recela mi alma que los más bravos argienos no hayan podido escapar de la troyana muchedumbre!

Apenas había hablado, cuando llegaron y se aparearon los dos Reyes. Y todos saludáronles con las manos, jubilosos, prodigándoles palabras halagüeñas. Y les interrogó el primero el jinete gerrenieno Néstor:

—Dime, Odiseo colmado de alabanzas, gloria de los acaienos: ¿cómo habéis cogido esos caballos?

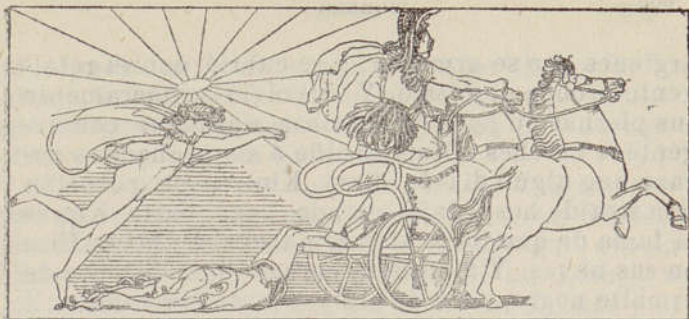
¿Fué penetrando en el campo troyano ó encontrasteis á un Dios que os hizo de ellos don? ¡A los rayos de Helios se parecen! Siempre me mezclo á los troyanos al llegar la batalla, y no creo que, aunque soy viejo, me haya visto nadie quedarme en las naves; pero jamás vi caballos como éstos. Supongo que un Dios os los dió, ya que Zeus el que amontona las nubes os ama á ambos y Atenea la de los ojos claros os ama también.

Y le contestó el sagaz Odiseo:

—¡Oh Néstor Neleuada, gloria de los acaienos! Si lo hubiese querido un Dios, sin duda nos habría dado caballos superiores á éstos, pues que los Dioses pueden todo; pero estos caballos por que me interrogas, ¡oh anciano! son tracios y llegaron hace poco. El animoso Diomedes mató á su Rey y á doce de los más bravos que le acompañaban. No lejos de las naves, matamos al guerrero décimocuarto, un espía enviado á nuestro campo por Héctor y los ilustres troyanos.

Habló así, contento, é hizo saltar el foso á los caballos. Y los demás jefes argienos, contentos también, fueron á la sólida tienda del Tideida. Y con fuertes correas sujetaron los caballos tracios al pesebre ante el cual permanecían los veloces caballos de Diomedes comiendo el dulce pienso. Y Odiseo dispuso en la popa de su nave los sangrientos despojos de Dolón para que fuesen consagrados á Atenea. Y entrándose en el mar para limpiarse del sudor, lavaron ambos sus piernas, sus muslos y sus hombros. Y luego que les limpió el sudor el agua marina y recobraron ánimos, entraron en pulidas pilas. Y perfumados con un aceite denso, sentáronse á tomar la comida matinal, bebiendo en una crátera repleta para hacer libaciones de vino dulce en honor de Atenea.





## RAPSODIA XI

Abandonó Eos el lecho del brillante Titón para llevar la luz á Inmortales y á humanos. Y Zeus envió hacia las naves ligeras de los acaienos á Eris, que mostraba en sus manos la señal terrible de la guerra. Y subió Eris á la nave negra y ancha de Odiseo, situada en medio de todas, para que fuese oída su voz desde las tiendas del Telamoniano Ajax hasta las de Akileo, pues ambos, fiados en su valor y en la fuerza de su brazo, colocaron las últimas sus naves iguales. Lanzó la Diosa desde allí un grito espantoso y horrisono que hubo de despertar en cada corazón acaieno un ardiente deseo de guerrear y combatir sin reposo. Y fué á todos más dulce la idea de la guerra que el retorno en las naves abiertas á la muy amada tierra de la patria.

Y el Atreida, levantando la voz, ordenó á los

argientos que se armasen; y se cubrió con el refulgente bronce él mismo. Y envolvió primeramente sus piernas en hermosas grebas ajustadas con argénteos broches. Después ciñó á su pecho una coraza que algún día le diera Kinires en perpetua muestra de hospedaje cuando llegó hasta Kipros la fama de que los acaienos marchaban hacia Ilios en sus naves. Y tenía esta coraza diez listones de esmalte negro, doce de oro y veinte de estaño. Y hasta el cuello enroscábanse tres dragones azules, semejantes á los Iris fijados en las nubes por el Cronión para que fuesen un auspicio de paz entre los vivos.

Y colgó de sus hombros la espada en cuya vaina de plata relucían clavos y tirantes de oro. Todo él se guareció bajo un hermoso escudo cercado de diez viras de bronce y con veinte bollos de estaño blanco, en medio de los cuales aparecía uno de esmalte negro, enroscándose á él Gorgo el del aire espantable y miradas terribles. También se veían allá representados el Miedo y el Terror. Y pendía este escudo de una correa de plata donde se anillaba un dragón azulado cuyo cuello tenía por remate tres cabezas. Y tocóse luego el Atreida con un peludo casco orlado de cuatro conos y de airones de crin que se agitaban bravíos y soberbios. Y empuñó dos lanzas sólidas con el cuento de bronce que despedían resplandores al Urano. Y Atenea y Here produjeron un inmenso estrépito para mejor honrar así al Rey de la rica Mikena.

Y los jefes mandaron á los conductores de carros que aprestasen los caballos junto al foso mientras ellos salían cubiertos con sus armas. Y elevóse un enorme clamor antes de llegar el día. Y seguían de cerca á los guerreros los carros y caballos alineados junto al foso; y el cruel Cronida excitó en

el espacio un gran tumulto é hizo llover de la altura del Eter gotas tintas en sangre, cual presagio de que precipitaria en la mansión de Edes muchos y muy ilustres guerreros.

Los troyanos, por su parte, ordenaban sus tropas sobre la alta colina, rodeando al gran Héctor, al irreprochable Polidamas, á Eneas, que era en Ilios venerado por los troyanos cual un Dios, y á los tres Antenóridas, Polibo, el divino Agenor y el joven Acamas, comparable á los Inmortales.

Y aparecía entre los primeros combatientes Héctor con su broquel pulido. Como una estrella de desastre que despertara luminosa avanzando á través de las oscuras nubes, surgía Héctor á la cabeza de los primeros combatientes ó en medio de ellos y mandando á todos; y resplandecía envuelto por el bronce, semejante al relámpago del Padre Zeus tempestuoso.

Y al igual de dos cuadrillas segadoras contrarias que cortasen la hierba en la hacienda de un rico labrador, así troyanos y acaienos se arrollaban unos á otros cual lobos, incansables, sin apelar ninguno á la funesta fuga.

Y la desastrosa Eris complaciase en verles, siendo la única de los Dioses que asistía al combate. Y los otros Inmortales se encontraban ausentes y tranquilos, en su hermosa morada cada uno, sobre las olímpicas cimas. /Y vituperaban al Cronión, que amontona las negras nubes, porque quería otorgar á los troyanos un gran triunfo. Pero el Padre Zeus, sentado separadamente y pleno de gloria, miraba sin ninguna inquietud la ciudad de los troyanos, las naves acaienas, el resplandor del bronce, los hombres que retrocedían y los que avanzaban.

Mientras duró el alba y el día sagrado fué ad-



quiriendo nueva luz, se cruzaron las flechas de ambos bandos, haciendo caer hombres. Pero á la hora en que el campesino toma su comida en las gargantas de los montes, cuando el brazo rendido de partir con el hacha árboles seculares y desfalleciente el corazón se acoge al deseo de un dulce alimento, rompieron las falanges los danaenos, exhortándose entre sí á la lucha. Y Agamenón saltó el primero y mató al guerrero Bianor, príncipe de pueblos, y á su acompañante Oileo, que seguía los caballos y habíale hecho cara apeándose del carro. Y al saltar, el Atreida le clavó en la frente su aguda lanza, pues el espeso casco no pudo resistir al bronce belicoso, que hubo de penetrar agujereando el cráneo y cruzando el cerebro del arrojado luchador. Y Agamenón, rey de los hombres, dejó en aquel lugar ambos cadáveres luego de arrebatárles sus corazas relumbrantes.

Después siguió adelante para matar á Iso y Antifo, hijos de Priamo ambos, uno bastardo y legítimo otro, que ocupaban el mismo carro. Y el bastardo tenía las riendas y combatía el ilustre Antifo. Antaño les sorprendió Akileo en las cúspides del Ida apacentando sus ovejas, y fuertemente presos con ligaduras de mimbre, les condujo esclavos y aceptó luego su rescate. Pero el Atreida Agamenón, que desde lejos manda, traspasó con su lanza el pecho de Iso, y clavando su espada en la sien de Antifo, hizole caer del carro. Y al despojarles de sus hermosas armaduras, les reconoció por haberles visto junto á las naves en la época en que Akileo el de los pies veloces les cautivó en las cúspides del Ida.

Como cuando un león asalta la guarida de la cierva ligera y con sus fuertes dientes devora á los débiles cervatillos haciéndoles rendir su alma deli-

cada, sobrecogida de terror, la madre no puede socorrerlos, porque sudando de espanto y temblorosa huye á través de los espesos encinares del bosque ante el furor de la potente fiera, del mismo modo no pudo ninguno conjurar la derrota de los Priamidas, huyendo todos ante los acaienos.

Y el rey Agamenón sorprendió en un mismo carro á Pisandro y al bravo Hipoloco, hijos los dos del belicoso Anfímaco, que después de aceptar el oro y les espléndidos presentes de Alejandro no había permitido que se devolviera Helena al bravo Menelao. Y cuando como un león se abalanzó el Atreida á ellos, se inmutaron, soltando de sus manos las flexibles riendas, y los caballos veloces lleváronles entonces á capricho. Y prosternados en el carro, suplicaban á Agamenón ambos hermanos:

—Consérvanos la vida, hijo de Atreo, y pide premio por nuestro rescate. En la casa de Anfímaco se guardan muchas riquezas en oro, bronce y hierro que se puede labrar. La mayor parte te dará nuestro padre para libertarnos si se entera de que nos hallamos vivos en las naves de los acaienos.

Llorando dirigían al Rey estas dulces palabras; pero obtuvieron dura contestación:

—Ya que sois los hijos del valeroso Anfímaco, quien un día en el ágora de los troyanos aconsejaba matar á nuestros emisarios Menelao y el divino Odiseo para no dejarlos volver con los suyos, vais ahora á pagar la injuria de vuestro padre.

Habló así, y clavando su lanza en el pecho de Pisandro, le derribó en el polvo; también dió con Hipoloco en tierra al disponerse éste á saltar para emprender la fuga, y cortándole los brazos y el cuello, le hizo rodar entre la muchedumbre como á un tronco serrado. Y les abandonó para caer sobre

las falanges en desorden, seguido de los acaienos de hermosas grebas. Y los de á pie mataban á los que á pie huían, y los jinetes mataban á los jinetes. Y bajo sus plantas y los cascós sonoros de las cabalgaduras, formábase una gran polvareda que ascendía del llano al aire. Y el rey Agamenón mataba siempre, excitando á los argienos.

Cual desastrosa llama que devora una tupida floresta, mientras el viento huracanado activa por doquier el fuego á cuyo impulso los árboles se abaten, así el Atreida Agamenón, á su impulso, abatía cabezas de troyanos en fuga. Espantados y con la testa erguida, los caballos arrastraban por entre las filas los carros vacíos, extrañando la falta de sus irreprochables conductores, que yacían en el suelo, más gratos ya que á sus mujeres á las aves carniceras.

Y llevó Zeus á Héctor lejos de las lanzas, lejos del polvo, lejos de la matanza y de la sangre. Y el Atreida, excitando á los danaenos, acosaba con ardor al enemigo. Y en las proximidades de la tumba del antiguo Dardanida Ilo, precipitábanse por la llanura los troyanos, deseosos de entrar en la ciudad. Y ya cerca de las higueras, aun el Atreida les seguía lanzando gritos y bañadas en sangre sus manos poderosas. Y llegados que fueron al haya y á las puertas Skeas, detuviéronse en espera de los rezagados. Y huía dispersa por el llano la multitud, cual vacada espantada por un león surgido de improvisó á media noche que matase una res de cada vez, apresándola con sus fuertes dientes, cortándole el pescuezo, bebiéndose su sangre y devorando sus entrañas tibias. Así el Atreida Agamenón les perseguía, matando siempre al último fugitivo. Gran número de ellos cayeron con la cabeza cercenada, ó fueron derribados al suelo desde el



carro al empuje del brazo del Atreida y su lanza furiosa. Pero cuando le vió llegar á las altas murallas de la ciudad, el Padre de los hombres y los Dioses descendió del Urano á las cumbres del Ida de copiosas fuentes, y con el rayo entre las manos, llamó á la mensajera Iris la de las alas de oro:

—Acude, ligera Iris, y di á Héctor que repose y ordene al resto de su ejército combata al enemigo mientras vea al príncipe de los pueblos Agamenón arrojarse furioso á las primeras filas y romper las líneas de guerreros. Pero cuando herido de flecha ó lanza monte el Atreida en su carro, yo infundiré al Priamida arrestos para que mate, y matará en las bien construidas naves, hasta que Helios se apague y venga la sagrada noche.

Habló así, y la rápida Iris la de los pies ligeros como el viento, hubo de obedecerle. Y bajó de las cimas del Ida á la santa Ilios, encontrando erguido en su carro sólido al divino Héctor, hijo del belicoso Priamo. Y se le aproximó y dijole Iris la de los pies veloces:

—Hijo de Priamo, ¡oh Héctor, igual al Padre Zeus en sabiduría! Por él vengo enviada para decirte: Reposa y ordena al resto de tu ejército combata al enemigo, mientras vea al príncipe de los pueblos Agamenón arrojarse furioso á las primeras filas y romper las líneas de guerreros. Pero cuando herido de flecha ó lanza monte el Atreida en su carro, Zeus te infundirá arrestos para que mates, y matarás en las bien construidas naves, hasta que Helios se apague y venga la sagrada noche.

Cuando hubo hablado así, desapareció Iris la de los pies veloces. Y saltando desde la altura de su carro Héctor con sus armas y agitando sus lanzas afiladas, recorrió en todas direcciones el ejército para excitarle en la pelea. Y los troyanos volvie-

ron á hacer frente á los acaienos. Y los argienos, deteniéndose, cerraron sus falanges, prestos á la lucha, y he aquí que destacóse Agamenón, queriendo combatir antes que ninguno.

Decidme ahora, Musas que habitáis en las uránicas mansiones, quién de los troyanos ó sus ilustres aliados avanzó primero contra Agamenón. Fué Ifdamas Antenórida, corpulento y robusto, que se crió en la fértil Tracia, donde abundan las ovejas. Y su abuelo materno Kiseo, padre de Teano la de lindas mejillas, le acogió de muy niño en sus moradas; y cuando gozó el nieto de pubertad gloriosa, dióle á una hija suya por mujer. Y al enterarse de la llegada de los acaienos, aquel joven guerrero abandonó su morada nupcial y llegó con doce naves de convexa popa que dejó en Percope. Y caminó á pie hasta Ilios. Y fué él quien avanzó contra Agamenón. Ya cerca uno de otro, erró el Atreida el golpe de su lanza, desviando la puntería. E Ifdamas le alcanzó entre la coraza y el cinto, oprimiendo su lanza vigorosamente; pero no pudo atravesar el primoroso cinturón, y la punta del arma se torció, cual si fuera de plomo, al dar en una plancha argéntea. Y Agamenón el que de lejos manda, rápido como un león, asió la lanza por el asta, arrebatándosela al contrario, é hirió con su espada en el cuello al Antenórida, y le mató. Así este desdichado, por querer socorrer á los suyos, durmió un sueño de bronce lejos de su joven esposa, de quien no llegó á gustar el fruto de amor apetecido. Y le había hecho de antemano numerosos presentes, regalándole cien bueyes y prometiéndole mil cabras y otras mil ovejas. Y he aquí que le despojó el Atreida Agamenón, adentrándose en triunfo con las armas del vencido entre la muchedumbre de acaienos.

Y el ilustre guerrero Coon, el mayor de los Anténoridas, lo advirtió, y un amargo dolor nubló sus ojos cuando vió á su hermano muerto. Y ocultándose, asestó al divino Agamenón una lanzada que le atravesó el brazo por el codo. Y estremeciése Agamenón, rey de los hombres; pero lejos de abandonar el combate, se arrojó sobre Coon, con la sólida lanza en ristre. Y éste arrastraba por los pies hacia los suyos á su hermano Ifidamas, nacido del mismo padre, y llamaba á los más bravos guerreros en su ayuda. Pero á tiempo que arrastraba el cadáver, le clavó el Atreida su broncínea lanza bajo el escudo redondo, y le mató. Y sobre el cuerpo mismo de Ifidamas le cortó la cabeza. Así cumplieron sus destinos los dos hijos de Antenor, pereciendo á manos del Atreida rey y descendiendo á las moradas de Edes.

Y nuevamente hendía el Atreida, con su lanza, su espada ó gruesas piedras, las líneas de guerreros, mientras la sangre cálida fluía de su herida; pero cuando se secó la llaga y la sangre restañóse, restáronle vigor unos agudos dolores tan amargos como los que las hijas de Here, las Ilitias, envían cual acerbos dardos á las parturientas. Y el Atreida montó en su carro, ordenando al conductor que guiara los caballos hacia el amparo de las naves abiertas, porque su corazón desfallecía. Y gritó á grandes voces para ser oído por los danaenos:

—¡Oh amigos, jefes y príncipes de los argienos! A vosotros toca alejar de las naves que surcan por el mar el combate desastroso, ya que el sabio Zeus no me permite batir á los troyanos durante todo el día de hoy.

Habló así, y el auriga fustigó á los caballos de hermosas crines, guiándoles á las abiertas naves. Y corrieron los brutos con ardor, espumosos los



pechos, levantando á su paso densa polvareda, para conducir lejos del lugar de la lucha al rey herido. Y al darse cuenta Héctor de la retirada de Agamenón, excitó en alta voz á troyanos y likenses:

—¡Troyanos, likenses y dardanienos, animosos combatientes, sed hombres y acordaos de vuestro valor, amigos! He aquí que se retira ese bravo guerrero, porque Zeus Cronida quiere otorgarme una gran gloria. Echad vuestros caballos de duros cascos sobre los robustos danaenos para obtener una gloria sin igual.

Cuando hubo hablado así, estimuló la fuerza y el valor de cada uno. Cual cazador que excitara contra un león ó contra un jabalí salvaje á los perros de blancos dientes, así Héctor Priamida, comparable al cruel Ares, excitó á los magnánimos troyanos contra los acaienos. Y él mismo, confiando en su valor, se mezcló en la refriega con los más arrojados, como turbión tempestuoso que cae en la alta mar y la revuelve.

Y ahora, ¿cuál fué el primero, cuál el último á quien hizo morir Héctor Priamida cuando Zeus quiso glorificarle? Asseo, desde luego, y más tarde Autonoo, y Opites, y Dolops Clitida, y Ofeltión, y Agelao, y Esimno, y Oro, y el magnánimo Hiponoo, príncipes danaenos, que mató uno por uno. Después cayó sobre la multitud como Zéfiro cuando barre los nublados y azota los vapores de tempestad unidos por los Notos furiosos, rompiendo olas enormes y dispersando á su potente soplo las espumas por los altos espacios. Así Héctor dispersó á la muchedumbre, abatiendo á su impulso muchas cabezas de guerreros.

Hubiera entonces sonado la hora de un desastre fatal que acarrease irremediables desventuras, y

hubieran sucumbido los argienos fugitivos al pie de las naves, si Odiseo no exhortara al Tideida Diomedes:

—¿Es que olvidamos nuestro intrépido valor, Tideida? Ven tras de mí, querido camarada, porque sería para nosotros gran oprobio que Héctor el del casco palpitante se apoderara de las naves.

Y contestó el robusto Diomedes:

—Heme aquí pronto á combatir. Pero nuestra alegría será efímera, pues Zeus, que amontona las nubes, quiere dar la victoria á los troyanos.

Habló así, y derribó de su carro á Timbreo, clavándole la lanza en la tetilla izquierda. Y Odiseo mató á Molión, divino compañero de Timbreo. Y dejaron abandonados lejos del combate á ambos, adentrándose en la refriega. Y como una pareja de audaces jabalíes que se abalanzara sobre los canes cazadores, obligaron á los troyanos á retroceder, dando un breve respiro á los acaienos, víctimas del bravo Héctor. Y los dos Reyes apoderáronse del carro que regían un par de guerreros bravos, hijos del Percosieno Merops, hábil adivinador, que prohibióles fuesen á la guerra fatal, sin que le obedecieran ellos, por lo que hubieron de arrastrarles las Keres de la muerte. Y les arrebató el alma y la vida el ilustre Tideida Diomedes, despojándoles de sus hermosas armas, mientras Odiseo mataba á Hipodamo é Hiperoco. Entonces el Cronión, que contemplaba desde el Ida la lucha, igualó el combate, nivelando los desastres de uno y otro bando.

Y el hijo de Tideo hirió de una lanzada en la cadera á Agastrofo Peonida. Y los caballos del Peonida estaban muy lejanos y no podían servirle para emprender la fuga; y condoliase con toda su alma de que el conductor hubiera dejado atrás el

carro mientras él se lanzaba á pie entre los combatientes para perder la dulce vida. Pero Héctor, al verle en primer término, se lanzó á su defensa dando grandes gritos y seguido de las falanges troyanas. Y á su vista tembló el animoso Diomedes, y dijo á Odiseo, que se erguía al lado suyo:

—Hacia nosotros empuja ese turbión siniestro el furioso Héctor; pero permanezcamos inmóviles para rechazar su ataque.

Habló así, y disparando certeramente su larga pica, fué á dar con ella en la cabeza del Priamida, sobre la cimera del casco, sin que penetrara la broncínea punta el triple bronce del casco que regaló á Héctor Febo Apolo; pero retrocedió el Priamida entre la multitud, y cayendo de rodillas apoyó en tierra su robusta mano, y negra noche le cubrió los ojos.

Y entretanto que Diomedes, que siguió con los ojos el vuelo impetuoso de su lanza, corría á alzarla del suelo, Héctor, reanimado, subió al carro, perdiéndose entre la multitud para evitar la negra muerte. Y el robusto Diomedes blandía su lanza amenazante y le gritaba:

—¡Perro! Una vez más te libraste de la muerte, que pasó junto á ti, y de nuevo te salva Febo Apolo, á quien suplicas siempre entre el choque de las lanzas. Pero te he de matar cuando te encuentre, si me ayuda algún Dios. Ahora atacaré á cuantos salgan á mi encuentro.

Y hablando así, mató al ilustre Peonida.

Pero Alejandro, esposo de Helena la de la hermosa cabellera, apoyado y guarecido en la columna del sepulcro de Ilo, el antiguo guerrero Dardanida, tendió su arco contra el Tideida Diomedes, príncipe de pueblos. Y mientras éste arrancaba la coraza brillante, el escudo y el duro casco del ro-



busto Agastrofo, una flecha del córneo arco de Alejandro fué, certera, á clavar en tierra el pie derecho de Diomedes. Y Alejandro, riendo á carcajadas, salió de su cobijo, y dijo vanidoso:

—¡Herido estás! No se perdió mi flecha. ¡Ojalá hubieran permitido los Dioses que la hundiese en tu vientre y te matara! Al fin respirarán á gusto los troyanos, que te temían como la cabra al león.

Y le contestó el intrépido y robusto Diomedes:

—¡Miserable arquero, tan envanecido de tu arco cual de tus caballos, seductor de vírgenes! Si combatiéras frente á frente, de nada servirían las armas. ¡Y te glorias de haberme alcanzado en un pie! Tanto me cuido de ello como si una mujer ó un chico me hirieran sin intención de hacerme mal. El dardo de un cobarde es lo mismo de vil que quien lo impulsa. Pero aquel que se siente tocado por mi lanza no tarda en expirar. Su esposa se desgarrá las mejillas, quedan sus hijos huérfanos, y enrojece él la tierra con su sangre, y se corrompe, y hay en torno suyo más aves de rapiña que hembras gemebundas.

Habló así, y parándose ante él, el ilustre Odiseo se inclinó para arrancar del pie la flecha; pero hizo entonces presa en todo el cuerpo de Diomedes un dolor amargo. Y con el corazón desfallecido montó en su carro el héroe, ordenando al auriga le volviese á las naves abiertas.

Y el ilustre Odiseo, al verse solo y abandonado por los argienos fugitivos, gemía y decía en su corazón magnánimo:

—¡Ay! ¿Qué será de mí? Si constituye gran vergüenza huir cobardemente ante esta multitud, ¿no resulta muy duro morir uno aquí solo cuando puso el Cronión en fuga á todos los danaenos? ¿Pero por qué reflexionar así en mi corazón? Son los co-

bardes los únicos que en la refriega retroceden. El valiente, por el contrario, lucha á pie firme, ya hiera ó ya sea herido.

Mientras así deliberaba en su espíritu y en su corazón, irrumpieron sobre él las falanges de troyanos armados de escudos, envolviéndole en un cerco terrible. Como en el bosque espeso los canes vigorosos, azuzados por los cazadores, rodean al jabalí que les hace cara y enseña sus colmillos blancos en las corvas mandíbulas, acosándole todos, á pesar de su actitud furiosa, así se apiñaban los troyanos en torno de Odiseo, grato á Zeus. Pero pronto el Laertiada con su lanza aguda hirió en el hombro al irreprochable Deopis, y mató á Toon y á Ennomo. Y cuando Kersidamas saltaba de su carro le alcanzó por debajo del escudo en el ombligo, y mordió el polvo el troyano, abrazando la tierra. Y tras de abandonar estos cadáveres, hirió el Laertiada con su lanza á Carops Hipasida, hermano del ilustre Soco, comparable á un Dios, que acudió en auxilio de aquél, y dijo acercándose á Odiseo:

—Inagotable urdidor de astucias y acometedor de empresas: hoy triunfarás de ambos Hipasidas y después de matarles arrancarás sus armas, llevándolas á modo de trofeo, ó herido por mi lanza perderás la vida.

Cuando hubo hablado así, atravesó con el arma el relumbrante escudo y fué á dar en la coraza primorosa y brillante, que horadó también, rozando la piel del pecho; pero no permitió Atenea que penetrara las entrañas el bronce. Y al ver que no era la lanzada mortal, retrocedió Odiseo y dijo á Soco:

—¡Desventurado! En breve se adueñará de ti la muerte abrumadora. Me obligas á no rechazar por

el momento á los troyanos; pero te traigo hoy la negra muerte, y domeñado por mi lanza me colmarás de gloria al par que tu alma rindes á Edes el de los buenos caballos.

Habló así, y como Soco huyera, le clavó el arma entre los hombros por la espalda, atravesándole el pecho. Cayó ruidosamente el otro, y el divino Odiseo gritó gloriándose:

—La muerte te atajó y no pudiste huirla ¡oh Soco, hijo del diestro jinete Hippaso! ¡Ah desdichado! No cerraron tus ojos tu padre ni tu madre venerable, y únicamente las aves de rapiña agitarán sus tardas alas sobre ti. Cuando yo muera, en cambio, los divinos acaienos celebrarán mis funerales.

Cuando hubo hablado así, arrancó de su escudo y de su cuerpo la lanza sólida del bravo Soco, y al contemplar la sangre que brotaba de la llaga, tembló su corazón. Y los magnánimos troyanos se abalanzaron á él viéndole herido; y retrocedió entonces, llamando á los suyos. Y gritó por tres veces tan alto cuanto puede hacerlo un hombre, y tres veces le oyó el bravo Menelao, que dijo súbito al Telamonieno Ajax:

—¡Divino Ajax Telamonieno, príncipe de pueblos! La voz del paciente Odiseo oigo como si el enemigo le envolviera. Corramos en su auxilio á través de la muchedumbre. Temo que haya quedado abandonado á merced de los troyanos y que, á pesar de su valor, perezca, legando amargas penas á los danaenos.

Cuando hubo hablado así, salió seguido del divino Ajax, y hallaron á Odiseo rodeado de troyanos.

Se diría una manada de hambrientos lobos aullando en la montaña alrededor de un ciervo padre que el cazador hirió con una flecha. El animal



huyó mientras era tibia su sangre y los remos pudieron sostenerle; pero no bien hubo cedido al dolor de la saeta rápida, acometiéronle en lo espeso del monte los lobos carniceros. Y he aquí que un león se apropia de la presa y los lobos escapan espantados. Así los robustos troyanos se agrupaban en torno del sagaz y prudente Odiseo, que, defendiéndose á lanzadas, iba alejando su última hora. Y surgió á su lado Ajax con un escudo que parecía una torre, y pusieronse en fuga por doquier los troyanos. Y asiendo de la mano á Odiseo, le retiró de la pelea el bravo Menelao, á la vez que acercaba el carro un servidor.

E irrumpió Ajax entre los troyanos, matando á Doriclo, bastardo de Priamo, y á Pandoco, y á Lisandro, y á Piraso, y á Pilartes. Con una furia igual á la de un río, cuando acrecido por las lluvias de Zeus se despeña en torrente de los altos al llano, arrastrando á su paso pinos y encinas desgajadas y llevando sus légamos al mar, así diezmaba hombres y caballos el ilustre Ajax.

Ignorante de esto Héctor, combatía hacia la izquierda en las riberas del Scamandro, sitio donde rodaban en más número las cabezas humanas y alzábanse desgarrados clamores alrededor del jinete Néstor y del bravo Idomeneo. Asediándolas Héctor con sus caballos y su lanza, rompía las falanges guerreras, pero no hubiesen retrocedido los divinos acaienos, si Alejandro, el esposo de la bella Helena, no hiriese en el hombro derecho con una flecha de tres puntas al bravo Macaón, príncipe de pueblos. Entonces los vigorosos acaienos temieron por la vida del guerrero si retrocedían.

Y al instante dijo Idomeneo al divino Néstor:

—Néstor Neleuada, orgullo de los acaienos, date prisa á montar en tu carro con Macaón y enfila

hacia las naves tus caballos de macizos cascos. Por muchos hombres vale un médico, ya que sabe extraer las flechas y verter dulces bálsamos en las heridas.

Habló así, y obedecióle el jinete gerenieno Néstor. Y en su carro montó con Macaón, hijo del irreprochable médico Asclepio. Y hostigando á sus caballos hízoles volar enardecidos á las naves abiertas.

Pero Kebriones, sentado al lado de Héctor en el mismo carro, vió á lo lejos la confusión de los troyanos, y dijo al Priamida:

—Mientras aquí nosotros combatimos, Héctor, al otro extremo los troyanos huyen en sus carros á la desbandada. Les destroza el Telamonieno Ajax, á quien conozco bien, pues de sus hombros pende un formidable escudo. Por eso hacemos falta allá, donde se matan infantes y jinetes, elevándose de ellos un inmenso clamor.

Habló así, é hirió con el látigo brillante á los caballos de hermosas crines, que, á su acucio, arrastraron el carro entre troyanos y acaienos, aplastando cadáveres y armas. Y las yantas y cribo de las ruedas aparecían salpicados con la sangre que saltaba bajo los cascos de los caballos. Y lleno de deseo por penetrar en la refriega y romper las falanges, llevaba el Priamida la confusión y la muerte á los danaenos, atacando sus filas con la lanza, la espada ó gruesas piedras. Pero cuidaba de no atacar al Telamonieno Ajax.

El Padre Zeus entonces infundió un miedo súbito á Ajax, que aturdido se paró de pronto. Y colgando á su espalda el escudo de las siete pieles de buey, retrocedió, mirando siempre en torno suyo. Semejante á una fiera, retrocedía paso á paso, haciendo frente al enemigo. Cual tostado

león á quien perros y pastores rechazan del establo de los bueyes, arrojándole con sus cautas manos dardos y teas encendidas, y mohino y temblante de rabia se aleja ya al amanecer sin haber podido gustar la apetitosa carne de que está ávido, así Ajax retrocedía ante los troyanos, turbado el corazón y temiendo por las naves de los acaienos.

Como testarudo asno que entra en un sembrado, y á pesar de los esfuerzos de los niños que en el lomo le rompen sus bastones, pasta á su sabor, devorando las mieses sin curarse de los golpes débiles que recibe, y cuando está saciado se retira, así Ajax, el gran hijo de Telamón, recibía los ultrajes de los magnánimos troyanos y sus aliados, que le golpeaban con sus lanzas, dando en su escudo y persiguiéndole; pero á veces, recobrada por un momento su pujanza impetuosa, se revolvía Ajax, rechazando las falanges de troyanos jinetes, y luego retrocedía de nuevo, para impedir que todos á una precipitáranse sobre las naves ligeras. Y combatía solo en el espacio en claro entre troyanos y acaienos. Y erizaban los dardos su broquel enorme ó se hundían en tierra, sin saciarse en su carne blanca, de la que se hallaban codiciosos.

Y Euripilo, ilustre hijo de Evemón, vióle acosado por aquella nube de flechas. Y corrió en socorro suyo, manejando su brillante lanza. Y mató al Fausiada Apisaón, príncipe de pueblos, hiriéndole en el hígado por bajo del diafragma. Y arrebatóle sus armas Euripilo, abalanzándose á su cadáver no bien le hubo muerto. Pero al verle llevar en triunfo las armas de Apisaón, tendió el divino Alejandro contra él su arco y le clavó una flecha en el muslo derecho. Aunque rompióse la caña de la saeta, penetró la punta, entorpeciéndose la pierna del Evemónida, que se introdujo entre los suyos



para eludir la muerte y gritó con poderosas voces á fin de que le oyeran los danaenos:

—¡Oh amigos, jefes y príncipes de los argienos, paraos y haced frente á los troyanos para alejar la última hora de Ajax, que se encuentra acorralado por los dardos y temo no salga con vida de la terrible liza! ¡Agrupaos en torno á Ajax, el gran hijo de Telamón!

Habló así Eurípilo herido; pero sus compañeros le cercaron á él, inclinado el escudo y con la lanza en guardia, y Ajax, uniéndose á ellos, hizo con todos cara al enemigo. Y otra vez combatieron con la viveza de una llama ardiente.

Pero las yeguas del Neleida, cubiertas de espuma, conducían lejos del combate á Néstor y Macaón, príncipe de pueblos. Y les reconoció Akileo el de los pies veloces. Y desde la popa de su vasto navío contemplaba el rudo combate y la derrota lamentable. Y llamó á su camarada Patroclo, el cual le oyó y salió de sus tiendas semejante á Ares. Y fué esto el origen de su desventura. Y dijo primeramente el bravo hijo de Menetio:

—¿Por qué me llamas, Akileo? ¿Qué deseas de mí?

Y le contestó Akileo el de los pies veloces:

—Divino Menetiada, caro á mi corazón, creo que no tardarán los acaienos en llegar suplicantes á mis pies, asediados por un peligro intolerable. Ve, pues, Patroclo, grato á Zeus, y pregunta á Néstor quién es el guerrero que del combate trae herido. Parece el Asclepiada Macaón; pero la velocidad de los caballos me impidió verle el rostro.

Habló así, y obedeciendo á su querido compañero, corrió Patroclo á las tiendas y naves acaienas.

Y cuando Néstor y Macaón llegaron á las tiendas del Neleida, saltaron á la tierra madre desde

el carro. Y Eurimedón, el servidor del viejo, desun-  
ció los corceles. Y seco ya el sudor por el viento  
marino, entraron ambos Reyes en la tienda y se  
sentaron, dándoles de beber Hecámada la de la  
hermosa cabellera, á quien Néstor había traído de  
Ténédos apenas destruída por Akileo; y era hija  
del magnánimo Arsínoo, entregándosela los acaie-  
nos al Neleída porque en prudencia él ganaba á los  
caudillos todos.

Colocó ante ellos una esbelta mesa de metálicos  
pies azulados, y sobre la misma una fuente de pu-  
lido bronce con cebollas para estimular la sed,  
miel virgen y harina sagrada; puso luego una her-  
mosa copa enriquecida con clavos de oro y la cual  
trajera de sus moradas el anciano. Tenía esta copa  
doble fondo y cuatro asas, ostentando sobre cada  
una dos áureas palomas en actitud de comer. Cual-  
quiera otro hombre á duras penas la levantaría;  
mas el viejo Néstor hacía lo fácilmente.

Y aquella joven, á las Diosas comparable, pre-  
paró una bebida de vino de Pramnio, y con un  
rallo de bronce raspó sobre él queso de cabras, es-  
polvoreándolo de blanca harina. E instó á beber  
después á los dos Reyes, que bebieron, y apagada  
la sed quemante, distrajeron su ocio en coloquio  
alternado.

Y apareció á la entrada de la tienda entonces  
el divino Patroclo. Y no bien le divisó el anciano,  
alzóse de su brillante asiento, y cogiendo la mano  
del recién venido, hubo de invitarle para que se  
sentara; pero Patroclo retrocedió y le dijo:

—No me persuadirás, divino anciano, á que re-  
pose. Terrible é irritable para que me retrase es  
quien me envía á preguntarte el nombre del herido  
que trajiste en tu carro. Pero le veo ya y reconoz-  
co en él á Macaón, príncipe de pueblos. Ahora vol-

veré hasta Akileo á enterarle de esta nueva, pues ya sabes cuán impaciente es y qué pronto acusa al inocente mismo.

Y le contestó el jinete gereniense Néstor:

—¿Y cómo así se compadece Akileo de los acaieños víctimas de los dardos? ¿Ignora acaso la desventura de la escuadra? En sus naves yacen maltrechos ó tundidos los más bravos. Heridos se hallan el Tideida Diomedes y Odiseo, famoso por su lanza, y Agamenón. A Euripilo una flecha le rompió una pierna, y otra flecha alcanzó á Macaón, á quien acabo de sacar del combate. Pero hasta ahora no se preocupó ni apiadó de los danaenos el bravo Akileo. ¿Espera por lo visto á que las naves ligeras sean pasto de las llamas, á pesar de los argienseos que las defienden, y á que perezcan todos? Yo he perdido la fuerza que animó mis miembros, ágiles antaño. ¡Ojalá permitiéranme los Dioses que floreciera en mí la juventud y el vigor que tenía en otro tiempo, cuando surgió la disensión entre los eleos y nosotros á causa de unos bueyes que nos arrebataron, y maté al robusto Hiperokida Itimoneo, que habitaba en Elis, y cuyos bueyes hube de llevarme como represalias. Por defenderlos cayó herido de la lanzada que desde las primeras filas le asesté. Y sus tribus salvajes huyeron tumultuosas, y tuvimos magnífico botín: cincuenta rebaños de bueyes, otros tantos de ovejas, otros tantos de cabras, piaras de cerdos en igual cantidad, ciento cincuenta yeguas bayas y sus numerosos potros. Y á través de la noche, los condujimos á Pilos, la ciudad de Neleo, que se alegró de corazón al verme llevar á cabo aquella empresa el mismo día que combatí por primera vez. Y en el amanecer convocaron los heraldos á aquellos cuyos rebaños se llevaron á la fértil Elis, y reunidos los jefes pilios, partieron el



botín. Pero estábamos oprimidos por los epeos entonces, ya que éramos menos que ellos desde que Heracles nos diezmó años atrás en Pilos, matando á nuestros mejores adalides y haciéndonos sufrir. Tuvo Neleo doce hijos irreprochables, quedándole yo solo, pues habían sucumbido los demás, y advirtiéndome nuestro escaso número, abrumábanos los epeos orgullosos con injustos insultos. En el reparto recibió el anciano Neleo un rebaño de bueyes, otro de ovejas y trescientas cabezas de ganado con sus pastores, pues los de la divina Elis mucha riqueza le quitaron antes. Augias, rey de los hombres, retuvo para sí con sus carros cuatro caballos que disputaron premio en los juegos, y despidió al auriga, dejándole ir triste con las manos vacías. E irritóse el viejo Neleo ante aquella injusticia, reservándose á la sazón gran parte del botín para distribuirlo al pueblo equitativamente. Y á los tres días de repartirnos el botín, ofreciendo sacrificios, llegaron incontables epeos con sus caballos y los dos Molionidas, jóvenes aún é inhábiles, aunque valerosos. Estaba Trioesa situada sobre un altozano, cerca del Alfeo, en los confines de la arenosa Pilos. Y el enemigo la sitió, deseando destruirla. Pero conforme atravesaban ellos las llanuras, Atenea descendió del alto Olimpo hasta nosotros durante la noche, y nos llamó á las armas, y pudieron reunirse en Pilos pueblos llenos de entusiasmo. Para impedir que yo fuera á la pelea, escondió Neleo mis caballos, no juzgándome bastante fuerte para bregar. Pero partí á pie, aleccionándome entre los jinetes, porque Atenea me guiaba en la batalla. Y todos, caballeros é infantes pilios, esperamos á la divina Eos en las proximidades de Arene, donde el río Minieo va á morir al mar. Y hacia el mediodía, llegados á las sagradas márgenes del

Alfeo, hicimos al potente Zeus sacrificios solemnes, ofrendando también un toro al río, otro á Poseidaón y una becerra brava á Atenea la de los ojos claros. Después de haber comido sin salir de las filas, cada uno de nosotros se acostó en la ribera con sus armas. Y he aquí que los magnánimos epeos, que asediaban la ciudad, pugnando por destruirla, no tardaron en saber la ruda ocupación de Ares. Cuando resplandeció sobre la tierra Helios, corrimos á la lucha, orando á Zeus y á Atenea. Y no bien comenzó la brega entre epeos y pilios, maté á un guerrero antes que nadie, quitándole los caballos de macizos cascos. Y era el bravo Mulio, yerno de Augias, pues casó con su hija, la rubia Agamede, concedora de cuantas plantas medicinales brotan en la vasta tierra. Y tan pronto como me hizo cara, le clavé mi broncea lanza y hubo de abatirse en el polvo; y asalté su carro, combatiendo en primera fila; y los magnánimos epeos huyeron espantados al ver caer á Mulio, jefe de sus jinetes y el más bravo. Y me abalancé á ellos, semejante á una negra tempestad. Y les gané cincuenta carros, dando muerte á la pareja de guerreros que iba en cada uno. Y sin duda mataría á los dos jóvenes Actóridas si su abuelo Poseidaón el que de lejos manda no los retirase del lugar de la refriega, envolviéndoles en una densa nube. Entonces Zeus otorgó á los pilios una gran victoria. Perseguimos al enemigo por el llano, matando hombres y arrebatando buenas armas y llevamos nuestros caballos hasta Buprasio la fecunda en frutas, hasta Olene y hasta Alesio, que se llama ahora Colone. Y Atenea nos mandó alejarnos, no sin antes matar yo á otro guerrero; y dejando Buprasio, volviéronse los acaienos hacia Pilos con sus caballos veloces. Y todos daban gracias á Zeus entre los Dioses y á Néstor entre



los combatientes. Ese fui yo en medio de los bravos; pero Akileo no gasta su valor sino en su beneficio, y me temo que algún día sienta amargos arrepentimientos cuando hayan perecido totalmente las fuerzas acaienas. Recuerda, amigo, las palabras que te dirigió Menetio al partir tú lejos de Ftia á las órdenes de Agamenón. El divino Odiseo y yo oímos cuanto te dijo Menetio en sus moradas. Ibamos á los ricos palacios de Peleo, recorriendo la Acaia fértil, para recolectar guerreros. Y allí encontramos al héroe Menetio, á Akileo y á ti. Y en el interior de su vivienda, el viejo jinete Peleo asaba los crasos cuartos de un buey en obsequio de Zeus el que goza del rayo. Sostenía una áurea copa, y arrojaba en los fuegos sagrados el obscuro vino, mientras vosotros preparabais la carne. De pie quedamos en el atrio, y Akileo se levantó, nos condujo de la mano, hízonos sentar y puso ante nosotros la comida hospitalaria que es de uso ofrecer al forastero. Y cuando hubimos reparado las fuerzas, comencé á hablar, instándoos á seguirnos. Accedisteis gustosos, y los dos ancianos os dirigieron muy sabias palabras. Primeramente recomendó á Akileo el viejo Peleo que no fuera á la zaga de otro caudillo en valentía; y después díjote Menetio, el hijo de Actor:

—Hijo mío, Akileo te aventaja en linaje, y como eres mayor que él, aunque tiene más pujanza que tú, debes advertirle, guiarle y seguirá tus excelentes consejos.

Esas fueron las instrucciones que te dió el anciano; pero las olvidaste. Habla, pues, al valiente Akileo, que quizá escuche tus palabras. ¿Quién sabe si merced á un Dios le llegarás al corazón con ellas? Siempre debe seguirse el consejo de un amigo. Pero en caso de que tema un oráculo



ó alguna predicción que le hiciera su madre venerable en nombre de Zeus, que te mande á ti, al menos, para combatir seguido del ejército de los mirmidones, y tal vez salves á los danaenos. Si te confiara sus hermosas armas, pudieran los troyanos tomarte por él, y emprendiendo la fuga, dejarían respirar á los abatidos hijos de los acaienos, aunque en la guerra no dura el descanso. Y vuestras tropas sin fatiga alejarían fácilmente de las naves y las tiendas hacia la ciudad á los hombres fatigados por la lucha.

Habló así, y conmovido el corazón de Patroclo, corrió éste á las naves del Eakida Akileo. Pero cuando en su carrera pasó por delante de las naves del divino Odiseo, allí donde se hallaba el ágora y el lugar de administrar justicia, y en donde alzábanse las aras de los Dioses, encontró al magnánimo Evemonida Euripilo, que volvía del combate cojeando, herido de un flechazo en un muslo. Y caía de su cabeza y de sus hombros el sudor y una sangre negruzca se escapaba de su profunda herida; pero su corazón permanecía animoso siempre. Y el robusto hijo de Menetio, al verle, compadeciéndose y dijo estas palabras aladas:

—¡Ah desdichados jefes y príncipes de los danaenos! ¿Seréis pasto de perros que se harten de vuestra grasa en Ilios, lejos de vuestros amigos, lejos de la tierra natal? Dime tú ahora, divino héroe Euripilo: ¿podrán los acaienos resistir la embestida del cruel Héctor, ó perecerán al empuje de su lanza?

Y le contestó el prudente Euripilo:

—No hay, divino Patroclo, salvación para los acaienos, que sucumbirán ante las naves negras. Los más robustos y valientes yacen maltrechos ó heridos por las manos de los troyanos, cuyas fuer-

zas aumentan por instantes. Pero socórreme, llevándome á mi negra nave. Extrae de mi muslo esta flecha, lava con agua tibia la llaga y la sangre que vierte y báñame la herida con esos dulces y excelentes bálsamos que te diera Akileo, habiéndolos recibido él de Keirón, el centauro más justo. De los dos médicos, Podalirio y Macaón, el último creo que está en su tienda herido asimismo y sin auxilio y el otro sostiene en la llanura duro combate contra los troyanos.

Y le contestó el robusto hijo de Menetio:

—¿En qué acabará esto, héroe Eurípilo, y qué haremos? Voy á repetir á Akileo las palabras del jinete gerenieno Néstor, baluarte de los acaienos; pero no te abandonaré á tu tribulación.

Habló así, y oprimiéndole contra su pecho, condujo al príncipe de pueblos á su tienda. Y al verle, el servidor de Eurípilo preparó un lecho de pieles de buey, donde se acostó el héroe. Y con ayuda de un cuchillo, el Menetiada sacó del muslo el dardo acerbo y afilado, lavó la sangre negra en agua tibia y con sus manos exprimió en la llaga el jugo de una amarga raíz sedante. Y desaparecieron todos los dolores del héroe, cerrándose la herida y dejando de manarle sangre.





## RAPSODIA XII

Así cuidaba de Euripilo en sus tiendas el robusto hijo de Menetio. Y los argienos y los troyanos combatían con furor; y el foso y la vasta muralla no debían proteger por mucho tiempo á los danaeños, que, al levantarlo para salvaguardia de las naves ligeras y el botín abundoso, no ofrecieron ricos holocaustos á los Dioses, por lo que no tendría larga vida la muralla aquella construída sin contar con los Dioses.

En tanto vivió Héctor y el Peleída persistió en su cólera y hubo de subsistir la ciudad del rey Priamo, quedó en pie el gran muro de los acaieños; pero cuando los más ilustres troyanos sucumbieron, pereciendo entre los argienos unos y sobreviviendo otros, y á los diez años de sitio fué asolada la ciudad de Priamo, los argienos regresaron á su patria querida.



Entonces decidiéronse Poseidaón y Apolo á destruir aquella muralla, reuniendo la violencia de los ríos que corren hacia el mar desde los picos del Ida: el Reso, el Heptaporo, el Careso, el Rodio, el Grenico, el Esepo, el divino Scamandro y el Simois, á cuyas aguas rodaron por el polvo tantos yelmos y escudos con una muchedumbre de guerreros semidiosos. Y Febo Apolo juntó todos estos ríos, conduciendo sus corrientes contra la muralla durante nueve días. Y para que sus ruinas fuesen sumergidas en el mar cuanto antes, hizo Zeus que lloviera de continuo. Y el mismo Poseidaón, empuñando el tridente, desquició con la fuerza de las aguas las vigas, piedras y cimientos que los acaienos con mucho trabajo acumularon. Y dejó la muralla al nivel del rápido Helesponto; y alisadas sobre aquellos residuos las arenas, cual en la ribera lo estuvieron otrora, el Dios volvió los ríos al cauce en que solía deslizarse su agua transparente.

Así debían en el porvenir obrar Poseidaón y Apolo; pero á la sazón estallaban alrededor del muro sólido los clamores de la guerra y el combate; y crujían á los golpes los postes de las torres; y los argienos, fustigados por Zeus, se acogían á las abiertas naves, temiendo al robusto Héctor, que les puso en fuga y combatía siempre, semejante á un torbellino.

Cuando un león ó un jabalí, poseído de su fuerza, se revuelve contra los perros y los cazadores, se agrupan éstos y le acosan con sus dardos; pero no se atemoriza ni vacila el orgulloso corazón de la fiera, víctima de su audacia al fin, que trata de romper las líneas de los cazadores, aunque ceden y le burlan siempre. Así se abalanzaba Héctor á la lucha, exhortando á sus compañeros á que franqueasen el foso; pero no osaban avanzar ni sus

mismos caballos veloces, que parábanse al borde relinchantes, pues espantábales la anchura de aquel foso de difícil acceso, á cuyos lados había altos declives erizados de agudas estacas clavadas por los hijos de los acaienos, las cuales eran sólidas y se apiñaban contra los guerreros enemigos. Y como no habrían podido penetrar allá caballos que arrastrasen un ligero carro, intentaban hacerlo hombres á pie. Y entonces Polidamas se acercó al bravo Héctor y le dijo:

—Héctor, y vosotros, jefes de los troyanos y aliados, ¿no comprendéis que es imprudencia querer cruzar el foso con vuestros caballos veloces, porque el paso por él se hace muy difícil? Nos le obstruyen afiladas estacas, y detrás se yergue el muro de los acaienos. No podemos, pues, aquí combatir desde los carros, ni tampoco descender al foso. Es angosta la senda y en ella pereceríamos. Zeus, que truena en las alturas, puede, si lo tiene á bien, asolar á los argienos con desgracias infinitas y venir en ayuda de los troyanos, y estoy de ello tan seguro como deseoso de ver á todos aquellos sucumbir al instante sin ninguna gloria lejos de Argos. Pero si pasamos el foso y luego nos rechazan de las naves, caeríamos en él sin que uno sólo de nosotros en su fuga pudiera retornar á la ciudad. Escuchadme, por tanto, y atended mis palabras. Retengan los aurigas á la orilla del foso los caballos, mientras á pie y cubiertos por las armas seguimos nosotros á Héctor, ya que los acaienos no han de resistirnos si efectivamente está próxima su ruina.

Habló así Polidamas, y su sabio consejo satisfizo á Héctor, que saltó con las armas de su carro en seguida; y siguiendo el ejemplo del divino Héctor, saltaron de sus carros asimismo los demás troya-

nos, ordenando á los conductores que alineasen á la orilla del foso los caballos; y divididos en cinco batallones, fueron detrás de sus caudillos.

Caminaban con Héctor y el irreprochable Polidamas los más bravos y numerosos, los que ansiaban romper el muro; y era Kebriones su tercer jefe, pues había dejado Héctor para guardar el carro otro guerrero menos bravo. Y mandaban el segundo escuadrón Alcatoo, Paris y Agenor. Y el tercero obedecía á Heleno y al divino Deifobo, hijos de Príamo ambos, y también al héroe Asio Hirtakida, cuyos caballos de rojizo pelo y mucha alzada llevaronle de Arisba y de la margen del Seleis. Y el jefe del cuarto escuadrón era Eneas, el noble hijo de Ankises; y acaudillábanle con él los dos Anténoridas Arkéloco y Acamas, hábiles en el combate. Y Sarpedón, con Glauco y el magnánimo Asteropeo, dirigía á los ilustres aliados. Y eran estos guerreros los más valientes después de Héctor, que superaba á todos.

Y defendidos tras sus escudos de cuero, enfilaron á los danaenos, sin pensar en que les pudieran resistir y seguros de que invadirían las negras naves. Así siguieron el consejo sabio del irreprochable Polidamas los troyanos y sus aliados que llegaron de lejanas tierras, y sólo el Hirtakida Asio, príncipe de los hombres, no quiso abandonar sus caballos y su auriga, lanzándose con ellos á las naves ligeras. ¡Insensato! No debía eludir la negra Ker, ni orgulloso de su carro y sus corceles, regresar de las naves á la alta Ilios, que ya la triste muerte le acechaba desde la lanza del ilustre Deucalida Idomeneo.

Y se encaminó por el lado izquierdo de las naves al paraje donde los acaienos en su campamento resguardaban los caballos y los carros. Halló



abiertas las puertas del muro, que no cerraron, así como tampoco las barreras, para que los guerreros en su huida pudiesen acogerse á las naves. Lleno de orgullo lanzó allá los caballos, y siguiéronle sus compañeros al son de penetrantes clamores, sin pensar que los acaienos pudieran resistirles y seguros de invadir las negras navès.

¡Insensatos! Ante las puertas encontraron dos bravos guerreros, hijos magnánimos de los belicosos lapitas. Y era uno el robusto Polipetes, hijo de Peiritoo, y el otro Leconteo, comparable al homicida Ares. Y parecían ante las altas puertas uno y otro dos encinas que en las montañas desafiarian á las tempestades y la lluvia, apoyándose en sus largas raíces. Así poseídos de su fuerza y su valor, aguardaban la embestida del gran Asio sin retroceder.

Y con mucha algazara, alzados los escudos á la altura de la cabeza, abalanzábanse en dirección del bien construído muro el príncipe Asio, Iamenes, Orestes, Adamas Asiada, Toon y Enomao. Y con sus gritos exhortaban ambos lapitas á los acaienos para que fuesen á defender las naves. Pero al ver escalar las murallas á los troyanos, los danaenos, locos de terror, prorrumpieron en lamentaciones. Entonces los lapitas, lanzándose á las puertas pelearon como dos jabalíes salvajes cuando, acosados en el monte por los cazadores y los perros, se revuelven impetuosamente y tronchan los arbustos arrancándoles las raíces, y castañetean los dientes hasta que un venablo les priva de la vida.

Así resonaba á los golpes de los dardos el refulgente bronce sobre el pecho de los dos guerreros, que combatían con bravura, confiando en sus fuerzas y en sus camaradas.

Y tiraban piedras éstos desde lo alto de los to-

erreones para defender sus tiendas y sus ligeras naves. Y al igual de la densa nieve cuando sobre la tierra madre cae vertida por la violencia del viento que agita los negros nubarrones, llovían los proyectiles de las manos de acaienos y troyanos. Y los cascos y los escudos cóncavos sonaban al choque de las piedras. Y dijo entonces indignado Asio Hirtakida, golpeándose los muslos:

—Te complaces en la mentira, Padre Zeus. No creía yo que los héroes acaienos pudiesen aguantar nuestro vigor y nuestras inevitables manos, y he aquí que, semejantes á las avispas de movable talle ó á las abejas que construyen sus colmenas en un sendero pedregoso, y sin abandonar el hueco albergue defienden de los cazadores á su tierna prole, no retroceden ante las puertas estos dos guerreros solos, dispuestos á vencer ó á morir.

Habló así; pero no pudo en favor suyo inclinar el alma de Zeus, cuyo corazón tenía decidido colmar á Héctor de gloria.

Y también otros luchaban en las proximidades de las puertas; pero á quien no es un Dios, resúltale difícil enumerar los hechos todos. Y acá y allá una nube de piedras rodaba en torno al muro. Y gemían los argienos por verse precisados á combatir para salvar sus naves. Y se hallaban entristecidos cuantos Dioses sostenían en las batallas á los danaeños.

Y entonces Polipetes, el robusto hijo de Peiritoo, con su lanza alcanzó á Dámaso en el casco de bronce; pero el casco no resistió, y la broncínea punta rompió el hueso, destrozando el cerebro, y fué vencido aquel hombre furioso. Y Polipetes mató después á Pílón y á Ormenio. Y el hijo de Antimaco, Leonteo, criatura de Ares, atravesó con su lanza el tahalí de Hipomaco, hiriéndole en la cin-

tura. Luego desenvainó su espada puntiaguda, y arremetiendo entre la turba, alcanzó á Antifates, que cayó de espaldas. Más tarde Leonteo abatió en la tierra madre á Menón, Iameno y Orestes.

Y en tanto que los dos lapitas arrebatában armas espléndidas á los cadáveres, detrás de Polidamas y Héctor apiñábanse bravísimos y jóvenes guerreros en gran número y anhelantes de romper la muralla y abrasar las naves. Pero vacilaron á la orilla del foso, porque cuando se disponían á franquearle, advirtieron agorera señal. A su izquierda apareció volando por las altas nubes un águila que llevaba entre sus garras un enorme dragón sanguinolento, aunque vivo aún y palpitante, y la alimafia debatíase de continuo, mordiendo al águila en el pecho y en el cuello hasta que al fin, rendida de dolor el ave, le dejó caer en medio de la multitud y remontóse en el espacio graznando. Y los troyanos estremeciéronse de horror á la vista del dragón que yacía entre ellos y era augurio de Zeus tempestuoso. Y habló así entonces Polidamas, encarándose con el valiente Héctor:

—Héctor, siempre en el ágora rechazaste y vituperaste mis consejos prudentes, pues no te gusta que en el ágora ni tampoco en la batalla te contradiga guerrero ninguno; sin duda piensas no debemos hacer más que aumentar tu poderío. Pero hablaré ahora, porque convienen mis palabras. No pretendamos ir para asolar las naves acaïenas, ya que nos doleríamos después, si es verdad el prodigio que han visto los troyanos cuando se disponían á franquear el foso. Esa águila que volaba por las altas nubes llevando entre sus garras un enorme dragón sanguinolento, aunque vivo todavía y le dejó caer sin guardarlo para comida de



sus hijuelos en el nido, significa que cuando rompamos las puertas y murallas de los acaienos, poniéndoles en fuga, no volveremos por los mismos caminos ni en buen orden, sino que hemos de abandonar troyanos numerosos, muertos por los acaienos con el bronce al defender sus naves. Esto debe decir todo augur instruido en los fenómenos divinos, y los pueblos deben obedecerle.

Y mirándole con ojos sombríos, le dijo Héctor el del casco palpitante:

—En verdad, Polidamas, que no me agradan tus palabras, y tú mismo comprenderás que habrías podido darnos un consejo mejor. Si hablaste con sinceridad, es que los Dioses te nublaron la inteligencia, pues para dar crédito al incierto vuelo de las aves nos ordenas olvidar la voluntad de Zeus, que truena en las alturas, y las promesas que me hizo y confirmó con un mohír de su cabeza. Ni me inquieta ni me preocupa que los pájaros vuelen por mi derecha, hacia Eos ó Helios, ó por mi izquierda hacia las sombras del Poniente. Sólo obedeceremos á la voluntad de Zeus el que manda en los hombres mortales y en los Inmortales. El augurio mejor consiste en defender la patria. ¿Por qué te asustan la guerra y el combate? Aun cuando todos cayéramos al pie de las naves argienas, tú no debes temer la muerte, ya que tu corazón no te dicta combatir con brío. Pero como te retires de la refriega, como instes á los guerreros para que huyan, no tardarás, herido por mi lanza, en rendir el espíritu.

Habló así, y echó adelante, y siguiéronle todos entre inmenso clamor. Y Zeus, dueño del rayo, levantando en las cimas del Ida un torbellino de viento que cubrió de polvo las naves, amenguaba el valor de los acaienos para asegurar la victoria

á Héctor y á los troyanos, que intentaban romper la gran muralla fiados en los signos de Zeus y en el propio vigor.

Y derribaban las almenas, y demolían los parapetos, y con palancas arrancaban los postes que en la tierra pusieran los acaienos primeramente para sostén de los torreones. Y los destruían, prometiéndose aniquilar la muralla acaiena. Pero no retrocedían los danaenos, y cubriendo los parapetos con sus escudos de pieles de buey, rechazaban al enemigo sitiador del muro.

Y ambos Ayaces corrían en las torres de un lado para otro, reanimando á los acaienos ora con halagüeñas palabras, ora con palabras rudas, y excitando á los que veían retirarse del combate.

—¡Oh amigos, los argienos más valientes y los menos bravos, que todos los guerreros no son iguales en la lucha! Como veis, ha llegado la hora de que todos combatan. Ninguno se retire hacia las naves al oír las amenazas del enemigo. ¡Adelante! Exhortaos unos á otros. Quizá el fulminador Zeus Olímpico nos permita rechazar hasta la ciudad á los troyanos.

Y así, con belicosa voz, excitaban á los acaienos.

Cual los compactos copos que en un día de invierno Zeus esparce sobre los hombres mortales para darles muestra de sus armas, callándose los vientos mientras la nieve cubre las cimas de los grandes montes, y los altos promontorios, y los herbosos campos, y las tierras labrantías, y también cae á la orilla del espumoso mar, fundiéndola las olas en tanto que la lluvia de Zeus todo lo demás envuelve, así volaba, de acaienos á troyanos y de troyanos á acaienos, una granizada de piedras, y en torno á la muralla alzábase un estruendo horrible.

Pero ni los troyanos ni el ilustre Héctor habrían roto entonces las puertas de la muralla y la larga barrera si no hubiese impulsado el sabio Zeus á su hijo Sarpedón contra los argienos, como á un león contra bueyes de cuernos retorcidos.

Y tenía ante sí el héroe un hermoso escudo de redondez perfecta, revestido de placas de bronce que dispuso el artífice sobre duras pieles de buey, y rodeado de anchos círculos de oro. Y sosteniendo este escudo y con dos lanzas enarboladas, avanzaba Sarpedón, á la manera de un león criado en los montes y desde larga fecha hambriento, cuando le incita su corazón audaz á llevarse de los cercados las ovejas, y aunque las guarden perros y pastores con armas, no retrocede sin probar el peligro y de un salto se apodera de su presa, á no ser que le claven antes un venablo. Así al divino Sarpedón le empujaba su corazón á derribar el baluarte y romper los parapetos. Y dijo á Glauco, hijo de Hipoloco:

—Glauco, ¿por qué en la Likia se nos honra con los mejores puestos, las viandas y las copas llenas, siendo mirados como Dioses? ¿Por qué en las riberas del Xanto cultivamos un extenso dominio floreciente, en cuya tierra hay trigo y viñas? Para que ahora vayamos á la cabeza de los likenses en la ardiente batalla. Para que cada uno de los likenses bien armados diga: «No sin méritos gobiernan en la Likia nuestros reyes. Si comen las rollizas ovejas, si beben excelente y dulce vino, también se encuentran llenos de valentía y vigor y combaten á la cabeza de su ejército.» ¡Oh amigo! Si eludiendo la guerra pudiésemos permanecer jóvenes é inmortales, no combatiría yo en primera fila ni enviaríate á la batalla gloriosa; pero mil trances de muerte nos envuelven, y no es bien que el vivo los



evite y rehuya. ¡Vamos, pues, á proporcionar una gran gloria al enemigo ó á nosotros propios!

Habló así, y Glauco hubo de obedecerle sin retroceder. Y marchaban al frente de la muchedumbre de likenses. Y al columbrarles, se estremeció Menesteo, hijo de Peteo, pues abalanzábanse al asalto de su torre. Y volvió los ojos á la muralla de los acaienos en busca de algún caudillo que fuese á defender á sus compañeros. Y avizoró á ambos Ayaces, insaciables de combate, y junto á ellos á Teucro, que salía de su tienda. Pero no fueron oídos sus clamores entre el inmenso estruendo que subía al Urano: estrépito de escudos que chocaban, caer de yelmos ornados con crines de caballos, crujir de puertas asediadas y que los troyanos esforzábanse por romper. Y entonces Menesteo envió á Ajax el heraldo Too.

—Ve, divino Too, á llamar á uno de los Ayaces, ó mejor á los dos, pues la ruina nos amenaza por este lado. Mira cómo vienen á nosotros los caudillos likenses, impetuosos cual lo fueron siempre en las rudas batallas. Pero si el combate retuviera á ambos Ayaces, trae al menos al robusto Telamoniense y al excelente arquero Teucro.

Habló así, y no bien le oyó Too obedeciéndole, y corriendo por la muralla de los argienos armados de corazas, se paró ante los Ayaces, y les dijo en seguida:

—Ayaces, jefes de los argienos armados de corazas: el hijo muy amado del divino Peteo os pide que acudáis en su ayuda ambos, si podéis, pues mejor así sería, ya que la ruina nos amenaza por este lado. Mirad cómo vienen á nosotros los caudillos likenses, impetuosos cual lo fueron siempre en las rudas batallas. Pero si el combate á los dos os retuviera, venga al menos el robusto

Ajax Telamonieno, y con él el excelente arquero Teucro.

Habló así, y sin tardanza dijo al Oiliada el gran Telamonieno:

—Tú, Ajax, y el bravo Licomedes, seguid inquebrantables excitando á los danaenos al combate. Yo iré en ayuda de Menesteo, regresando tan pronto como le haya socorrido.

Cuando hubo hablado así, alejóse el Telamonieno Ajax con su hermano Teucro, que nació del mismo padre, y en su compañía iba Pandión llevando el arco de Teucro.

Y llegaron á la torre del magnánimo Menesteo en el preciso instante del peligro y á tiempo nada más para resguardarse tras el muro, pues los ilustres príncipes y jefes de los likenses escalaban la muralla asaltándola, semejantes á un negro torbellino. Y cuando se encontraron, elevóse al choque un horrible clamor.

Y primero mató Ajax Telamonieno á un compañero de Sarpedón, el magnánimo Epicleo. Y le golpeó con un enorme y rudo bloque de mármol que había dentro del muro en la punta del baluarte cerca de las almenas, y era tan grande, que á dos manos no podría levantar otro igual algún joven guerrero de los que en nuestros días viven. Ajax lo levantó en el aire, y extendiendo el brazo, rompió con la pesada masa el casco de cuatro conos y aplastó totalmente la cabeza del guerrero, que abatióse desde lo alto de la torre en la actitud de un nadador, y abandonó su osamenta el espíritu.

Y Teucro hirió con una flecha el desnudo brazo del bravo Glauco, hijo de Hipoloco, alejándole del combate cuando se disponía á escalar la elevada muralla. Y saltó Glauco del muro, procurando que

no le viese nadie, por temor de que alguno de los acaienos, al advertir su herida, le insultara.

Y cuando Sarpedón dióse cuenta de que huía Glauco, sintió que le rendía el dolor, aunque no se olvidó de combatir, pues hubo de alcanzar con su lanza al Testórida Alcmaón, y atrayéndole á sí, arrastró de bruces al vencido, y á la caída retemblaron las armas de bronce del Testórida. Y con sus manos vigorosas arrancó Sarpedón toda una almena del muro, abriendo aquella brecha un camino á la multitud.

Y Ajax y Teucro hicieron cara á la embestida. Y alcanzó á Sarpedón Teucro en el correón espléndido que rodeaba el pecho; pero Zeus desvió la flecha del cuerpo de su hijo para que no muriese ante las naves. Y dando Ajax un salto, golpeó el escudo de Sarpedón y penetró por él la lanza, reprimiendo el ímpetu del guerrero, que alejóse del muro, aunque sin retirarse, pues su corazón aguardaba la victoria. Y se volvió hacia los likenses, exhortándoles de este modo:

—¿Por qué, likenses, dais de lado á vuestro ardiente valor? Difícil se me haría, por muy robusto que yo fuera, derribar solo esta muralla y abriros un camino hacia las naves. Acudid, pues, que reunidas todas nuestras fuerzas, lo lograremos con menor trabajo.

Habló así, y acuciados por sus reproches, precipitáronse al asalto con su Rey los likenses. Y los argienos, por su parte, reforzaban sus falanges tras de la muralla, comprendiendo tenían que emprender ardua tarea. Y no podían los ilustres likenses abrirse aún camino hacia las naves, á pesar de estar roto el muro ya; pero tampoco podían rechazarles lejos de él los belicosos danaenos.

Cual dos hombres que, llevando en la mano la



cuerda que les sirve de medida, regañan con motivo del reparto de un campo común, disputándose la más mínima porción de terreno, así los combatientes, separados por las almenas, golpeaban de continuo los escudos convexos, intentando destruir hasta las más leves defensas. Y hería á muchos el cruel bronce; y aquellos que al huir descubrían su espalda, eran también heridos á través de los escudos. Y aparecían inundados de guerrera sangre torreones y almenas. Y los troyanos no conseguían poner en fuga á los acaienos, conteniéndose mutuamente los dos bandos. Se dirían las balanzas de una obrera fiel, que en un lado pone la pesa y la lana en el otro, igualándolos con exactitud para después llevar á sus hijuelos un salario ruín. Así se equilibraba el combate entre ambos contrincantes hasta el momento en que concedió Zeus una brillantísima victoria al Priamida Héctor, que fué quien franqueó antes la muralla acaiena. Y gritó entonces con voz estrepitosa para que le oyesen los troyanos:

—¡Adelante, jinetes troyanos! Acometed la muralla de los argienos y encended con vuestras propias manos una inmensa llama ardiente.

Habló así, y hubieron de oírle todos y arrojáronse sobre la muralla, escalando las almenas y disparando las afladas lanzas. Y transportaba Héctor una piedra enorme, pesada y puntiaguda, que estaba ante las puertas y que dos robustísimos hombres de nuestros días no hubiesen podido alzar del suelo á un carromato, y él sólo la movía fácilmente, pues el hijo del sagaz Cronos hizo que pareciera ligera. Como pastor que lleva con soltura en la mano el vellón de un morueco, hallando muy liviana la carga, llevaba Héctor la piedra en dirección á los tablonés dobles que defendían las sólidas

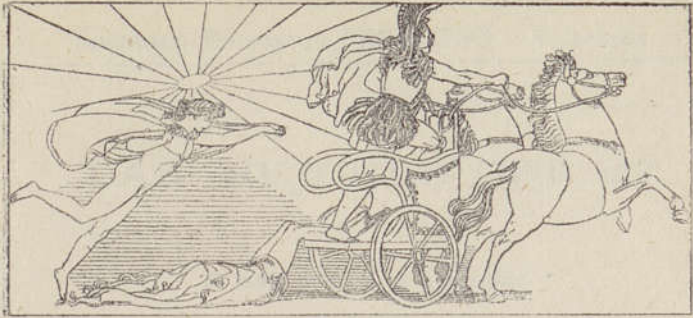
y altas puertas de dos hojas que por dentro cerraban un par de vigas y un cerrojo.

Y acercándose á ella, afirmó los pies, golpeándola por en medio, sin que el terrible choque resultara en balde. Se rompieron los goznes y hubo de atravesar la piedra los obstáculos, cayendo pesadamente al otro lado, y no resistieron á su empuje las vigas rotas ni los batientes astillados. Y pasó al campamento de los enemigos el ilustre Héctor, semejante á una noche veloz, resplandeciendo en él el bronce de que estaba revestido. Y blandía dos lanzas en sus manos, y excepto un Dios, ninguno habría podido detener su ímpetu. Y en sus ojos lucía el fuego. Y ordenó á la muchedumbre de troyanos franquear la muralla, obedeciéndole todos. Escalaban unos los parapetos, echaban abajo las puertas otros, y los danaenos huían á las naves abiertas, y alzábase un inmenso tumulto.



y como se ve en el presente, el autor de este libro  
 ha querido dar a conocer a los lectores de esta obra  
 el estado actual de la agricultura en España, y para  
 ello ha recopilado los datos que se han publicado  
 en los últimos años, y los ha ordenado en forma  
 que sea fácil de comprender y de consultar.  
 En el presente libro se han incluido los datos  
 que se refieren a la agricultura en España, y  
 a los principales productos agrícolas, como el  
 trigo, el maíz, el arroz, el algodón, etc.  
 Los datos que se refieren a la agricultura en  
 España, y a los principales productos agrícolas,  
 como el trigo, el maíz, el arroz, el algodón,  
 etc., se han incluido en el presente libro.  
 Los datos que se refieren a la agricultura en  
 España, y a los principales productos agrícolas,  
 como el trigo, el maíz, el arroz, el algodón,  
 etc., se han incluido en el presente libro.  
 Los datos que se refieren a la agricultura en  
 España, y a los principales productos agrícolas,  
 como el trigo, el maíz, el arroz, el algodón,  
 etc., se han incluido en el presente libro.





## ÍNDICE

	Págs.
<b>ADVERTENCIA DE LOS EDITORES</b> . . . . .	v
<b>Rapsodia I.</b> . . . . .	7
— II. . . . .	32
— III. . . . .	65
— IV. . . . .	83
— V. . . . .	104
— VI. . . . .	134
— VII. . . . .	151
— VIII. . . . .	167
— IX. . . . .	185
— X. . . . .	207
— XI. . . . .	225
— XII. . . . .	251



Valentin Bwaryng

## LAS MEJORES OBRAS

A una peseta el volumen

### NOVELAS Y CUENTOS

- |   |  |
|---|--|
| <p><b>Alcalá Galiano.</b>—Las diez y una noches.</p> <p><b>Aleramo.</b>—Una mujer.</p> <p><b>Alexis.</b>—Las chicas del amigo Lefèvre.</p> <p><b>Anatole France.</b>—La cortesana de Alejandría (Tais).</p> <p><b>Annunzio (Gabriel d').</b>—Episopo y Compañía.</p> <p><b>Baroja (Pío).</b>—El tablado de Arlequín.</p> <p><b>Bilse (Teniente O).</b>—Pequeña guarnición.</p> <p><b>Bueno (Manuel).</b>—A ras de tierra.</p> <p><b>Burgos (Carmen de).</b>—La mujer en España.</p> <p>— La voz de los muertos.</p> <p>— Cartas sin destinatario.</p> <p>— En la guerra.</p> <p>— Al balcón.</p> <p><b>Daudet.</b>—Cuentos amorosos y patrióticos.</p> <p><b>Dide (Noemia).</b>—Del matrimonio al amor.</p> <p><b>Fava.</b>—Renunciación.</p> | <p><b>Flaubert.</b>—Por los campos y las playas.</p> <p>— La tentación de San Antonio.</p> <p><b>Francés (J.)</b>—Miedo.</p> <p><b>Gautier (Judith).</b>—Las crueldades del amor.</p> <p><b>Goncourt.</b>—La ramera Elisa.</p> <p><b>Gorki.</b>—Los ex hombres.</p> <p>— En la prisión.</p> <p>— Los bárbaros (drama).</p> <p>— Los hijos del sol (drama).</p> <p>— Albergue de noche (drama).</p> <p>— Entrevistas.</p> <p>— En América.</p> <p>— Escritos filosóficos y sociales.</p> <p><b>Guardiola.</b>—Los caídos.</p> <p><b>Guerin Ginisty.</b>—El fango.</p> <p><b>Gutiérrez Gamero.</b>—La derrota de Mañara.</p> <p><b>Haggard.</b>—El hijo de los boers.</p> <p><b>Joliet.</b>—La novicia de Triánón.</p> |
|---|--|



- Maupassant.**—El Horla.  
— La mancebía.
- Merejkowsky.**—La muerte de los dioses.—2 t.  
— La resurrección de los dioses.—2 tomos.  
— El Anticristo (Pedro y Alejo).—2 tomos.  
— Pedro el Grande.
- Mérimée.**—Los hugonotes.  
— Cosas de España.
- Mirabent Vilaplana.**—Alondra.  
— Mi ventana florida.
- Mirbeau.**—Sebastián Roch.  
— El abate Julio.
- Palomero.**—Su Majestad el hombre.
- Pérez Arroyo.**—Cuentos é historias.
- Petronio.**—El satiricón.
- Picón (Octavio).**—Drama de familia.
- Poe.**—Eureka.  
— Historias grotescas y serias.
- Rafanelli.**—Un sueño de amor (novela social).
- Ramirez Angel.**—Después de la siega.
- Renée Lafont.**—La voz del mar.
- Rhoïdis.**—La papisa Juana.
- Rizal.**—Noli me tângere.
- Rochefort.**—La aurora boreal.
- Rydberg.**—Singoala.
- Salinas Moreno.**—De la vida andaluza (cuentos).
- Serao.**—¡Centinela... alerta!
- Sudermann.**—El camino de los gatos.  
— El deseo.  
— Las bodas de Yolanda.  
— El molino silencioso.  
— La mujer gris.
- Tchekhow.**—Vanka.
- Torre (José M. de la).**—Cuentos del Júcar.
- Urales (Federico).**—Los hijos del amor.
- Wágnier.**—Novelas y pensamientos.
- Zola.**—El mandato de la muerta.  
— Cómo se muere.

## LITERATURA Y CRITICA

- Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.**—Emilio Zola. (Su vida y sus obras.)
- Angel Guerra.**—Del vivir revolucionario.  
— Literatos extranjeros.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.
- Bueno Núñez de Pardo (María de).**—A través de la vida.
- Buckle.**—Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.
- García Calderón.**—Hombres é ideas de nuestro tiempo.

- |  |   |
|--|---|
| <p><b>Gautier (Teófilo).</b>—Un viaje por España.</p> <p><b>Gómez de la Serna (Ramón).</b>—El Rastro.</p> <p><b>Heine.</b>—Italia.</p> <p>— De la Alemania.—2 t.</p> <p>— Los dioses en el destierro.</p> <p>— Confesiones y Memorias.</p> <p><b>Hugo (Victor).</b>—El sueño del Papa.</p> <p>— William Shakespeare.</p> <p><b>Jacquinet.</b>—Ibsen y su obra.</p> <p><b>Lacios.</b>—Las amistades peligrosas.</p> <p><b>López Ballesteros.</b>—Junto á las máquinas.</p> <p><b>Madinaveitia (H.)</b>—Oro sangriento (Los toros).</p> <p><b>Marinetti.</b>—El futurismo.</p> | <p><b>Wæterlinck.</b>—El tesoro de los humildes.</p> <p><b>Worayta.</b>—El padre Feyjóo y sus obras.</p> <p>— ¡Aquellos tiempos!</p> <p>— De Historia.</p> <p><b>Noel.</b>—Pan y toros.</p> <p>— El rey se divierte.</p> <p>— Escenas y andanzas de la campaña antiflamenca.</p> <p><b>Robert.</b>—Los cachivaches de antaño.</p> <p><b>Salinas.</b>—Los satíricos latinos.—2 tomos.</p> <p><b>Walt Whitman.</b>—Poemas.</p> <p><b>Zozaya.</b>—Por los cauces serenos.</p> <p>— El libro del saber doliente.</p> <p>— El huerto de Epic teto.</p> |
|--|---|

## LOS CLASICOS DEL AMOR

A una peseta el volumen

- |   |   |
|---|---|
| <p><b>Cuentistas italianos.</b>—Obras galantes.</p> <p><b>Bilitis.</b>—Las canciones eróticas.</p> <p><b>Marcial.</b>—Epigramas eróticos.</p> | <p><b>Casanova.</b>—Amores y aventuras.</p> <p><b>Voltaire.</b>—La doncella.</p> <p><b>Apuleyo.</b>—El asno de oro.</p> <p><b>Longo.</b>—Dafnis y Cloe.</p> |
|---|---|

Seguirán: Boccacio, Brantome, Aretino, etc.







**OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ**

Novelas: Arros y tartana.—Flor de Mayo.—La Barraca.—Entre naranjos.—Sónnica la cortesana.—Cañas y barro.—La Catedral.—El Intruso.—La Bodega.—La Horda.—La maja desnuda.—Sangre y arena.—Los muertos mandan.—Luna Benamor. 3 ptas. vol.—Los Argonautas. 2'50 ptas.

Cuentos: La Condenada.—Cuentos valencianos. Una pta. volumen.

Viajes: En el país del arte. 1'50 ptas.—Oriente. 3 ptas.—Argentina y sus grandezas (3.ª edición). 35 ptas.

**NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL**

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—5 ptas. tomo.

**HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA**

por Michelet.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—Profusa ilustración.—2 volúmenes: 30 pesetas.

**NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL**

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 volúmenes.—Millares de grabados y mapas.—4 ptas. tomo.

**HISTORIA SOCIAL**

Desde la Revolución Francesa al siglo XX.—Crítica y documentada.—Dirigida por J. Jaurés.—Ilustradísima.—4 tomos: 60 ptas.

**LA CIENCIA PARA TODOS**

Volúmenes á 1 pta. ilustrados y en cartóné.

Las mejores postas contemporáneas.—Novísima antología moderna.—3 ptas.

La danza del corazón (novela), por J. Francés.—3'50 ptas.

Teatro de amor, por J. Francés.—2 ptas.

La libertad de la cátedra, por M. Morayta.—2 ptas.

Giacomo Leopardi, por Carmen de Burgos.—2 tomos: 6 ptas.

**BIBLIOTECA DE CULTURA CONTEMPORÁNEA**

El arte de leer, por E. Fagnat.—2 ptas.

La risa, por K. Bergson.—2 ptas.

La nueva libertad, por W. Wilson, presidente de los Estados Unidos.—2 ptas.

Socialismo y movimiento social, por W. Sombart.—3 ptas.

**LAS MEJORES OBRAS**

de filosofía, sociología, política y literatura.—Darwin, Spencer, Renán, Schopenhauer, Nietzsche, Ruskin, Taine, Kropotkin, Zola, Ibsen, Gorki, etc.—Una pta. vol.

**BIBLIOTECA CIENTÍFICA**

Obras de Hæckel, Proudhon, Strauss, Renda, Büchner, Altamira, Ingegneros, etc.—3 ptas. volumen.

**BIBLIOTECA DE LA MUJER**

Conocimientos útiles del hogar.—1 pta. vol.

**OBRAS DE CARMEN DE BURGOS**

Novelas, Cuentos, Viajes, etc.

**LAS NOVELAS DEL MISTERIO**

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle.—6 volúmenes á una peseta.

**LOS CLÁSICOS DEL AMOR**

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—Una pta. volumen.

**LOS GRANDES NOVELISTAS**

Victor Hugo, Dickens, Tolstol, Dumas, Mayne Reid, Fernández y González, etc.—Á 25 céntimos.—Edición de *La Novela Ilustrada*.

El México de Perfiris Díaz, por Julio Sesto. (3.ª edición ilustrada).—5 ptas.

Caracteres, por La Bruyère.—2 ptas.

Ximénez de Cisneros, por Jean Bertheroy.—Una peseta.

El concepto de la nacionalidad y de la patria, por Aníbal Latino.—2 ptas.

Lo que cantan los niños, por Fernando Llorca.—Todas las canciones y juegos de la infancia.—Profusamente ilustrada.

**El libro de las mil noches y una noche.**

Traducción literal y directa del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—Una peseta el volumen.

Traducción literal y directa del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—Una peseta el volumen.







BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103299677



56011538560118560